



Dmitry Glukhovsky
Sumerki
Crepúsculo

CAPÍTULO II¹

¹ Los títulos de todos los capítulos de esta novela están en español en el original.

¡Atención! Pregunta: ¿En qué parte de Moscú se encuentra la calle de Itzamná?

De acuerdo con toda lógica, no es una ciudad donde pueda haber calles, bulevares y plazas que lleven el nombre de dioses mayas. Pero tenía en la mano una nota con una dirección: «Calle de Itzamná n.º 23». Alguien me esperaba en ese lugar. Y la rapidez con que fuera capaz de encontrarla decidiría cuestiones que sobrepasaban con mucho mi destino personal.

Sólo un idiota podría creerse que en los planos y callejeros de Moscú aparecen todas sus callejas y edificios. Lugares secretos no nos faltan. Pero no había abandonado la esperanza de descubrir la calle que llevaba el nombre del más antiguo de los dioses mayas, y por ello me arrastraba, lupa en mano, sobre un gigantesco plano de la ciudad.

No habría tenido que aceptar el encargo. ¡Si me hubiera contentado con traducir los estatutos societarios, manuales de uso y contratos de suministros con los que me había ganado la vida desde siempre! Además, el español no había sido nunca mi punto fuerte. Pero ese día no tuve otra opción. Hacía un momento que había dejado una carpeta de gomas con traducciones de contratos sobre la mesa pulida de color marrón oscuro tras la que atendía el empleado de la agencia de traducción. En cuanto éste me hubo pagado los honorarios, se quedó de brazos cruzados.

—Eso es todo. Por ahora no tenemos nada más. Pase la próxima semana —dijo, y se volvió hacia el ordenador, en cuya pantalla le aguardaba pacientemente una partida de solitario. El juego favorito de los gandules del mundo entero.

Lo conocía desde hacía tres años. Desde el mismo momento en el que había empezado a trabajar para la agencia de traductores. Aunque en muchas ocasiones me hubiera dicho, con evidente indiferencia, que no habían llegado encargos y que no vería dinero hasta pasada una semana, nunca le había insistido. Pero ese día cobré valor y le dije:

—¿De verdad no tiene usted nada? Vuelva a mirarlo, por favor. Acaba de llegarme una factura y no tengo ni idea de cómo voy a pagarla.

Sorprendido por mi terquedad, apartó la cara de la pantalla, se frotó su escasa frente y preguntó, dubitativo:

—Bueno... usted no sabe traducir del español, ¿verdad?

Tenía una factura por pagar y el número de cuatro cifras que figuraba en ella condicionó mi respuesta. Tres años de español en la universidad, hacía tres lustros... gigantescas aulas con las ventanas empañadas, el omnipresente polvillo de tiza sobre viejas pizarras, libros de texto inútiles, antediluvianos, consagrados a la lengua de un tal Cervantes gracias a los contactos oficiales entre los ciudadanos soviéticos Ivanov y Petrov, y los *señores*² Sánchez y Rodríguez. *Me gustas tú.*³ Unos fundamentos más bien escasos. Pero daba igual, aún tenía un diccionario en casa.

—Desde luego que sí —dije tímidamente—. He comenzado hace poco.

Me miró una vez más, con visibles dudas, pero al fin se levantó, anduvo pesadamente hasta la habitación de al lado, donde se guardaban los documentos, y regresó con una pesada carpeta de cuero, en una de cuyas esquinas había un monograma dorado medio borrado. Era una figura que no había visto en mi vida.

—Aquí lo tiene. —Colocó respetuosamente la carpeta sobre la mesa—. Nuestro traductor habitual de español» todavía no ha terminado con la primera parte, y ya hemos recibido la segunda. Tengo miedo de perder al cliente si nos retrasamos. Ponga manos a la obra ahora mismo.

—¿De qué se trata? —Tomé la carpeta con cierta prevención y la sopesé con ambas manos.

—Unos papeles. Creo que es material de archivo. Apenas los he mirado. Mire, aquí tenemos mucho trabajo. —Miró de reojo a la pantalla: había distribuido las cartas y el cronómetro avanzaba sin piedad.

Los honorarios por el encargo eran el triple de lo habitual, y por ello me largué antes de que el empleado cambiara de opinión. La carpeta se veía lujosa, tenía un toque aristocrático, y por ello me dio reparo llevarla en mi maletín, sucio y viejo. Me acordé de la historia de Timm Thaler,⁴ que siempre tenía

² En español en el original. (*N. del t.*)

³ En español en el original. (*N. del t.*)

⁴ Protagonista de la novela del mismo nombre, escrita por el autor alemán James Krüss y publicada en 1962. (*N. del t.*)

hambre y que se puso enfermo la primera vez que probó una tarta de crema de las caras.

La agencia de traducción estaba escondida en las callejas del barrio de Arbat. Se hallaba en un viejo edificio de madera que anteriormente había albergado una biblioteca infantil. La había visitado asiduamente de niño, acompañado por mi abuela. Sacaba en préstamo libros de viajes e historias sobre héroes soviéticos en poder de los fascistas. Por ello, mis visitas semanales a la agencia de traductores tenían un punto de nostalgia. Como si hubiera visitado un parque de atracciones abandonado y herrumbroso, con el recuerdo de haberme paseado por él treinta años antes de la mano de mis padres. El aroma de libros viejos había impregnado el papel de las paredes y los paneles de madera, y lograba sobreponerse al fuerte olor a papel de oficina y al vaho dulzón que despedía el plástico de los ordenadores. Para mí, aquel despacho sería siempre una biblioteca infantil. Quizá por eso no me sorprendí al sacar los papeles de la carpeta de cuero.

A primera vista me di cuenta de que se trataba de las páginas de un libro. No arrancadas, sino cortadas por una mano cuidadosa, con cortes precisos, como de cirujano. Me imaginé que una mano con un guante de goma había seccionado con un escalpelo las páginas de un viejo tomo abierto sobre una mesa de operaciones. No me habría parecido una exageración: sin duda alguna, el libro del que procedían las páginas, y que alguien había desmontado por motivos desconocidos, había tenido un gran valor. Las páginas aparentaban, como mínimo, unos doscientos años. El paso del tiempo había dejado manchas amarillas sobre el papel, pero no encontré ningún otro indicio de deterioro. Estaban cubiertas de renglones de letra gótica no del todo regulares. Indudablemente habían salido de una imprenta, aunque los caracteres no eran siempre iguales.

Las páginas no estaban numeradas, pero en la primera se leía: «Capítulo II». El primero debía de hallarse en manos del otro traductor que había empezado antes que yo y que se había retrasado con la entrega. En cuanto hube echado una ojeada al texto, entendí los motivos del retraso. A mí también me asaltaron dudas de que pudiera presentar a tiempo la traducción. Necesitaría varias horas para acostumbrarme a la extraña tipografía y terminar el primer párrafo de aquel texto rebelde, que se había vuelto difícil con el paso de los años.

Entretanto había oscurecido. Tenía por costumbre trabajar de noche. Me acostaba al despuntar la aurora y no me levantaba hasta después del mediodía. Tan pronto como la luz natural dejaba de iluminar mi piso, encendía tan sólo dos lámparas —una en el escritorio y otra en la cocina— y me pasaba la noche entera deambulando entre ambas. A la luz amarillenta y cálida de la bombilla de cuarenta vatios se pensaba mejor. El resplandor del día, por el contrario, me perforaba los ojos y me vaciaba el cráneo. Entonces no lograba retener ni un solo pensamiento. Parecía que se hubieran quedado en alguna otra parte y que aguardaran hasta el ocaso.

Si me había pasado la noche inmerso en el trabajo, solía acostarme a las cinco de la mañana. Corría las gruesas cortinas para impedir la entrada de los primeros rayos de sol, me metía bajo el edredón y me dormía en seguida.

Últimamente había tenido varios sueños extraños: por algún motivo se me aparecía siempre mi amado perro, que había muerto hacía diez años. En el sueño, por supuesto, no se veía ningún indicio de su muerte, y se comportaba como un animal vivo, totalmente normal. Y eso significaba que tenía que sacarlo a pasear. Durante esos paseos solía dejarme atrás —incluso mientras vivió, no tuve jamás por costumbre sujetarlo con la correa, salvo, como mucho, para cruzar la calle—, por lo que pasaba buena parte del sueño buscándolo y gritando su nombre con todas mis fuerzas. ¡Ojalá los vecinos no me oyeran! No siempre lograba encontrarlo antes de despertar. Pero la historia no terminaba nunca mal: a la mañana siguiente volvía a casa él solo, me aguardaba con impaciencia en el umbral entre el sueño y la vigilia, y entretanto jugaba con la correa y la mordisqueaba. Me había acostumbrado tanto a su regreso que, si en alguna ocasión no lo encontraba allí, empezaba a preocuparme por si le había ocurrido algo.

No me resultó fácil comprender el sentido de las primeras diez líneas. Por lo menos una quinta parte de las palabras no aparecían en mi diccionario, sin el cual a duras penas podía comprender un tercio de cada una de las frases. Además, casi todas ellas, por un motivo que no alcancé a comprender, empezaban con la palabra «que». Aunque en ocasiones las manchas amarillentas del papel viejo me complicasen la labor, anoté meticulosamente sobre una hoja aparte todas las palabras consultadas. Algunas las tuve que corregir después, porque resultó que el primer intento de traducción me había salido mal. El significado que buscaba solía aparecer en el diccionario con la indicación: «Obsoleto».

Desde el primer párrafo tuve claro —y esta hipótesis se confirmó luego, al avanzar por el maravilloso relato del desconocido autor— que se trataba de la crónica de una expedición emprendida por un reducido grupo de españoles por las selvas de Yucatán. En las páginas siguientes había fechas: los acontecimientos descritos habían tenido lugar hacía casi 450 años, esto es, hacia la mitad del siglo XVI, en los tiempos de la ocupación de América del Sur y Central por los conquistadores españoles.

La traducción que transcribo aquí y en páginas sucesivas es el resultado de una meticulosa corrección y de numerosas revisiones. Mis primeras versiones eran demasiado toscas y difíciles de entender como para enseñárselas a otras personas sin ser víctima de burlas.

Que por orden de fray Diego de Landa, guardián del convento de San Antonio de Izamal, y provincial de los franciscanos de Yucatán, nos pusimos en camino hacia una de las provincias más alejadas de Maní, a fin de recabar todos los manuscritos y libros depositados en los templos que allí se encuentran y llevarlos a la propia Maní.

Que partieron conmigo los nobles señores Vasco de Aguilar y Gerónimo Núñez de Balboa, de Córdoba, así como unos cuarenta soldados de a pie y una docena a caballo bajo nuestras órdenes, dos carros tirados por caballos que habían de transportar todos los mencionados manuscritos y libros hasta Maní, varios indios bautizados que habían de mostrarnos los lugares donde se hallaba cada uno de los templos, y fray Joaquín Guerrero, a quien fray Diego de Landa había mandado con nosotros.

Que nuestro camino nos llevó hacia el sudoeste, a parajes escasamente conocidos, y que no teníamos a mano ningún mapa digno de confianza, por lo que fray Diego de Landa nos proporcionó un número tan grande de soldados que arriesgó incluso la defensa de Maní. Que, entre los guías, nos envió tan sólo a los más dignos de confianza, tres de sus propios trujimanes, a los que fray Diego de Landa había bautizado en persona: el primero de ellos se llamaba Gaspar Xiu, el segundo Juan Nachi Cocom y el tercero Hernán González, los dos primeros del pueblo maya que vive en Yucatán, mientras que el tercero, Hernán González, era mestizo, pues su padre era español, y su madre, maya.

Que fray Diego de Landa, antes de que nuestra partida se pusiera en marcha, me llamó a su presencia y me explicó la misión, así como el significado de ésta, y me comunicó que nuestra expedición era tan sólo una entre las muchas que él mismo, fray Diego de Landa, había enviado desde Maní, en todas las direcciones, con el encargo de encontrar y reunir todos los libros y manuscritos indios que se conservaban en lugares variados. Que tales expediciones se habían emprendido en dirección al este, a Chichen-

ltzá, y hacia el oeste, a Uxmal, y Ekab, y otros lugares. Que fray Diego de Landa comprobó que no hubiera nadie tras la puerta que pudiera espiar nuestra conversación, y luego me dijo en voz baja que nuestra misión conllevaba las mayores responsabilidades; hombres dignos de toda confianza le habían confiado rumores de que en parajes lejanos había indios, aun bautizados, que perseveraban en el culto de sus antiguos dioses, y de que sus escritos les apartaban de Cristo. Y que por ello, él, fray Diego de Landa, se resolvió a sustraerles a los indios todos sus escritos y así mismo sus ídolos, puesto que por ellos tentaba el demonio a sus almas. Si no se actuaba de inmediato, podrían los mayas, ahora dispersos, unirse de nuevo y, negando a Nuestro Señor Jesucristo, inclinarse una vez más ante sus satánicos dioses; y entonces deberían enfrentarse los españoles a una nueva guerra, frente a la cual poca cosa serían las escasas refriegas que condujeron a la conquista de Yucatán. Que existían grandes depósitos de manuscritos indios en el noroeste y en el nordeste, en las ciudades abandonadas de los mayas, pero que los más importantes se hallaban, según le habían dicho los hombres fieles de su séquito, a pocas semanas de viaje al sudoeste de Maní.

Que fray Diego de Landa me mandaba allí, y junto a mí a los señores Vasco de Aguilar y Gerónimo Núñez de Balboa, y también a fray Joaquín Guerrero. Que él mismo, a la vista de que el paraje estaba inexplorado, mandó con nosotros a esos mismos hombres fieles de su séquito que le habían informado de los templos del sudoeste.

Que nuestra expedición partió de Maní en el día acordado, el 3 de abril del año 1562 desde el nacimiento de Cristo, sin que nos hiciéramos cabal del destino que nos aguardaba, ni del escaso número de hombres que habían de regresar con vida entre los cincuenta que formaban parte de ella.

Me aparté de los papeles y dejé el lápiz sobre el diccionario. En el oscuro espejo de la ventana vi mi propio rostro: el cabello revuelto (mientras buscaba palabras no había dejado de enredármelo con los dedos), la nariz chata y roma, las mejillas caídas y la visible papada. Desde los treinta años me había jurado una y otra vez que no descuidaría mi aspecto.

Pero al pasar de esa edad es más difícil controlar el peso. El cuerpo obedece a un programa que él mismo lleva incorporado, cuyos objetivos no son iguales que los nuestros, y todas las migajas que comemos amenazan con depositarse en el relleno de grasa que crece sin cesar, tal vez como provisión para días oscuros que vendrán. Me había descuidado, sobre todo, tras el divorcio.

Con sumo placer habría intercambiado con otra persona los rasgos de mi cara; tan grande era la repulsión que me inspiraban. Pasados los treinta y cinco

años, el rostro empieza a insinuar cómo será en la vejez: las entradas apuntan a la futura calva; las arrugas dejan de alisarse cuando una mirada triste cede su lugar a una expresión satisfecha, o a una sonrisa; la piel se vuelve áspera y no permite que la traspase el rubor. A partir de los treinta y cinco, el rostro empieza a transformarse en un *memento mori*, en un presagio de la muerte, que nos acompañará siempre.

Siempre tengo mi propio rostro frente a los ojos: mi escritorio está encarado hacia la ventana y suelo trabajar en horas de penumbra. El cristal, recién lavado, refleja como la superficie de una oscura charca en el bosque, que reproduce los perfiles, pero engulle los colores. Por eso me llevo la impresión de que los rasgos de mi rostro, bien iluminados por la cercana lámpara del escritorio, así como los contornos más difuminados del mobiliario, de los estucos y de la pesada araña de bronce, se reflejan en la cargada atmósfera de la noche. Quién sabe, tal vez existan de verdad, allí, al otro lado de la ventana... más brillantes, con contornos más nítidos cuanto más brilla la luz en mi cuarto.

Aparte de la lámpara de escritorio, también tengo encendida la luz de la cocina, y tampoco la apago hasta que despunta la luz mortecina del alba. Procedo de esta manera por mi propio confort... en este piso no podría vivir de otra manera.

Mi piso es espacioso y antiguo, de techos altos (para cambiar las bombillas fundidas necesito una escalera), amueblado con piezas antiguas y agrietadas, de abedul de la Carelia, que ni con todo el dinero del mundo se podrían hacer reparar. Pero no sería capaz de vendérmelas, porque este piso lo heredé de mi abuela. Cuando aún era niño, la visitaba muy a menudo, y cuando murió y heredé su piso fue como si regresara a la infancia.

Antiguamente, cuando pasaba alguna noche en casa de mi abuela —en esos tiempos aún no estaba enferma— no me abandonaba la sensación de que su casa respiraba con aliento propio. Y cuando la abuela salía, me parecía oír sus pensamientos murmurando por los rincones y el eco de sus pasos por el pasillo. Hoy en día también vivo con la sensación de que el piso tiene vida propia. Tiene ventanas a ambos lados, por lo que hay corriente de aire en el pasillo y las puertas se cierran de golpe durante la noche. En ocasiones el parqué de más de cien años cruje como si lo pisaran. Sé muy bien que podría hacerle un tratamiento al parqué y encargar ventanas nuevas con cristales aislantes. Supongo que entonces los espectros se desvanecerían. Pero es que a mí me gusta este piso tal como es... lleno de vida.

Antes de abstraerme de nuevo en la traducción, miré una vez más por la ventana. Hubo algo que me dejó perplejo. Contemplé atónito por unos instantes el contorno de mi rostro, suspendido en el silencio de la noche. Ciertamente, el hombre que se hallaba al otro lado del espejo apenas si se distinguía del que me había mirado la otra noche con mal humor.

La diferencia se hallaba en los ojos. Por lo general, estaban turbios o vidriosos, como los de los jabalíes y los osos disecados de la tienda del célebre taxidermista del barrio de Arbat. Pero ese día brillaban, como iluminados por una luz interior. No era de extrañar: por primera vez en varios años hacía un trabajo que me interesaba.

Que nuestro camino nos llevó en primer lugar por prados verdes y prodigiosamente bellos, y que después de éstos hallamos la impenetrable jungla de los trópicos. Que tan sólo pudimos abrirnos paso por la espesura gracias a nuestros tres guías. Que dos de los indios iban siempre más adelante y, cuando era necesario, cortaban ramas con sus largos cuchillos para despejarnos el camino, seguidos por varios soldados que los protegían de las bestias salvajes y de los enemigos, mientras que el tercer guía, por lo general, me acompañaba a mí, y a los señores Vasco de Aguilar y Gerónimo Núñez de Balboa.

Que nuestra marcha tuvo lugar hacia el final de la estación seca, tras la cual empiezan en Yucatán y en otras partes de esta tierra varios meses de lluvias. Que, aun hallándonos muy lejos de los asentamientos de los indios, nos llegaba olor a cosa quemada, y que el humo enturbiaba la faz del sol, ya que, en abril y mayo, antes de empezar la estación de las lluvias, los indios queman buena parte de la selva y de los arbustos a fin de disponer de la tierra para los cultivos del año venidero. Que todas las tierras llanas de los mayas se cubren de humo durante estas semanas y después caerán fuertes lluvias, y que hacia diciembre los indios, en esta tierra que se ha vuelto fructífera por la ceniza y se ha abrevado con la lluvia, plantarán el maíz, que crece en ella con inusitado vigor, de tal manera que un solo campesino alimenta a veinte personas.

Que, por orden de fray Diego de Landa, evitamos las sendas transitadas, y por ese motivo avanzamos con suma lentitud. Que en un primer momento dejamos atrás los carruajes y quisimos ordenar que unos pocos soldados los llevaran de vuelta; pero entonces los guías nos condujeron por un camino antiguo que las copas de los árboles, al juntarse, ocultaban a miradas extrañas, y que estaba orlado de imágenes de piedra, semejantes a los grotescos gnomos que yo había visto ya en los antiguos templos mayas de Maní. Que entonces llegamos a unas lápidas de piedra erectas, cubiertas de diminutos símbolos, de los que me había puesto al corriente fray Diego de Landa en el curso de nuestras conversaciones; al parecer son las letras de la lengua de Yucatán, y él

las ha descifrado.

Que nuestro viaje transcurrió durante los primeros días sin impedimentos ni dificultades. Que a lo largo del camino las aldeas de los indios se hicieron cada vez más escasas, y que, una vez que nos hubimos adentrado en la selva, no vimos a ningún otro ser humano. Que tampoco nos importunaron animales salvajes, y tan sólo en una ocasión, de noche, un guardia oyó en la espesura la voz cercana de un jaguar; pero, aun cuando lleváramos caballos, el animal no nos siguió, y nuestros acompañantes indios pensaron que se trataba de un signo favorable.

Que hubo suficiente para que comiéramos tanto nosotros como los soldados y nuestros guías, porque llevábamos cecina y tostadas de maíz, y además los guías buscaron para nosotros frutos comestibles en la selva, y en varias ocasiones fueron de caza y nos trajeron araguatos muertos, y en el cuarto día abatieron con sus flechas a un venado, cuya carne distribuimos a partes iguales entre los soldados, y los cazadores recibieron el doble.

Que en el quinto día de camino, mientras la expedición descansaba, uno de los guías, Gaspar Xiu, se sentó a mi lado y me preguntó en susurros si sabía la razón por la que fray Diego de Landa nos había encomendado el viaje. Que tuve presente la circunspección que se pedía de nosotros y le respondí que se nos había encargado la búsqueda de ciertos libros y su transporte hasta Maní, y que no sabía nada más. Que Gaspar Xiu me miró largamente y entonces se marchó, y me quedé con la impresión de que no me había creído.

Que al día siguiente, en el que yo cabalgaba en la retaguardia de la expedición con el fin de vigilar los carruajes, el otro guía, el mestizo Hernán González, me exhortó a quedarme más atrás para que nuestros compañeros de viaje no nos oyeran, y me reveló que en ciertos territorios mayas, y muy especialmente en Mayapán, Yaxuna y Tulum, los soldados españoles habían quemado libros e ídolos de los indios. Que el tal Hernán González me preguntó por qué actuaban de ese modo y si se me habían impartido a mí instrucciones semejantes. Que yo, aunque me imaginara el motivo por el que fray Diego de Landa nos había encomendado el viaje, le respondí al segundo guía lo mismo que al primero, a saber, que fray de Landa no había requerido de mí que quemara manuscritos ni estatuas, sino que los llevara hasta Maní sin que sufrieran daño alguno, y que no sabía con qué fin.

Que al día siguiente hablé con mis compañeros, los señores Vasco de Aguilar y Núñez de Balboa, y me apercibí de que nuestros guías indios les habían preguntado lo mismo a ellos, si bien ni el uno ni el otro sabían más que yo sobre las metas de nuestra expedición; y que yo, obediente a las órdenes de fray Diego de Landa, y también a la voz de mi ángel custodio, tampoco les informé a ellos sobre mis suposiciones. Que luego se vio que dichas suposiciones tan sólo en parte respondían a la realidad, y que dicha realidad era inimaginable y siniestra en una medida que yo no hubiera osado creer...

Dejé las páginas y el diccionario a un lado, y miré el reloj: las manecillas indicaban la una y media. Tenía la garganta seca. Habitualmente, cuando trabajo de noche, me tomé el té mucho más temprano, hacia las once. Así, me puse en pie y nadé en la penumbra que bañaba el piso hasta llegar a la cocina.

Me tomo el té nocturno como una especie de ritual. Me da la oportunidad de olvidarme durante veinte minutos de los secretos de la vida interior de una lavadora, o de las posibles sanciones contractuales por la no entrega de unos muslos de pollo.

Caliento siempre el agua en una cocina de gas. El cazo para calentar el agua hace juego con el piso: también es viejo y evoca con inusitada fuerza los recuerdos del hogar. Es de color rojo, con adornos de esmalte blanco, y tiene una boquilla ancha en la que se coloca un vistoso silbato antes de ponerlo al fuego. Para sacarlo del fogón y levantar la tapadera empleo siempre una manopla de cocina acolchada igualmente roja. Saco el té del paquete con una cucharilla de mango en espiral y lo pongo a hervir en una tetera pequeña de porcelana azul marino, trabajada a mano, que hace mucho tiempo alguien me trajo de Tashkent.

Poner dos cucharaditas de hojas de té desmenuzadas en la tetera enjuagada y seca, verter agua caliente, cubrir con la tapadera y aguardar con paciencia durante cinco minutos. Un vapor atrayente y aromático escapa por debajo de la tapadera y por la boquilla, pero no hay que apresurarse: mejor esperar a que el té acabe de hacerse.

Normalmente, para pasar el tiempo, hojeo los periódicos que he comprado a lo largo del día. Pero esa noche fue distinto. Como de costumbre, abrí el *Izvestia* y me puse a leer mecánicamente uno de los artículos, pero las menudas letras del periódico se me escapaban de los ojos y me perdía entre las líneas. En vano trataba de concentrarme: el sentido del artículo desaparecía bajo la espectral maraña de ramas y lianas de la *selva* por la que se habían adentrado los señores De Aguilar y De Balboa, así como el anónimo narrador. Al cabo de unos segundos me di cuenta de que me había quedado mirando, sin ver nada, una foto que ilustraba un artículo acerca de un gigantesco tsunami en el Sudeste Asiático. Sin prestarle un especial interés, pasé por encima del texto y cerré el periódico.

Estaba mucho más intrigado por saber por qué el propietario del extraño fragmento se había dirigido a una agencia de traducción de lo más ordinario. Durante todos los años en los que había trabajado para aquel despacho no me

habían encargado nunca nada semejante. Tenía entendido que los textos como ése solían ir a manos de gentes de otra clase: por ejemplo, profesores universitarios que analizaban hasta sus detalles más nimios los relatos sobre las expediciones de Cortés y con eso pergeñaban sus tesis doctorales. Por lo común, los escritos de ese tipo apenas si salen de los archivos de las bibliotecas académicas. Allí los guardan en vitrinas con un microclima especial. Por supuesto que algunos de ellos deben de ir a parar a las trastiendas de anticuarios, y que algún día pueden caer en manos de un coleccionista afortunado. Pero si alguien contaba con medios suficientes para adquirir un libro como ése, ¿por qué lo había dejado en manos de un traductor desconocido?, ¿de un traductor capaz de dañar, e incluso de perder ese volumen sin precio? ¿Por qué no le había encargado a un profesor universitario que lo tradujera en su propia casa? Un profesor sí trataría con el respeto adecuado sus páginas viejas y quebradizas, y sería capaz de entregarle, no sólo una traducción correcta, sino también los imprescindibles comentarios. ¿Cómo habían podido confiárselo a un lego?

Por último, tampoco se entendía que el presunto coleccionista hubiera cortado sin piedad las páginas del libro. ¿Y si resultaba que era yo quien sobrestimaba su valor? ¿O podía ser que el propietario lo hubiese adquirido en ese estado? ¿O que no quisiera poner el tomo entero en manos de un lector demasiado curioso?

El té estaba hecho por fin. Lo serví con el colador en mi taza favorita, una en forma de cántaro con el cuello estrecho (para que el té tarde más en enfriarse), y regresé rápidamente a mi cuarto, donde, a la cálida luz de la lámpara del escritorio, el noble y todavía anónimo descubridor se mecía sobre la crujiente silla de montar y esperaba con dignidad a que terminara con mis asuntos y me entregara de nuevo a él para escuchar su relato.

Que nuestra partida, a medida que avanzábamos hacia el sudoeste, encontraba dificultades a ojos vistas cada vez mayores, y que los soldados, aun cuando lleváramos alimento suficiente para todos ellos, empezaban a murmurar. Que le pregunté a uno de ellos y me apercibí de que estaban enterados del propósito de nuestra empresa, y que éste había malhumorado grandemente a varios de ellos. Que tanto los señores Vasco de Aguilar y Gerónimo Núñez de Balboa como yo mismo nos maravillamos al oírlo, pues todos los soldados que se habían confiado a nuestro mando estaban habituados a tareas sumamente difíciles; entre ellos se contaban varios con los que yo mismo había pasado a fuego aldeas rebeldes.

Que el soldado a quien interrogamos nos confesó sin ambages que la agitación se

debía a ciertos rumores de que los dioses indios nos maldecían a todos nosotros si echábamos mano de sus libros sagrados. Que me imaginé quiénes podían haber esparcido los rumores, pero resolví no castigarlos de manera inmediata, ni pedir cuentas a los murmuradores. Que fray Joaquín se contentó con decirle que no debía temer a los ídolos, puesto que estaban hechos tan sólo de madera o de piedra, sino a la cólera del Señor, que golpea con su temible poder a cuantos olvidan que El es el único Dios verdadero por todos los tiempos; y añadió que, si Satanás osara conspirar contra los cristianos bajo la máscara de dioses indios, la Santa Virgen María había de protegernos contra las malicias del diablo.

Que tan buen punto el soldado, presa de la vergüenza, se marchó, fray Joaquín puso todo su empeño en que lo mandáramos azotar, así como en que buscáramos a todos los que se habían entretenido en charlas pecaminosas y les diéramos muerte por medio de la horca. Pero ni yo mismo, ni los señores Vasco de Aguilar y Núñez de Balboa le dimos nuestro acuerdo, porque nos temíamos un motín y no queríamos quedarnos sin guías, puesto que nos habíamos adentrado mucho en la selva. Que, en vez de ello, al caer la noche, hice llamar al mestizo Hernán González y ordené que ni él ni los otros guías volvieran a hablar de esas cosas, como si tuviéramos que temer las malicias de los dioses indios; pues no era conveniente que ni él, ni Gaspar Xiu, ni Juan Nachi Cocom, cristianos bautizados todos ellos, creyeran tales cosas; y lo amenacé con la hoguera. Que me aseguró no haber creído jamás en los dioses de los mayas ni haberlos temido, puesto que se había mantenido por siempre fiel a Nuestro Señor Jesucristo y a la Santa Virgen María; pero, al marcharse, se volvió hacia mí una vez más y me murmuró que no sabía yo lo que hacía.

Que al día siguiente cesaron las habladurías, pero al punto fuimos víctimas de una nueva desgracia. Que el ancho camino por el que marchaba nuestra partida empezó a estrecharse hasta reducirse tan sólo a un sendero común, por el que podía pasar un caballo con su jinete, pero no un carro. Que, tras alguna discusión, nos resolvimos a cortar los arbustos y árboles que se hallaban al borde del sendero, a fin de abrir camino para nuestros carros, pero la cosa nos llevó tanto tiempo que, al llegar la noche, después de que los soldados, junto con los indios, emplearan el día en despejar el camino, habíamos recorrido no más de media legua.

Que, por ese motivo, resolvimos al día siguiente dejar los carros con un cuerpo de guardia y un guía, después que hubimos despejado a su alrededor un lugar lo bastante grande para que se pudiera proceder a su defensa en el caso de un ataque inesperado, tras lo cual seguimos adelante con veinticinco hombres y dos de los indios, a fin de explorar los alrededores y descubrir si faltaba mucho para que terminase la espesura. Que elegimos, para dejar los carros y la guardia, un lugar en el que se hallaban varios ídolos de piedra, porque allí crecían pocos árboles y ello nos facilitó el trabajo. Que permanecieron en el claro, bajo las órdenes del señor Gerónimo Núñez de Balboa, diez ballesteros, tres soldados con arcabuces, dos montados y el indio Gaspar

Xiu, con los carros, mientras que los demás se pusieron en marcha conmigo y con el señor Vasco de Aguilar.

Que acordamos regresar, como mucho, en un plazo de tres días, pero que ellos nos esperarían cuando menos durante una semana, y que tan sólo pasado ese tiempo regresarían a Maní. Que fray Joaquín se decidió a ir con nosotros y bendijo a los que se quedaban atrás. Que nosotros, tan pronto como nuestros compañeros hubieron plantado sus tiendas, nos despedimos, y nos marchamos a la mañana del día siguiente.

Que no volví a ver jamás ni al noble y valeroso señor Gerónimo Núñez de Balboa ni a ninguno de los soldados que se quedaron con él, ni vivos ni muertos.

Consulté de nuevo el reloj: ya eran poco más de las cuatro. Aunque a esa hora suelo ir a la cocina para prepararme una cena, no tenía hambre. Lo único que me interesaba era volver a la narración.

No comprendí hasta mucho después las intenciones del autor de aquellas páginas: su historia se asemejaba a un cenagal. En cuanto alguien entraba en ella —y no era necesario leer el libro desde el principio— se hacía casi imposible dejarla. Parecía que el autor hubiera tendido lazos entre sus líneas y atrajera hacia ellos al lector incauto con misteriosas promesas. Una y otra vez insinuaba los portentos con los que se había encontrado, y no permitía ni la más insignificante duda de que los acontecimientos narrados eran verídicos.

Me acuciaba más y más la tentación de no traducir el relato párrafo a párrafo, sino leérmelo hasta el final. En realidad, eso es lo que hago siempre, para captar desde el principio el sentido global de los textos. Pero en aquella ocasión el lenguaje era demasiado complicado, y tenía miedo de saltarme las palabras desconocidas, que constituían más de la mitad del texto. Tenía miedo de que me pasara por alto un detalle importante que fuera clave para la comprensión de todos los misterios posteriores.

Cuanto más leía, más claro estaba que había tropezado con un escrito fuera de lo corriente. No sabía muy bien por qué. estaba firmemente convencido de que no se trataba de una novela de aventuras del siglo XVIII, ni del XIX, ni se me habría pasado por la cabeza la posibilidad de que alguien la hubiera hecho llegar a mis manos a modo de broma. No. En aquellas hojas, en aquellas letras, en aquellas frases, todo era auténtico: el corte irregular del papel, las diferencias entre las letras que se hacían evidentes bajo la lupa, el tono áspero, preciso, militar de la narración.

Mientras aún dudaba si volvería a la cocina para calentar el agua de los

espaguetis, mis ojos, como atraídos por un imán, volvieron al lugar donde se había interrumpido la traducción. La cosa estaba decidida.

Que antes de que oscureciese habíamos llegado al lugar donde terminaba la selva. Que al salir de la selva nos encontramos en la elevada orilla de un río desconocido, no muy ancho, pero sí de curso muy veloz, con aguas transparentes de color verdoso. Que la empinada cuesta de la otra orilla conducía a terreno abierto donde tan sólo crecía hierba rala, y en lontananza se columbraban montañas con barrancos escarpados.

Que el señor Vasco de Aguilar y yo mismo deliberamos y resolvimos que emprenderíamos el regreso antes de que anocheciese, y no nos detendríamos hasta que nos sorprendiera la penumbra. Que mientras hablábamos se oyó en el Noreste, de dónde veníamos, un lejano estruendo que tomamos por el disparo de un arcabuz, una señal de alarma de los compañeros que se habían quedado con los carros. Que, sin embargo, uno de nuestros guías trepó a un árbol para tratar de ver lo que ocurría, y nos indicó que por el lugar de donde venía el estruendo se acercaba una tempestad.

Que los dos indios, así como los soldados que habían servido durante más de un año en Yucatán, se maravillaron sobremedida, porque aún faltaban varias semanas para la estación de las lluvias y en ese tiempo era extraño que hiciera mal tiempo.

Que al cabo de un tiempo oímos de nuevo el mismo estrépito en el nordeste, pero en esta ocasión fue más claro que se trataba de un trueno, porque su origen era más cercano. Que, en menos de media hora, nubes oscuras cubrieron el cielo, y que, en el lugar donde nos hallábamos, empezó a llover con fuerza, estallando una tempestad con rayos y truenos.

Que, a causa de la tormenta, ese día no pudimos regresar, y nos resolvimos a pasar la noche en el lugar donde nos encontrábamos. Que abandonamos la selva para plantar las tiendas. Que la tempestad atronó durante la noche entera y que los rayos nos pasaban sobre la cabeza. Que uno de los soldados desobedeció nuestras órdenes y corrió a refugiarse bajo un árbol, donde lo alcanzó uno de los rayos y murió, cosa que inspiró no poco terror entre los indios, y también entre el resto de los soldados.

Que al día siguiente el cielo volvía a estar despejado y el sol brillaba con un calor abrasador. Que dimos sepultura al soldado muerto de acuerdo con los usos cristianos y fray Joaquín le leyó la misa funeral y rogó por el perdón de sus pecados. Que, cuando regresamos al sitio donde dejamos los carros con la guardia, los soldados volvieron a hablar de los ídolos de los indios, así como del rayo que había dado muerte a su compañero. Que en todo momento procuré que ambos guías se quedaran a mi lado para impedir que propagasen habladurías, pero que, con todo, los soldados no dejaron de murmurar.

Que hallamos sin ningún esfuerzo el camino que nos llevaría al campamento, aun cuando la lluvia hubiera reblandecido el suelo; que, con todo, al llegar al claro no encontramos persona alguna. Que ordené a los soldados que aguardaran en el lugar donde se encontraban, y que fui con el señor Vasco de Aguilar y los dos indios a examinar el claro, así como el camino que desde éste se alejaba en la dirección opuesta. Que no descubrimos indicio alguno de lucha, ni objetos abandonados, ni ningún otro rastro, ni las huellas de las ruedas de los carros, ni de los cascos de los caballos. Que anduve por el camino con la esperanza de hallar a algún miembro de nuestra partida, o por lo menos alguna pista, pero al cabo de media hora no había encontrado a nadie y regresé.

Que los guías, durante mi ausencia, descubrieron algo que no habíamos visto en un primer momento, y era que uno de los ídolos de piedra, que se hallaba entre los árboles, cubierto por el denso follaje, tenía manchas de sangre seca. Que pensé al instante en Gaspar Xiu y sospeché que nos hubiera traicionado, y tuve la intención de ordenar que se prendiera a los otros dos, cuando, antes de que pudiera hacerlo, llamó el señor Vasco de Aguilar, quien había descubierto un claro más pequeño algo apartado del principal.

Que en dicho claro había una gran piedra cuadrada con una cavidad en su centro y surcos que partían de ésta y llegaban hasta los bordes. Que sobre la piedra yacía nuestro guía Gaspar Xiu, con el cuerpo totalmente desnudo y el pecho abierto de una cuchillada, y que se le había extraído el corazón y no pudimos encontrarlo por ninguna parte.

Que acordamos no contarles nada a los soldados y prohibir a los guías, bajo la amenaza del patíbulo, que hablaran de ello, y acto seguido nos marchamos a toda prisa de aquel lugar y nos pusimos de nuevo en marcha hacia el Sudoeste sin volver la cabeza.

Al otro lado de la ventana murmuraba la lluvia, pero, a diferencia de lo que suele ocurrir en la estación seca en la península de Yucatán, no resultaba extraña en el mes de octubre en Moscú. Me apresuré a pasar la última página, con la expectación de ver el inicio del siguiente capítulo. Pero lo único que me encontré fue una extrañísima criatura, dibujada a mano con trazos que parecían de aficionado. Era una figura fea, con la nariz larga, que estaba sentada con las piernas extendidas y una mano apoyada en el suelo. Tendía la otra hacia adelante, con la palma vuelta hacia arriba. Le colgaba de la garganta una cadena con un talismán. Al pie del dibujo se leía «Chaac». No encontré esa palabra en ninguno de los diccionarios, ni esa noche, ni al día siguiente, mientras acababa de darle forma a la traducción en la biblioteca y la releía para corregirla.

En cuanto hube terminado, complementé la traducción con una copia no muy afortunada del dibujo, le añadí el rótulo «Ilustración 1» y dejé su pie sin traducir. Luego coloqué ordenadamente los originales en la carpeta de donde los había sacado y miré el dibujo por última vez antes de cerrarla. El gnomo que éste representaba tenía en el rostro una sonrisa maliciosa y triunfal. Sin entretenerme más, le puse el cierre de latón a la carpeta y empecé a vestirme.

Tenía sobre la mesa dos montones idénticos de papeles: la versión final, tecleada, de mi traducción del segundo capítulo de un libro cuyo título aún no conocía, y, al lado de ésta, una copia. Uno de los dos desapareció dentro de una bolsa junto con la carpeta de cuero. En el contrato no decía que no pudiera conservar una copia.

LA TAREA

Ese día y el siguiente la lluvia repiqueteó contra los cristales de la ventana, y me azotó a través del impermeable cuando iba de camino a la agencia con la esperanza de que me ofrecieran un nuevo capítulo del libro. En cuanto hube entregado la carpeta acompañada de la traducción, recibí mis honorarios... la suma completa. Pero, cuando pregunté por la continuación, el empleado negó con la cabeza.

—Por ahora no hay nada. Pero tengo unos cuantos contratos de entrega de pralinés y cigarrillos.

Abrió un cajón y sacó varias carpetas de plástico transparente, repletas de hojas DIN-A4 impresas, y me miró de reojo. Sin duda alguna esperaba a que, como de costumbre, le demostrara efusivamente mi gratitud.

—¿Contratos? Ah, ya... —Logré dominarme, articulé un «gracias» y cogí los documentos. Estaba claro que la decepción se había hecho perceptible en mi voz, porque mi interlocutor me reprendió con frialdad:

—En este momento no tenemos encargos de tarifa triple.

—Sí, claro. Discúlpeme, por favor, estaba ensimismado. —Me esforcé para que el tono de culpabilidad fuera reconocible en mi voz. Pero, en realidad, acababa de pensar que los contratos podían ser una buena justificación para dejarme caer de nuevo por allí al cabo de un par de días y preguntar si por casualidad había llegado el tercer capítulo.

—A propósito —siguió diciendo el hombre, y su voz me resultó algo más humana—. ¿Qué había en la carpeta? Después de que se marchara me picó la curiosidad.

—¿En la carpeta? —Había recobrado por fin el control sobre mí mismo y me obligué a sonreír—. Tenía usted razón: tan sólo documentos de archivo.

—Ah, sí, claro —dijo el oficinista, y asintió con la cabeza. Estaba a punto de salir cuando me llamó en tono indeciso—: ¿Sabe usted una cosa? Nuestro traductor de español todavía no ha entregado su parte. Y tampoco responde al teléfono.

Murmuré alguna frase que no me comprometía a nada, corrí escaleras abajo y salí a la calle. Estaba como un niño a quien le han prometido un camión de bomberos con lucecitas azules y sirenas como regalo de Año Nuevo⁵ y al final tiene que contentarse con una miserable tableta de plastilina.

Ni siquiera sabía si esa historia tenía una continuación, y, en el caso de que la tuviera, tampoco estaba seguro de que su propietario la confiara a la misma agencia, sobre todo después de que ésta encargara uno de los capítulos a un traductor descuidado que no merecía confianza alguna. Yo mismo, si hubiera estado en su lugar, no habría vuelto a poner los pies en aquel despacho. Así tendría que acostumbrarme a la idea de que el trabajo en aquel libro había tenido un interés fuera de lo ordinario, pero que la vida seguiría adelante sin él. Y si tanto me fascinaba el mundo de los mayas, y de las relaciones escritas por los conquistadores españoles, ¿por qué no me iba simplemente a comprar unos manuales de Historia que hablaran sobre Cortés? ¿O una crónica de los pobladores originales de América del Sur?

Comprobé, con gran sorpresa por mi parte, que no se encontraba en ninguna librería un libro serio sobre la conquista de la península de Yucatán por los españoles. Lo que encontré fueron deplorables libros como *Los misterios de la cultura de los mayas* por un tal Reinhard Kümmerling, en el que no se empleaba ni una sola palabra en hablar de su cultura. El autor se contentaba con deplorables fotos de cráneos, pirámides a medio desmoronarse y campos para juegos de pelota invadidos por la jungla, así como una detallada lista de las ciudades abandonadas donde se habían tomado las fotografías y descubiertos los yacimientos arqueológicos.

Pero, al fin, un casual descubrimiento me empujó a comprar el libro. En la introducción, Kümmerling citaba como de pasada al obispo franciscano Diego de Landa, quien, por lo visto, era una figura histórica y había sido en su tiempo director de su orden en la ciudad de Izamal, en Yucatán. Se hablaba también brevemente de cierto auto de fe que había sido motivo de que se ordenara su regreso a España, donde las máximas autoridades eclesiásticas habían estudiado el caso. Sin embargo, se llegó a la conclusión de que su proceder había sido correcto, y fray Diego de Landa regresó a Yucatán, que era ya su segunda patria, para asumir en sus años de ancianidad el merecido rango de obispo.

Por desgracia, el texto no narra con detalle los acontecimientos en los

⁵ En Rusia, las celebraciones de Año Nuevo tienen una importancia social muy superior a las de Navidad. Por ello, el árbol adornado se suele llamar «Árbol de Año Nuevo» y los regalos de Ded Moroz, equivalente ruso de Santa Claus / Papá Noel, también llegan en esas fechas. (*N. del t.*)

que había estado envuelto el guardián del convento de los franciscanos, aun cuando su nombre volviese a aparecer en unos pocos pasajes, sobre todo en referencia al desciframiento de la escritura de la que se servían los indios mayas. Al parecer, era el primer europeo que había sabido leerla.

Pero, posteriormente, se demostró que el sistema de descodificación de fray Diego de Landa era defectuoso. La eficacia de nuestro alfabeto había hecho creer al anciano que todos los pueblos del mundo debían emplear sistemas de signos semejantes, incluidos los habitantes de Yucatán. De acuerdo con el sistema que desarrolló y perfeccionó, cada una de las «letras» de la lengua de Yucatán tenía un valor fonético familiar al oído español. En *Los misterios de la cultura de los mayas* Kümmerling ofrecía una lista completa de dichos signos en una página doble, quizá tan sólo para llenar espacio, porque en la página siguiente criticaba ya el sistema de fray Diego de Landa y citaba los comentarios de lingüistas modernos: los signos de la lengua de Yucatán no representaban sonidos concretos, sino que funcionaban como jeroglíficos, cada uno con su propio significado.

Esto me trajo a la memoria las estelas cubiertas de extraños signos de las que hablaba el autor de la narración. De acuerdo con todas las apariencias, había conocido a fray Diego de Landa en persona y éste le había dicho que era capaz de descifrar la lengua de Yucatán. Por supuesto, el librito de Kümmerling no era más que uno de tantos intentos de vender los resultados de laboriosos estudios arqueológicos a un público que se interesaba sobre todo por los ovnis y el monstruo del lago Ness, en un envoltorio que, en la medida de lo posible, pudiera resultarle atractivo. Pero la cáscara, aparentemente sin valor, escondía un fruto sin precio, un dulce meollo, lo que yo buscaba: la confirmación de que la fascinante historia en la que había trabajado no era ficticia. Si aparecían en ella figuras históricas, era probable, por lo menos, que el autor y el protagonista de la narración no hubiera nacido de la fantasía de un literato, ni de un estafador, sino que hubiera vivido de verdad.

La mención de fray Diego de Landa hacía que la extraña desaparición de los quince soldados capitaneados por Balboa y la tremenda muerte del guía indio pareciesen más creíbles. No se me ocurrió que hubieran intervenido fuerzas sobrenaturales. Con toda seguridad, el autor debía narrar en alguno de los capítulos ulteriores lo que en realidad había sucedido.

Hojeé rápidamente el librito hasta su última página sin encontrar nada más que me pareciera significativo, lo coloqué en mi estante y me puse a trabajar en las nuevas traducciones. Estaba decidido a emplear mi próximo día libre en un estudio minucioso de la conquista española, así como de la geografía de la península de Yucatán.

Pasé las tres noches siguientes entre pralinés y cigarrillos. Seguramente habría podido trabajar más rápido, pero retrasé deliberadamente el día de la entrega. Así habría más probabilidades de que el día que fuera al despacho me esperara allí una gruesa carpeta de cuero con un monograma dorado.

De noche, mi reflejo en la ventana recobró su aspecto habitual. Bregué con la normativa rusa sobre golosinas y con las cláusulas del contrato sobre la proporción máxima autorizada de conservantes. Me sacudía mi plúmbea fatiga a base de té negro. Echaba el doble de lo normal en la tetera. Cuando traté de leer un artículo de periódico sobre las víctimas del tsunami en Asia, cuyo número ascendía ya a cientos de miles, flotaron ante mis ojos unas letras españolas, antiguas, adornadas con arabescos, y en el crujido quejumbroso de mis muebles viejos y reseco me pareció oír el de las jarcias de los mástiles de las carabelas españolas.

Mi pequeña argucia funcionó: cuando al día siguiente llegué al despacho llevando en la mano el producto de mi esforzada contribución a las relaciones comerciales ruso británicas, eché una breve mirada al empleado. No estaba, como de costumbre, sentado frente al ordenador, ni jugaba al solitario, sino que caminaba nervioso de un extremo a otro por el pasillo que se hallaba tras el mostrador de recepción. La expresión de su rostro transmitía desconcierto.

Aún me encontraba en el umbral cuando me llamó:

—Tengo trabajo para usted.

—¿Un folleto de instrucciones, o un reglamento? —le pregunté sumisamente.

—Ese cliente de hace poco volvió a pasar. El del texto en español. Alabó mucho su traducción y cuenta con que sea usted quien se encargue de la parte que viene después. Y además nos ha exigido que le subamos los honorarios en un veinticinco por ciento. Ha dicho que es sumamente importante que sea la persona adecuada quien traduzca el texto y que está dispuesto a pagar lo que sea por ello.

Pregunté con fingida indiferencia:

—¿Han tenido problemas por la primera parte que no les han entregado?

—A ver qué le parece esto: nos dijo que no nos preocupáramos. Dijo que él mismo... no, dijo que nosotros, o sea, ellos... dijo que ellos mismos se encargarían de encontrarla.

Asentí con la cabeza. Sin decir palabra, me entregó la carpeta marrón y se volvió a ocupar de sus cosas. Entendí que la audiencia había terminado y me marché a toda prisa.

Escenifiqué mi regreso a la península de Yucatán con toda solemnidad. Me serví un té recién hecho y un plato con unas galletas, sintonicé una emisora en lengua española con la vieja radio, embuté los pies en un par de cómodas zapatillas de fieltro y sólo entonces me senté al escritorio. Tras las alabanzas del empleado y —motivo de alegría aún mayor— la elevada paga, no me habría sorprendido nada encontrar en la carpeta un sobre sellado con lacre, y dentro de éste una carta personal que me explicara la meta y el significado de mi trabajo. Pero la carpeta sólo contenía un nuevo montón de páginas de libro con manchas amarillentas, cortadas con sumo cuidado, en las que se apelonaban las letras góticas ya familiares, algo desvaídas. El encabezamiento de la primera página rezaba: «Capítulo III».

Que después de los portentosos, y a la vez terribles acontecimientos que se han descrito en el capítulo anterior, nuestra partida reanudó la marcha hacia los territorios sudorientales de la tierra de los mayas, y que llegó en seguida al mismo río en el que un día antes se había detenido la fuerza de reconocimiento que habíamos comandado el señor Vasco de Aguilar y yo mismo. Que el tiempo fue clemente con nosotros, puesto que, mientras no empezó la estación correspondiente, no hubo más lluvias que la de aquel día.

Que la duda y el descontento crecían en nuestra partida, y los soldados se preguntaban a dónde habrían ido sus compañeros, así como los carros que habíamos dejado atrás. Que el señor Vasco de Aguilar y yo mismo les respondimos que los que se habían quedado con Gerónimo Núñez de Balboa habían resuelto regresar a Maní, y que yo mismo había encontrado un rastro de roderas y huellas de cascos que las copas de los árboles habían protegido de la lluvia. Y añadí que Vasco de Aguilar y yo habíamos hallado una nota del señor Núñez de Balboa que explicaba que quería iniciar el camino hacia Maní por cuanto se había declarado una fiebre entre sus gentes; y que el origen de esa peste no podía hallarse lejos del lugar donde se habían detenido, por lo que nuestra partida tenía que alejarse de él cuanto antes posible.

Que muchos de ellos creyeron esta historia, porque parecía más verosímil que lo que en verdad habíamos descubierto. Que dimos cuenta de la verdad tan sólo a fray Joaquín, el hombre de confianza de fray Diego de Landa, pero que a todos los demás les hablamos en todo momento de las tales fiebres. Que únicamente nuestros guías indios dudaron de esta historia, pero por miedo al castigo no dieron a conocer lo que sabían.

Que alcanzamos de nuevo el río, cuyo nombre he olvidado aunque los guías me

lo dijeran, y que sin esfuerzo alguno cruzamos por un trecho apenas profundo. Que el indio Juan Nachi Cocom nos advirtió que el río se llenaría de agua en plena estación de las lluvias y que atravesarlo de vuelta sería entonces empresa harto difícil; y que igualmente nos costaría pasar por los cenagales que se encontraban más allá y que por ello no podíamos perder ningún tiempo; que, al no llevar ya los carros con nosotros, teníamos que sacar partido de ello y caminar con mayor presteza.

Que junto con los carros habíamos perdido las provisiones para el viaje y los guías tenían que cazar también para dar de comer a los soldados. Que de ordinario capturaban pajarillos y que plantaban trampas con ese fin mientras la partida reposaba; que de vez en cuando también lograron abatir algún ciervo con sus flechas y venablos.

Que deambulamos durante dos o tres días por tierra abierta, y que entonces, por primera vez en una semana, hallamos seres humanos. Que éstos nos recibieron con desconfianza, aun cuando hablaran el mismo dialecto que nuestro guía y pudiéramos entendernos con ellos. Que ordené a mis gentes que mantuvieran el dominio sobre sí mismos y no echaran mano de sus mujeres ni de sus propiedades, pero, con todo, los indios no nos autorizaron a entrar en su aldea. Que por mediación de nuestros guías logramos ofrecer en trueque algunas de las cosas que llevábamos a cambio de harina de maíz, tortas y frutas; y que los indios nos exigieron a continuación que nos alejáramos de su aldea.

Que, al llegar la noche del susodicho día, mientras reposábamos, le pregunté a uno de los guías, a saber Hernán González, por qué nos habían tratado los indios de tal manera, aun cuando no hubiéramos atacado ninguna aldea de su tribu en el curso de nuestro viaje ni tampoco hubiéramos luchado contra ellos. Que supuse que otra partida había transitado poco antes por el mismo paraje y con su arbitraria crueldad había alzado de nuevo contra los españoles a los mismos indios que el señor Pedro de Alvarado pacificara hacía treinta años.

Que Hernán González me respondió que hacía mucho tiempo que ninguna partida española se adentraba por aquellas tierras, pero que los indios nos trataban de esa manera porque sus sacerdotes les habían dicho con qué motivo y qué propósito nos habíamos puesto en camino. Temían que sus dioses los maldijeran si nos ayudaban, y que también nuestra partida quedara maldita si poníamos en práctica nuestros propósitos.

Que tuve la intención de ordenar que se azotara a Hernán González por haber repetido tan impíos rumores, pero renuncié a mí resolución y lo dejé marchar, no sin ordenarle que no contara a nadie lo que había oído.

En esta ocasión estaba dispuesto a prolongar el goce en la medida de lo

posible. ¿Por qué habría tenido que poner fin en un solo día a mi aventura en Yucatán? Quería disfrutar el nuevo capítulo y tomarme tiempo para meditar lo que leía e imaginarme la continuación de los acontecimientos.

Ordené las páginas en un montón, me levanté y anduve pesadamente hasta la cocina. Quería tomar un bocado mientras los conquistadores españoles reposaban. En la nevera no había carne de ciervo ni de araguato, y me contenté con sacar unas patatas para hacerme un gratinado: primero las cocí y luego las dejé enfriar, seguidamente las corté en rodajas, las bañé en nata agria, las cubrí de queso rallado y las puse en la sartén. Mientras se hacían, me quedó un rato libre para entretenerme a mis anchas, y en ese momento nada me interesaba tanto como imaginarme yo mismo todas las cosas que el autor del relato no había considerado dignas de mención.

Ese cielo de color azul plúmbeo en el que las estrellas y la luna son tan distintas de las de España... yo ya sabía que en América Latina los astros se ven de otro modo, pero no tengo nada claro que eso se deba tan sólo a encontrarse en el hemisferio sur. Aquí nadie ha oído jamás que en la superficie de la luna se pueda reconocer un rostro humano; en cambio, el continente entero piensa que el cráter y los mares de nuestro satélite reproducen la silueta de un conejo. Con orejas.

Y las estrellas están más cerca de nosotros.

Allí, el estrecho sendero, que quién sabe quién habrá pisado, y cuándo. Lo siguen tras abandonar la aldea hostil. Un camino inseguro y traidor, que de improviso se pierde en la espesura. Ahora tendrán que ser los hombres quienes se abran paso: con sus machetes cortan gruesas lianas de las que se desprende un jugo pegajoso de olor fuerte. El sendero se adentra cada vez más en la jungla, se bifurca, y en ocasiones se trifurca, y sus ramificaciones los conducen hasta cenagales, callejones sin salida, los llevan hasta extraños lugares santos, claros donde ídolos de piedra hambrientos y espíritus malignos acechan a los viajeros desprevenidos. Sus serpenteos y sinuosidades los guían de súbito hasta un trecho que habían recorrido ya... ¿o sólo lo parece? A veces es muy difícil reconocer los márgenes del camino; ¿se encuentran todavía en un sendero?, ¿o simplemente andan en una dirección por donde escasean los árboles? A veces se ensancha de pronto y parece que haga muy poco tiempo que alguien lo ha transitado. Pero ¿quién?

Esta selva es un lugar misterioso, impenetrable, donde crecen árboles desconocidos y maravillosos, tronco tras tronco, y el escaso espacio libre que

queda entre sus raíces se puebla de arbustos y enredaderas. De sus ramas nudosas penden frutos nada comunes y de gran peso. El hombre que prueba uno de ellos recibe una potencia sexual que le dura hasta edad avanzada, mientras que el que muere otro, muere allí mismo entre horribles espasmos. Apenas visibles en la espesura, pero a escasos metros, lo bastante cerca como para olerías, se hallan flores gigantescas, hinchidas de color, cuyo aroma hace perder el sentido.

Es una selva que rebosa vida, en contraste con los mustios pinares de los remotos cerros de España, con los olivares que el sol ibérico ha dejado reseco, con los bosquecillos miserables y esqueléticos de las latitudes meridionales. La selva respira, se mueve; en ella bulle la vida de día y de noche, persigue incansablemente a los vagabundos con centenares de ojos: ojos de araña, ojos de felino, ojos de ave...

La selva es la quintaesencia de la vida: en su espesura contemplan la luz del mundo miles de millones de criaturas recién nacidas, al mismo tiempo que otros miles de millones mueren. Se devoran y se sorben los jugos entre sí, se marchitan y florecen, se sacrifican por la crianza de su progenie, se vacían, obtienen sus energías del sol, del aire, de la carne y de la sangre, del agua y del fango para, al fin de su vida, transformarse en abono de esta tierra feraz en la que hormiguean los gusanos y nacen de nuevo en una criatura distinta.

Mientras las rodajas de patata bañadas en nata agria chisporroteaban sobre la llama azul del fogón de gas, mis pensamientos se volvieron hacia la hoguera purpúrea que los españoles habían encendido en uno ciclos claros que ellos mismos habían abierto en el bosque. Me imaginé a los conquistadores sentados en torno al fuego, y el brillo rojizo de sus rostros morenos y correosos con frondosas barbas negras, y los reflejos sobre sus abombados cascos de acero. Allí estaba sentado el señor Vasco de Aguilar: sin saber por qué, me lo imaginaba con el cabello pelirrojo y desgredado, achaparrado y enérgico, siempre dispuesto a desenvainar la espada. No tengo ni idea de dónde saqué esa imagen. Hasta aquel momento, Vasco de Aguilar había figurado tan sólo a modo de compañero del autor, casi sin palabras propias.

A fray Joaquín me lo representaba como un hombre alto, pero de cuerpo encorvado, pálido, de nariz aguileña, como pico de ave de rapiña. Me lo imaginaba con ojos negros, empañados casi siempre por la melancolía, aun cuando centelleaban con justa ira, y ojeras muy pronunciadas, malsanas, producto de largos años de lecturas en las bibliotecas de los monasterios. De acuerdo con las ascéticas costumbres de los franciscanos, vestía un hábito

ceniciento de arpillera, y, en vez de cinturón, un sencillo cordel.

No me había formado ninguna imagen de los guías indios. ¿Vestirían igual que los españoles? ¿O llevaban los atavíos de los mayas? ¿Y cómo debían de ser estos últimos?

Lo más extraño era lo que me ocurría con el autor de la relación. Al pensar en él, me lo imaginaba igual a mí mismo, pero curtido por el sol y musculoso. Me comportaba igual que el niño que lee las aventuras de *El último mohicano*. Al sorprenderme a mí mismo con tales pensamientos, me asaltaba un sentimiento confuso, a medio camino entre una ligera vergüenza y el atrevimiento pueril, como si hubiera jugado en secreto con juguetes que no correspondían a mi edad, pero que me inspiraban una viva alegría.

Rebañé con un trozo de pan los restos de salsa que quedaban en la sartén y me lo metí en la boca. Habría tenido que lavar los platos, pero, qué mala suerte... el clarín nos llamaba a formar y no podía separarme de la expedición.

Que nuestra partida, en tres semanas, había recorrido no menos de treinta leguas. Que el último asentamiento indio por el que pasamos fue Hochob, donde obtuvimos tortas y harina por medio del trueque, y luego nos adentramos nuevamente en la selva y empezó una marcha penosa en extremo. Que el abastecimiento nos resultó cada vez más dificultoso y los soldados empezaron una vez más a murmurar. Que algunos de ellos pensaban que los guías no querían sino llevarnos cada vez más adentro de la selva y que en ella nos aguardaba una emboscada, y que entonces no podrían los caballos ayudarnos a vencer en el combate contra los indios. Que pensaban en sus compañeros desaparecidos, y varios soldados afirmaron que aquéllos no habían regresado a Maní, sino que también habían muerto en una emboscada. Que, entre los españoles, tan sólo el señor Vasco de Aguilar, fray Joaquín y yo mismo estábamos al corriente de que los guías no nos habían traicionado, sino que había ocurrido alguna otra cosa, y que no nos hallábamos en situación de comprender de qué se trataba, y que había intervenido la mano de Satán.

Que pensé mucho sobre lo ocurrido y busqué una explicación, y que incluso pregunté a mis amigos Vasco de Aguilar y fray Joaquín cómo podía explicarse aquello. Que sabía ya que los indios de Yucatán y de otras partes de esa tierra sacrificaban seres humanos, que les abrían el pecho y arrancaban el corazón, y yo mismo había sido testigo de tal cosa en uno de sus pueblos; también en la ciudad de Chichen-Itzá, adonde me habían enviado en varias ocasiones, había visto en algunos de sus templos las piedras sobre las que se realizaban los sacrificios.

Que, sin embargo, ponderé adónde podían haberse marchado todas las gentes que

dejamos con Gerónimo Núñez de Balboa en el caso de que sí hubieran sufrido una emboscada de los indios, y por qué habíamos hallado tan sólo el cadáver del guía Gaspar Xiu, pero ni un único cadáver de soldado, ningún caballo muerto ni carro. Que si habrían sido los propios soldados quienes, presa de la locura, habrían sacrificado a Gaspar Xiu a los ídolos, de la misma manera en que lo hacen los indios, y a continuación habrían huido, y la lluvia habría borrado sus huellas.

Que en ese día, y en el siguiente, y durante algunos más, recé con fray Joaquín por la salvación de sus almas, y que lo hicimos durante algún tiempo, hasta que acaecieron nuevos incidentes que fueron motivo de que no pensáramos más en el destino de nuestros hombres, y descuidáramos del mismo modo muchos otros asuntos.

Que el señor Vasco de Aguilar y yo mismo perdimos la paciencia no mucho más tarde, y preguntamos tanto a Juan Nachi Cocom como a Hernán González si el camino tenía que ser aún muy largo, y por qué la ciudad con templos de la que nos había hablado fray Diego de Landa se hallaba en tan recónditos lugares de la selva, muy alejada de todas las antiguas capitales que, como es público y notorio, se hallan al nordeste y al noroeste de Maní.

Que, en un primer momento, Juan Nachi Cocom no quiso hablar de ello, pero más adelante nos informó sobre un territorio maya prohibido que se hallaba al sur de donde nos habíamos detenido nosotros. Que, al parecer, era allí donde se encontraban las ciudades abandonadas con los templos que debíamos visitar. Que para un indio era ya blasfemia acceder a esos parajes con propósitos impíos, y que había de tener un gran coraje quien no se arredrara ante la venganza de los dioses de los indios. Que él, sin embargo, Juan Nachi Cocom, estaba bautizado y creía en Jesucristo y en la Santa Virgen María, y que por ello había recibido la bendición de su padre espiritual fray Diego de Landa; que por ello nos acompañaría hasta el final, ocurriera lo que ocurriese. Que Juan Nachi Cocom, mientras nos decía todo esto, temblaba como presa de las fiebres y lloraba como un niño.

Aún no disponía de una obra de consulta seria que me informase de la historia de los mayas, pero tenía en el pasillo, abierto sobre el suelo, un atlas publicado a mediados de la década de 1960 por la Academia de las Ciencias de la URSS. Sus autores le habían dado un formato enorme, y con ello lo habían condenado, en cierta medida, a que sus dueños lo guardasen en lugares indignos de tanta obra, porque no había manera de meterlo en una estantería. Yo lo tenía siempre sobre el parqué, al lado de un armario, y allí acumulaba polvo. Medía aproximadamente un metro de largo, con lo que la tarea de hojearlo se hacía difícil. En todas sus páginas había mapas hipsométricos de las diferentes regiones del mundo, Yucatán incluido.

¿Cómo no se me había ocurrido antes? Con él podría seguir la ruta que habían recorrido los españoles. Aun cuando los mapas se hubieran dibujado varios siglos después de que tuviera lugar la expedición, el paisaje no podía haber cambiado mucho. Por supuesto que durante ese tiempo se habían talado millares de hectáreas de selva para el cultivo de maíz y la ganadería, pero la posición de los ríos y las montañas debía ser la misma.

Me tendí en el suelo, con una taza de té recién hecho, frente al atlas abierto. Dejé a mi lado, por si acaso, *Los misterios* de Kümmerling, en los que también se podían consultar algunos mapas de ciudades antiguas y yacimientos arqueológicos. Y así, me puse en marcha con los cincuenta soldados españoles partidos de Maní por el camino que llevaba a los territorios inexplorados del sudoeste.

Por supuesto que en el tiempo en el que partimos de la antigua capital de los mayas existían ya mapas de Yucatán. Hernán Cortés había sometido varias décadas antes a los aztecas en el valle de México, y se había enfrentado a su crueldad y astucia animales con una brutalidad, sagacidad y felonía aún más grandes. Luego había deambulado durante muchos años por América central para reprimir las insurrecciones, saquear, violar y proclamar ante los paganos el poder de la corona española y de la Iglesia católica.

Por otra parte, Kümmerling mencionaba a un tal Pedro de Alvarado, al que también hacía referencia el autor de la extraña relación. Ese conquistador se había hecho famoso al someter a varias tribus indias de Guatemala, y, al parecer, también de Honduras, desde donde anduvo a través de los Andes hasta llegar a Yucatán.

Ambos, Cortés y Alvarado, llevaron cartógrafos en sus expediciones, de tal manera que algunos de los citados territorios estaban bastante bien descritos al cabo de cuarenta años. Sin embargo, al sur de Maní empezaba una selva tan frondosa que los propios nativos de la península se adentraban muy raramente en ella.

Volví al escritorio y releí el segundo capítulo de la relación, y lo comparé con los mapas de *Los misterios*. Una extraña inquietud se adueñó de mí. Coloqué los mapas de Kümmerling al lado de las gigantescas páginas del atlas en las que aparecían las tierras de Yucatán: llanas, de color marrón amarillento, sin más irregularidades que ciertas formaciones montañosas en el sur.

Fue en vano.

En los parajes por los que Juan Nachi Cocom y Hernán González guiaron a los treinta españoles que restaban no había ninguna ciudad, ni siquiera un asentamiento indio digno de mención. Parecía como si la civilización no hubiera

ido nunca más allá del asentamiento de Hochob, que sí logré encontrar al cabo de un rato de buscarlo por el mapa.

Si era cierto que aquellos parajes a duras penas eran transitados en el siglo XX, no podía haber habido en el XVI otra cosa que selva virgen. Millares de kilómetros cuadrados, atravesados por turbios ríos y cenagales putrefactos, plagados de peligros invisibles, prestos a engullir a quien se aventurase por ellos.

—¡Una trampa! —estuve a punto de gritar.

Los guías indios lo habían sabido, eso estaba claro. Igual que el campesino Iván Susanin, que había salvado al zar Miguel de los soldados polacos al guiar a éstos hacia una región de lodos intransitables. Los indios habían guiado a los forasteros hasta unos parajes ignotos, mortíferos, sin importarles el peligro de morir junto a ellos. Juan Nachi Cocom les había mentido, sus lágrimas eran falsas.

Pero ¿qué pudo empujar a unos indios bautizados, en quienes el guardián del monasterio de Izamal confiaba como si fueran sus propios hijos, a aceptar dicha tarea y a traicionar tanto a su mentor espiritual como a la expedición que éste había enviado? En 1613, Susanin había sacrificado su propia vida para impedir que la familia del zar cayera en manos de los invasores que propugnaban otra fe. El secreto que se escondía bajo la traición suicida del mestizo Hernán González debía de ser, indudablemente, mucho más tétrico y peligroso.

Habría pagado un elevado precio por advertir a los dos conquistadores que comandaban la fuerza expedicionaria. Pero seguro que me habrían culpado de difundir rumores peligrosos, puesto que culpaban a todo el que sintiera dudas, y me habrían mandado azotar como escarmiento para todos los demás... Y si hubiera tenido la osadía de perseverar en mis opiniones... me habrían ahorcado sin más.

Así, los españoles avanzaban por la espesura, presa de la desesperación, mientras una desgracia cada vez más visible se cernía sobre sus cabezas. El opresivo presentimiento que se había adueñado de mí parecía asaltar también, gradualmente, a los capitanes de la expedición, pero ellos no tenían a mano ni los mapas de Kümmerling ni el atlas mundial de la Academia de las Ciencias que les habrían permitido desenmascarar a los traidores. Por otra parte, era ya demasiado tarde para volver atrás: habían llegado tan lejos que no les quedaba otra opción que seguir adelante por la misma senda e ir por la selva virgen al encuentro de su ineludible destino.

Que, en la noche siguiente, los indios, escudándose en las tinieblas, asaltaron nuestro campamento, con saña, y sin dar señales de asustarse en lo más mínimo por los disparos de nuestros arcabuces. Que dieron muerte a tres soldados —a saber, Luis Carbalho, Francisco Samarano y Francisco Curro—, e infligieron graves heridas a muchos otros, y que, aparte de éstos, echamos también en falta a otros dos, a saber, Juan García y Pedro Veleza, a quienes tal vez hubieran llevado presos para ofrecerlos en sacrificio.

Que los españoles pelearon también con heroico coraje y mataron a no menos de veinte indios, y también capturaron a varios con el objeto de interrogarlos. Que los prisioneros, sin embargo, no quisieron hablar ni comprendieron las preguntas que les hacían nuestros guías, y hablaban entre ellos en un dialecto que éstos no conocían. Que no flaquearon en ningún momento al padecer nuestras torturas, tras lo cual apuñalé a uno de ellos con mi propia mano, mientras los soldados mataban a los otros dos.

Que enterramos a Luis Carbalho, Francisco Samarano y Francisco Curro de acuerdo con los usos cristianos, para lo cual cavamos tumbas y plantamos cruces que habíamos hecho con las ramas de los árboles de allí.

Que nuestros heridos no sanaron durante los días siguientes, soportaron con dificultad la marcha y padecieron fiebres exacerbadas. Que fray Joaquín examinó sus heridas y determinó que la causa de su tormento era un veneno con el que los indios untaban en ciertas ocasiones las puntas de sus flechas y lanzas. Que nos mandó rezar por su salvación, porque, si no se producía un portento divino, morirían sin remedio.

Que ese día nos detuvimos de nuevo y rezamos por la mejoría de nuestros compañeros. Que, con todo, nuestras plegarias no fueron oídas, y los cuatro heridos fallecieron, o bien en esa misma noche, o bien en la siguiente. Que antes de morir chillaron, como si el diablo mismo hubiera venido a llevárseles el alma.

Que algunos de los nuestros, a la vista de estas muertes, perdieron el ánimo y afirmaron de nuevo que la misión que nos habían confiado nos conducía a la perdición. Que tanto yo mismo como Vasco de Aguilar y fray Joaquín pensábamos en el significado que tendría su cumplimiento para el reforzamiento de la Santa Iglesia y el afianzamiento del dominio español sobre Yucatán, y que por ello estábamos convencidos de que teníamos que seguir adelante.

Que en uno de esos días, estando yo sentado junto a la hoguera, nuestro guía Juan Nachi Cocom vino a mí y me dijo que habíamos llegado ya a los parajes de los que me había hablado, y que la misión de los indios que nos habían atacado era impedirnos la entrada en el territorio. Que no dominaban la lengua de la península de Yucatán, puesto que habían llegado desde otras tierras hacía cientos de años, de muy lejos, desde el norte, y que se decía de ellos que habían sido durante trescientos años guardianes de la corte de

un poderoso rey de la ciudad de Mayapán; pero después de que los reyes perdieran el trono y murieran ejecutados, y la ciudad fuera destruida y sus habitantes la abandonarían, los guerreros del norte se habían buscado nuevos señores a los que sirven hasta el día de hoy.

Que sus señores, incluso en el día de hoy, varias décadas tras la llegada de los españoles, gobernaban los parajes prohibidos. Que no se sabía con precisión cómo se llamaban éstos, pero que los hombres del norte que vigilaban esas tierras recibían el nombre de Ab Canul, que significa «protector», y que en la tierra entera de los mayas no había nadie que los igualase en crueldad y osadía.

Por supuesto que Kümmerling no sabía nada sobre territorios prohibidos, y aún menos sobre unos guerreros que los habían vigilado durante varios siglos. Pero, con todo, me fiaba de él mucho más que de Juan Nachi Cocom. Para mí estaba claro que los dos guías habían trazado un complot para llevar a los españoles a la muerte. El ataque de los indios, tanto si se llamaban *Ab Canul* como Dios sabrá el qué, era la segunda trampa en la que caía la fuerza expedicionaria de los conquistadores españoles. En una única refriega habían perdido a nueve hombres; la partida se volvía más pequeña, debían de quedarle sólo veinte hombres, y no parecía que hubieran avanzado para nada en el cumplimiento de sus objetivos.

Lo que más me maravillaba era que, a despecho de las numerosas bajas, no se les ocurriera ni al anónimo capitán, ni a su compañero Vasco de Aguilar, ni al monje franciscano, la posibilidad de interrumpir la marcha y regresar a Maní, con las manos vacías, pero también con unos pocos supervivientes. O, por lo menos, para añadir refuerzos a unas filas cada vez más menguadas.

¿Cómo era posible que un oficial endurecido y probado en combate arriesgara ciegamente las vidas de sus soldados, con tal de cumplir una orden cuyo sentido y forma de ejecución ni siquiera comprendía del todo? ¿Cómo podía explicarse su inflexible resolución?

Cabía la posibilidad de que aquel trío sirviera con tanto fanatismo a la persona de fray Diego de Landa como a la Iglesia católica, y que considerara indiscutible la autoridad del franciscano. También podía ser que los conquistadores se sintieran obligados para con él por razones personales, o que confiaran en el futuro obispo hasta el punto de que no osaran poner en duda sus instrucciones. ¿Qué había hecho fray Diego de Landa por ellos... o tal vez con ellos? ¿Acaso les habría salvado la vida? ¿Era el padrino de bautismo de sus hijos? ¿Quizá poseía simplemente una capacidad de convicción más allá de lo

ordinario? ¿Podía ser que el astuto abad hubiese capturado a los valerosos aventureros en la fina pero sólida red de un chantaje?

¿O creían de verdad que su misión tendría una importancia decisiva para «el reforzamiento de la Santa Iglesia y el afianzamiento del dominio español sobre Yucatán»? ¿Tal vez su convicción era tan fuerte que estaban dispuestos a sacrificar la vida?

Cuanto más estudiaba las anotaciones, más me parecía que todos los protagonistas de la extraña historia callaban algo importante. Algo que, de saberse, habría permitido contemplar los hechos bajo la luz adecuada. ¿Podía ser que fray Diego de Landa hubiera accedido a determinadas fuentes que lo habían informado de la existencia de un tesoro oculto? ¿Un templo abierto de oro, oculto en una hondonada bajo el follaje de los árboles de caoba y sándalo, perdido en medio de la selva sin fin?

En tal caso, la expedición tendría un sentido totalmente distinto: los manuscritos que había que llevar a Maní no serían más que un pretexto para un osado ardid del guardián. Podía ser que algunos fieles lo hubieran informado de riquezas sin cuento que dormitaban en la selva virgen del sur de la península. Y por ello había elegido a unos pocos sicarios dignos de confianza y afanosos de riquezas, y los había enviado en busca del tesoro junto con medio centenar de soldados.

Quien arrancara un par de láminas de oro de lo alto de una pirámide blanca habría podido comprarse una gran hacienda en su patria española y librarse de preocupaciones para el resto de su vida. A partir de entonces ya sólo tendría que errar por la maldita espesura, con el cuerpo cubierto de pegajoso sudor... en sueños. Regresaría a su hogar, podría llevar por fin una vida próspera, la vida de un noble. Se casaría con la pálida y lánguida hija de un conde, y tan sólo de vez en cuando, en conversaciones obscenas con los amigos, se acordaría de las mujeres pequeñas de los indios y de su penetrante olor...

El desconocido conquistador español no había mencionado nada de todo eso en su narración... al menos por el momento. Probablemente le había dado vergüenza hablar con franqueza sobre los tesoros por los que había sacrificado ya un buen número de vidas humanas. ¿De qué le habría servido suscitar iras innecesarias?

¿Y fray Diego de Landa? ¿Acaso también le correspondería a él una parte de las riquezas que saquearan? A él y a la Orden de los Franciscanos, ¿por qué no? Al fin y al cabo, todos los medios financieros que pudieran emplearse en la ampliación del monasterio ya existente o en la edificación de uno nuevo serían bienvenidos. Seguramente era ése el motivo por el que había enviado a fray Joaquín con los saqueadores: tenía que proteger los intereses de la orden. No se

podía confiar en gente como ésa; en cuanto les dabas la espalda, te clavaban la daga hasta la empuñadura. No cabía esperar franqueza ni generosidad por su parte. En cuanto divisaran la cima del templo secreto y su fulgor bajo los rayos vespertinos del sol, se olvidarían en seguida de su pequeña deuda para con fray Diego de Landa y de su amor por la Santa Virgen María. Se trataba de gentes arteras, eso estaba claro.

¿O no estaba claro? Podía ser que los manuscritos que habían ido a buscar tuvieran por sí mismos un valor para fray Diego de Landa, y que éste hubiera seducido a los conquistadores con la promesa de tesoros legendarios, encerrados en la cámara secreta de un templo medio derruido, junto con el texto que los indios habían escrito sobre corteza de árbol y tiras de cuero. «¡Traedme los manuscritos, y el resto os lo podéis quedar!» ¿Y los guías indios? ¿Sólo aspiraban a proteger los antiguos santuarios de su pueblo frente al ultraje y al saqueo? Probablemente...

En ese momento me sentía como se debe de sentir un arqueólogo que ha desenterrado un gran número de fragmentos de cerámica en las ruinas de una pirámide maya, cuando, al cabo de largas horas de fatigoso trabajo, logra encajarlos en un antiquísimo y fascinante mosaico.

Antes de echarme a dormir y apagar la luz, di una ojeada a la última página para asegurarme de que no me hubiera pasado nada por alto.

Que al día siguiente Hernán González acudió a mí y me habló. Que tras aquella conversación entendí que fray Diego de Landa no me lo había contado todo acerca de nuestra expedición. Que las palabras del indio me inquietaron en grado sumo, acerca de lo cual informaré cumplidamente en el cuarto capítulo de este relato.

EL CENAGAL

Esa noche, mi perro aguardó en vano la hora del paseo. Estuve demasiado atareado con los secretos de la selva virgen y con la información que fray Diego de Landa había ocultado a los ingenuos conquistadores españoles. En esta ocasión soñé una cosa muy distinta.

Con una aglomeración de altas pirámides. Cada una de sus cuatro caras estaba dividida en dos por una escalera. Eran escaleras empinadas que subían hasta una superficie llana en la cumbre de la pirámide, donde se encontraba el altar, orientado hacia el cielo, hacia los dioses. Los murciélagos colgaban arracimados de los techos de palacios gigantescos de piedra blanca. Eran palacios construidos sin el auxilio de ruedas ni aparejos, ni otros medios semejantes, por millares de esclavos destinados a la muerte. Sus habitantes los habían abandonado en el curso de un único día sin que se conozca el motivo. Paredes cubiertas de jeroglíficos, máscaras de monstruos, héroes, dioses y demonios esculpidas en piedra. A media escalera, en una pequeña plataforma, se abría una puerta que picapedreros y escultores habían transformado en las fauces abiertas de la serpiente del cielo.

Hombres pequeños, de piel oscura, vestidos con extraños atavíos, se habían dispuesto en círculo. Llevaban diademas doradas. Sobre la piedra sacrificial yacía un cautivo sin fuerzas ni voluntad. Le habían administrado un narcótico. Su mirada fija, estupefacta, se deslizaba por todo cuanto se encontraba a su alrededor. El monótono cántico de muerte de unos sacerdotes envueltos en ropajes semejantes a túnicas se volvía cada vez más intenso, cada vez más siniestro...

La piedra, afilada como un cuchillo, se precipitó desde lo alto, se hundió entre las costillas, le desgarró la carne. Un segundo golpe le abrió el pecho, la sangre manó a chorros, un velo de muerte cubrió los ojos desorbitados del cautivo, una espuma de brillos rojizos brotó de sus labios. Pero aún vivía. El sacrificio se atenía a normas estrictas, el rito había tomado a lo largo de los siglos una forma tan precisa como el propio cuchillo sacrificial. Su diabólico arte consistía en impedir que la víctima muriese antes de que las costillas del costado izquierdo del pecho se hubieran partido, y el corazón, sin dejar de latir, quedara al aire libre. El desgraciado espiraba su último aliento sólo entonces,

cuando el sacerdote le arrancaba ese grumo de carne palpitante, convulso, que aún se esforzaba por succionar sangre, y lo arrojaba a un recipiente especial. El cuerpo del muerto, que sólo unos momentos antes vibraba como el nervio de un arco indio, quedaba entonces inerte, y sucio de sangre, y, destripado, se precipitaba escalones abajo como un pellejo relleno, y los siervos lo recogían al pie de la pirámide y se lo llevaban.

Y aún había más. En la medida en que la costra de sangre y mugre permitía reconocerlo, la piel del cautivo era de color blanco. Una barba frondosa ocultaba su cuello robusto y su prominente barbilla...

De repente, me incorporé sobre la cama. El corazón me martilleaba en el pecho como si alguien hubiera intentado arrancármelo también a mí. La almohada estaba húmeda y fría a causa del sudor. Aunque el techo de mi habitación se hallaba a cuatro metros del suelo, me asaltó una opresiva sensación de estrechez. Durante unos minutos me resistí al absurdo anhelo de abrir las ventanas, pero al fin me puse en pie y levanté el pasador. El frío y húmedo aire otoñal se coló en la habitación. Tomé aliento un par de veces y se me despejó la cabeza.

Había clareado. El cielo estaba cubierto de nubarrones. Tras ellos se dibujaban los espectrales contornos del pálido disco solar. Eran las diez de la mañana. Por lo general, dormía hasta las tres de la tarde, pero ese día no me iba a ser posible. Aunque, ¿estaba tratando de convencerme a mí mismo? ¿Tenía miedo de regresar a mi pesadilla?

Aún se arremolinaban en mi cerebro retazos borrosos de mi mal sueño, y por eso me calcé las zapatillas y anduve arrastrando los pies hasta la cocina, para ver si podía alejarlos con café.

Igual que los sacrificios humanos habían sido rituales cargados de significado para los aztecas y los mayas, también lo había sido la taza de café de la mañana para mi abuela. La preparaba con mucho arte. Si una persona realiza las mismas acciones todas las mañanas a lo largo de sesenta años, sus movimientos acaban por transformarse en una filigrana.

En tiempos pasados, gracias a nuestra relación amistosa con Cuba, podía tener siempre en su cuarto un par de gigantescas latas de café, esmaltadas, una de color beige y la otra marrón. El nombre de la marca era expresivo y ciertamente cubano: *Café ¡Hola!*⁶ Luego, tras mudarme a vivir con ella, había

⁶ En español en el original. (N. del t.)

descubierto una lata como ésas, todavía sin abrir; puede que mi abuela la hubiera guardado en previsión de una nueva guerra mundial. El aroma, por supuesto, se había desvanecido hacía mucho tiempo, por lo que tuve que tirar los granos de café, pero conservé la lata. Desde entonces la empleo para guardar el café que compro, y cuando la abro por la mañana y aspiro el suave aroma de los granos pienso siempre en mi abuela.

Me había legado también el resto de su arsenal: un molinillo de madera para el café, una cafetera turca de cobre y tacitas de porcelana con decoración china. Disfruto sobre todo con el proceso de molerlo: arrojo varios granos de café al embudo y, como si de un organillo se tratara, acciono la manivela de latón. En un primer momento, gira poco a poco, con resistencia, pero, cuantos más granos se desmenuzan formando un aromático polvillo, más sencilla se vuelve la tarea. Al terminar, abro el encantador cajoncito de madera donde se acumula el polvillo y lo echo todo a la cafetera. Tras haberla puesto al fuego, no puedo dejarla ni un solo momento sin cuidados. En el caso contrario, el delicioso paladeo de la estimulante bebida de las mañanas desaparecería y en su lugar sólo quedaría un buen rato de fregoteo en la pila.

Cuando, por fin, ya está todo hecho, el café me procura un bienestar incomparable, aunque sólo sea porque su preparación me ha costado tantos esfuerzos. Sería un pecado no disfrutarlo. Mi abuela tenía razón: ¿qué gracia puede tener ese horrendo café instantáneo? Yo mismo, en tiempos más recientes, me deshice de una cafetera eléctrica.

Una ceremonia como ésta tiene también otro efecto importante: me entrego por completo a movimientos sencillos y mecánicos, mi espíritu se concentra por entero en su realización. Aquel día, el ritual tampoco me falló: cada vez que le daba una nueva vuelta a la manivela, las frías brumas de mi pesadilla, que aún me rondaban por la cabeza, se alejaban más y más, y cuando, por fin, se elevó desde el recipiente aquel aroma que me privaba de los sentidos, la realidad expulsó definitivamente las ilusorias imágenes.

Sin duda alguna, mi maldito sueño estaba relacionado con los miembros de la expedición capturados por los habitantes de la selva virgen. El autor del relato había mencionado el episodio como de pasada. No tenía ni idea de por qué me había causado una impresión tan profunda. Lo que más me maravillaba era haber vivido con tanto detalle la ejecución del cautivo. ¿Cómo podía ser que conociera tantos detalles? ¿Acaso había leído algo de reojo mientras hojeaba el librito de Kümmerling? No parecía probable. No me había ocurrido nunca que un pasaje leído de manera tan fugaz hubiera despertado hasta ese punto mi fantasía.

Solamente me quedaba la esperanza de que se tratara de un caso de

fantasía sobreexcitada. Era necesaria, con urgencia, una operación quirúrgica, antes de que se formara un absceso que pudiera llegar a reventarse. En cuanto tuviese una oportunidad me haría con una descripción histórica, exacta y científica, de los sacrificios humanos entre los mayas. Sería tan distinta de lo que había visto en mi sueño que, sin duda alguna, se me calmarían los nervios.

Para acompañar el café, me hice unas tostadas de pan de centeno con queso de Kostroma y un huevo poco hecho con pimienta y sal. Desayuno de soltero. Lo más importante era no mancharse los pantalones con yema de huevo para que mi destino no se les hiciera demasiado evidente a quienes no me conocían.

En cuanto hube terminado esta tarea, regresé sin más demora a mi lugar de trabajo. Dormir era una ocupación buena y hermosa, pero tenía que terminar mi labor. Al fin y al cabo, había tenido muy buena suerte, porque no sólo disfrutaba de la fascinante traducción, también contaba con que me sería posible pagar mis facturas esa misma semana. Y, si no me engañaba, aún me sobraría dinero para comprarme un gran diccionario español-ruso.

Muy probablemente, esa misma mañana presentí que aquel texto no se quedaría en un mero pasatiempo y un medio para ganar dinero. Faltaba muy poco para que la primera sensación se concretara, se convirtiese en sólida certeza y, al fin... se transmutara en pánico.

Como mi jornada de trabajo había empezado a una hora más temprana de lo habitual, pude tomarme mi tiempo para buscar las palabras que me faltaban y corregir el texto. Por supuesto que mis pensamientos no tenían la misma vivacidad de antes, pero, con todo, las dosis concentradas de café hicieron su efecto. Al anochecer, me senté frente a mi vieja Olympia y pasé a limpio sobre papel de carbonilla dos versiones finales de la traducción.

Había tenido que transcurrir cierto tiempo para que la gente de la agencia aceptara mi aversión a los ordenadores. No sé cuál es el problema: antes la gente trabajaba igual, sin cedés, sin lápices de memoria ni correos electrónicos. A mí ya me parece bien que a los otros traductores les manden los encargos por la línea telefónica. Yo, personalmente, estoy en plenas facultades para bajar por la escalera y recorrer cuatro manzanas para ir a recoger el material. No confío en absoluto en esos ordenadores, al contrario, abrigo cierta hostilidad contra ellos, y contra los aparatos eléctricos en general. Por una cuestión de principios, no me he comprado televisor. Me basta con observar a mis amigos para comprobar sus efectos idiotizantes. La radio es muy distinta:

no muestra imágenes y por ello estimula la fantasía. Es más: en un piso repleto de muebles barrocos del siglo XVIII, los ordenadores y los televisores tendrían que arder de vergüenza por su fealdad y corta vida. Incluso la radio de transistores de los años setenta reacciona no pocas veces con problemas de recepción al hallarse rodeada de tanta magnificencia. ¿Qué podría ocurrirle entonces a un ordenador conectado a Internet? Por otra parte, no he aprendido nunca del todo bien a manejarlos.

Tomé una de las redacciones finales de la traducción y la metí en la carpeta de cuero. Guardé la otra en el archivador. Pero ya era demasiado tarde para ir a la agencia, y por ello me quedé en casa y pasé el anochecer en una bendita inactividad.

Leí una vez más desde el comienzo el relato de los conquistadores. Luego hojeé de nuevo el librito de Kümmerling, con la esperanza de encontrar alguna pista de la existencia de ciudades abandonadas en los parajes por los que habían ido mis españoles. En vano: todo el territorio del actual estado mexicano de Campeche —esto es, el tercio occidental de la península de Yucatán— estaba deshabitado. Había que desplazarse a varios centenares de kilómetros hacia el sur, hasta la frontera con Guatemala, no lejos del lago Petén-Itzá, para hallar los asentamientos más cercanos. Pero, para llegar hasta allí, habrían tenido que tomar otro camino. En cambio, los indios habían guiado a la tropa hasta las profundidades de la selva virgen.

Me decidí a examinar con mayor atención los capítulos de Kümmerling donde se hablaba de las famosas ciudades mayas de la Antigüedad. Y en ellos encontré información significativa, aunque el autor la diera de pasada, como presuponiendo que un hombre culto tenía que estar ya al corriente.

Las ciudades de los mayas estaban todas ellas abandonadas y desiertas. Pero no eran los españoles quienes las habían destruido. Cuando éstos llegaron a Yucatán, los magníficos palacios, las orgullosas pirámides construidas con bloques de piedra caliza, se encontraban ya en ruinas. Chichén-Itzá, Uxmal, Petén, Palenque y docenas de metrópolis menos conocidas habían sido abandonadas de la noche a la mañana por sus habitantes y fueron presa de una decadencia gradual. Las lianas y el musgo habían recubierto por entero las amplias plazas y arenas rituales pavimentadas con piedras blancas. Éstas aguantaron en estoico silencio mientras las junglas que provisionalmente habían retrocedido recobraban su territorio originario.

Los españoles trataron en vano de averiguar quiénes habían sido sus constructores por medio de los indios que vivían cerca de las ruinas. Éstos no hicieron otra cosa que encogerse de hombros. En los tiempos en los que Cortés llegó a la península, la civilización de los mayas había caído en tal decadencia

que, de todo su poder y magnificencia, sólo habían quedado ruinas, ídolos y libros. No obstante, los últimos sacerdotes celebraban todavía sus rituales, aunque sin comprender de verdad el sentido que se ocultaba en éstos.

Ése era el gran misterio con el que el librito de Kümmerling trataba de cautivar a sus lectores: ¿Qué había sucedido con aquella gran cultura? En ninguna de las crónicas de los pueblos que habían vivido en América Central se decía nada sobre el destino que se había abatido sobre los mayas, ni cuál había sido el desastre por el que su cultura desapareció de manera tan repentina, ni por qué sus habitantes regresaron en pocas generaciones a la vida aldeana que habían abandonado hacía muchos siglos.

No habría podido ser más grande la diferencia entre los indios que habían encontrado los europeos al llegar a Yucatán y los mayas que habían creado un gigantesco imperio, inventado un complejo sistema de escritura y establecido un calendario sumamente detallado que superaba al moderno en exactitud. Los primeros exploradores que se habían adentrado en las ruinas de Chichen-Itzá estaban convencidos de que aquellos trabajos arquitectónicos debían de ser obra de los israelitas, de los celtas, de los arios, de los tártaro-mongoles... de cualquiera, salvo de los insignificantes pueblos que en aquel tiempo moraban en el país.

Kümmerling no daba ninguna respuesta seria al enigma del derrumbe de la civilización maya, sino que se refugiaba en hipótesis: ¿una epidemia?, ¿invasiones?, ¿hambre?, ¿una sequía de enormes proporciones?, ¿una elevada diferencia de nacimientos entre niños y niñas?, ¿una combinación de todos estos factores?

¿Una invasión desde Marte? —añadí yo mismo—. ¿Una guerra entre termitas gigantes? No parecía menos plausible. Y, de hecho, Kümmerling confesaba, avergonzado, que nadie había sabido dar una respuesta definitiva a esas cuestiones. En las crónicas de los mayas no se encontraba ningún indicio de destrucciones, ni testimonios de ningún cataclismo. Cuando la tribu guerrera de los toltecas invadió el territorio, la cultura de los mayas llevaba ya mucho tiempo en decadencia. Durante este período tardío los toltecas gobernaron a los mayas, pero la civilización de éstos se encontraba ya en sus estertores. Los toltecas le asestaron el golpe de gracia.

Me acosté sin haber llegado a ninguna conclusión. Lo cual no tenía nada de sorprendente, puesto que varias generaciones de historiadores y arqueólogos habían tratado de resolver en vano el problema con anterioridad. Las posibilidades de que lo solucionara yo en una noche eran muy escasas.

Poco importaba. Al fin y al cabo, me aguardaban otros misterios. Como muy tarde al día siguiente, en cuanto hubiera logrado que los de la agencia de

traducción me pasaran el cuarto capítulo de la narración de los conquistadores españoles, iba a escuchar una interesante conversación con el guía Hernán González que, con toda seguridad, arrojaría luz sobre la expedición. Estaba expectante por ver qué enigmas se desvelarían en ella.

Durante aquella noche los sacerdotes mayas me dejaron en paz. Cuando abrí los ojos ya era de día.

—¿Tan rápido? —me preguntó, sorprendido, el empleado de la agencia de traducción—. Espero que no haya ido en detrimento de la calidad.

Le respondí con una sonrisa de persona aplicada y negué con la cabeza. Había releído el texto como mínimo diez veces y lo había afinado hasta que todas las frases habían quedado bien.

—Está claro que el cliente tiene prisa —me explicó—. Ayer mismo nos entregó otra parte. No entiendo por qué no nos trae el texto entero.

Yo mismo me lo había preguntado, y había llegado a plantearme la posibilidad de hacer averiguaciones en la agencia. Pero la mirada interrogadora del empleado me había dejado muy claro que él sabía lo mismo que yo. Sólo me quedaba la posibilidad de especular:

—¿Puede ser que él mismo lo vaya recibiendo capítulo a capítulo?

El empleado arrugó la frente.

—¿Capítulos? Usted mismo dijo que se trataba de documentos.

—De documentos históricos —le aclaré, con la esperanza de que no me preguntara más—. Una especie de crónica. Y, por supuesto, está dividida en capítulos.

—¿Y es interesante?

—A quien le guste... —Hice un gesto vago y, al instante, sentí unos extraños celos. No quería que nadie leyera esas páginas salvo el misterioso cliente y yo mismo.

—Un caso extraño —dijo resoplando, y se calló. Era evidente que contaba con que yo añadiera algo.

Asentí con la cabeza. El silencio se prolongó. ¿No se daba cuenta de que en esos momentos yo no tenía ganas de seguir con una charla insustancial? Sólo había una cosa que me interesaba.

—Sea como sea... el caso es que nos paga. Tenga, llévese esto. —Colocó

una carpeta de cuero sobre la mesa, exactamente igual que la que acababa de entregarle yo, pero no de color marrón, sino negro.

—¡Gracias! —Contento de poner fin a la pesada conversación, tomé la carpeta bajo el brazo, me despedí apresuradamente y me dirigí con pasos acelerados hacia la salida.

—¡Espere! —me gritó el otro cuando había llegado ya a la puerta—. ¿Es que no piensa cobrar sus honorarios?

Que, como se dijo en el Capítulo Tercero, nuestro guía Hernán González acudió a mí, y me indicó, con suma preocupación en el rostro, que quería hablar a solas conmigo, de tal modo que ni Vasco de Aguilar ni fray Joaquín pudieran oírlo. A fin de sostener dicha conversación, nos alejamos un centenar de pasos del claro que habíamos encontrado y donde habíamos acampado para pasar la noche.

Que, de acuerdo con Hernán González, aún nos faltaban varios días de camino para llegar al sitio adonde nos conducía, y que ese trecho iba a ser el más difícil desde nuestra partida. Que cayó de hinojos y me suplicó que volviese atrás con toda nuestra partida y regresáramos a Maní, y que, una vez allá, explicara que no habíamos podido llegar a nuestra meta.

Que le pregunté, airado, cómo osaba hablarme de tal manera, después que docenas de los nuestros hubieran muerto en esa selva maldita, y lo insulté llamándolo traidor. Que Hernán González se echó a llorar y repitió que no nos había traicionado y que participaba en la expedición tan sólo por lealtad para con fray Diego de Landa, quien era su padre espiritual. Que me puso un cuchillo en la mano y me rogó que lo matara para no tener que torturarse más.

Que me desconcertó en no poca medida, y le ordené que se levantara del suelo y me explicase cuanto supiera, todas las cosas de las que el señor Vasco de Aguilar y yo mismo no tuviéramos conocimiento. Que al principio no quiso, y que tan sólo cuando lo amenacé con la hoguera por apostasía empezó a hablar con palabras breves e incomprensibles, y lloró una vez más.

Que había muchas cosas incomprensibles en su relato. Comprendí, sin embargo, lo siguiente: de acuerdo con sus palabras, fray Diego de Landa no nos había dicho con toda veracidad qué era lo que buscábamos ni adónde nos dirigíamos. Que en los templos a los que fray de Landa nos había mandado a nosotros y a él mismo se conservaba algo que tenía un valor incalculable para el pueblo de los mayas y también sería muy importante para los otros pueblos. Que fray Diego de Landa lo había buscado por todas partes, pero no sabía dónde encontrarlo.

Que a continuación le pregunté si esto significaba que podríamos realizar prontamente la misión que el guardián nos había confiado, y él nos respondió que probablemente fuera así, pero que, por mi bien y por el de todos los mayas y de los otros hombres de Yucatán, no debíamos realizarla; no fue capaz de explicarme el porqué.

Que tomé nota de sus palabras acerca de la doblez de fray Diego de Landa, y que después de dicha conversación llamé a fray Joaquín y al señor Vasco de Aguilar a fin de exponerles mis pensamientos, y les pregunté si sabían algo acerca de las metas de nuestra expedición que no se me hubiera revelado a mí, y si el guardián les había confiado misiones distintas de la que se me había comunicado a mí.

Que tanto fray Joaquín como Vasco de Aguilar se maravillaron y dijeron que no tenían conocimiento de nada semejante. Que me preguntaron quién me había dicho tales cosas. Que entonces les puse al corriente de las explicaciones del guía y les exhorté a mantenerlo todo en secreto.

Que entonces vi cómo el señor Vasco de Aguilar se llevaba aparte a Hernán González y hablaba con él, y que éste parecía muy confuso. Que ese mismo día deliberamos y nos resolvimos a seguir adelante aun cuando el guía nos hubiera avisado de nuevos peligros que nos aguardaban.

No se hablaba de oro en ningún momento. Con ello parecían confirmarse poco a poco mis suposiciones acerca del guía. Al parecer, el mestizo les daba a los españoles una última oportunidad de recapacitar y volver atrás, e incluso estaba dispuesto a calumniar a su mentor, únicamente para impedir que fueran más allá. ¿Querría salvar con ello vidas inocentes, o tal vez su propia alma inmortal?

Con todo, el guía no había logrado apartar a los españoles de sus propósitos. Faltaban pocos días para que la expedición llegara a su meta... ¡En ese tiempo tendrían lugar los acontecimientos decisivos que iban a darle sentido a toda la narración!

Pero fray Diego de Landa tampoco era de fiar. Eso estaba claro. El indio había respondido con evasivas, había hecho lo posible por no tener que contestar, y tan sólo el miedo a la hoguera había conseguido que traicionara a su padrino. Qué lástima que el conquistador español no fuese más terco y se hubiera dado por satisfecho con las escasas frases que le había balbucido Hernán González. ¿Acaso imaginaba que el guía estaba desequilibrado y temía que acabara por perder el entendimiento?

¿Algo que era importante, no sólo para los mayas, sino para todos los seres humanos? Entonces, no se trataba de un simple tesoro. Pero su verdadera

naturaleza escapaba totalmente al poder de mi imaginación. ¿Qué era eso que el futuro obispo de Yucatán necesitaba con tanta urgencia? ¿Y para qué lo necesitaba? ¿Libros? ¿Ídolos? ¿Tal vez pensaba que tendrían algún poder mágico e intentaba apropiarse de esos antiguos objetos porque albergaban el poder y los secretos de aquel pueblo que había sido tan grande?

Por supuesto que existía otra posibilidad: los indios habían mentido de nuevo y mantenían la esperanza de asustar a los capitanes de la expedición y confundir a los meros soldados. En cualquier caso, estaba claro que los guías indios conducían a los españoles cada vez más lejos de su verdadera meta y que se adentraban cada vez más en la espesura, en parajes inhóspitos, donde tal vez no había puesto pie ningún hombre.

Para estar seguro, estudié de manera exhaustiva todos los mapas de Yucatán que se hallaban en la obra de Kümmerling, en los que aparecían indicados los lugares donde los mayas se habían asentado en las distintas épocas. Se dividían en períodos: temprano, clásico y posclásico (este último era el de la conquista por los españoles). Los lugares y nombres de los asentamientos variaban, corrientes migratorias inexplicables llevaban a los indios de unas tierras a otras, en una zona abandonaban las ciudades, en otras construían nuevas, y aun había algunas que renacían de sus ruinas... pero el lugar adonde los guías conducían a mis españoles había estado deshabitado durante milenios. Ni siquiera en el ápice de su civilización, tras construir el poderoso imperio que sobrepasó incluso las fronteras de Yucatán, habían osado los mayas penetrar en ese territorio del sudoeste de la península.

Fui a la cocina, calenté agua y me llevé a la habitación la tetera con el té recién hecho. Habría sido una herejía que me sentara perezosamente en el sofá hasta que el té hubiera reposado, por no hablar del tiempo que habría podido perder en la preparación de una cena. Pero no sentía hambre y la dulzura del té apaciguó los movimientos todavía insignificantes de mi estómago, de tal manera que pude reanudar al instante la lectura.

Que entonces llegamos a unas tierras malas y corrompidas, donde el suelo era inseguro y traicionero, y el aire apestoso y viciado. Que avanzamos con suma lentitud y nuestros guías se tomaron mucho tiempo para elegir el camino antes de mostrárselo a los demás. Que los hice acompañar a ambos por un balletero, pues temía que uno de los dos, o ambos a la vez, nos traicionasen, o trataran de huir.

Que en seguida llegamos a tierras pantanosas donde moraban criaturas desconocidas y dañosas, y unos vapores putrefactos que nos infundían torpor y

debilitaban nuestros miembros. Que ambos guías se enervaron y por motivos ignotos tenían miedo, y que en ciertas ocasiones, incluso, cuando en derredor todo parecía estar tranquilo, nos ordenaban levantar el campamento y marcharnos a otro lugar, sin darnos razón del porqué.

Que los salvajes indios que pocos días antes habían caído sobre nosotros, por lo cual habíamos perdido a nueve de los nuestros, no volvieron a dejarse ver. Que a Juan Nachi Cocom, cuando se lo hice notar con satisfacción, se le entristeció el rostro, me previno contra vanas alegrías y me dijo que los Ab Canul eran célebres por su temeridad, y que si no nos habían seguido por los pantanos no debía de ser porque nos temieran a nosotros, sino a alguna otra cosa que se ocultaba en los pantanos.

Que en cierto lugar el sendero se estrechó de tal modo que los hombres podían pasar tan sólo de uno en uno, y que por ello avanzamos en hilera. Que a ambos lados del sendero había tierras cenagosas, de color oscuro, cuyo fondo no alcanzábamos a ver. Que uno de los soldados, Isidro Murga, perdió el equilibrio y empezó a hundirse, y llamó para pedir socorro, y que otro, de nombre Luis Alberto Rivas, se puso a su lado para darle la mano y sacarlo de allí. Que ambos murieron en el cieno, y los otros que estaban con ellos nos explicaron que algo había agarrado por las piernas al primero y había tirado de él hacia abajo cuando ya casi había salido, y que la criatura que lo había agarrado no relajó en ningún momento la fuerza con que lo asía y había arrastrado con él a su salvador, y que ambos habían desaparecido de la vista de los demás y no se les había vuelto a ver. Que nuestros guías nos exhortaron a alejarnos de aquel lugar terrible a fin de evitar nuevas víctimas.

Que el peligroso sendero era largo y a la hora del crepúsculo aún no habíamos llegado a tierra seca. Que ordené a los soldados que dijeran su nombre en voz alta para que no se perdiera nadie, y que cada uno de ellos tuviera buen cuidado de que el siguiente permaneciese en la hilera. Y que esta práctica de decir el propio nombre se repitió con regularidad, de tal modo que cada uno de ellos decía su nombre en una ocasión por minuto. Que, a pesar de todas estas medidas, perdimos a otro hombre, de nombre Ignacio Ferrer, que cerraba la fila y que en cierto momento dijo su nombre, pero en el siguiente calló, y cuando el soldado que le precedía se volvió, no vio al tal Ignacio Ferrer ni ningún rastro de éste. Que, a la vista de aquel caso, dimos sendas teas embreadas, no sólo al hombre que iba en cabeza de la partida, sino también al que cerraba la marcha, para que espantaran a posibles animales de presa y, en caso de que desaparecieran, su desaparición se hiciera patente de inmediato.

Que proseguimos durante un buen rato de tal guisa y que, por fin, llegamos a tierra seca, y que nos alegramos extraordinariamente por ello, porque estábamos exhaustos y necesitados de reposo. Que una vez allí plantamos un campamento, pero nuestros guías nos prohibieron que durmiéramos más de la mitad, y dijeron que teníamos que estar prevenidos para no ser presa fácil de los demonios que merodeaban por aquel paraje. Que fray Joaquín los amenazó con informar a fray Diego de Landa de

sus heréticas palabras, pero los guías se adhirieron con pertinacia a las palabras dichas por ellos.

Que se hizo como habían dicho, y la mitad de nuestros hombres durmieron mientras la otra montaba guardia, y luego cambiaron turnos. Que, de cualquier modo, los insectos de los cenagales, atraídos por la luz de la hoguera, nos estorbaron en nuestro breve sueño. Que las pequeñas moscas nos picaban a través de la tela de nuestros vestidos y que no había manera de evitarlas. Que los dos guías se untaron el cuerpo con un unguento que uno de los dos había preparado, semejante en color y aroma al excremento de un gato, y que nos lo ofrecieron a los demás, pero tan sólo lo empleamos yo mismo, fray Joaquín y unos pocos soldados, y los demás se negaron.

Que quienes lo aceptaron salvaron con ello la salud y la vida.

Me sequé el sudor de la frente y extendí dificultosamente los dedos, que se habían quedado agarrotados sobre la hoja de papel. Abrí y cerré varias veces la mano hasta que la sangre volvió a fluir con normalidad. Había llegado al tercer capítulo del juego «Viaje a Yucatán», y esta vez mis sensaciones eran tan creíbles como si de verdad hubiese marchado en hilera con los españoles por la selva virgen, tanteando el suelo bajo la fina capa de cieno con un flexible bastón de rama de árbol del chicle.

Sin dificultad alguna me imaginé las emociones de los centinelas nocturnos que escudriñaban la espesura sentados en torno a la hoguera. La vegetación, coloreada por el fulgor de las llamas, se transmutaba en una ciclópea pared roja. Sobre la pequeña mancha de tierra compacta, entre los interminables cenagales, los hombres se sentían como en una fortaleza sitiada. Los pantanos parecían cobrar vida: con apagado gimoteo ascendían gigantescas bocanadas de gas, los cañaverales murmuraban, los troncos pútridos de los árboles crujían. De vez en cuando, la viscosa mezcla de irreales sonidos se veía interrumpida por el grito de desesperación de un animal de la noche que en ese momento perdía la vida, que extinguía la de otro, o que simplemente llamaba a su hembra.

Los hombres no podían apartar la vista ni un instante. Habían pasado tan sólo unas pocas horas desde la historia del desgraciado Ignacio Ferrer, y la partida entera había asistido también, con los ojos inmóviles de puro horror, a la muerte de Murga y de Rivas. No podían permitirse ni la más mínima distracción. Los centinelas se contaban chistes verdes, se contaban historias de sus concubinas indias, de las mujeres y los niños que habían dejado en la patria... lo que fuera con tal de no pensar en la muerte. Si se hubieran visto en el

trance de caer en el combate y llevarse a la tumba a un par de diablos indios, ninguno de ellos habría sentido ningún miedo; en tal situación, el hombre ve a la muerte de cara y perdura en el recuerdo de sus compañeros como guerrero valiente, como lo que tiene que ser un soldado. Nada que ver con ahogarse en aquel caldo viscoso y encenagado, para que luego, en el fondo del libro, alguna bestia devorara el cadáver.

Ahora el aire empieza a zumbiar de manera desagradable, movido por millones de alas menudas. Gruesas nubes de moscas y mosquitos de los pantanos revolotean en torno a la hoguera, se pegan a las lámparas de los centinelas, se meten por la nariz, los ojos, las orejas, la boca. Para librarse de ellas hay que espantarlas continuamente con las manos, y eso no aleja a las pequeñas chupadoras de sangre, sólo les impide posarse sobre la piel. Es imposible concentrarse... esos animalillos enloquecen a los hombres. La furia se acumula en su fuero interno, presta a estallar contra el primero que se presente, y tanto da que sea amigo o enemigo.

Únicamente gozan de cierta tranquilidad los que no han tenido ningún reparo en untarse el cuerpo con esa invención de los indios que apesta a mierda de gato; por ello no les importa haber tenido que soportar las burlas de sus atribulados compañeros. El hedor acabará por desaparecer, pero no olvidarán jamás esa marcha por los cenagales...

Que la noche, si no contamos con los agobiantes insectos, transcurrió sin más inconvenientes, y que al llegar la luz del día pudimos reanudar la marcha con mayor ligereza, de tal manera que, cuando anocheció, habíamos dejado atrás el peligroso trecho encenagado. Que por fin anduvimos sobre tierra firme, seca, por selvas de buena índole, acompañados por las bestias habituales. Que entonces, reposados, nos resolvimos a caminar con mayor morosidad. Que ese día nuestra marcha progresó sin incidentes y ninguno de los que iban con nuestra partida desapareció ni sufrió ningún tipo de daño hasta la siguiente parada.

Que preguntamos a nuestros guías si nos encontrábamos muy lejos, y éstos nos respondieron que no tardaríamos en llegar al templo secreto, que tan sólo había que hallar el camino correcto por el que, en dos o tres días, alcanzaríamos nuestra meta. Que esta noticia infundió coraje en todos los soldados, así como en Vasco de Aguilar, en fray Joaquín y en mí mismo, y varios de nosotros lo festejamos y bebimos el aguardiente de maíz que nos habían traído, y agradecemos a nuestros guías que nos hubieran conducido de nuevo hasta suelo firme.

Que ese día también tuvimos suerte en la caza y Juan Nachi Cocom, junto con

dos de nuestros soldados, abatió varias aves de gran tamaño, así como un jabalí, una fortuna de la que no habíamos gozado desde hacía casi una semana, por lo que tanto nuestros soldados como nosotros mismos habíamos empezado a padecer hambre.

Que, sin embargo, ni Juan Nachi Cocom ni Hernán González tomaron parte en la celebración, sino que, con rostro preocupado, se quedaron aparte y murmuraron entre sí. Que su proceder me llamó la atención y me acerqué a ellos para enterarme de lo que decían, pero me encontré con que conversaban en su dialecto indio.

Que, cuando interrumpí su conversación, afloraron a sus rostros la angustia y la perplejidad, pero no rehuyeron hablar conmigo y me repitieron sus advertencias. Hernán González se acusó de nuevo de haber pecado por llevarnos a tales parajes, y dijo que tendría que expiar sus actos. Que, al instante, abandonó la conversación y se retiró a un rincón apacible de nuestro campamento para entregarse al rezo, y me resolví a no insistir más, si bien le ordené a uno de los soldados que vigilara al mestizo.

Que esa noche todos los demás festejaron y estuvieron de buen humor, y aun cuando muchos bebieron en demasía, no tuvieron lugar las habituales pendencias. Que tan sólo yo no pude olvidar los peligros de los que habían hablado los guías, y durante la noche recorrí el campamento en prevención de un ataque de indios o bestias salvajes. Que lo hice en tanto que pude, hasta que me dominó el sueño. Sin embargo, no descubrí nada extraño ni sospechoso.

Que los soldados festejaron y bebieron hasta la mañana y no les estorbé, porque habían recorrido buena parte del camino y se merecían sobradamente un reposo. Que los hubo que aún empinaban el codo cuando me eché a dormir y seguí oyendo el tumulto. Que no desperté hasta la mañana, porque había oído la voz de un animal, que confundí con el rugido de un jaguar. Que, con todo, el animal estaba demasiado lejos y la voz no se repitió, y que por ello no me levanté del lugar donde yacía y eché una nueva cabezada.

Que esa misma mañana, después de que el centinela nos despertara, un soldado vino a la carrera y me dijo que nuestro guía Hernán González se había ahorcado durante la noche con una cuerda y que de tal manera se había quitado la vida. Que, en efecto, encontré al mestizo colgando de un árbol, a pocos pasos del lugar donde se había instalado para pasar la noche, el mismo sitio donde yo lo había dejado la noche anterior entregado a la plegaria.

Que el centinela a quien había ordenado vigilarle no supo darme ninguna explicación de cómo había podido suceder tal cosa ni en qué hora se había quitado la vida Hernán González. Que me dijo que no le había quitado el ojo de encima a González durante toda la noche, aun cuando éste no pudiera darse cuenta. Después de rezar, dijo, se había acostado y permanecido en silencio y en sueño profundo, y que había llegado al extremo de roncar. Que el soldado dijo no saber en qué momento se había rendido al cansancio y me rogó que le perdonara su descuido. Que por tal falta ordené que se le azotara con dureza, porque con ello nuestro destino había pasado a depender del único

guía que conservaba la vida.

El capítulo terminaba repentinamente con esta frase.

Entonces era eso lo que había ocurrido. Los dos indios no habían perpetrado su traición hasta después de haber guiado a los españoles al otro lado de los mortíferos pantanos. Sabían que no podrían con dos docenas de soldados bien armados, y por ello se habían decidido a abandonarlos simplemente a su destino. Al no tener guía, los forasteros no podrían deshacer el camino. Los pantanos los engullirían antes de que hubieran podido recorrer media legua.

¿De qué habrían hablado Juan Nachi Cocom y Hernán González durante esa noche de celebración? ¿Habían rezado juntos? ¿Se habían jugado a los dados cuál sería el primero de los dos en regresar con sus ancestros? ¿Habían discutido qué haría uno en cuanto el otro se hubiera quitado la vida? Ambos habían sabido que aquella noche decidiría su destino y por ello no habían tomado parte en la francachela.

Ni la cruz que pendía al extremo de la cadena, ni el bautismo cristiano, ni los burdos frescos de las llamas de la expiación que los propios monjes habían pintado en las paredes de la capilla del monasterio de Izamal habían disuadido a Hernán González de cometer uno de los actos que la fe de su padre espiritual consideraba más horribles: el suicidio.

Los dioses de los que le había hablado su madre india habían sido más poderosos, tal vez porque le eran más cercanos. En cualquier caso, parecía que un pánico extremo le hubiera impedido traicionarlos, aunque por ello tuviera que pasarse toda la eternidad en aceite hirviendo. Al mismo tiempo que la Virgen María, desde lo alto de su nube resplandeciente, dedicaba su dulce sonrisa a todos los adeptos de la verdadera fe —y por ello, a nadie en concreto—, los vengativos y taimados demiurgos de los mayas contemplaban el avance de las tropas españolas con miradas aviesas, ocultos tras los nudosos leños de la selva virgen. Pero no todo el mundo alcanzaba a sentir esas miradas.

Por supuesto que, en vez de morir ellos mismos, los indios habrían podido echar un veneno en el aguardiente de maíz de los españoles borrachos, o apuñalarlos mientras dormían. Pero tal vez no estuvieran seguros de tener fuerzas suficientes para conseguirlo, o también podía ser que no quisieran ensuciarse las manos. En cualquier caso, Hernán González había preferido la evasión antes que la matanza. Había esperado a que su vigilante se durmiera, había colgado una cuerda de una rama alta, se había encaramado sobre ésta, se

había echado al cuello el que había de ser su último collar, había saltado... y se había despedido de este mundo.

Habría apostado a que un destino semejante aguardaba al segundo guía y a que no faltaría mucho para que tuviesen que enterrarlo... como muy tarde, en el quinto capítulo de la narración. En cualquier caso, la expedición española estaba condenada al desastre. Me levanté de la silla y me puse a caminar de un lado para otro por la habitación. Había algo que me reconcomía.

Traté de ordenar mis ideas de manera racional. Si esas notas llegaron a publicarse, se entendía que por lo menos su autor debía de haber escapado con vida de todos los peligros y había podido contar la historia hasta el final y confiarla a un impresor. Las novelas de aventuras en primera persona tienen siempre final feliz, porque el protagonista ha de sobrevivir para escribirlas. Indudablemente existen relatos cuyo héroe padece una muerte espantosa, pero quienes escriben la historia son siempre los vencedores.

Cuando a duras penas había logrado empezar a tranquilizarme, el demonio de la duda me sugirió otra respuesta. No era necesario que el desconocido conquistador español hubiera sobrevivido para poder narrar su historia. Habría sido igualmente posible que una expedición científica, más de dos siglos después, al recorrer aquella misma selva, hubiera encontrado un esqueleto con una flecha india en la cuenca de un ojo, y que éste hubiera conservado su relación de Indias dentro de un estuche de cuero abrazada contra el pecho.

No, era imposible adivinar qué habría sido de la expedición española que había partido de Maní una mañana de abril del año 1562 en dirección al sudoeste. Sólo el quinto capítulo de la narración me lo revelaría. Me senté de nuevo en mi lugar de trabajo, abrí un paquete de folios y preparé la máquina de escribir.

No podía perder más tiempo.

EL AUTO DE FE

Esa mañana trabajé hasta que los dedos se me quedaron agarrotados y las letras se desdibujaron ante mí. Hacía mucho rato que el sol había salido y tuve que correr las cortinas para que no deslumbrara mis ojos habituados a la penumbra...

Era evidente que me había dormido sin darme cuenta. Porque cuando desperté ya había caído la tarde y comprendí que había pasado todo el tiempo con la cabeza sobre el teclado de la Olympia. Las hojas estaban desordenadas sobre la mesa. «Ojalá no haya tratado de cubrirme con ellas mientras dormía», pensé. Me dolía la cabeza y los músculos se me quejaban, porque había pasado muchas horas en esa incómoda posición. Resbalé de la silla, me arrastré hasta la cama y al cabo de pocos segundos el mundo desapareció de nuevo.

Cuando desperté por segunda vez, el mundo exterior volvía a estar a oscuras. Encendí la luz, me embutí en el albornoz y me dirigí al baño... el cuerpo me solicitaba cuidados. Después de todas las aventuras que había tenido que sufrir, podía permitirme relajarlo durante cuarenta minutos en agua caliente y, entretanto, pensar en lo que había leído durante el día.

Llené la bañera —amplia, pintada de color lila—, arrojé el albornoz a un lado y, tras abrir un prudente hueco entre las nubes de espuma de la superficie, me hundí en el agua. Para mí, un baño como ése es lo mejor. ¿En qué otra situación puede sentirse uno como si se hallara de nuevo en el seno materno? Es el billete de entrada al paraíso perdido, válido hasta que el agua se enfría. Entiendo que un suicida pueda decidirse por este método; al cortarse las venas dentro del agua caliente cierra al mismo tiempo el círculo de la vida, lo abandona en su mismo punto de partida, y se regala a sí mismo media hora adicional del beatífico reposo que le aguarda al otro lado. Y, no menos importante, dispone de treinta minutos para cambiar de opinión antes de llegar al final...

Al cabo de un rato se produjo el efecto deseado: mi cáscara mortal se había disuelto por completo en la aromática y espumosa decocción, y mi entendimiento había quedado en absoluta libertad. Cerré los ojos y me dediqué a planear los próximos pasos.

Lo primero era terminar lo antes posible la traducción del cuarto capítulo y revisarla. Resolví emplear en esa tarea la noche, todavía joven. Estaba seguro de conseguirlo antes del amanecer, porque me había levantado tarde y no había nada que me impidiera sacar partido de ese cambio de ritmo, hacer las últimas correcciones al alba y echarme de nuevo en la cama. Luego —tan pronto como abrieran los comercios— iría en busca de una librería para comprarme un diccionario grande, o quizá incluso dos. Las visitas a la biblioteca me llevaban demasiado tiempo; trabajaría con mayor eficiencia si contaba en mi propia casa con todos los instrumentos necesarios.

Gracias a los nuevos diccionarios podría buscar sin demora los términos cuyo significado no había logrado entender. Y, finalmente —a la última hora de la mañana, antes de que me echara de nuevo a dormir—, iría a la agencia a entregar el capítulo terminado. Si había suerte, el capítulo siguiente ya estaría allí. Al fin y al cabo, el empleado me había dicho que el cliente tenía prisa. Entendía muy bien el porqué: si necesitaba mis traducciones para comprender el texto, debía de esperar la continuación con la misma impaciencia que yo. Estábamos ambos en un mismo barco, y tenía la convicción de que podía contar con su apoyo.

En el caso de que hubiera llegado la quinta parte del relato, me la llevaría, volvería tranquilamente a casa, me echaría en la cama, tal vez leería uno o dos párrafos antes de dormirme, y dejaría para el día siguiente la mayor parte del disfrute y del trabajo.

Pero ¿qué ocurriría si no había nada para mí en la agencia? Fui presa de una oleada de pánico, abrí los ojos y miré fijamente al lejano techo. De repente me pareció que el agua se había enfriado. Me volví en seguida hacia el grifo rojo para echar más agua caliente.

—Ahora está mejor —dije en voz alta. Aunque en esta ocasión no encontrara nada, seguro que el cliente me haría llegar el encargo más adelante. Estaba satisfecho con mi trabajo. Así pues, no existía ningún motivo por el que no hubiera de dejar la quinta parte del relato en la agencia. Y, por supuesto, yo lo traduciría al ruso con el mismo talento que las otras veces, así que la sexta, la séptima, y todas las otras partes vendrían sin problemas.

Qué extraño: no había pensado en quién podría ser mi misterioso cliente. Me bastaba con que me entregara puntualmente la continuación de la crónica. ¿Qué me importaba quién pudiera ser esa persona? Yo disfrutaba con el trabajo, y al mismo tiempo me aseguraba unos buenos ingresos. En tanto que nuestros intereses coincidieran, no quería mostrar una excesiva curiosidad. Al cabo, lo único que habría conseguido con ello sería asustar al propietario del libro.

Tras un desayuno apresurado (creo que volví a comer tostadas), regresé al escritorio, leí una vez más la traducción del día anterior y la pasé a limpio con la máquina de escribir. Hacia las seis de la mañana había terminado. Me faltaban sólo unas pocas palabras cuyo significado no conocía con exactitud y que habría preferido consultar con un buen diccionario antes de entregar el texto. Me cubrí con la manta de lana y me puse cómodo con una taza de té en la cocina. Faltaban como mínimo tres horas para que las librerías y bibliotecas abriesen, y sin duda alguna me merecía un descanso.

Encendí la radio, busqué una emisora de noticias y escuché sin prestar mucha atención las de la mañana mientras contemplaba el vaho que ascendía desde la taza de té.

Parecía que a nadie le importaba ya el tsunami asiático. El tema estrella de la sección de internacionales eran ahora los violentos terremotos que habían tenido lugar en Estados Unidos y el Caribe. Unas ciudades caribeñas, de tamaño considerable, habían quedado destruidas. Los presidentes y dictadores militares que gobernaban esos estados enanos habían solicitado el apoyo de la comunidad internacional, y la ONU había prometido ayudas para la reconstrucción. Los primeros aviones de Médicos sin Fronteras y equipos de salvamento del mundo entero se habían puesto ya en camino.

Estados Unidos había salido mejor librado: su sistema de prevención de seísmos había tenido un funcionamiento impecable y por ello había sido posible evacuar a tiempo a la población afectada. Pero los científicos avisaban de que había que contar con nuevos temblores de tierra... Luego escuché los comentarios de un experto sobre los desplazamientos de placas tectónicas que habían provocado los cataclismos recientes.

Finalmente, el locutor habló de la cercana jornada electoral, pero ese tema no me interesaba. Era lo mismo de siempre: todos se echaban las culpas los unos a los otros, un político había abandonado la contienda, un segundo había aparecido en un bosque cercano a Moscú con una bala en la cabeza, mientras que un tercero había declarado que pensaba abandonar su cargo de presidente en una gran empresa para consagrarse por entero al servicio de la patria.

En último lugar —después de todas las catástrofes, asesinatos y crisis—, la redacción del informativo, quizá por misericordia para con sus oyentes, dio una noticia positiva: al parecer habían declarado «Miss Universo» a una rusa. El locutor dio las medidas y el año de nacimiento de la señorita y se despidió cordialmente. Entonces sonó John Coltrane y se llevó consigo toda la porquería que durante los últimos quince minutos había sonado. Una buena elección...

mis dedos, que había alargado ya en dirección al interruptor, quedaron suspendidos en el vacío, sin decidirse, y al fin desaparecieron de nuevo bajo la manta. Me bebí el té y abrí el librito de Kümmerling por una página elegida al azar.

No me costó mucho encontrar un diccionario grande español-ruso. Las librerías estaban llenas de libros de frases, cursos de autoaprendizaje y también de diccionarios de lo más variado, desde el formato de bolsillo, con unas cinco mil entradas, hasta mamotretos de diez centímetros de grosor.

En cambio, como ya me había temido, no me fue tan fácil encontrar una obra acerca de la cultura de los mayas. Hice una búsqueda exhaustiva por la Dom Knigi⁷ de la Nueva Arbat, así como por algunas librerías de viejo, y visité el gran Mercado del Libro, pero tan sólo conseguí unos pocos folletos de colores chillones en cuyo título figuraban siempre las palabras «Secreto», «Enigma» y «Misterio». Tan sólo cuando volvía a pie de la estación de metro Arbatskaya hasta mi casa y pasé de nuevo ante la Dom Knigi me llamaron la atención unos vendedores callejeros que ofrecían todo tipo de morralla por la acera.

Se trataba, sobre todo, de libros ilustrados, macizos, con muchos colores, y títulos como *Las doctrinas del Kamasutra* y *Enciclopedia de la voluptuosidad*. Uno de los ambulantes había colocado sobre una mesa libros de esoterismo editados por él mismo, y había también unos personajes con pinta de carteristas que vendían bajo mano copias ilegales de *Mi lucha*. Como eran conscientes de los riesgos, no se quedaban en un solo lugar ni tampoco habían traído mesas para exponer el material. Dispuestos en todo momento a echar a correr y a desaparecer entre la multitud, medían a los transeúntes con miradas atentas, e incluso codiciosas, para distinguir entre la interminable muchedumbre a sus clientes potenciales y localizar a los agentes provocadores de las fuerzas de seguridad del Estado, que ocasionalmente, por motivos desconocidos, emprendían la lucha contra el fascismo.

En un primer momento tomé al vendedor por uno de éstos. Sumido en mis pensamientos, me paseaba entre la mercancía expuesta y miraba distraídamente los libros a la venta. Mi impresión provino de que el hombre dirigía sin cesar miradas furtivas en todas las direcciones y guardaba su mercancía bajo el anorak, con la cremallera a medio abrir. Como en tantas otras ocasiones, el sentido de las letras que tenía ante los ojos no penetró al instante

⁷ En ruso, literalmente, «Casa del Libro». Emblemática librería moscovita situada en el Nuevo Arbat. (N. del t.)

en mi conciencia. Pero, en cuanto lo hube comprendido, me quedé paralizado por un momento, como si me hubiera golpeado un rayo, y luego me volví bruscamente para comprobar si el vendedor aún se encontraba allí y si no me había imaginado el título del libro como consecuencia de mi larga e infructuosa búsqueda.

Las crónicas de los pueblos mayas y la conquista de Yucatán y México.

Antes de preguntar el precio había sacado ya la cartera.

El vendedor no tenía nada especial: cabello rubio oscuro con algún mechón gris, rasgos faciales discretos y nada memorables —ni gordo ni flaco—, ojos acuosos entre el gris y el azul pálido, abrigo oscuro. Me detuve un instante frente a él, pero, por el motivo que fuera, fingió no verme. Tan sólo cuando le pregunté por el contenido del libro me dirigió una mirada fría, escrutadora, como para descubrir si yo era digno de comprarle su valiosa mercancía. Empecé a plantearme la posibilidad de que el libro no tuviese páginas y sus tapas sólo ocultaran una bolsita de plástico llena de polvo blanco. Si ése era el caso y yo no sabía decirle el santo y seña, el vendedor me respondería que el libro no estaba a la venta y se esfumaría.

No, no era un camello. Al instante, sin apartar los ojos de mis billetes, me dijo un precio que me pareció elevado hasta la desvergüenza. Notó mis dudas, se encogió de hombros con desprecio y me dijo fríamente que aquella edición era una rareza bibliográfica, que se había publicado con muy poca tirada hacía casi cincuenta años, y que, por supuesto, un lego no podía hacerse cargo de su valor.

Me entró miedo de que se negara a entregarle el libro a un tacaño e ignorante como yo, y por ello le pagué al instante la suma requerida, que sin duda alguna le permitiría una cómoda existencia durante un par de semanas.

Sólo cuando me hube alejado quince o veinte pasos se me ocurrió que habría podido preguntarle a aquel sujeto si le quedaban más libros sobre el mismo tema. Pero había desaparecido y en su lugar había ahora un anciano todavía robusto que vendía un mamotreto con amplia información sobre las teorías conspirativas elaboradas por Rudolf Hess durante su vida en prisión...

Finalmente traduje las palabras que me faltaban y lo pasé todo a limpio. Como ya era habitual, guardé la copia en el archivador, que empezaba a llenarse, y metí el original en la carpeta de cuero del cliente. El cansancio se hacía notar cada vez más, pero estaba firmemente decidido a no acostarme hasta que hubiera conseguido la parte siguiente del libro. En diez minutos

recorrí el camino hasta la agencia.

Ya en el umbral, oí voces. Me imaginé que sería uno de mis colegas, o incluso el cliente, pero entonces me di cuenta de que era la televisión. El empleado estaba sentado delante del aparato con la mirada fija en la pantalla. Una sonrisa de satisfacción deformaba sus rasgos hasta el punto de que al principio no lo reconocí. En vez del habitual saludo condescendiente y avinagrado, me hizo un gesto con la cabeza sin apartar los ojos del televisor y murmuró:

—Un momento... esto está a punto de terminar.

Dejé la carpeta negra sobre la mesa y busqué con los ojos por la estantería a su hermana gemela de color marrón. La otra carpeta no estaba allí... seguramente la tenían en el cuarto de al lado.

El empleado bajó el volumen del televisor y proclamó con orgullo:

—¿Lo ha oído ya? Una de las nuestras ha llegado a «Miss Universo». ¡Una moscovita! ¡Ésas son las tres columnas sobre las que se sostiene nuestra tierra: petróleo, armas y mujeres!

No le respondí ni demostré el más mínimo interés. Sólo entonces pareció darse cuenta de con quién hablaba. Tosió ligeramente, recobró el control sobre sí mismo y su rostro se transformó una vez más en una máscara de piedra. El rubor abandonó sus mejillas y en vez de sus emociones naturales apareció de nuevo la más pura afectación.

—¿Ha terminado ya la última entrega?

Sin decirle palabra le entregué la carpeta. Miró su contenido, sacó el sobre con mis honorarios y me lo entregó. Indudablemente se había dado cuenta de mi mirada interrogadora y me dijo con brusquedad:

—Para que lo sepa: aún no hemos recibido la parte siguiente.

—¿Y cuándo va a llegar?

Debí de poner tal cara de decepción que el empleado no pudo reprimir una sonrisa de condescendencia.

—No tengo ni idea. —Sus palabras se abatieron sobre mí como el filo de una guillotina—. El cliente no se ha presentado durante estos últimos días. Vuelva a pasar a finales de esta semana, o deme su número de teléfono para que pueda llamarlo.

—Gracias, pero no será necesario, vengo muy a menudo... —Sabía que a partir de ese momento iba a pasar por la maldita agencia diez veces al día.

—Como prefiera. —Se encogió de hombros, agarró el mando a distancia

y volvió a subir el volumen del televisor.

—Hasta la vista —le dije.

Pues vaya. Al salir, cerré los ojos, y tomé aliento. Olía a tubo de escape y a una de esas raras tempestades de noviembre. Escuché en mi interior, me miré a mí mismo, como a veces contemplamos nuestro reflejo en uno de esos aljibes para agua de lluvia que todavía encontramos en los terrenos de las dachas y de las casas de pueblo. Mi silueta fluctuante se desdibujaba en esas aguas espesas y oscuras sobre las que flotaba una solitaria hoja de arce, y los ojos que me miraban me hablaron de cansancio e indiferencia. No, no era el fin del mundo. El capítulo siguiente tardaría algún tiempo. Mejor para mí. Así, por lo menos, podría dormir.

Llegué a casa derrengado, pero mi fatiga era pegajosa como un caramelo de elaboración casera y tenía el correspondiente sabor entre dulce y amargo. Me metí bajo el edredón y agarré el libro sobre los mayas recién comprado, pero no conseguí abrirlo. Mis pensamientos se confundían, se mezclaban con imágenes que se superponían las unas a las otras, esbozos de mi fantasía, y al cabo de unos segundos el sueño me arrastró en su torbellino.

Aquella noche soñé de nuevo con mi perro, y recuerdo que me alegré mucho por ello, incluso mientras aún soñaba. Resultó que en la cocina de mi piso había una portezuela tras la cual se escondía una cámara. Mi perro había vivido tras la portezuela durante todo el tiempo en que lo había dado por muerto. Durante mi sueño, empezó a arañar la portezuela para que lo dejara salir, y en cuanto la abrí me lamí todo el cuerpo de pura alegría, sobre todo la nariz y las orejas. Y al instante, por supuesto, me pidió que lo sacara a pasear. Primero me miró a los ojos y corrió hacia la puerta del piso, y, al darse cuenta de que estas insinuaciones no surtían efecto, me trajo él mismo la correa y el collar.

En lo esencial, mis sueños solamente se diferenciaban por las circunstancias en las que descubría, en cada caso, que mi perro no había muerto, sino que, por el contrario, estaba vivo y del mejor humor. El resto de los detalles se parecía mucho: quería que le diera de comer y que lo sacase afuera, donde me traía ramitas para jugar.

A veces, como en esta ocasión, descubría que durante todo el tiempo había vivido cerca de mí sin que me enterara. En otra versión sí había muerto, pero él no lo sabía, y, mientras lo tratase como a una criatura viva, se podía decir que no había muerto en serio. Lo más importante era atenerse a las reglas

del juego, no llorarle ni demostrar ninguna piedad. En resumen: hacerlo todo para que no se diera cuenta de que había muerto. Lo cual, por otra parte, no era nada difícil, gracias a su alegría de vivir y su energía desbordante. Finalmente también ocurría que, sin explicación alguna, volvía conmigo y yo no sabía nada de su muerte. Estos sueños, ligeros y alegres, eran los que más me gustaban.

En esta ocasión el paseo nos llevó por un parque desconocido. Como de costumbre, lo solté de la correa en cuanto hubimos dejado atrás la calle, y al momento, como loco, se puso a corretear de un lado para otro por un prado. Ése era un goce que jamás le negaba. Cuando aún vivía, a menudo se había visto obligado, a causa de mi vida de ermitaño, a pasarse días enteros tumbado —en invierno sobre el sofá, en verano por el suelo—, y, por ello, tan pronto como regresaba del mundo de los muertos para hacerme una breve visita en sueños, parecía que en primer lugar quisiera recordar para qué lo había hecho la naturaleza. Los *setters* son una raza de cazadores, y yo lo sabía muy bien. Así, cuando —no importaba que fuera en la vida real o en sueños— hallábamos el camino por el campo, o en el parque, trataba de ponerle los mínimos límites posibles.

Al cabo de poco se había alejado tanto que lo perdí de vista. Así que hasta las doce de la noche, en las que me despertó un impulso natural, no hice otra cosa que pasearme por los soleados paseos del parque veraniego y llamarlo una y otra vez por su nombre con la precisión mecánica de un reloj. Durante todo ese tiempo mi perro corrió por las cercanías, pero sin mostrarse, aun cuando se oyeran alegres ladridos entre los arbustos, a veces a la derecha, a veces a la izquierda, a una distancia cada vez más breve, pero insalvable...

Me levanté, y lo primero que hice, aun antes de ir al baño, fue correr a la cocina y examinar meticulosamente las paredes. No encontré ninguna portezuela.

Esa noche no logré dormirme de nuevo. Di vueltas sin cesar de un lado para otro y poco antes del alba tracé planes para el día en el que, contra todas mis previsiones, no tendría nada que hacer.

Me había propuesto no visitar de inmediato la agencia, sino aguardar como mínimo hasta la tarde. En primer lugar me prepararía un desayuno decente con café y periódico, como no había tenido desde hacía varios días por motivos bien conocidos. A continuación me entregaría a la lectura intensiva del libro sobre los mayas, sin prisas, y por ello mismo con mayor minuciosidad. Me había prometido que hallaría respuestas a las preguntas que Kümmerling había

dejado abiertas.

Tras varios días de té y tostadas de pan de centeno, me pareció que lo más adecuado serían unas gachas, indudablemente más sosas, pero muchísimo más sanas, y para darle algún color a ese plato típico de cárceles y regimientos le eché una miel bastante líquida. Mientras las gachas se enfriaban, abrí el periódico, que acababa de sacar del buzón.

La primera página estaba dedicada en su integridad al terremoto en Estados Unidos y el Caribe; dos fotografías, cada una de las cuales ocupaba un cuarto de página, mostraban las ciudades totalmente destruidas de Haití y de la República Dominicana. Al parecer, La Habana también había sufrido serios daños.

Una entrevista con Lidya Knorozova, la nueva «Miss Universo», ocupaba la segunda página en su totalidad. En el centro de ésta había una fotografía a gran tamaño de la muchacha, con una diadema enjoyada en la cabeza.

Debía de ser una de las reinas de la belleza más extrañas que hubiera visto en mi vida.

En primer lugar, por su edad. A diferencia de las muchachas que suelen tomar parte en tales concursos, había superado con creces la treintena. Su rostro era innegablemente bello, pero decir que Venus la había besado en la frente al nacer habría sido una exageración. Lidya Knorozova convencía más bien por su encanto, sus labios tiernos y voluminosos, su dulce sonrisa, las conmovedoras arruguitas que apuntaban en las comisuras de los párpados. El fotógrafo no se había tomado la molestia de retocar nada. Era totalmente distinta de las nínfulas de grandes ojos grises que solían representar a Rusia en semejantes certámenes y se me hacía totalmente incomprensible que el jurado hubiese elegido a aquella mujer agradable, pero de lo más común, y no a una atractiva mulata de ojos de corza procedentes de Latinoamérica que exhibían sobre el escenario sus piernas de infarto.

Intrigado por el misterio de Lidya, leí la entrevista con ella, pero la rusa no daba ninguna aclaración de por qué había ganado. Sí que explicaba, en cambio, su vida anterior, su carrera —era una destacada colaboradora de un Instituto para las Ciencias de la Cultura— y, como es de rigor en tales casos, les daba las gracias a sus padres por la educación que le habían dado y por su apoyo. Hablaba con especial calidez acerca de su padre enfermo, para cuyo tratamiento pensaba emplear la totalidad del dinero que había obtenido con el premio.

Me encogí de hombros y cerré el periódico.

El libro que me había comprado no era nada común. Me recordaba a uno de los — como mínimo — cuarenta volúmenes de la enciclopedia médica de los años setenta de mi abuela.

El título *Las crónicas de los pueblos mayas y la conquista de Yucatán y México* estaba escrito en letras blancas con relieve. El papel, firme al tacto y de gran calidad, había amarilleado un poco con el paso de las décadas, pero no había envejecido, sino, más bien, madurado, como el vino caro en una bodega de ambiente templado. Acerqué el volumen a mi cara, pasé varias páginas y saboreé su dulce y polvoriento olor a biblioteca. Ese inconfundible aroma infundió en mí el humor adecuado. El libro me solicitaba que me tendiera en el sofá y lo leyera sin prisas, al cálido fulgor de la lámpara de pantalla verde, como un cóctel favorito que se sorbe lentamente y con placer por una pajita.

Qué raro: en el frontispicio no se indicaba la editorial. Y el nombre del autor que figuraba en letras pequeñas en la parte de arriba de la página suscitaba asociaciones bíblicas. Era muy posible que se tratara de un seudónimo: E. Yagoniel. El libro, a primera vista, parecía serio, pero no decía nada sobre el científico que lo había escrito. ¿Cuáles eran los datos que sí se encontraban en él? Moscú 1961, impresión *offset*, tirada de trescientos ejemplares. Mis impresiones estaban divididas: por un lado parecía un típico producto de la ciencia soviética, y por el otro estaba claro que había algo que no cuadraba. Estuve a punto de pensar que se trataba de una falsificación muy lograda... pero ¿a quién se le habría ocurrido falsificar bibliografía científica de la era soviética?

A juzgar por su índice, la obra reposaba sobre una investigación exhaustiva. Se narraba la historia de la península de Yucatán hasta la época de los primeros asentamientos por parte de tribus nómadas. A lo largo de varias docenas de páginas el autor explicaba la época preclásica y se extendía aún con mayor detalle por los siglos en los que los mayas habían alcanzado la cima de su poder. No encontré ningún capítulo que tratara la decadencia de la cultura maya, pero estaba absolutamente convencido de que Yagoniel iba a explicar algo más que el advenedizo de Kümmerling. Tenía que leérmelo con paciencia desde la primera página hasta la última.

Al llegar a la parte donde se explicaba la llegada de los españoles y el inicio de la colonización, me fijé al instante en el capítulo que hablaba del obispo franciscano Diego de Landa y de sus obras. Decidí que mi estudio intensivo empezaría por él. Necesitaba con urgencia que alguien me orientase por el tenebroso mundo de la Sudamérica de la colonización europea a través de las gafas de carey de la ciencia socialista de los años sesenta.

No encontré ni una sola referencia a la realidad de la difícil época en la que se escribió la obra. En ninguna parte del texto se citaban autoridades científicas que hubieran publicado tras el inicio del siglo XX, por lo que llegué a la conclusión de que se trataba de una traducción de un libro aparecido antes de la Primera Guerra Mundial. Sin embargo, la fecha exacta de su edición original tan sólo podía ser objeto de especulación.

En todas las páginas que abrí al azar, el autor demostraba sin ambages que dominaba hasta el mínimo detalle su objeto de investigación:

Diego de Landa Calderón nació el 12 de noviembre de 1524 en la localidad de Cifuentes, en la provincia española de Guadalajara. El paisaje que contempló a su alrededor cuando abrió los ojos por primera vez, y luego mientras crecía —viñedos en las pendientes de colinas bajas, caminos flanqueados por álamos, incontables arroyos y riachuelos—, era tremendamente distinto del que disfrutaría desde la ventana de su celda monacal antes de cerrar por última vez los párpados el 29 de abril de 1579.

En el mismo año de 1524 en el que Diego de Landa vio por primera vez la luz del mundo, el militar y descubridor Pedro de Alvarado fundaba en la Guatemala que él mismo había conquistado la ciudad de Santiago de los Caballeros. La conquista de Yucatán, adonde llegaría su futuro obispo en el año 1547 para vivir allí hasta el final de sus días, apenas si había empezado. En aquel tiempo la corona española aún no se había decidido a integrar la península en el imperio que estaba creando en las Indias Occidentales.

El Obispo de Landa tuvo un papel sumamente contradictorio en la historia de dicha conquista. Actuó a la vez como perseguidor de los mayas sometidos por los españoles y como su protector contra los furiosos terratenientes y la soldadesca. Fue el primero en describir su vida cotidiana, creencias, normas y costumbres, e intentó descifrar su escritura. Fue fray Diego de Landa quien, sin gozar de la autoridad necesaria para ello, tuvo el atrevimiento de juzgar a los paganos y sus divinidades. Fue este sedicente inquisidor quien en julio de 1562 organizó un espectacular auto de fe en Maní, en el que casi todos los libros de ritos y crónicas de los mayas que existían por aquel entonces fueron víctima de las llamas, y así se perdió su contenido para la ciencia moderna. También ordenó la quema de los ídolos de madera decorados con inscripciones. Con todo, su Relación de Yucatán ha sido la fuente de información más importante e influyente sobre la cultura de los mayas. Si Landa no hubiera existido, tampoco habría habido investigación científica sobre los indios que tanto se esforzó en cristianizar, por lo menos en su forma actual. Pero, si se hubiera dado tal hipótesis, quizá tampoco habría sido tan grande la necesidad y el interés científico en investigar esta fascinante cultura, porque el pueblo que la había creado la habría transmitido hasta el día de hoy.

Pasé rápidamente sobre la vida del monje franciscano anterior a su llegada a Yucatán y busqué detalles significativos en la historia de la fundación del monasterio de Izamal. Empecé por hojear distraídamente las páginas, pero, de repente, me quedé sin fuerzas y sin aliento. Todo encajaba. De repente lo vi claro.

Fue este sedicente inquisidor quien en julio de 1562 organizó un espectacular auto de fe en Maní, en el que casi todos los libros de ritos...

El mismo año, la misma ciudad, la misma y siniestra persona al frente del monasterio. Las aventuras que se narraban en la relación de Indias que yo había traducido eran indudablemente la prehistoria de los acontecimientos que tuvieron lugar en julio del mismo año en Maní.

Los tres indios destacados como guías de la tropa habían preguntado, angustiados, por el propósito de la expedición, y pocos días después de la partida de los españoles desde Maní, todavía en la primera parte de las anotaciones, uno de los guías había tratado de averiguar por medio de sus capitanes si era cierto que los conquistadores y monjes españoles quemaban los libros de los mayas en otras partes de Yucatán.

Me levanté bruscamente del sofá y corrí a la habitación. Mis copias mecanografiadas de la traducción estaban sobre el escritorio entre otros papeles. En un abrir y cerrar de ojos encontré el pasaje que buscaba.

... me reveló que en ciertos territorios mayas, y muy especialmente en Mayapán, Yaxuna y Tulum, los soldados españoles habían quemado libros e ídolos de los indios. Que el tal Hernán González me preguntó por qué actuaban de ese modo y si se me habían impartido a mí instrucciones semejantes. Que yo, aunque me imaginara el motivo por el que fray Diego de Landa nos había encomendado el viaje...

No hacían falta más hipótesis. Me faltaban por leer los párrafos de Yagoniel en los que se hablaba de la gran quema de Maní. ¿Por qué no me había dado cuenta en seguida al tener noticia del impío auto de fe mediante el libro de Kümmerling?

De acuerdo con las palabras del propio fray Diego de Landa, éste había trazado en junio el plan de hacer destruir todos los ídolos y libros sagrados de los indios. Cierta día de ese mes, los perros del celador del monasterio del Arcángel San Miguel se soltaron de sus cadenas y huyeron. Al cabo de algún tiempo el celador descubrió a los animales en una pequeña cueva no muy lejos del monasterio. Ladraban frente a una abertura baja y estrecha en la que el hombre no se había fijado hasta entonces. Este, llevado por la curiosidad, decidió penetrar en su interior, y al cabo de un rato logró llegar a una cavidad en la que había imágenes de los dioses indios hechas de madera y de piedra, y manchadas de sangre fresca. Al lado de éstas había también otros indicios de que poco antes habían tenido lugar ceremonias religiosas en aquella misma cueva. El joven, un indio bautizado, informó de todo ello al guardián del monasterio.

La noticia de que, quince años después de la llegada de los misioneros, los nativos de aquella tierra aún reverenciaban a sus ídolos a pocos pasos de la Iglesia católica, y que tal vez llevaran a cabo sacrificios humanos igual que antes, encolerizó a fray Diego de Landa. Discutió la situación con el resto de los hermanos franciscanos, así como con los representantes del poder secular, y se decidió a poner fin de una vez por todas al paganismo en la región que le había sido encomendada. Landa no vio un medio más adecuado para su erradicación que destruir todos los objetos empleados en el culto, así como todo lo que pudiera servir a su recuerdo, y ordenó que le llevaran a Maní todos los ídolos, libros de piel de ciervo o de corteza de árbol, y muchas otras cosas. El estudioso español doctor Justo Sierra publicó en el siglo XIX una lista incompleta de los objetos amontonados en la plaza principal de Maní en el día 12 de julio de 1562. Hablaba de 5.000 estatuas de formas y tamaños diversos, 13 altares de piedra de gran tamaño, 22 piedras pequeñas adornadas con jeroglíficos, 27 rollos de escritura en los que también había jeroglíficos y signos, así como 197 recipientes rituales. Se colige que la Inquisición debió de apoderarse de un número sustancialmente mayor de objetos, y muy especialmente de libros. En cualquier caso, todos ellos fueron despedazados, o quemados, en aquella memorable mañana del 12 de julio de 1562. Mediante un golpe único y bien dirigido, el monje franciscano Diego de Landa logró reducir a polvo y cenizas diez siglos de historia del gran pueblo maya.

El daño causado con ello es tan inconmensurable como la laguna que dejó en la herencia cultural de la humanidad. Bastaría sólo con mencionar que Landa y sus esbirros, guiados por su fanático celo religioso, destruyeron casi todas las crónicas de los

mayas, así como sus libros religiosos y obras literarias. Únicamente tres manuscritos mayas sobrevivieron a esta catástrofe. Hoy en día se les conoce como Códices de París, Dresden y Madrid, por el nombre de las ciudades en cuyas bibliotecas se conservan. Otras crónicas importantes son los libros del Chilam-Balam, escritos en el siglo XVI en la lengua maya, pero en caracteres latinos. Por supuesto que también se conservan inscripciones en estelas y monumentos arquitectónicos que aún existen en la jungla de Yucatán, pero no cabe duda de que la humanidad ha perdido para siempre la mayor parte del saber que contenían los libros quemados.

¿Cuáles fueron los motivos de fray Diego de Landa? ¿Tenemos que condenarlo por lo que hizo? Debemos tener en cuenta que, en la época en que los franciscanos pusieron el pie en América Central, las tribus indias que habitaban aquellas regiones seguían a menudo prácticas religiosas atroces. Quizá esto era más frecuente entre los belicosos aztecas, que entre las tribus mayas, pero en casi todas las culturas de América Central se celebraban sacrificios humanos —hasta horribles extremos entre los aztecas—, así como automutilaciones. Si tenemos en cuenta las nada amables, e incluso terroríficas representaciones de los dioses indios, no es de extrañar que los sacerdotes cristianos contemplaran sus religiones como cultos satánicos, y que los monjes franciscanos tuvieran por demonios a todos aquellos ídolos y héroes cuasi divinos a los que los mayas y otros pueblos de las Indias Occidentales rendían culto.

En consecuencia, los esfuerzos de fray Diego de Landa por erradicar el paganismo de los nativos se fundamentaban en su absoluta convicción de estar combatiendo la más depurada manifestación del mal sobre la tierra. En todo ello tuvo un papel nada insignificante el hecho de que los indios convertidos al catolicismo fueran sustancialmente más fieles y leales que quienes se obcecaban en seguir las creencias de sus padres. En la medida en que lograban imponer el cristianismo a los nativos, los españoles reforzaban también su propia posición como colonos.

Sería pura ingenuidad afirmar que las hogueras quemaron tan sólo libros e ídolos. Sabemos por fuentes seguras que los nativos que se negaron a abandonar su fe fueron víctimas de torturas y de horribles palizas, y que muchos de ellos tuvieron una muerte espantosa.

Y en todo ello merece la pena tener en cuenta lo siguiente: durante el breve período que había transcurrido desde las conquistas de Cortés, la sociedad española había alcanzado, por motivos que se nos escapan, un grado de evolución moral en el que se impusieron la reflexión y el remordimiento acerca de sus propios pecados, aun en los casos en los que el fin podía justificar los medios. Esa situación afectó también a la conquista: numerosos pensadores y teólogos españoles de ese período creían que los españoles no tenían ningún derecho a someter a los pueblos del continente que ellos mismos habían descubierto, ni a esclavizarlos, ni a oprimirlos... ni a tratarlos como ganado sin voluntad propia, siendo como eran criaturas humanas con los mismos derechos que ellos.

En cuanto la corona española tuvo noticia de los excesos que se habían perpetrado en la provincia de Landa, se presentaron acusaciones contra éste, y tuvo que regresar a España. Lo único que salvó al guardián de Izamal fue un documento en el que el general de la Orden de los Franciscanos confirmaba que Landa disponía de los poderes de un Inquisidor. Al cabo de unos años, el proceso contra Landa concluyó en absolución. Durante este tiempo, el acusado empezó a escribir su Relación de las cosas de Yucatán, un trabajo etnográfico que siglos más tarde le daría fama en el mundo entero.

Las malas lenguas dicen que lo escribió tan sólo para justificar su propia actuación. Otros, en cambio, piensan que fray Diego de Landa deploraba sus propios actos, y que, con la intención de compensarlos, reunió toda la información que pudo acerca de los mayas y la puso por escrito. Sea como fuere, dedicó el resto de su vida a este trabajo.

Yagoniel había resuelto los enigmas que me atormentaban con la misma facilidad con que fray Diego de Landa Calderón había borrado el recuerdo de todo un milenio de asombrosos logros, guerras sanguinarias e inimaginables conmociones: la intención del máximo responsable del monasterio de Izamal había sido debilitar los cultos de los nativos y consolidar las colonias españolas... como explicaba el autor del diario en su segundo capítulo. Aquel día de junio, al descubrir que a la sombra de la Iglesia había indios ingratos que realizaban sacrificios a sus ídolos de madera, comprendió cuán insegura era la situación tanto de su orden como de sus paisanos en Yucatán, y tomó la única decisión posible y acertada.

Así pues, los guías de la expedición al sudoeste habían intentado tan sólo proteger a los dioses y los libros de su pueblo, porque los monjes los habían quemado ya públicamente en varios lugares. Nada de tesoros fabulosos, sino geopolítica y fanatismo religioso.

En toda esta historia que de repente veía tan clara y sin complicaciones, había sólo una única pregunta que me atormentaba: Si la existencia de maquinaciones paganas en Maní había sido descubierta en junio, y por ello había tomado fray Diego de Landa la decisión de destruir los ídolos y escritos paganos, ¿cómo era posible que mi expedición secreta, obviamente relacionada con el auto de fe, se hubiera puesto en marcha dos meses antes por orden suya?

LA FIEBRE

No cabía ninguna duda: la expedición se había organizado en secreto. Leí con suma atención todas y cada una de las líneas de Yagoniel acerca del auto de fe en Maní, pero no encontré ni una sola referencia a que fray Diego de Landa tuviera intención de realizarlo ya en abril. Las escasas quemaduras de ídolos que se habían producido en distintos lugares y que habían comportado la destrucción de unas pocas docenas de imágenes sagradas no tenían nada que ver con el gran auto de fe ni con el propio franciscano. Éste, por supuesto, había tenido noticia de las quemaduras de ídolos, pero no las había ordenado.

Pero, ¿y si el guardián del monasterio de Izamal hubiera querido revestirse previamente del manto de inquisidor? Para probárselo, por así decirlo. Quizá el incidente con los perros del celador no hubiera sido más que un pretexto para anunciar la gran ofensiva contra los paganos. ¿Y si era él quien lo había orquestado todo? En tal caso, cabía la posibilidad de que los motivos que le había explicado al capitán de mi partida fueran simples subterfugios. Quien miente una vez... la figura de fray Diego de Landa se me aparecía a una luz cada vez más turbia.

Pero, al carecer de pruebas serias, me pareció muy arriesgado avanzar hipótesis paranoicas, y por ello me quedé con la versión de que los actos del franciscano habían tenido como motivo su preocupación por la fe y la patria. Había planeado su operación mucho antes del verano de 1562 y había aguardado a que todo estuviera a punto y se le ofreciera un pretexto para una intervención «militar». Sí, yo no descartaba que toda la historia del curioso celador del monasterio del Arcángel San Miguel formara parte de su plan, y que fray Diego de Landa hubiera tenido desde mucho antes noticia de la existencia de la cueva con los ídolos, pero que se hubiera callado lo que sabía a la espera del momento oportuno.

Como el propio fray Diego de Landa se había refugiado en el silencio y no se veía que Yagoniel quisiera decir nada más sobre el asunto, me quedaba tan sólo una posibilidad de resolver la contradicción: tenía que hacerme con el capítulo siguiente de la relación y traducirlo.

No conseguí dormir durante la mañana, ni tampoco a lo largo del día, a pesar de que me tendiera varias veces en la cama y cerrase los ojos. No sé qué era lo que me lo impedía: el que mi pobre cuerpo no supiera ya qué horas estaban destinadas a dormir y cuáles no, o que los pensamientos dieran vueltas sin cesar dentro de mi cabeza como un animal atado a una noria.

Sin embargo, no quería pasar por la agencia de traducción hasta la última hora de la tarde. Como les suele ocurrir a los pescadores, tenía miedo de que mis propios nervios espantaran a la presa. Más valdría esperar y que el imbécil de la agencia no se hartara de mí, aunque la espera me resultase cada vez más difícil. Pero, con cada minuto que pasaba, se incrementaba en sesenta segundos la probabilidad de que la carpeta de cuero con el encargo me aguardase en la agencia. A las cuatro de la tarde, por fin, salí a la calle, con la intención de echar mis redes.

Durante los últimos días la temperatura había bajado considerablemente y había llovido menos. Pero el atardecer era turbio y gris: empezaron a caer gotas plomizas desde un cielo igualmente plomizo y al instante estalló la tormenta. Por supuesto, no llevaba paraguas.

La agencia debía de encontrarse todavía a cincuenta pasos cuando, de repente, me sentí mal. Empecé a notar palpitos en las sienes y tuve el presentimiento de que no me darían ningún otro capítulo. ¡Cuánto habría pagado hoy porque no me hubieran dado ese encargo!

Cuando abrí la puerta y entré en la agencia, el empleado se sobresaltó como si hubiera visto a un fantasma. Parecía trastocado: miraba nerviosamente de un lado para otro, manoseaba sin objetivo alguno el montón de papel que tenía sobre la mesa, tenía el cabello revuelto y desgredado.

—¿Qué le ocurre? —me preguntó.

—¿A mí? —le respondí, perplejo. Yo le habría hecho la misma pregunta.

—¿Se ha mirado usted al espejo? No se lo digo en broma. ¿Se encuentra bien?

Se notaba la preocupación en su voz, y por ello me acerqué a la ventana para mirarme. Las noches que había pasado sin dormir habían dejado huellas nada halagüeñas en mi rostro: estaba ojeroso, con la barba de pocos días erizada sobre las mejillas y el mentón, y por supuesto tampoco había pensado en peinarme.

—He dormido mal —le confesé, y me acerqué a su mesa.

—Lo entiendo —me respondió el empleado—. Pero, de verdad... ¿no le

ha sucedido nada...? —Con prudencia, como un conquistador en el curso de una exploración, buscó las palabras adecuadas. Lo miré con recelo y entonces enmudeció por un instante, y fue evidente que había tenido que contenerse para no decir la frase que tenía en la punta de la lengua: «¿No le ha sucedido nada extraño durante esos últimos días?».

—¿Qué quiere decir? —Me esforcé por aparentar incompreensión, en la medida en que me lo permitían mi barba de tres días y mis ojos inflamados como los de un vampiro que se despierta en mal momento.

—¿No? Ah, gracias a Dios. Dejémoslo. —Sus pupilas, hasta entonces erráticas, se detuvieron en un punto lejano, su mirada se vació de toda expresión y calló de nuevo.

—Tan sólo quería preguntarle si han recibido ya la siguiente parte del encargo. Ya sabe lo que le quiero decir, los documentos de archivo —le aclaré, porque su silencio se alargaba demasiado.

Se sobresaltó de nuevo, como si hubiera tocado un cable eléctrico, y me miró como si me viese por primera vez.

—La parte siguiente del encargo —le repetí, con la esperanza de que mi insistencia lo liberara de su estado medio comatoso.

Era obvio que acababa de sucederle algo muy desagradable, pero la curiosidad se me había embotado por dos motivos: mi abrumadora fatiga y el deseo de que me entregara al instante el capítulo siguiente del libro.

—¡No! —me respondió con inesperada vehemencia.

Me mordí los labios y le pregunté:

—¿Y tampoco saben cuándo va a llegar?

El empleado parpadeó y dijo, con voz pausada, como si cada una de las palabras le costara un inacabable esfuerzo:

—Desde luego que no. Ya no trabajamos con ese cliente.

Pequeñas estrellas centellearon frente a mis ojos y me pareció que el suelo se abría bajo mis pies. Me agarré con fuerza a la mesa, respiré hondo, meneé la cabeza y traté de ordenar mis pensamientos.

—¿Qué quiere decir que ya no trabajan con él?

—Pues que ya no trabajamos con él. Y le aconsejo a usted que siga nuestro ejemplo. Hoy ha venido la policía. —Y se encerró una vez más en sus pensamientos.

—¿Qué tiene que ver la policía con esto?

—No la policía sin más, la Brigada Criminal. Me han preguntado qué clase de traducciones hacemos. Primero nos preguntaron si habíamos recibido encargos fuera de lo común, como documentos para industrias armamentísticas o algo por el estilo.

Sonreí y traté de quitarle hierro a la situación.

—¿A quién se le ocurriría entregar documentos secretos a una agencia de traducción corriente y moliente?

Pero mi interlocutor no parecía dispuesto a bromear.

—Eso mismo les dije yo. Pero entonces quisieron saber cuánto tiempo llevaba con nosotros nuestro traductor de español, qué clase de persona era, si también manteníamos contacto en privado con él, si era muy rápido con las traducciones, si el cliente se había quejado de su trabajo y cosas así.

—¿Todo eso significa que le ha sucedido algo?

—Ha desaparecido sin dejar rastro. Un día antes de que usted se llevara la segunda parte de la traducción.

—¿Y qué dice la policía?

El empleado respondió como ausente.

—Esto tendrá que quedar entre nosotros, ¿de acuerdo? Se lo cuento sólo porque tiene usted que ver con este asunto. Me hicieron firmar una promesa de silencio, por supuesto... Ah, pero da igual, seguro que no irá usted a la policía... sea como sea, el traductor vivía solo, por eso no lo había echado nadie en falta. Al parecer, hubo un momento en el que sus parientes trataron de ponerse en contacto con él por teléfono, pero no lo consiguieron. Cuando, por fin, acudieron a su casa, encontraron la puerta abierta. Sus posesiones estaban intactas, pero él había desaparecido. La policía no lo puso de inmediato en la lista de personas desaparecidas. Eso es lo normal: primero hay que esperar unos días, porque a menudo los desaparecidos reaparecen por sí mismos. Pero el traductor no reapareció.

—¿Y esto qué tiene que ver con usted y conmigo?

—Que es probable que la desaparición tenga que ver con su trabajo. No tenía vida privada, ni tampoco enemigos, no le debía dinero a nadie y desde luego no entraron a robarle... casi todo seguía en su lugar.

—¿Qué ha querido decir con ese «casi»?

—Le hablé al agente de esa última traducción... no estaba allí, ¿entiende usted? El hombre había desaparecido, y, con él, la maldita carpeta. No había ni rastro. Y, por ello, la policía quería que yo les contara quién era el cliente, qué

aspecto tenía, por qué había pagado tanto y qué había en la carpeta.

Calló durante largo rato y me miró con recelo. Luego me dijo en voz baja:

—No les he dicho nada de usted, ¿me entiende? Con usted la cosa iba bien... no quiero que se den situaciones desagradables. Nos van a poner bajo vigilancia y nuestros clientes están empezando a murmurar por culpa de esta mierda. Lo mejor será que no venga por aquí durante un tiempo, hasta que todo se haya calmado. Todavía es posible que el traductor reaparezca...

La historia que me había contado no me provocó ninguna angustia. La desaparición podía tener los motivos más variados. Tal vez hubiera salido a comprar cigarrillos y lo hubiera atropellado un autobús. Y que en esos momentos estuviera quién sabe dónde y tuviese una etiqueta con su nombre atada al dedo gordo del pie. ¿Qué relación tenía eso con mi libro?

—¿Y no sabe usted nada sobre el cliente? ¿No tiene el formulario del encargo, ni una tarjeta de visita? —Había llegado un momento en el que me resultaba ya totalmente indiferente que el empleado pudiera sospechar o no de mi interés.

Arrugó la frente y me respondió:

—Sí, claro, pero la policía se lo llevó todo. ¿No se le habrá ocurrido...?

—¿Me podría decir, por lo menos, qué aspecto tenía el cliente? —De todas maneras yo mismo no sabía de qué habría podido servirme esa información.

—Un hombre mayor con gafas, aspecto de intelectual... nada fuera de lo común. —El empleado se secó el sudor de la frente con el dorso de la mano—. Pero por Dios bendito, ¿para qué quiere saberlo usted? ¿Se le ha ocurrido ir a investigarlo usted mismo? Es posible que no vuelva. Ayer pasó por aquí, poco después de que usted se marchara, y se llevó la carpeta sin dejar ninguna otra.

—¿Y no dejó ningún recado? ¿No dijo si estaba satisfecho? ¿O algo por el estilo? —Busqué con desesperación un clavo ardiendo al que pudiera agarrarme.

El hombre tuvo unos instantes de vacilación, abrió la boca en un par de ocasiones como si hubiese querido decirme algo, pero, al final, no hizo otra cosa que negar con la cabeza.

Puse cara de preocupación y le lancé un globo sonda.

—Entonces tendré que ir a la policía para hablarles de mi traducción. Si es que esta historia es tan importante. ¿Por qué no les dijo nada sobre mí a los agentes? Acabarán por hacerle a usted preguntas incómodas.

Suspiré con fingido pesar y vi por el rabillo del ojo su rostro desencajado, primer indicio de su cercana capitulación.

Entonces añadí en tono amable:

—Le comprendo a usted, por supuesto. La buena fama de nuestra compañía está en juego y podría quedarse usted sin empleo...

—¡Al diablo con el empleo! —me gritó de pronto—. ¡El viejo me ha prohibido que les hable de usted! Me refiero al cliente. Me lo dijo poco antes de marcharse. Como si hubiera sabido que la policía iba a presentarse al día siguiente.

Sorprendido, observé:

—¿Ha preferido atenerse a las órdenes de un viejo, antes que a las de la Brigada Criminal?

—Eso no lo puede entender usted. —Tenía los ojos fijos en la mesa y las manos enterradas de nuevo en una montaña de papel—. Lo dijo de tal manera que no podía desobedecerle... fue verdaderamente turbador.

No logré que me contara nada más. Ni una palabra. Como única respuesta a todas mis preguntas, negaba con la cabeza y murmuraba frases incomprensibles. Me llevé la impresión de que el empleado estaba reviviendo las conversaciones con el cliente y con el agente de la policía. Traté, en vano, de imaginarme cómo un hombre mayor con aspecto de intelectual había podido provocar tanta angustia a un hombre tan confiado en sí mismo.

Al fin, cejé en mis intentos de lograr que me dijera algo más. Salí furioso del despacho, di un portazo y me marché escaleras abajo.

No tenía ningunas ganas de marcharme a casa. Aun cuando llevara muchas horas despierto y hubiera sido más que razonable volver a casa para recobrar el ritmo natural de las horas de sueño, me deprimía sólo de pensar en el asfixiante vacío que reinaba en mi piso y que en esta ocasión no podría llenar con trabajo. Preferí quedarme en la calle.

No sabía cuál era mi meta ni tampoco seguía una ruta determinada; deambulé por las callejas sorprendentemente descuidadas del centro de Moscú, sin prestar atención a nada salvo a mis propios pies, por lo que choqué varias veces con otros transeúntes; no me enteraba del viento gélido ni de la lluvia que empezaba a caer. No tardó en oscurecer. Las casas se desdibujaron hasta transformarse en una única y gigantesca pared, la calle se convirtió en una sima embrujada. Por algún extraño motivo los vecinos no habían encendido las luces.

Casi todas las ventanas estaban negras y opacas. El conjunto era absolutamente antinatural, y mi incomodidad se hizo cada vez mayor.

Me imaginé que las paredes de esa sima, como en las viejas leyendas, se juntaban cada vez más, y que llegaría el momento en el que me aplastarían y me reducirían a polvo. Guiado por la idea totalmente demencial de escapar de entre ellas, empecé a caminar a mayor velocidad, y finalmente eché a correr. Llevaba el abrigo desabrochado, la lluvia racheada me golpeaba en el pecho, y el viento gélido hacía que la camisa húmeda se me pegara al cuerpo. Presa del pánico y sin acertar a detenerme, seguí corriendo, hasta que por fin columbré unas ventanas iluminadas en la lejanía. La lluvia me entró en los ojos y los puntos de luz se descompusieron en el agua que me cubría las pupilas, y brillaron con muchos colores distintos, como estrellas que me hubieran mostrado el camino.

Cuando por fin llegué a la casa de las ventanas iluminadas me di cuenta de que había regresado a la antigua biblioteca infantil en la que se hallaba la agencia de traducción. Aguardé unos diez minutos en el umbral, como petrificado, y luego, por fin, volví en mí mismo, me abroché el abrigo, y con pasos lentos, encorvado, emprendí el camino de vuelta a casa.

En cuanto hube abierto la puerta del piso con la pesada llave de cobre, fui de inmediato al cuarto de baño. Llené la bañera con agua caliente y me metí dentro. Pero no me sirvió de nada. Durante toda la noche me persiguieron opresivas visiones: en ocasiones caminaba sin rumbo por un desierto infinito bajo un sol ardiente, siempre sobre arenas abrasadoras, y sin embargo no lograba dar ni un solo paso adelante; otras veces quedaba atrapado en los pantanos de una selva tropical. En un momento especialmente terrorífico en el que tenía la sensación de que el mundo entero se quedaba sin aire e iba a asfixiarme, la pesadilla entreabrió las tenazas con las que me sujetaba y emergí de las profundidades del sueño, jadeante de fatiga.

Tenía la cama toda húmeda. Temblaba, me ardía la frente y me notaba la garganta seca. Con las últimas fuerzas que me quedaban aparté el edredón de mi cuerpo, porque temía que me ahogara, y me quedé tumbado durante largos minutos sobre la cama, incapaz de levantarme. Sentía en los oídos el palpito regular de la sangre, y su ritmo hizo que naciese en mi mente la fantasía de una compañía de soldados marchando frente a la tribuna. Entendí que se trataba de un desfile. Me bastó con cerrar los ojos para ver más de cerca a ese ejército espectral, y el sueño me arrastró de nuevo en su torbellino.

Volví a despertar porque una terrible frialdad había penetrado en todo mi cuerpo. Temblaba de tal manera que a duras penas pude levantar la mano para palparme la frente. Traté de recoger el edredón que había quedado en el

suelo, pero no lo conseguía. Finalmente me arrastré hasta el borde de la cama, perdí el equilibrio y me caí al suelo. Ya no me quedaba ninguna otra opción: si no quería pasar la noche entera sobre el frío parquet tendría que obligarme a mí mismo a levantarme, a recoger el edredón, a cubrirme por lo menos... tal vez lograra llegar hasta la cocina para tomarme una aspirina.

Pero no ocurrió nada de todo eso. Mientras buscaba a gatas el edredón por la habitación a oscuras, oí que alguien suspiraba en lo más profundo de la habitación.

Yo tenía la impresión de que debían de ser las cuatro de la madrugada... una hora silenciosa en la que incluso los últimos borrachos han vuelto a casa y los honrados trabajadores cuentan todavía con una o dos breves horas de sueño. Las luces estaban apagadas y las calles vacías, como si la ciudad se hallara en cuarentena. En mi habitación reinaba la más absoluta oscuridad. Los contornos de los muebles y también el negro rectángulo de la puerta que daba al pasillo, así como el suelo, el techo y las paredes habían perdido toda definición. Por eso mismo no tenía manera de saber qué o quién sería la criatura que, a juzgar por mi oído, se hallaba a pocos pasos de mí.

Por inverosímil que hubiera sido aquel sonido, estaba seguro de que no me lo había imaginado. Apoyé la espalda contra la cama y tendí los brazos para defenderme de un posible ataque. Luego tragué saliva y pregunté con voz ronca:

— ¿Quién está ahí?

En esa ocasión conté seriamente con la posibilidad de una respuesta. El suspiro había sido tan *auténtico* que no se me ocurrió preguntarme cómo era posible que el desconocido huésped hubiera entrado en mi piso sin que me diera cuenta. Tuve por segura su presencia. Por ello, me quedé sentado en el suelo, sin ver nada, y tanteé en la oscuridad, con los brazos temblándome de cansancio y de tensión. Hice esfuerzos desesperados por reprimir el jadeo que me surgía del pecho y escuché en el absoluto silencio. Nada. No se oía ni un roce. Pero cuando ya llevaba diez minutos en esa ridícula posición, empecé a pensar que aquel sonido tal vez no había sido otra cosa que el eco de un retazo de mi sueño. Así cobré valor, me levanté y busqué el interruptor de la lámpara de la mesilla de noche. Su luz se encendió y me demostró que la fantasía me había gastado una mala pasada: no había nadie en mi habitación. Me fijé sobre todo en la esquina en la que me había parecido oír el sonido y luego registré de manera sistemática todas las habitaciones del piso.

Cuando por fin me hube convencido de que estaba solo, fui a la cocina, saqué la caja con los medicamentos que tenía en el armario de la vajilla y me senté en el sofá. Me puse el termómetro en la axila y luego busqué entre los

envases de cartón y tubos de pastillas hasta encontrar una aspirina suelta y también otra medicina para hacer bajar la fiebre. La columna de mercurio había subido hasta los cuarenta grados; la situación era seria. Me tomé la aspirina efervescente y, a continuación, la otra pastilla. El agua que salía por el grifo olía a herrumbre y a cloro, pero me la bebí con avidez y no presté atención a los hilillos que me resbalaron por el mentón. Sólo cuando hube saciado la sed y me hube secado la boca con la manga del albornoz, me acordé de una película en la que un hombre perdido en un desierto se arrojaba desesperadamente sobre una fuente de agua en un oasis. Sí, aquella noche había caminado sobre un buen número de dunas...

Me llevé un vaso grande lleno de agua a la habitación, y, con las luces de la cocina y el pasillo encendidas, volví a meterme en la cama. Cuando amaneció, la fiebre había bajado un poco, pero durante una semana entera salí de casa tan sólo para comprar lo más necesario en la tienda de alimentación más cercana. E incluso ese breve recorrido me agotaba de tal manera que sólo de pensar en una nueva visita a la agencia de traducción me temblaban las rodillas y sentía malestar.

Por supuesto, era evidente que mi enfermedad, tan repentina como intensa, se debía al funesto paseo bajo la lluvia. Pero, en mi fuero interno, una voz me repetía por lo bajo que la causa de verdad era otra. ¿Quizá el no haber podido enterarme de cómo continuaba el diario del conquistador español? De acuerdo con toda lógica, habría sido ridículo creer que había sido esa noticia la que me había puesto enfermo; pero no podía excluirla del todo.

Si aceptábamos que se trataba de un resfriado, su evolución era de lo más particular: no tenía tos, ni moqueaba, ni ninguno de los síntomas que normalmente serían de esperar. En cambio, la fiebre me atormentaba todas las noches, y durante el día me sentía muy abatido, débil. Pensé en visitar a un médico, pero los problemas respiratorios y el carraspeo acompañado de pitidos que producían mis pulmones apuntaban más bien a una bronquitis, y como de niño había padecido muchas conocía bien la terapia que había que aplicar.

El trabajador autónomo no se ve obligado a notificar sus enfermedades y por ello tampoco necesita un certificado médico. Me decidí a curarme con mis propios medicamentos, y en poco más de una semana consumí todas mis provisiones de analgésicos. Pasaba los días sentado en la cocina, envuelto en mantas, con la tetera siempre a mano. De noche, cuando los ojos se me empezaban a cerrar, volvía a mi habitación y leía algo en la cama, y luego echaba una última ojeada por la habitación y apagaba la luz.

Le daba vueltas sin cesar a lo que podía haber pasado aquella noche. Hoy en día sé muy bien que en el mismo instante en el que la agencia me comunicó que no había llegado nada más se inició una serie de extraños acontecimientos que me iban a ocupar durante los días y semanas siguientes. Ése es otro de los motivos por el que cuento con tanto detalle hechos que a primera vista parecen no tener sentido, que parecen insustanciales, igual que mis sueños y mis estúpidas angustias.

Hoy en día, cuando miro hacia atrás, no puedo decir que la desaparición de mi predecesor me dejase totalmente indiferente, pero en aquella primera noche me faltó por completo la fuerza y la voluntad para pensar en ello. La certeza de que mi emocionante viaje al mundo de ese diario terminaría de golpe me había aterrado hasta el punto de que un hombre como yo, un hombre que se considera tranquilo, reflexivo, e incluso algo flemático, cayó por culpa de la desesperación en una especie de ataque neurótico y deambuló sin rumbo durante varias horas bajo la lluvia.

Sería difícil de explicar por qué la vieja narración española me había embrujado de esa manera; primero tendría que hablar largo y tendido acerca de mi vida anterior, aburrida, solitaria, sin sentido, que no había conocido apenas aventuras. En el momento en el que llegó a mis manos la narración del conquistador español reconocí por puro instinto que había ido a parar al epicentro de unos sucesos notables. Éstos no tenían absolutamente nada que ver con mi mugriento y pequeño mundo, y precisamente ése era el motivo por el que me agarraba a ellos con tanta fuerza, para que, por lo menos, me liberasen por algún tiempo de mi rutina. Incluso sin las repetidas y enigmáticas alusiones del autor, probablemente habría traducido un capítulo tras otro con entusiasmo y habría corrido a la agencia con el entusiasmo de un jovencuelo para recoger la continuación. Pero el pensar en los secretos que albergaban aquellas anotaciones —tal vez viviera en ese momento la aventura más emocionante de toda mi vida— hacía que la renuncia a ese encargo me resultara totalmente insoportable.

El maldito traductor de español había desaparecido y el empleado de la agencia, casi histérico, me había señalado la puerta. Estaba convencido de que los problemas tenían su origen en el libro. Pensé en ello durante largo tiempo: si había tenido la esperanza de meterme el miedo en el cuerpo y apartarme de la traducción de la relación de Indias, había fracasado por completo. Los acontecimientos habían hecho que el libro —en el caso de que, efectivamente, estuvieran relacionados con éste— me resultara todavía más extraordinario e interesante.

Pero no todo era tan sencillo. Podía dármelas tanto como quisiera de investigador... Nunca en mi vida me había angustiado igual que aquella noche

por unos sonidos irreales. Alguien había entrado en mi habitación, de eso estaba seguro. Una parte de mí había creído lo dicho por el hombre de la agencia de traducción y no me atrevía ya a descartar ningún peligro. Pero mis miedos no me disuadirían de seguir adelante con la traducción. El riesgo tan sólo subrayaba el significado y la seriedad de la situación; las apuestas habían subido.

Pero tenía un problema: había perdido el rastro del cliente.

Conozco un truco que me ha ayudado varias veces en la vida: cuando a toda costa quiero o deseo algo, empiezo por decirme que no conseguiré nada y que no puedo contar con nada, salvo con el fracaso más absoluto. Así, por una parte, me acostumbro a la idea de que mi deseo no se cumplirá y me vacuno contra la decepción que sentiré si los acontecimientos no siguen el curso esperado. Por otra parte, el gesto de conjurar el fracaso es a la vez un intento de alejarlo de mí. Podría decirlo de esta otra manera: invoco lo que no quiero que suceda. Y en esa ocasión me decidí a actuar igual.

Mientras así me convencía de que no volvería a ver jamás el libro, llegué a encontrarle una ventaja a mi dolencia: la debilidad de mi cuerpo impedía que me rindiese a mi debilidad interior, y eso mismo no me permitía acudir cada tres por cuatro a la agencia con la esperanza de que un bello día apareciera el capítulo siguiente.

Sin embargo, despedirme de Yucatán no me resultó fácil, ni tampoco me fue posible hacerlo de golpe. Me decidí a rebajar gradualmente la dosis.

Mientras me bebía el té y me comía a cucharadas una mermelada de cerezas, estudié mis dos nuevos libros. Busqué respuestas a las preguntas sobre el auto de fe que por aquel entonces me corroían.

Durante una de esas noches tranquilas hice un descubrimiento que me angustió: en el índice analítico del libro de Yagoniel había dos entradas dedicadas a fray Diego de Landa. Al hojear por primera vez el libro, me había fijado tan sólo en el capítulo en el que se citaba en persona al obispo de Yucatán. La otra entrada, sin embargo, me enviaba a una parte totalmente distinta. Al abrir la correspondiente página, no pude creer lo que veían mis propios ojos. Se trataba de una página en papel cuché, casi como papel de tinta, cubierta por el finísimo velo de una hoja traslúcida de color lechoso. Tal era el respeto con el que los editores de las enciclopedias soviéticas de los años cincuenta solían presentar las ilustraciones más importantes. Aparté con gran cuidado la hoja protectora y miré: fray Diego de Landa, en persona, me miraba

a los ojos.

Aparté el libro lejos de mí, como si me hubiera quemado.

Por supuesto que la presencia de ilustraciones en un libro como éste no era motivo de extrañeza. Pero había hojeado varias veces el Yagoniel y habría jurado que no llevaban ninguna como aquélla. No podía ser que me hubiera pasado por alto, porque había otras ilustraciones, pero estaban impresas todas ellas sobre papel ordinario. La página en la que estaba impreso el retrato de fray Diego de Landa, una hoja gruesa, más rígida que las demás, con su protección, se hacía notar. Una sola mirada al grueso del libro habría bastado para descubrir la línea blanca que sobresalía entre la masa de papel.

Pensé al instante en una dudosa artimaña del demonio y me pregunté en serio si debería arrojar el Yagoniel por la ventana. Pero la tentación de contemplar de cerca al misterioso franciscano fue demasiado fuerte y por ello me acerqué al guardián de Izamal, con la ridícula precaución de no tocar el libro con las manos.

Su retrato ocupaba la página entera. Se trataba de la reproducción de una pintura al óleo. Difícilmente se habrían podido hallar colores más adecuados para representar a fray Diego de Landa: el artista había logrado reproducir con tal naturalismo el frío centelleo de sus ojos que a duras penas lograba liberarme de la intensa mirada del prior.

Existen retratos que cautivan a quien los contempla y no lo dejan marchar. No importa desde qué ángulo pueda uno contemplarlos: las personas representadas nos miran siempre a los ojos, parecen vivas. Eso se aplica, por ejemplo, a la Gioconda, pero otros trabajos de Leonardo también persiguen secretamente con la mirada a los visitantes que se hallan en el museo. Y no ocurre tan sólo con Da Vinci: en cierto libro leí una vez acerca de un pintor español no muy conocido que se entregó al satanismo y estuvo a punto de terminar en la pira por la sensación de vida que transmitían sus retratos... ni más ni menos, pues, las personas a las que pintaba morían al cabo de poco tiempo, y entonces sus retratos parecían cobrar vida propia. Sí, creo que había incluso quien pensaba que el pintor ofrecía la vida eterna a quienes renunciaran a su cuerpo mortal y se prestaran a quedar encerrados en uno de sus mágicos lienzos. En cualquier caso, no le debieron de faltar encargos al maestro español. No recuerdo ya cómo terminaba la historia. Tal vez le sirviera de inspiración a Oscar Wilde para su célebre *Retrato...* Un nativo polinesio no pensaría que esa historia fuera ridícula o inverosímil: si no me equivoco, en el día de hoy todavía se niegan a hacer de modelo, e incluso a dejarse filmar. Temen que la reproducción les robe sus fuerzas vitales... En cualquier caso, el citado libro contenía unas pocas reproducciones de mala calidad de las obras del pintor

español, y éstas inflamaron mi fantasía. Recuerdo que tomé la decisión de viajar a España a toda costa para ver de cerca esos cuadros. Y que, como de costumbre, no sólo no cumplí mis propósitos, sino que finalmente me olvidé del nombre del maestro.

Sin embargo, la visión del retrato de fray Diego de Landa me recordó al instante aquella historia. No quiero decir que ese cuadro procediera de la mano del mismo pintor demoníaco, pero sí parecía que igualmente lo habitaran potencias mágicas. Indudablemente, el artista había tenido éxito con su retrato del monje. Tenía tal apariencia de vida que por un momento lamenté que mi pereza no me hubiera permitido aprender el español con mayor profundidad: si el retrato del guardián de Izamal me hubiese hablado, a duras penas habría podido responderle una frase inteligible.

Por lo que respecta al estilo, la pintura se atenía a las convenciones clásicas. Piénsese, por ejemplo, en los cuadros de un Velázquez. En sus retratos, las únicas manchas de luz se encuentran en los rostros pálidos, cerúleos, así como en los cuellos de puntillas, mientras que el resto del lienzo suele estar envuelto en la oscuridad. Los rostros no tienen expresión ni manifiestan pasiones, como si se tratara de máscaras mortuorias. Esa escuela concedía tan sólo a los niños, de vez en cuando, una sonrisa picara. Tampoco había sorpresas en las posturas de las personas representadas.

El retrato del franciscano parecía una imitación bien lograda de dicha escuela, en la misma medida en que el libro de Yagoniel podía compararse con una obra científica seria. Por lo que respecta al estilo, no había nada que decir. Pero, en cuanto a la figura misma...

Fray de Landa aparecía *en face*. Las líneas y arrugas de su rostro, que el artista había sabido representar con magistral sensibilidad mediante luces y sombras, el tenso perfil de sus labios pálidos y sin sangre, la atenta mirada de sus ojos oscuros semejantes a aceitunas negras... todo ello evocaba una extrema preocupación. El guardián levantaba una mano con el dedo índice extendido, tal vez como amenaza, tal vez como advertencia.

Se parecía en todo a como me lo había imaginado: frente alta, con el refuerzo de unas entradas bastante pronunciadas, pómulos salientes, nariz grande y aguileña, párpados hinchados y ojeras.

Al pie del cuadro se indicaba el sencillo título, *Diego de Landa*, así como las fechas del nacimiento y la muerte del obispo. Todavía me extrañaba más que, en todo el capítulo en el que se hallaba inserta la reproducción, no se citara ni una sola vez a Landa. No se entendía que el editor hubiera impreso el retrato del franciscano en el capítulo donde se describían las nociones religiosas de los mayas y algunos de sus ritos.

Perplejo, me olvidé de todas mis supersticiones y me concentré en hojear el capítulo desde la primera página hasta la última. Un lector ingenuo no habría tenido ninguna duda de que el retrato de Landa aparecía en ese lugar como consecuencia de una equivocación del tipógrafo o del editor. Pero, cuanto más pensaba en el enigmático lugar que ocupaba la ilustración, más me convencía de que se había tratado de un capricho del autor.

La página con la reproducción se hallaba a la derecha. Si la descubría, entonces la de la izquierda quedaba cubierta por la hoja protectora, de tal manera que no se podían ver a la vez las dos, y tampoco existía ninguna relación entre el contenido de ambas. Sólo entonces se me ocurrió que podía tratar de encontrar dicha relación.

Éste es el texto completo que leí en la página de la izquierda:

El ritual prescribía que el sacerdote contara con la asistencia de cuatro hombres mayores que él durante la realización del sacrificio humano. Estos hombres recibían el nombre de Chaac en honor de las cuatro divinidades de la lluvia. Cada uno de estos Chaac retenía por una de sus extremidades a la víctima que yacía sobre un altar especial, mientras otro hombre, el Nacom (señor de la guerra) le abría un profundo corte en el pecho. También participaba en este culto el Chilam, una especie de chamán vidente que recibía mensajes de los dioses en estado de trance. Habitualmente los sacerdotes reunidos interpretaban sus profecías.

Se sacrificaban prisioneros y esclavos, pero, sobre todo, niños (nacidos fuera del matrimonio o huérfanos que se adquirían con ese fin). El hábito de no sacrificar animales, sino seres humanos, había quedado implantado en Yucatán desde los tiempos de la conquista por los belicosos toltecas. En estas importantes ceremonias se empleaban altares sacrificiales que se hallaban en edificios culturales, sobre todo templos en forma de pirámide.

La realización de estos rituales quedaba estrictamente regulada en el calendario —en este caso, un ciclo de 260 días— y las ceremonias estaban cargadas de un significado simbólico. Solían figurar en ellas los números 4, 9 y 13, así como indicaciones de color que estaban asociadas a las direcciones del cielo. No cabe la menor duda de que los rituales más importantes estaban relacionados con el inicio del Año Nuevo.

A continuación, el autor describía con detalle los dos calendarios de los

antiguos mayas. Ahí sí que perdí en seguida el hilo, porque el significado de lo que había leído en los tres párrafos citados se me hizo evidente en el mismo momento: el ritual de sacrificio humano que Yagoniel había descrito con tanto laconismo correspondía punto por punto al que había visto en mis pesadillas. Un torbellino sacudió mis pensamientos. ¿Podía ser que hubiera leído alguna otra vez la descripción de aquella ceremonia antes de que llegara a mis manos el diario del conquistador español? Podía ser que de niño hubiera leído algún libro de aventuras ambientado en la conquista de América del Sur y aquellas terroríficas y al mismo tiempo mágicas imágenes hubiesen quedado prendidas en mi memoria. El raciocinio las había reprimido, se habían hundido en la celda oscura del inconsciente, y en aquel momento, por la escalerilla de cuerda que les había arrojado mi conquistador, subían de nuevo... pero ¿es posible olvidar por completo algo que de niños nos ha inspirado una angustia tan tremenda?

Había otra frase que me había llamado la atención al leer los tres párrafos: «... recibían el nombre de Chaac en honor de las cuatro divinidades de la lluvia...». ¿Dónde había leído antes ese mismo nombre? Me puse en pie y me dirigí al escritorio sobre el que, entre otros papeles, se hallaban las traducciones. Por fin encontré la palabra que buscaba: estaba escrita en letra latina, al pie del dibujo de una criatura mítica de monstruoso rostro que yo mismo había copiado con gruesos trazos.

Leí una vez más el capítulo de cabo a rabo, y, como si hubiera sido la lluvia tropical sobre la que reinaba y gobernaba aquella divinidad, se abatió sobre mí la comprensión de que me ocurría algo inexplicable y funesto. Todos los detalles de la historia parecían encajar: el temprano aguacero tropical que se abatió sobre la partida de conquistadores españoles en el mismo momento en el que sus compañeros sufrían un destino terrible e ignoto; el estremecimiento nocturno y gélido que me había recluso en casa; los sacrificios que había visto en sueños. No me atrevía ya a dudar de que todo ello tuviera algún sentido. Un sentido que, sin embargo, permanecía oculto.

Únicamente logré resistirme a la tentación durante unos días. Pero, en cuanto me sentí un poco mejor, dejé de lado todas las construcciones lógicas y teorías que sólo se basaban en supersticiones, me puse el abrigo, tomé un paraguas y me puse en camino hacia la agencia de traducción. Estaba absolutamente decidido: o le arrancaba la dirección y el teléfono del cliente al fastidioso sujeto, o éste tendría que contar con que nos viéramos ante la Brigada Criminal.

Pero la confrontación no tuvo lugar. La agencia estaba cerrada y necesité

cinco minutos para creer en lo que veía: las ventanas habían quedado cubiertas por una capa de polvo y mugre. El polvo había cubierto también el pomo de la puerta. El cerrojo y el picaporte estaban inmovilizados con alambre y con un precinto, y en el marco había varias etiquetas ya sucias en las que se leía PROHIBIDO EL PASO, y que tenían el sello azul de la Brigada Criminal de Moscú.

LA OBSESIÓN

Así pues, la policía había precintado la oficina, como se temía el empleado. ¿Quizá porque éste les había ocultado datos? ¿Podía ser que el propio empleado hubiera despertado sospechas y lo hubiesen arrestado, y que hubieran retirado a la agencia de traducción su licencia, o lo que tuvieran que tener las agencias de traducción? ¿O se trataba más bien de un cierre temporal para presionarlos? ¿Cabía la posibilidad de que el hombre de la recepción no fuese un mero empleado, sino el dueño de la agencia? ¿Qué podía haber sucedido? Y, sobre todo, ¿por qué habían precintado la puerta?

Por los cristales dobles cubiertos de polvo no se veía nada. Eché una mirada furtiva a mi alrededor y di una vuelta por el edificio de dos pisos en el que se hallaba la agencia. Al pasar por delante de las ventanas caminaba de puntillas y trataba de mirar adentro. En la parte de atrás descubrí una puerta de hierro... Obviamente se trataba de una salida de emergencia. La policía también la había precintado.

Unos pasos más allá encontré una salida desde la que se podía acceder a un restaurante instalado en el sótano. Un tejado de cinc protegía de la lluvia el trecho de diez escalones por el que se bajaba hasta el local, así como la entrada de éste. En dicho tejado había un cartel en el que se leía: BRASERÍA TZOMPANTLI. COCINA CAUCÁSICA Y MEXICANA. Por la puerta entreabierta escapaba una luz pálida que llegaba hasta la escalera y un exótico aroma que despertó al instante mis fantasías, suscitó quejas en mi estómago y me hizo la boca agua.

Hasta entonces no había sabido que en el edificio hubiera otro local, aparte de la agencia de traducción. Me levanté el cuello del abrigo —para tener más pinta de detective— y empecé a bajar por la escalera. No sabría decir cuál fue el principal motivo: si mi curiosidad de investigador o los quejidos de mi estómago.

Me senté a una de las mesas. Le hice un gesto con la cabeza a una camarera rubia y acicalada, extremadamente amable, con delantal azul y una cofia tirando a hortera. A continuación me puse a leer la carta. La oferta era atractiva y los precios tampoco ponían de mal humor. Para asegurarme de no

meter la pata, revisé el contenido de la billetera y a continuación pedí un lobo,⁸ brochetas de carne y unas tapas para picar.

Mientras atacaba los deliciosos platos (al fin y al cabo, no había visitado nunca ningún país hispanohablante y tampoco tenía ninguna experiencia con las verdaderas tapas), eché una ojeada por el restaurante y medité mis próximos pasos.

La decoración se hacía agradable por su sencillez. Las paredes estaban revestidas de madera oscura. El techo era bajo y de él colgaban lámparas que imitaban las antiguas farolas callejeras. El personal de servicio era excepcionalmente cortés, y la carta, muy variada y atractiva. En una de las mesas del fondo dormitaba un hombre obeso con mostacho y chaqueta de cuero. No era de extrañar, porque estábamos en las horas «muertas» entre el mediodía y la noche. En ese momento los únicos que frecuentan los restaurantes son personas desocupadas como yo. En dos horas escasas la sala empezaría a llenarse de gentes trajeadas que salían del trabajo. Cuando empezara el tumulto me sería imposible tener la deseada charla con la camarera.

Cuando la joven me trajo el lobo, eché una ojeada al cartelito con el nombre que llevaba en el pecho y le pregunté:

—Dígame, Lena, ¿qué les ha pasado a sus vecinos? —y señalé vagamente con la cabeza en la dirección en la que se encontraba la agencia.

La camarera se detuvo, pestañeó —tenía las pestañas largas y teñidas con mucho rímel, y los ojos grandes y grises— y me miró con estupefacción. Tal vez pensaba que le estaba preguntando por los vecinos de su domicilio, o me había tomado por un admirador secreto, y por ello me apresuré a especificar:

—Me refiero a la agencia de traducción, ¿sabe usted?, esa que tiene las ventanas sobre la calle, a la que se entra por la puerta de al lado. —Para evitar malentendidos de cualquier tipo, señalé al techo con el dedo.

La joven frunció los labios y arrugó la frente. Traté de aparentar indiferencia y clavé el tenedor en el lobo, pero la mano me temblaba con insistencia y un trocito de carne fue a parar al suelo. Traté de agarrar la servilleta, pero la camarera se me adelantó. Mientras limpiaba el suelo, me fijé en la desenfadada cola de caballo en la que había recogido sus cabellos de color rubio platino, y le dije, tartamudeando:

—Es que, ¿sabe usted?, yo trabajo para... soy traductor. Y he pasado casi

⁸ Plato típico del Cáucaso, elaborado básicamente con judías, tomates, cebollas y especias. (*N. del t.*)

dos semanas enfermo. Hoy me encontraba mucho mejor y he querido pasar por aquí para que se acordaran de que existo. Y me encuentro la oficina sellada y precintada. ¿Sabe usted lo que ha ocurrido? ¿Cuándo van a abrir?

La joven levantó la cabeza.

— ¿Es que no lee usted los periódicos? Esto salió el jueves pasado en el *Moskovsky Komsomolets*. Si hasta hemos guardado el artículo.

El recorte de periódico ya estaba arrugado y lleno de manchas. Se me hizo evidente que yo no había sido el primero en preguntar, y que el personal de servicio estaba harto de tener que contar la misma historia diez veces al día.

«Crimen en Moscú. Los asesinos se llevan el cadáver», decía el prometedor encabezamiento. Era uno de esos artículos por los que llevaba diez años sin leer ese periódico sensacionalista que en otro tiempo había sido mi favorito.

La agencia de traducción Asbuka fue este pasado miércoles escenario de un brutal robo con asesinato. Unos desconocidos entraron en sus oficinas y dieron muerte al empleado Ilya S., el único que se encontraba entonces en el lugar de los hechos. A continuación, saquearon el local. Se da por seguro que los asesinos se guiaron por datos que habían obtenido con anterioridad, y que buscaron específicamente documentación y dinero. Se llevaron varios documentos, así como la caja fuerte, en la que se hallaba el dinero para los pagos de la semana. En cambio, no tocaron los ordenadores ni demás equipamiento.

No se ha encontrado ningún rastro de los autores del crimen. Tampoco se sabe qué hicieron los asesinos con el cadáver de Ilya S. Con todo, la policía considera que no existe ninguna duda de que fue asesinado, pues se encontró una gran cantidad de sangre derramada en el suelo de la oficina y el grupo sanguíneo era idéntico al de Ilya S. El médico forense opina que una pérdida de sangre tan grande conlleva forzosamente la muerte. Sin embargo, el cadáver no se hallaba en el lugar del crimen. Los investigadores no descartan que los asesinos se llevaran el cadáver y lo enterraran en los bosques cercanos a Moscú, o lo hundieran en el río Moskva. La policía considera que aún no puede ofrecer una explicación plausible de los hechos.

— ¿No creerá usted que ésa sea toda la verdad? —preguntó en tono de burla, a mis espaldas, una voz ronca de mujer.

Me sobresalté y me di la vuelta. A mis espaldas había una mujer de unos cincuenta años, de rostro flaco y avinagrado, cabellos oscuros y ligeramente canosos, apoyada en una fregona.

Me atraganté con un bocado de lobo y tosí. Luego dejé el tenedor sobre la mesa.

— ¿Toda la verdad?

— Pues claro que no. No dice que todas las puertas estaban cerradas y que la llave estaba puesta en el cerrojo por la parte de dentro. Ni que encontraron como mínimo cinco litros de sangre en el suelo, como si le hubieran arrancado todas las entrañas. Ni que se encontró un rastro de sangre de unos diez metros como si hubieran arrastrado el cadáver por la oficina, y que el rastro se interrumpía de pronto... — Se detuvo y añadió con voz ponzoñosa—: Ni que ahora ya no tenemos ningún cliente, aparte de los agentes de la policía y los periodistas.

— ¿Y usted cómo sabe todo eso?

— Ya se lo he dicho: mientras hicieron las investigaciones bajaban a comer todos los mediodías. Los oficiales no decían nada, claro está, pero los agentes jóvenes que montaban guardia no podían tener la boca cerrada. Había uno que estaba entusiasmado con Lena. En cualquier caso le contó unas cuantas cosas. ¿Eh que sí, Lenka?

La camarera me trajo las brochetas con las patatas asadas. Asintió con la cabeza pero no dijo nada.

— Bueno, que le aproveche — dijo la mujer de la limpieza y se marchó por el largo corredor acompañada por el traqueteo del balde.

Durante más de diez minutos estuve meditabundo. No hice otra cosa que masticar lentamente la jugosa carne, pasándomela de un lado de la boca a otro, hacer montoncitos con las patatas, volver a deshacerlos... No logré comer nada: en cuanto me metía una de las brochetas en la boca, se me revolvía el estómago y el mal sabor me llegaba hasta el paladar.

«Cinco litros», repetía para mis adentros. Como si le hubieran arrancado las entrañas... La puerta estaba cerrada desde dentro... Lo habían arrastrado diez metros por la oficina. ¿Hacia dónde? ¡Y qué importaba eso, Dios mío! Lo importante era: ¿quién había sido? Creía conocer la respuesta, aunque tuviera miedo de creérmela, e incluso de pensar en ella.

Por segunda vez tenía lugar una desaparición misteriosa, y en este caso no podía tratarse de una casualidad. Después de la última conversación que había sostenido con el empleado, había tratado de convencerme de que la

historia en la que me había metido no entrañaba ningún peligro para mí. ¿Podía ser que el otro traductor de español hubiese muerto en un accidente al salir a comprar? Entonces, ¿por qué no había cerrado la puerta al salir? ¿Y por qué se había llevado la carpeta con la traducción? Yo, como mucho, habría podido dejar la puerta abierta para ir a la trituradora de basuras. Moscú es una ciudad insegura. Con sólo echar una ojeada a la sección de «Varios» de un periódico cualquiera, lo primero que se nos ocurre es hacernos instalar una puerta doble de acero y no volver a salir de casa después de que oscurezca. Si examinábamos el incidente con ojos críticos, parecía que se tratara más bien de un secuestro. Con todo, el traductor debía de haber abierto la puerta por voluntad propia, e indudablemente había seguido a los visitantes sin defenderse y sin cerrar la puerta al salir.

Lo que le había ocurrido a mi predecesor no podía ser nada serio. En cambio, la suerte del pobre empleado me daba escalofríos. Estaba claro que el hombre sabía algo. Un secreto que no se había atrevido a revelar a los investigadores, ni tampoco a mí, probablemente porque temía que lo tomaran por loco. Si le hubiera dicho la verdad a la policía, tal vez le habrían brindado protección... o quizá lo habrían mandado a una clínica psiquiátrica. ¿Quién sabe? Si lo hubiera hecho, tal vez habría salvado la vida. No es probable, me dije a mí mismo: unos delincuentes que no se sirven de puertas ni ventanas tampoco se habrían amilanado por los escasos vigilantes y los muros de una institución.

—¿No saben bien? —me dijo la camarera, preocupada, y señaló las brochetas, que se habían enfriado hacía rato.

Perdido en mis pensamientos, negué con la cabeza, y la chica suspiró, probablemente porque tenía miedo de que no le diera propina. Entonces, de repente, dijo:

—Venía siempre aquí a comer al mediodía.

—¿Quién?

—Ilya... Semyonov. Ese al que mataron. —Lena sollozó—. Era simpático, siempre estaba de buen humor. Siempre bromeaba y nos dejaba el cambio.

Asentí con la cabeza y traté de imaginarme a aquel gafotas antipático y engreído bromeando con las muchachas. Estuve a punto de lanzarle una indirecta, pero me contuve... Al fin y al cabo, yo tampoco tenía mucha habilidad con las mujeres.

—Ese mismo día Ilya comió aquí. Me acuerdo bien porque nunca había bajado tan tarde. Normalmente venía durante la pausa del mediodía. Estaba casado y tras cerrar la oficina volvía a casa... —Como para justificarse, la chica

añadió—: Algunas veces había charlado con él cuando salíamos a fumar.

—¿Y qué le había ocurrido ese día?

—Dijo que tenía mucho trabajo y que se quedaría hasta muy tarde. Me habló de unas traducciones muy complicadas y me dijo que había tenido que buscar muchas palabras en los diccionarios, y que por eso se había quedado hasta esa hora.

—¿El también traducía? —pregunté, asombrado—. Yo siempre había pensado que sólo... trabajaba en la administración.

—No lo sé. —La muchacha encogió sus estrechos hombros—. Volví a casa cuando ya eran las dos de la madrugada. La luz de la oficina aún estaba encendida. ¿Quiere la cuenta, o le apetece un café?

El cofre del tesoro donde guardaba sus ganas de charlar se cerró tan repentinamente como se había abierto. Le pedí un café sólo con la esperanza de que me dijera algo más, pero, tan pronto como me lo hubo traído, se alejó de nuevo. Me entretuve un largo rato haciendo girar la cucharilla en la taza humeante y escuché su tintineo. Finalmente, me tragué la bebida cuando ya estaba fría y asquerosa, y pedí la cuenta.

La joven sonrió, porque vio que le preparaba una generosa propina.

—¿Qué significa el nombre de este restaurante? —pregunté, para romper el hielo que se había interpuesto entre nosotros al finalizar la conversación.

—¿Tzompantli? Se lo voy a preguntar al jefe. ¡Ruben Ashotovich!

El gordo del mostacho que estaba sentado al fondo se levantó y la miró medio dormido.

—Aquí hay un señor que quiere saber lo que significa «Tzompantli». Es una palabra en su idioma, ¿verdad? ¿O es georgiano?

—No significa nada —respondió el otro, con flema, alargando las vocales de una manera muy especial—. Es una palabra bonita, nada más...

Sumido en mis pensamientos, volví a casa. Se adueñaba de mí, poco a poco, la sensación de verme atrapado en el ojo de un huracán: poderes desconocidos e incommensurables lo destruían todo a mi alrededor, derribaban árboles de varios siglos de edad, arrastraban a otras personas hacia la nada... pero, en el centro del caos, reinaba una mortal quietud. Después de todo, había sido yo mismo quien, sin saberlo, había puesto en marcha el torbellino. Pero éste no me había hecho ningún daño. Por el momento.

Sí, era yo mismo quien me había metido en una historia disparatada y peligrosísima, cuyos personajes iban en pos de libros antiguos de incalculable valor. Anticuarios obsesionados, grandes compañías de subastas que contrataban asesinos a sueldo, filólogos y empleados de oficina libres de toda culpa que se habían encontrado en el peor lugar y en el peor momento, investigadores policiales... Materia para una palpitante novela de detectives, o, aún mejor, para un cómic. Habría querido distraerme de mi angustia, convencerme de que los acontecimientos acabarían por encajar en una historia divertida. Pero no lo conseguía. No podía quedarme tranquilo a la vista de todo aquello.

De pronto, pensé que el destino me había impedido caer en la tentación. Si hubiera tenido la más mínima oportunidad de hacerme con la continuación de la crónica, no habría dudado en ponerme a trabajar en su traducción. ¿Quién sabe cuál habría sido entonces mi suerte? Pero una mano invisible me había detenido a un paso del abismo al que ciegamente iba a arrojarme. Me había obligado a dar media vuelta y a caminar en la dirección opuesta... de regreso a la vida normal, habitual. A una vida tranquila, vulgar, gris, tediosa desde hacía tiempo, hueca y sin sentido. A mi vida. ¿Y tenía que darle las gracias por ello?

Como de costumbre, no había tenido ninguna otra opción. Como un muñeco de cuerda, había avanzado mecánicamente en la dirección en la que me habían encaminado. No tenía fuerzas suficientes para apartarme de ese camino. No podía hacer nada, aparte de resignarme y apreciar las ventajas de la situación.

Como decía más arriba, no fui capaz de olvidar mi expedición por las selvas de Yucatán. En cuanto llegué a casa me apliqué de nuevo a la lectura del libro de Yagoniel. Endulcé una vez más con té y mermelada de cereza el estudio de la vida cotidiana de los pueblos mayas.

La astrología que se practicaba entre los mayas tenía carácter oficial y vinculante. Se preparaba un calendario para todos y cada uno de los niños, según el día en el que hubiesen nacido. En dicho calendario se predecían los acontecimientos futuros de su vida y se daba respuesta a todo un conjunto de preguntas: por ejemplo, cuándo encontraría un trabajo la persona afectada, cuándo se casaría, cuándo padecería un infortunio y cuándo moriría. Se entendía que el calendario estaba ligado al destino de la persona y se les cantaba a los niños a modo de canción de cuna, para que quedase

anclado en su mente y los acompañara a lo largo de la vida. Todo el mundo conocía en detalle su propio horóscopo, y ese saber tranquilizaba al individuo, lo ayudaba a encontrar su sitio en el mundo y a comprender en qué fase de la vida se hallaba.

Este sistema funcionaba prácticamente sin fallos, porque los sacerdotes, que al mismo tiempo ejercían de astrólogos, tenían buen cuidado de que sus predicciones se cumplieran. Así, por ejemplo, cuando el horóscopo de un joven predecía que éste encontraría a su amada en un determinado día y lugar, existía siempre al mismo tiempo otro horóscopo que le ordenaba a una muchacha que acudiera a dicho lugar en la fecha indicada, porque allí conocería a su futuro esposo. Se sabe que de esta manera se organizaron también lucrativos negocios, como la compraventa de casas, e incluso riñas de las que ya estaban previamente informados quienes iban a participar en ellas. Algunos investigadores piensan que incluso las guerras entre los diversos pueblos de Yucatán que compartían creencias y cultura habían sido predichas en unas obras llamadas Crónicas del porvenir, y que, por lo tanto, estaban decididas de antemano. La mayoría de los pueblos mayas eran belicosos y no ponían reparos a desencadenar un conflicto armado. La posibilidad de oponerse al destino y negarse a iniciar la guerra ya anunciada no se les pasaba por la cabeza. Los horóscopos predecían incluso el número de enemigos caídos, y si no morían los suficientes, siempre había la posibilidad de corregir la realidad mediante el sacrificio de varios prisioneros.

Esta pasión de los mayas por las predicciones les arrebatava toda angustia ante el futuro, así como todo miedo a la muerte. Los horóscopos infundían confianza en sí mismos tanto a los individuos como a los pueblos. Pero en el siglo X esta manera de proceder fue la culpable de un desastre que afligió a la totalidad de su civilización, del que no hablaremos aquí por falta de documentación satisfactoria.

Una vez más, Yagoniel inflamaba mi fantasía, y luego volvía a meter dentro de la chistera mágica el conejo blanco llamado «Secreto». Con una elegante reverencia, le agradecía al público su atención, y, sin la menor traza de mala conciencia, pasaba a tratar los problemas de la crianza de los niños entre los mayas, porque el singular pasaje pertenecía al capítulo que versaba sobre esa cuestión.

Durante esa noche y el día siguiente me sucedió algo extraño: cuanto más clara era mi conciencia de que la aventura había terminado, mayor era el afán con el que hojeaba el libro de Kümmerling, repasaba los folletos, me arrastraba con la lupa sobre los mapas de los estados de Campeche y Petén y me estrujaba los sesos. Después de cenar, encendí la radio, para que las noticias me distrajeran de mis ideas fijas. Al instante se oyó una alarma.

«Destrucciones y pérdidas humanas a una escala desconocida hasta el momento. Ese es el balance del huracán *Simona* que desde hace tres días devasta la costa atlántica de Estados Unidos» —se oyó por el altavoz.

Por puro reflejo, subí el volumen. Probablemente porque en el día anterior había tenido la sensación de hallarme en el centro de un torbellino.

«Las ciudades de Nueva Orleans, Houston y Dallas han quedado arrasadas. La mayoría de las poblaciones de los estados de Misisipí, Luisiana y Texas están en ruinas. La más castigada ha sido la capital del jazz: el noventa por ciento del territorio municipal de Nueva Orleans se ha inundado. El ejército y la Guardia Nacional de Estados Unidos no cuentan por ahora con los medios necesarios para evacuar a los supervivientes. De acuerdo con estimaciones provisionales, el número de víctimas se eleva ya a varias decenas de miles. Con todo, Ray Nagin, alcalde de Nueva Orleans, considera que la cifra real debe de ser todavía más alta. La ciudad se encuentra en tierras bajas. Las olas, que alcanzaron los diez metros, han destruido numerosos diques y han provocado la mayor inundación en la historia de la ciudad. La situación ha empeorado todavía más, si cabe, al quedar destruidas las presas de los canales del lago Pontchartrain, cuya ubicación es más elevada que la de la propia ciudad. Las unidades del servicio de prevención de catástrofes, así como del ejército, trabajan en estos momentos para realizar una reparación provisional de dichas presas, pero por ahora no lo han conseguido. En el centro de la ciudad reinan el caos y la anarquía. Varias armerías han sido saqueadas. Como consecuencia de la mala organización de los equipos de salvamento, el socorro humanitario llega tan sólo a una parte de la población, y con considerable retraso. Los supervivientes merodean entre las ruinas y saquean comercios al azar. Las unidades aerotransportadas que se han trasladado a la ciudad mediante helicópteros del modelo *Chinook* han tenido que hacer frente a la resistencia de bandas armadas y han sufrido serias pérdidas.

»En el momento de llegar a Houston y Dallas, *Simona* había alcanzado el grado 5 en la escala, el más alto. Millones de habitantes de ambas ciudades que trataron de huir a las áreas rurales se han encontrado con que el elevado número de accidentes ha bloqueado las carreteras, y que las principales vías de comunicación del estado de Texas han quedado obstruidas por atascos de varios kilómetros de longitud. Acaba de llegarnos la noticia de que la ruta seguida por el huracán entre Houston y Dallas ha coincidido a lo largo de varias millas con el trazado de la autovía. Aún no se ha podido determinar el número exacto de víctimas, si bien se supone que podría ser de varios millares.

»El huracán ha provocado asimismo graves daños en diversas plataformas petrolíferas del Golfo de México, algunas de las cuales han quedado totalmente inutilizadas. Las refinerías de Houston y Dallas han

sufrido daños por un valor de varios miles de millones. Como consecuencia de ello, los precios del petróleo han subido espectacularmente en el mercado global y han superado la barrera de los 93 dólares norteamericanos por barril.

»Las ciudades costeras mexicanas de Veracruz, Ciudad Hermosa y Ciudad Madero, que el huracán *Isabel* había devastado hace tan sólo una semana, no han sufrido daños significativos en esta ocasión. Sin embargo, el gobierno mexicano no ha autorizado a los habitantes de dichas ciudades a regresar a sus hogares, por miedo a nuevas alteraciones climáticas.»

Aún estaba sentado, boquiabierto, y no podía apartar los ojos de la radio. Las noticias hacían pensar en una novela sobre el fin del mundo. Qué os voy a decir: de vez en cuando había lamentado no tener televisor. También lo lamenté en esta ocasión. Mi fantasía tendría que generar por sí misma las terribles, y con toda seguridad inolvidables imágenes de la ciudad destruida de Nueva Orleans.

El locutor había pasado a informar sobre conflictos diversos en el continente africano y empecé a mover el dial, porque ese tema no me interesaba. No tuve que buscar durante mucho tiempo.

Como os había dicho, mi radio es de los años setenta y recibe únicamente emisiones de onda corta. En la parte delantera del aparato hay un cuadrante protegido por un cristal. En éste se encuentran las principales frecuencias, así como las metrópolis de donde proceden las correspondientes retransmisiones. O, mejor dicho, las metrópolis de donde procedían en los años setenta. En uno de los indicadores se lee «Berlín», en otro «París», y en un tercero «Buenos Aires». (Dicho sea de paso: estoy convencido de que nuestros padres, cuando en aquellos tiempos conectaban con toda reverencia el receptor de radio y escuchaban la voz casi inaudible de un locutor argentino, tenían una conciencia de la pequeñez del mundo mucho mayor de la que tenemos nosotros, aunque podamos ver en directo las últimas noticias desde Latinoamérica por televisión.) Fui cambiando emisoras y escuché el murmullo casi incomprensible de periodistas que hablaban en español y el gañido de las ondas de radio. Pero, de pronto, a cuatro kilómetros de Buenos Aires y no muy lejos de Ciudad de México, reinaba el silencio. Tan sólo se oía un ligero crujido eléctrico.

Ya iba a darle otra vuelta a la ruedecita estriada para proseguir con mi búsqueda sin sentido cuando el aparato anunció en ruso con una poderosa voz de barítono:

«Buenos días,⁹ queridos amigos, y bienvenidos a *El mundo de los mayas*. En el programa de hoy seguiremos hablando sobre la vida política, social,

⁹ En español en el original. (N. del t.)

religiosa y cultural de la gran cultura de los mayas. Ésta es la noticia más importante del primer día de Chuwen en el cuarto mes de Kumk'u: el estado de Maní-Tutuxiú declara la guerra a su vecino inmediato, el principado de Cochuah. En medios diplomáticos se considera que la implicación del estado de Sotutá en el conflicto es inevitable, en virtud del tratado de asistencia mutua que éste firmó con Cochuah. También en el programa de hoy: crecen las tensiones étnicas en la ciudad de Campeche después de que unos mercenarios mexicanos hayan sacrificado a dos niños de la región al *Ab Canul* del dios del maíz, Hun Nal Yeh. Comentaremos los detalles...».

De repente el altavoz emitió una cacofonía de silbidos, como si alguien hubiese arrojado agua a una sartén con mantequilla caliente. Yo, frenético, traté de corregir la posición del dial, pero estaba tan nervioso que lo desplacé demasiado y el murmullo de locutores latinoamericanos inundó una vez más el éter. Traté de mover el dial una vez más hasta su posición inicial, pero fue en vano: a dos milímetros de Ciudad de México y cuatro de Buenos Aires, el aparato descubrió tan sólo el monótono rumor de fondo de la onda corta que llegaba desde las costas del Golfo de México devastadas por el huracán.

Apagué la radio y fui a sacar la caja de medicamentos del armario de la cocina. Había trazado un plan sencillo: tomar una dosis doble de somníferos y meterme en la cama. Flotaban frente a mis ojos circunferencias de todos los colores del arco iris, a veces más grandes, a veces más pequeñas, y el corazón me pesaba como una lápida. Por vez primera tuve la sensación de que la historia en la que me había metido empezaba a superarme. El agradable hormigueo que me habían procurado mis aventurillas me había sentado bien, pero tendría que ser mi entendimiento quien pagara por las inyecciones de adrenalina. Podía ser que hubiera empezado a pagar.

Ideas de pánico se debatían en el interior de mi cerebro como peces enloquecidos en un acuario inestable. Pero entonces el somnífero aquietó las aguas turbias que se agitaban dentro de mí, éstas se volvieron más densas y más espesas, hasta que todos los pecillos-idea quedaron atrapados en la jalea de la idiotización medicalizada. Alguien apagó la luz.

Sin embargo, la situación crepuscular no me procuró el reposo deseado: los malditos mayas aún me perseguían. De acuerdo con el psicoanálisis, todos nosotros nos confrontamos simbólicamente con nuestros miedos durante los sueños. Pero no tuve que descifrar ningún símbolo, porque todas las cosas aparecían ante mis ojos con la máxima claridad: me abría paso por una jungla, huyendo de guerreros de piel bronceada y cubierta de pinturas. Los tenía

pegados a los talones, y no me abandonaba la sensación de que en cualquier momento me darían alcance, pero que antes querían jugar conmigo al gato y al ratón.

Súbitamente, tropecé. Al instante cayeron sobre mí y me encadenaron. Luego, cual crisálida privada de toda defensa, me levantaron por encima de sus cabezas y profirieron aullidos triunfales, y me arrastraron de nuevo hasta el sitio de donde había querido huir. Vi la piedra ancha y plana con los pequeños canales cincelados que conducían desde el centro hasta los ángulos y que estaban oscuros por la sangre que eternamente descendía por ellos.

Arrojaron sobre mí una decocción maloliente que habían traído en un recipiente de arcilla. Una niebla purpúrea me enturbió la vista y tuve la sensación de que me habían taponado los oídos con algodones. Todos los sonidos llegaban a mi interior con retraso y deformados. Y cuando, por fin, varias manos fuertes colocaron sobre el altar mi cuerpo privado de sensaciones y el *Nacom* alzó sobre mi corazón el afilado sílex, todo me daba ya igual.

En el mismo momento me di cuenta de que todo lo que me ocurría no era pura apariencia. Al cabo de unas pocas fracciones de segundo, la piedra me atravesaría de verdad el pecho, mis costillas crujirían al romperse y un chorro espeso de sangre saldría disparado, y entonces, el asesino, con el rostro cubierto por la máscara de una antigua divinidad, extraería de mi cuerpo el corazón aún caliente, extraería la vida. Con un desesperado esfuerzo, semejante a las convulsiones de un enfermo de tétanos, retorcí el cuerpo, escapé de las manos de los sacerdotes y me caí de la piedra... sobre el frío parque. Se oía el tictac del reloj, y el girar de sus ruedecillas me devolvió progresivamente a mi mundo, y las sombras de los *Chaacs* que se habían reunido en torno a mi cama regresaron de mala gana a la oscuridad.

Eran las cinco y media de la madrugada. Sabía muy bien que no lograría dormirme de nuevo. Después de lavarme y tomar una taza de té, me vestí y salí del piso. Tenía que airearme las ideas, y nada mejor para ello que un paseo por el oscuro y frío diciembre moscovita.

Las aceras y calzadas estaban cubiertas con un paño de color blanco. No me había enterado del comienzo del invierno en la ciudad. En Yucatán debía de hacer un calor sofocante, y durante las últimas semanas no había visto nada más que selvas frondosas por todas partes: por Arbat, por el Anillo de los Jardines del centro de Moscú, en mi casa.

Grandes copos de nieve se posaban suavemente en el suelo hasta ocultar el húmido asfalto y la tierra de Moscú, saturados de colillas, de mierdas de perro y hojarasca otoñal, que generaciones de trabajadores de la construcción habían removido una y otra vez, y prestaban a esta ciudad enloquecida un

reposo y una solemnidad nada habituales.

Los escasos coches marchaban con desacostumbrada lentitud, como si los conductores hubieran sido presa de un hechizo del que no pudieran librarse. Entré en el paseo comercial del Nuevo Arbat y anduve al azar, seguí la danza feérica de los copos de nieve y traté de no pensar en nada. Viví uno de esos escasos momentos en los que percibía con todo el cuerpo, con todas mis células, que yo existía. Que, como diría un niño, yo era *de verdad*.

La nieve lo había cubierto todo con una capa de azúcar glasé: mis angustias, mis pesadillas y toda mi obsesión con la maldita historia de los conquistadores españoles. Empecé a olvidar que en los últimos días no había pensado en otra cosa que en las tradiciones de pueblos desaparecidos o exterminados hacía mucho, en misterios de varios siglos de antigüedad, en seres humanos de los que no quedaba ni siquiera un puñado de polvo, y en sus intrigas, que hoy en día no significan ya nada. Empezaba a olvidar que un día antes había escuchado en la radio a un locutor que me había informado en ruso de acontecimientos que habían tenido lugar en América Central hacía tres cuartos de milenio. Que el interés por los mayas y por la historia de la conquista española se había transformado de repente, para mí, en obligación, como si me hubiera separado de mi grupo durante un viaje turístico por la selva tropical, me hubiese perdido y hubiera dado vueltas durante un mes entero entre cenagales, lianas y sapotáceas.

Caminé sin detenerme, disfruté del frío, escuché los agradables crujidos bajo mis suelas y miré con detenimiento las huellas que dejaban mis botas sobre la capa de nieve. Procuré que quedaran marcadas hasta el fondo para que, a través de ellas, se viera el asfalto negro, y me esforcé por dejarlas a intervalos regulares. Son estas acciones simples, sin sentido, las que nos permiten librarnos de la basura que hemos acumulado en la cabeza.

En ese mismo instante, cuando pensaba que la nieve y la mañana moscovita me habrían curado de mi manía, levanté la mirada del suelo que tenía bajo los pies... y me quedé alelado: una pirámide-templo se erguía ante mí.

Se veía casi igual que en las ilustraciones del libro de Yagoniel y en las fotografías de un investigador británico que Kümmerling había hecho reproducir en *Los misterios*. Sin embargo, los dibujos eran esquemáticos, y las fotografías en blanco y negro, y de mala calidad. La visión de una verdadera pirámide escalonada con la puerta cuadrada en medio y la piedra de los sacrificios sobre el penúltimo zócalo, aquí y ahora, en mi propia ciudad, era

incomprensible y aterradora. Las rodillas me flaquearon y caí de hinojos sobre la nieve, incapaz de apartar la vista del edificio.

No era grande, no se podía comparar con la Pirámide del Adivino en Uxmal, pero la similitud entre las líneas de ambas era evidente. Las mismas proporciones, las mismas formas, la misma belleza severa, ascética, y al mismo tiempo solemne y extraña... sencilla, pero en absoluto primitiva.

Esa pirámide no era ninguna ilusión, y, a diferencia del programa de radio acerca del «mundo de los mayas», no parecía que fuese a desaparecer. Yo me pellizcaba el brazo en vano, volvía la cabeza y la volvía de nuevo, con esperanza y al mismo tiempo con miedo de que la pirámide desapareciese en cuanto apartara los ojos de ella. Con todo, la pirámide seguía en el mismo lugar, parecía enloquecedoramente real, como si hubiera pasado allí todos esos siglos sin que nadie se hubiera fijado en ella. Al fin y al cabo, ¿qué tenía de especial un templo maya en el centro de Moscú?

Ah, había enloquecido. Pero se podía sacar algún provecho incluso de aquella situación. En tanto que la pirámide no desapareciera, tendría la singular oportunidad de ver de cerca todo lo que había leído en los libros sobre los mayas. Al instante proyecté mis recuerdos sobre esa aparición: los sumos sacerdotes subían por la pirámide... Cuerpos recios y magníficos en atuendo ceremonial, máscaras de dioses y monstruos en el rostro, por cuyas ranuras miraban unos ojos turbios y hastiados que lo habían visto todo en este mundo y en el otro.

Allí, al pie de la pirámide, unos esclavos construían un sepulcro en el que hallaría su último reposo el cadáver del soberano, embalsamado y cubierto con el paño más fino. En ese mismo lugar colocarían su atavío más querido y su valiosa vajilla; también harían entrar a sus concubinas y siervos, igualmente consagrados a la muerte; y finalmente la cámara quedaría sellada durante centenares, tal vez miles de años, hasta que los ladrones de tumbas, o unos investigadores británicos despertaran de golpe al viejo rey y a su séquito.

Los cuatro *Chaacs* arrastraban a un prisionero encadenado al lugar del sacrificio...

Y yo, aún de rodillas, contemplaba la espectral pirámide-templo, que de una manera inexplicable, a través del espacio y del tiempo, había venido hasta Moscú, y me acordaba con todo detalle de la desagradable pesadilla de la noche anterior. Pensé, angustiado, que si el edificio había podido viajar hasta allí también les sería posible a los sacerdotes de mis sueños emerger en nuestro mundo. Y, cuando una pesada mano se posó sobre mi hombro, bajé la cabeza sin ofrecer ninguna resistencia. Sentía en mi propio cuerpo que el tejido de la realidad, cuyas costuras, hasta hacía muy poco tiempo, habían sido tan sólidas

y estables, empezaba a deshacerse entre débiles crujidos...

— ¿Le sucede algo? — preguntó una voz compasiva a mis espaldas.

— Ése está borracho, señor capitán — contestó otra voz sobria.

— No corra tanto, Filippenko. Aquí, en los alrededores del Mausoleo, suceden cosas muy raras durante la noche... Venga, yo le ayudaré. ¿Se encuentra bien?

Mientras volvía a casa me juré a mí mismo que mi obsesión con Yucatán iban a terminar de inmediato. No sabía si tenía que reír o llorar. En algunas ocasiones me detenía para frotarme con nieve la cara empapada de sudor, en otras me echaba a correr, perseguido por la vergüenza, y recorría unos centenares de metros hasta que me quedaba sin aliento.

Colgué los pantalones sobre el radiador del cuarto de baño para que se secaran. Cada vez que entraba, sus rodilleras húmedas me recordaban la vergonzosa experiencia que había pasado en el Mausoleo de Lenin.

Después de beberme otra taza de té, tomé los libros de Yagoniel y de Kümmerling y, con repentina decisión, los eché dentro de una bolsa de plástico, metí también los ridículos folletos e incluso —aunque fuera al cabo de unos minutos de vacilaciones— las copias mecanografiadas de la traducción. Luego agarré la bolsa y bajé por la escalera en dirección a la trituradora de basuras.

Abrí y cerré por lo menos tres veces la tapa de hierro que cubría el ancho tubo por el que solíamos tirar las basuras. Estaba pintado de un feo color gris verdoso. Pero no tuve coraje para arrojar todos mis tesoros a sus fauces. Pensé en fray Diego de Landa y en su auto de fe, y en las quemas de libros por los nazis en las grandes plazas de las ciudades alemanas. Y en ninguno de los dos casos salía bien parado de la comparación: allí de pie, frente a la trituradora de basuras con mi patético montón de papel, no me parecía en nada a un héroe de la libertad de opinión, más bien me cuadraba el papel de inquisidor.

Finalmente, dejé con cuidado la bolsa al lado de la trituradora. No sabría decir si en ese momento pensaba que un vecino curioso se la llevaría, ni si albergaba la esperanza de que la próxima vez tuviese el coraje suficiente para arrojarla tubo abajo.

Nadie tocó los libros al día siguiente, ni al otro. Yo mismo tampoco me acerqué a ellos, orgulloso de mi capacidad de resistencia y satisfecho de que mi entendimiento se hubiese liberado progresivamente de los venenos tropicales. En la noche que siguió, no volvieron a asaltarme los violentos sueños sobre

templos, sacerdotes y persecuciones por la selva. Y, deliberadamente, daba largos rodeos para no tener que acercarme a la antigua biblioteca infantil. Al cabo de una semana no sentía ya ninguna atracción por ella. Me había curado.

Faltaban pocos días para el Año Nuevo y el fajo de billetes que guardaba en el armario de ropa blanca se adelgazaba cada vez más. Mis planes de comprar un árbol navideño de verdad y, tal vez, visitar a algún amigo de la universidad corrían un serio peligro. Por desgracia, no me di cuenta hasta que todas las empresas de traducción con las que trabajaba cerraron por vacaciones.

Busqué en mi vieja libreta y, al fin, descubrí una agencia que no debía de haber visitado en cinco años. No importaba: las posibilidades de recibir un encargo casual en una agencia donde al menos me conocían de algo me parecieron más realistas que coger el listín de teléfonos y elegir una empresa al azar. Me envolví en mi áspera bufanda de color rojo, me puse el gorro de lana, bajé rápidamente por la escalera y eché a caminar en dirección al metro.

La casa en la que se hallaba la agencia se había transformado por completo durante los años que habían pasado desde mi última visita. Ventanas de cristal doble reflectante, la fachada recién pintada en un elegante amarillo pálido, escalones de granito a la entrada y letreros de latón con los nombres de las empresas que se encontraban en el edificio. No quedaba ni rastro del nido de chinches amenazado de derrumbe en el que hacía algún tiempo se había alojado la agencia Tolmatsch-G.

Ese nombre más bien pasado de moda no se leía en ninguno de los impecables carteles, y tuve miedo de que la agencia, que, a decir verdad, era un negocio más bien dudoso con muy poca seriedad en los pagos, hubiese quebrado, o se hubiera mudado a un lugar aún menos céntrico, hasta Mitino o algo por el estilo. Pero, mientras consultaba uno tras otro los nombres de las empresas, me fijé que entre una agencia de *consulting* llamada Kotsine Assessments y una cierta OOO Maximov i partnyory había un cartel grande y muy elaborado que decía: AGENCIA DE TRADUCCIÓN AKAB TSIN. El guardia jurado de la entrada apuntó los datos de mi pasaporte y me entregó un pase de color azul.

El ascensor nuevo, de superficies cromadas y relucientes, abrió sus puertas en el cuarto piso y al mismo tiempo me avisó con un suave tono, como el de los aeropuertos internacionales. Las oficinas de la agencia de traducción se hallaban a la izquierda.

Como era de esperar, Akab Tsin no guardaba ni siquiera un ligero

parecido con su infernal predecesora, ni con la agencia del edificio de la antigua biblioteca infantil en el barrio de Arbat. Un interior sobrio y muy estilizado, la tecnología más moderna, empleados impecables con traje y corbata. Una mujer joven y deslumbrante, con el cabello corto, de color rubio oscuro, me vio, se levantó y me tendió la mano.

En cuanto le hube explicado de manera algo confusa cuál era mi intención, me preguntó por los encargos importantes que había realizado hasta entonces y escuchó con atención mi respuesta —por motivos obvios, no le dije nada acerca del último—, y entonces negó con la cabeza, con aire compasivo, y me dijo:

—Lo lamento, pero en estos momentos no nos queda ningún texto en inglés, ni tampoco en francés. Vuelva a intentarlo después del Año Nuevo... es posible que para entonces tengamos más encargos.

No sabía muy bien lo que tenía que responderle y por eso me limité a asentir. Debió de verme alicaído, como un hombre de nieve en el deshielo, porque me sonrió, comprensiva, y me dijo con cara de vigilante de la playa que le echa el salvavidas a un hombre que se ahoga:

—¿Qué tal lleva el español?

LA ADVERTENCIA

—¿Por qué me lo pregunta? —Difícilmente habría podido hacerle una pregunta más estúpida, pero las palabras me salieron solas.

Ella, sin el más mínimo deje de extrañeza, me respondió:

—Hará unas horas hemos recibido un encargo... unos documentos en español. He llamado ya a los traductores habituales, pero, como falta muy poco para las fiestas, no había ninguno que estuviera interesado. La mitad está fuera y la otra mitad tiene otras cosas que hacer. Y tampoco contamos con muchos traductores de español. La mayoría de los textos que recibimos están en inglés.

—Ah... ¿y qué clase de documentos son? —La joven enarcó una de sus bonitas cejas a la vista de mi apenas disimulada emoción. Probablemente, los traductores con los que solía trabajar se tomaban de una manera mucho más relajada la perspectiva de recibir un nuevo encargo.

—El cliente nos dijo que trataban sobre la construcción de carreteras. Creo que es un texto técnico. Yo no lo he visto. Eso es muy habitual en esta casa: no miramos a fondo los documentos por traducir.

Subrayó la frase, obviamente aprendida de memoria, con una sonrisa de plástico que me recordó a la de ciertas muñecas frívolas que se exponen detrás de cristales.

Mi reacción se hizo esperar, como mínimo, un minuto entero:

—Ah, ya. Un texto técnico...

Mi decepción inicial cedió ante una sensación de franco alivio. Con todo, mentiría si dijese que no había brotado en mi interior, por un instante, la esperanza de que llegara a mis manos la parte siguiente de *aquella* traducción. Sentí el bombeo de la sangre en la cabeza y por unos segundos me quedé sordo y mudo. Asentía con la cabeza al ritmo de sus explicaciones, pero el significado de éstas me alcanzaba con cierto retraso.

—¿Ha trabajado usted con textos técnicos?

El interés amistoso-profesional que se reflejaba en su voz ocultó casi por completo el recelo subyacente. Era maestra en el arte de dominarse. Inclínó la

cabeza a un lado, con elegancia, en un ángulo medido con exactitud, para que un mechón de cabellos cayera sobre sus ojos, que me miraban con picardía. Y, a despecho de sus reluciente dentadura —que a mí me recordaba las mandíbulas de un animal disecado y que prestaba a su rostro cierto aire de niña burlona—, controlaba de tal manera su mímica que yo no podía evitar mirarla con fascinación.

—No... —empecé a decir, pero en el último momento me contuve—... O sea, quiero decir que sí.

—Mire, ¿sabe usted...? —Cruzó los brazos sobre el pecho y apretó los labios. Había llegado el momento de que me dijera que no. Yo ya estaba dispuesto a aceptarlo, pero entonces su máscara se agrietó de nuevo (quizá porque la joven no estaba segura de cómo tenía que interpretar mi expresión facial) y terminó la frase sin coherencia alguna con el inicio—: Trate de hacerme el encargo en poco tiempo. Luego ya veremos qué tal le ha salido.

Asintió con resolución, se volvió hacia una estantería donde había carpetas de plástico todas iguales, sacó una y me la entregó.

Firmé un formulario, me informé de los honorarios (que superaban con mucho mis expectativas) y le sonreí, agradecido. Pagaría mis facturas y gracias a los diccionarios que me había comprado hacía poco tiempo podría hacer de manera decente el trabajo. Comprar un árbol de Año Nuevo, una buena comida y los regalos para mis amigos de la universidad entraban de nuevo dentro de mis perspectivas, y tenía que agradecerse a una señorita de celuloide. Pero ¿cómo podría expresarle mi agradecimiento? ¿Tenía que prometerle que le quitaría el polvo hasta el fin de mis días y que le iría cambiando las pilas?

—Le doy las... las gracias. De verdad. —Inicié la retirada sin mirar hacia atrás. Entonces tropecé con el umbral y aterricé en el suelo, pero me aferré con desesperación a la carpeta.

—¡Tenga cuidado! —me gritó ella después del susto, corrió hacia mí y me ayudó a ponerme en pie—. ¿Se ha hecho daño?

Le evité la mirada para que no viese mi rostro febril, me separé torpemente de ella, murmuré unas palabras de despedida y me alejé a toda prisa hacia la salida.

—¡No se esfuerce demasiado, si no se encuentra bien! —me gritó a mis espaldas.

Sin embargo, estas últimas palabras quedaron cortadas, porque las relucientes puertas del ascensor se cerraron, y tan sólo llegué a oír: «No se esfuerce...».

De camino hacia el metro, pensé en todo momento en mi torpe caída y en el penoso intercambio de palabras. Me mordí los labios para distraerme de mi humillación con un dolor relativamente agradable. Todo había sido absolutamente típico de mí: siempre que, a pesar de mi torpeza, trataba de comunicarme con una mujer bonita, todo terminaba en catástrofe.

En ese terrible estado de autohumillación y de masoquismo leve, el quiosco que encontré en mi camino me pareció un oasis sacado de *Las mil y una noches*. Podía distraerme de mis propias e incómodas emociones con las desgracias de los demás, cubrirlo todo con artículos de periódico... Eso era justamente lo que necesitaba. El *Moskovsky Komsomolets* sería el más adecuado para esa función.

De camino hacia casa lo leí con detalle, aunque no me interesaran mucho las noticias que venían. Un titular en letras enormes anunciaba que el número de víctimas de los huracanes en Estados Unidos y América Latina alcanzaba ya varios cientos de miles. En Guatemala y Nicaragua los tifones se habían simultaneado con lluvias torrenciales impropias de la estación. Los grandes ríos de esa zona se habían desbordado y gigantescos corrimientos de tierra habían sepultado pueblos enteros bajo millones de toneladas de fango. Las autoridades no disponían de equipos de salvamento ni de máquinas para retirar los aluviones, y, al no haber esperanzas de encontrar supervivientes, se había decidido abandonar los trabajos de rescate, declarar que los pueblos sepultados se considerarían tumbas colectivas y dejarlos tal como estaban. Cientos de poblaciones habían quedado aisladas de la civilización y nadie sabía lo que había ocurrido con sus habitantes. Estados Unidos aún no se había recuperado de los últimos golpes del destino cuando nuevas tormentas se abatieron sobre sus costas. Por decisión del gobierno, unidades de la Guardia Nacional procedentes de todas las partes del país se concentraron en las regiones afectadas. Pero ya era demasiado tarde: Nueva Orleans había quedado totalmente inundada. En dos ciudades se habían declarado epidemias que en la práctica habían impedido la evacuación de los supervivientes.

Intranquilo, releí los nombres de las regiones afectadas por los tifones e inundaciones. Sorprendentemente, Yucatán parecía la única zona que la encolerizada naturaleza había respetado.

Esta vez no encontré casi nada interesante en la sección de «Varios». Solamente pseudonoticias del mundo de los ricos y famosos, presentadas en colorines. Aparte de un artículo sobre la aparatosa celebración matrimonial de una estrella del pop que ocultaba su edad y una nota triste sobre los diez años de la muerte de cierta titiritera llamada Valentina Knorozova (anteriormente conocida por su nombre de soltera, Anisimova), encontré también un largo artículo sobre la concesión de los galardones de la tercera Olimpiada Rusa de

Criptografía y Lingüística. La entrega de las medallas había corrido a cargo nada más y nada menos que del presidente del Estado, en la Sala de Mármol del Kremlin: un acto solemne al que habían asistido los representantes de la prensa y un buen número de personalidades destacadas.

El artículo incluía un extracto del discurso del presidente:

No es ningún secreto que, en el mundo de hoy, el saber y la información se encuentran entre los tesoros más preciados de todos los países. Todos nosotros, ustedes y yo, vivimos en un tiempo difícil, en el que corremos el peligro de que nuestros logros científicos y espirituales caigan en manos de ciertos poderes que se hallan tanto en Occidente como en Oriente. Y tenemos el deber de impedirlo. Por otra parte, la Lingüística contribuye, no sólo a la comprensión de otras lenguas, sino también a la comprensión de la mentalidad de otros pueblos con los que queremos tener relaciones de buena vecindad y colaboración. Estoy convencido de que la capacidad de cifrar y descifrar información va a tener una importancia significativa para el triunfo de nuestro país en la competición global. Y les voy a confiar un pequeño secreto cuando les diga que varios de los finalistas de esta Olimpiada, incluidos algunos que hoy no se encuentran en este escenario, han recibido ofertas de empresas punteras de nuestra nación...

Debía de ser yo el único lector que no comprendía la gran importancia del acontecimiento. Por fortuna, había llegado a mi estación. Con la mayor de las indiferencias, arrojé el periódico al cubo de la basura que se encontraba junto al torniquete de salida.

Mientras me tomaba mi taza de té habitual, me senté frente al escritorio y deposité sobre éste la carpeta de plástico negro. Luego agarré el diccionario de español que tenía en mi estante. La carpeta representaba bastante bien a mis nuevos jefes: pulcra e impersonal como la propia empresa. Se cerraba con dos botones de presión en el borde, y en la cara delantera había una etiqueta con el número del cliente. Exactamente el tipo de empresa —pensé— que prepara traducciones de contratos de entrega de armas, reglamentos de compañías productoras de maletas y licitaciones por miles de millones. No me habría sorprendido que el encargo en el que me disponía a trabajar tratara de la construcción de un nuevo cinturón automovilístico en torno a Moscú, o de una

actualización del Transiberiano. ¿Qué otra cosa podía salir de una carpeta como aquélla?

Abrí los botones y miré lo que había dentro...

Al instante volví a cerrarla y apreté los dos botones. Respiré hondo y me froté los ojos antes de atreverme a volver a mirar. Por supuesto, las hojas de papel no habían desaparecido. No se había oído el eco de ningún trueno, no se había hecho oscuro de pronto, no había sucedido nada que me permitiera dudar de la realidad de lo que había visto. Se encontraban allí dentro y aguardaron con paciencia hasta que me sobrepuse a la histeria y las saqué de la carpeta: hojas amarillentas escritas desde arriba hasta abajo, y al inicio de la primera se leía en letras grandes: «Capítulo V».

Me puse en pie de un salto y empecé a dar vueltas en torno a la mesa oval donde comía, la mesa de abedul de Carelia que se hallaba en el centro de la habitación.

Lo que acababa de ocurrir era simplemente imposible. La narración de los conquistadores españoles había logrado encontrarme. Aunque hubiera empleado todos los medios posibles para librarme de él. ¿Pura casualidad? ¿Era mi propia voluntad la que me había hecho elegir aquella agencia de traducción al pasar las páginas de mi viejo bloc? En el momento de pensarlo daba la trigésima vuelta en torno a la mesa. La idea de una gran conspiración que por medios retorcidos me había atrapado en sus redes no me parecía ya cómica ni estúpida. Mi creencia en el mero azar flaqueaba cada vez más, e investigaba con creciente convicción bajo los detalles del día a día, en busca de los — aparentemente inocuos— miembros de la funesta cadena de acontecimientos que me encadenaba a aquella extraña crónica.

Por fin me senté de nuevo en la mesa, fatigado. Al contemplar una vez más las páginas amarillentas, la tempestad amainó dentro de mi cerebro, y apareció un sol resplandeciente. ¿Qué importaba si me habían hecho llegar las páginas, o me las había encontrado por un capricho del azar? Tal vez se encontraran en ellas las respuestas a todas las preguntas que me habían tenido ocupado durante tanto tiempo. ¿Las iba a dejar escapar tan sólo por mis fantasías paranoicas?

Y, sin embargo, sentía un ligero temblor en las manos. Tomé otro trago de té frío, dejé la taza al otro extremo del escritorio para asegurarme de no volcarla en un descuido sobre las valiosas páginas, e inicié la lectura.

Que, al quedarnos un único guía del que dependía tanto mi destino como el de

los hombres que yo comandaba, me resolví a no separarme de él en ningún momento hasta que nuestra expedición hubiera llegado a su término para eterna gloria del Señor.

Que nos marchamos de ese lugar en el que Hernán González se había quitado la vida, condenándose con ello a eternos tormentos en el Infierno. Que avanzamos en dirección a Oriente y nos adentramos cada vez más en las selvas en las que no había ningún camino, ni tan sólo un sendero. Que nuestro guía Juan Nachi Cocom hallaba el camino con la única ayuda de las estrellas y de otros signos que solamente él comprendía, puesto que restaban ocultos a los ojos de los españoles.

Que los soldados, a pesar de las contrariedades, se hallaban del mejor de los humores, y por dos motivos: en primer lugar por la indescriptible alegría que sentían al haber dejado atrás los terribles pantanos en los que Rivas, Ferrer y los otros habían muerto; pero también, en segundo lugar, por ciertos rumores que se difundieron entre ellos, y que decían que el verdadero propósito de nuestra expedición era hacerse con un tesoro escondido en una cripta bajo una de las pirámides, y que el guardián del monasterio nos había enviado para que rescatáramos dicho tesoro e hiciéramos entrega de él al rey y a la Santa Iglesia, pero que un cuarto de las riquezas quedaría en manos de quienes las hubieran descubierto. Que dicha parte debería repartirse entre los sobrevivientes y que, a despecho de que los señores tuvieran que recibir el triple que los simples soldados, aun el tercio de lo que recibiera un oficial bastaría sin duda alguna para hacerse rico más allá de toda medida.

Que los soldados nombraban incluso las riquezas ocultas en el seno de la misteriosa pirámide: así, por ejemplo, todo tipo de adornos, así como estatuas de dioses indios bañadas en oro y cubiertas de piedras preciosas. Que me maravillé en no poca medida por todos estos detalles, pero que, a pesar de todos mis esfuerzos, no logré averiguar quién había propagado tales rumores; fray Diego de landa no me había dicho nada que me impidiera creerlos, y tampoco a mí me hubiese importado que fueran ciertos.

Que Juan Nachi Cocom, al preguntarle yo por las riquezas ocultas, me respondió que no sabía nada de tales tesoros, negándose a darme las explicaciones que había requerido de él, por lo que me hizo sospechar que las habladurías acerca de un tesoro podrían resultar ciertas.

Que, al meditar acerca de sus palabras y actos, poco a poco me convencí de que Nachi Cocom sabía acerca de dichos tesoros mucho más de lo que osaba decir, y que tal vez temiera guiarnos hasta ellos. Que me acordé de su compañero ahorcado y apremié al indio a que me confesara si Hernán González se había quitado la vida para impedirnos que llegáramos hasta el oro y lo empleáramos para la gloria del rey y de la Iglesia, así como para nuestro propio enriquecimiento.

Que el guía se mostró reacio a responder, aun cuando lo amenacé con la espada, e insistió con pertinacia en que no le importaban ni el oro ni las piedras preciosas, y que

no tenía ninguna intención de poner su propia vida en peligro ni por la conquista de semejante tesoro ni para defenderlo de la corona española y de la Iglesia de los cristianos. Y luego, tras largas vacilaciones que no osé interrumpir por cuanto pensaba que me diría algo importante, Juan Nachi Cocom me reveló que yo me equivocaba al pensar que el mestizo González era un pecador y un suicida.

Que no me dijo nada más acerca de la muerte de Hernán González. Que no golpeé a Nachi Cocom para que me dijera la verdad, por miedo a perder su confianza, de la que esperaba servirme para el cumplimiento de mi misión.

A veces me daba por ver la crónica como una escalera infinita que descendía a un sótano profundo y oscuro. En cada uno de sus escalones había palabras escritas que contaban parte de una historia emocionante, y lo hacían de tal manera que, al inicio de todos sus capítulos, la intriga se adueñaba del lector. Sin embargo, la luz de la lámpara llegaba sólo un paso más allá, y, si uno quería resolver los enigmas del escalón anterior, no le quedaba más remedio que bajar al siguiente. Las normas del juego parecían justas: cada uno de los escalones solucionaba enigmas que se habían planteado más arriba. Pero cada una de las respuestas era un nuevo acertijo que no se podía resolver sin un nuevo paso hacia abajo. Las guijas se ensamblaban gradualmente en un mosaico; nuevas piezas aparecían sin cesar, pero solamente cuando hubiera logrado reunirías todas sería capaz de comprender el sentido del conjunto. Tenía que seguir adelante, siempre hacia abajo, aun cuando no alcanzara ya a ver la entrada de la cripta que había quedado a mis espaldas. Nadie sabía lo que iba a encontrar al final del descenso, ni siquiera sabía si habría un final. Sólo podía hacer una cosa: mientras bajaba, iluminar los escalones que me aguardaban, descifrar sus inscripciones, y, siempre con prudencia, dar un nuevo paso.

Entonces, al terminar las tres primeras páginas, entendí lo que había ocurrido en los capítulos anteriores. Mi suposición inicial de que se trataba de un antiguo tesoro oculto en un antiguo templo de la jungla no era nada original. Probablemente, el autor de la narración había tenido en cuenta ya aquella posibilidad, pero tan sólo la había mencionado al llegar al capítulo quinto... ¿tal vez porque su hipótesis no tardaría en confirmarse?

En todo caso, había que tomar de nuevo en consideración al segundo guía, el que se había colgado. Yo no sabía mejor que el conquistador si Juan Nachi Cocom había dicho la verdad al poner en duda el suicidio de Hernán González. Al hacer la primera lectura había supuesto que el indio debía de haber pagado aquel terrible precio a fin de proteger del robo la herencia de su pueblo. Pero ¿y si resultaba que alguien había matado a sangre fría a González?

Sin embargo, ¿a qué hombre razonable se le podría haber ocurrido asesinar a un guía en el corazón de la selva?

Si me acordaba bien, el segundo oficial, Vasco de Aguilar, había maltratado al pobre González en el capítulo anterior. El narrador mencionaba el incidente como de pasada, pero a mí me bastó. Antes de proseguir con la lectura, tenía que volver sobre esos acontecimientos.

Encendí la luz de la habitación (mientras descifraba las tres primeras páginas había oscurecido), abrí la puerta del piso y salí a la escalera en pijama. La bolsa con los libros seguía intacta al lado de la trituradora de basuras. Era obvio que ninguno de los vecinos había sentido ningún interés por la birria de Yagoniel. Su insípida presentación no era lo más apropiado para cautivar a quien no tuviese idea del tema. Pero tampoco se había atrevido nadie a arrojarlo tubo abajo.

Bueno, mi demostración de fuerza de voluntad había fracasado. Pero, una vez al lado de la trituradora, no tenía sentido pensar en ello. Me aguardaban tareas más importantes. No sé muy bien por qué, miré en todas las direcciones antes de regresar a mi piso y cerrar la puerta con dos vueltas de llave. Una vez en la cocina le sacudí el polvo a la bolsa y empecé a colocar sobre la mesa mis tesoros prohibidos.

Los dos libros con los trocitos de papel que empleaba como marcadores, los folletos de colores chillones, el libro de términos históricos y palabras antiguas que había comprado a toda prisa: todo seguía allí... salvo las copias de mi traducción. Alelado, contemplé una vez más los folletos, pasé las páginas del Yagoniel, sacudí el Kümmerling... todo fue en vano. No había visto nada junto a la trituradora, aparte de la bolsa. La traducción había desaparecido y no tenía ningún sentido especular sobre lo que podía haberle ocurrido. Desde el día en el que me había despedido de los mayas no había tocado la bolsa ni una sola vez.

¿Podía ser que alguno de mis vecinos se hubiera interesado por mis ejercicios de traducción, aunque éstos pudieran decirle bien poco a un lego? Pero ¿por qué tenía que haber sido uno de los vecinos? Siguiendo un repentino impulso, fui hasta la puerta, probé el cerrojo y tiré del picaporte para cerciorarme de que estuviera bien cerrado. Luego me lavé la cara con agua fría y regresé a la habitación. Aunque la traducción de los capítulos dos, tres y cuatro hubiera desaparecido, aún podía fiarme hasta cierto punto de mi memoria: la historia estaba allí, enterrada, por mucho que hubiese intentado olvidarla.

Que nuestra expedición padeció al día siguiente un infortunio, puesto que, hacia la noche, tres cuartas partes de los soldados que habían sobrevivido, así como el señor Vasco de Aguilar, sintieron una leve indisposición, de la que tan sólo dos hombres hablaron en voz alta, y los otros soldados se burlaron de ellos y les reprocharon su debilidad de espíritu, y les dijeron que no eran lo bastante hombres como para soportar tales molestias, aun cuando un guerrero tuviera por fuerza que serlo.

Que en aquella misma noche, la condición de los dos que habían osado quejarse, así como de los demás que les habían afeado sus quejas, empeoró notablemente. Que todos ellos se vieron aquejados de fiebre y empezaron a sudar, y sintieron una gran debilidad en sus miembros. Que fray Joaquín, quien había sanado heridas en el hospital de Maní, reconoció en todos los enfermos la fiebre de los cenagales, pero no supo decir cuál era su causa.

Que los síntomas de la mencionada dolencia, que durante unos días nos impidió seguir adelante y se cobró la vida de los mejores y más valerosos entre nuestros soldados, fueron éstos: una fiebre que recalentaba todo el cuerpo y enturbiaba el entendimiento, así como una presión sobre el pecho que impedía la respiración, de manera que tanto de día como de noche creímos que los enfermos morirían por asfixia, tan rudos y desagradables eran los sonidos que emitían.

Que dicha enfermedad no nos atacó ni a mí, ni a nuestro guía Juan Nachi Cocom, ni a fray Joaquín, y que estuvimos en excelente condición, aun cuando siempre nos halláramos en la mayor proximidad de los enfermos, y hubiéramos comido de los mismos platos que ellos y bebido de las mismas frascas. Que, por mucho que lo pensara, no podía entender que unos hubieran enfermado y otros no.

Que, como consecuencia, algunos de los enfermos pensaron que sus propios compañeros habían tratado de envenenarlos, y que éstos, por medio de una tal conjura, trataban de empequeñecer el número de los que participarían en el reparto de los tesoros que muy pronto tendríamos que encontrar en los templos abandonados. Que a partir de entonces se negaron a probar el agua y la comida, por miedo a nuevos intentos de asesinato, y también exhortaron a los enfermos que no creían en tales cosas a que hicieran lo mismo. Que con ello dificultaron su propia curación y suscitaron las iras de fray Joaquín y sus asistentes, que se habían esforzado por tratarlos y devolverles sus fuerzas.

Que otros atribuyeron la culpa del infortunio al último guía que quedaba con nosotros, y los había, incluso entre los sanos, que prestaban crédito a tales opiniones, y exigían que se torturara al indio para obtener de sus labios la verdad, para saber si había sido él el culpable de que se abatiera sobre nosotros la desgracia. Que también Vasco de Aguilar los escuchó, pues al tratarse de un hombre de fuerza y vigor inusuales soportaba como ningún otro la dolencia, pero ésta, en cambio, le había turbado el entendimiento.

Que, presa de la locura, cual toro herido, atravesó a la carrera el campamento en busca del indio, y juró por la Santa Madre de Dios que le haría pagar con sus propias manos su nociva hechicería.

Que, sin embargo, fray Joaquín demostró una gran sabiduría y los trató mediante sangrías y paños húmedos en la frente calenturienta. Que en un primer momento la sangría dio excelente resultado, pero que su utilidad no duraba mucho tiempo. Que nuestro guía Juan Nachi Cocom brindó su auxilio y recogió en la selva ciertas hierbas que había que suministrar a los enfermos para alivio de su condición y para su curación, pero fray Joaquín lo rechazó y lo amenazó con contárselo a los demás.

Que por este motivo Juan Nachi Cocom me rogó que lo protegiera y no lo entregase a los soldados. Que lo escuché y tuve miedo de perder al último guía que podía conducirnos de regreso a Maní, y que así accedí a sus ruegos y lo escondí, y vigilé hasta que Vasco de Aguilar estuvo tan fatigado que no pudo sostenerse. Que no creí que Juan Nachi Cocom tuviera nada que ver con el envenenamiento de los soldados, porque habría sido muy fácil para él ocultarse en la selva tras realizar el acto, a fin de regresar solo y sustraerse a una muerte segura.

Que la mayoría de los enfermos morían de fiebre y tan sólo sobrevivió uno de cada cinco. Que entre los que se curaron se hallaba el señor Vasco de Aguilar, a quien la infección había transmutado, en cinco días, de hombre vigoroso a pálido espectro de rostro amarillento. Que el entendimiento de los enfermos tardó más que su cuerpo en recobrase y durante largo tiempo padecieron terribles pesadillas, y durante el día estaban malhumorados y tenían miedo de todas las cosas, porque aún creían en un envenenamiento. Que la fiebre infernal había doblegado su espíritu.

Que en uno de esos días Juan Nachi Cocom me confesó conocer la causa de la enfermedad, con lo que le conminé a revelarme sin más tardanza todo lo que supiera, porque tenía la esperanza de facilitar de esta manera la curación de los enfermos. Que me obedeció y atribuyó el contagio a las diminutas moscas que nos habían acosado pocos días antes mientras pernoctábamos en los cenagales.

Que la fiebre había perdonado solamente a los que no habían tenido ningún rubor en valerse del apestoso unguento que empleaban los indios, mientras que quienes lo habían despreciado sellaron con ello su propio destino. Que le pregunté a Juan Nachi Cocom por qué no nos había advertido a su debido tiempo de ese peligro ni nos había indicado la raíz del mal al cobrarse la enfermedad sus primeras víctimas. Que para justificarse nos dijo que en ese momento no había tenido ninguna idea de la ponzoñosa acción de los insectos y que el unguento habría bastado tan sólo para unos pocos. Que, con todo, su motivo para no contar a los enfermos el origen de su aflicción era que de inmediato le habrían echado la culpa por las muertes, lo cual había ocurrido igualmente sin necesidad de que dijera nada.

Que el indio me rogó que guardara el secreto e incluso me recompensó por

haberlo salvado de los soldados enloquecidos (sobre todo de Vasco de Aguilar), puesto que me confi3 algo que ni 3l ni los de su tribu habían revelado hasta entonces, aun bajo la amenaza de la hoguera.

Habría preferido interrumpir la lectura en el párrafo en el que se describían los primeros síntomas de la enigmática fiebre. Pero no pude dejarlo hasta estas últimas líneas. Cerré los ojos y pensé en la enfermedad que yo mismo había sufrido. Una fiebre que me había estrujado el cuerpo como una bayeta hasta no dejar ni una sola gota de sudor. Pesadillas que a duras penas se podían distinguir de lo real. Y, para postre, la debilidad que había dejado inermes tanto mi inteligencia como mis músculos, blandos como algodones, como si hubiesen dejado de ser míos...

Los síntomas eran los mismos. Desde luego, había sido necio al exponerme a una lluvia gélida. Pero también era muy posible que hubiese arrastrado una infección desde antes... igual que los miembros de la expedición española en los cenagales de Campeche. En cualquier caso, había hecho frente al presunto resfriado mediante el fruto de cinco siglos de progreso médico, había tomado antipiréticos en dosis elevadas, y había guardado estricto reposo en la cama. Los españoles, en cambio, habían tenido que contentarse con inútiles sangrías y paños fríos, que, con el calor, seguramente perdían todo efecto en cuestión de segundos, y, por otra parte, el aire húmedo y sofocante de las selvas tropicales debía de entrar tan sólo a costa de grandes esfuerzos en sus pulmones inflamados. Yo había superado la fantasmagórica fiebre en menos tiempo y con menos consecuencias gravosas, pero difícilmente lo habría logrado 450 años antes en un pantano tropical plagado de mosquitos.

En cualquier caso, lo tenía claro: mi enfermedad había sido algo así como la sombra de la que se describía en el libro. La manera en la que esa sombra había caído sobre nuestro mundo era una cuestión secundaria. ¿Me habría contagiado al sostener las páginas con la mano, porque bacterias antiquísimas, ya secas, habían despertado al cabo de los siglos de su sueño de bellas durmientes? Había oído que las esporas de los hongos pueden aguantar varias décadas en un entorno favorable.

Tal vez no se pudiera excluir la posibilidad de que la crónica tuviese un efecto hipnótico en personas sensibles como yo. En cualquier caso, tenía que hacer acopio de valor y confesarme que me había complicado la vida con un libro que no era común...

¿Acaso tomé una decisión consciente al darme cuenta de que el libro me

obligaba a apostar todo a una única carta? ¿Me di cuenta entonces de que participaba en un juego de azar desconocido y que tenía un buen número de fichas de colores sobre el tapete verde... la cordura, la fe en la realidad del mundo que me rodeaba... la vida? No, en absoluto. Me fascinaba demasiado el juego y me seducía la posibilidad de triunfar, que traía consigo la promesa de catarsis e iluminación, y por ello no pensaba en lo que pudiera perder. Aunque el monto de la apuesta crecía cada vez que traducía una nueva página, ya no podía volver atrás.

Que discutimos lo que había que hacer con los cadáveres de los hombres que habían muerto uno tras otro a causa de la maldita fiebre. Que algunos de los nuestros exigieron que celebráramos una Misa funeral y los enterráramos de acuerdo con los usos cristianos, mientras que otros dijeron que había que quemar los cadáveres como en tiempos de pestilencia, para que la enfermedad no pasara a los sanos. Que el propio fray Joaquín, que los había tratado, no sabía qué hacer, porque en tanto que monje quería bendecir y procurar un entierro humano a los infortunados, pero en tanto que médico prefería entregar sus cadáveres a las llamas a fin de preservar a los sanos.

Que algunos de los moribundos, en sus momentos de lucidez, habían rogado que no se quemaran sus cadáveres, para no arrebatarles la posibilidad de resucitar en el día del retorno de Nuestro Señor Jesucristo. Como quiera, sin embargo, que la muerte nos arrebatara a varios de ellos cada noche, finalmente el médico que moraba en el corazón de fray Joaquín se impuso al sacerdote. Y que cada vez que uno de los soldados rendía el alma a Dios, fray Joaquín lo bendecía y luego quemaba su cadáver, y lloraba, y le rogaba al Todopoderoso que le perdonara su gran pecado.

Que los cadáveres se entregaban a las llamas fuera del campamento a fin de no inquietar a los enfermos, pero, cuando el viento soplabá por la parte donde tenía lugar la cremación, los enfermos eran presa de una terrible angustia, y muchos de ellos chillaban y lloraban, y le suplicaban al Señor que tan horrible destino no se abatiera sobre ellos.

Que al cabo de una semana tan sólo quedaban nueve hombres de nuestra partida: el señor Vasco de Aguilar, fray Joaquín, nuestro guía Juan Nachi Cocom y yo mismo, así como cinco soldados; todos los demás habían perecido. Que uno de los soldados, llamado Juanito Ximénez, preguntó si la fiebre no sería un augurio, y si no sería que ya no podíamos regresar porque íbamos a morir todos nosotros, pero nadie lo escuchó, porque los demás aún tenían esperanzas de encontrar el tesoro, dado que, al quedar tan pocos, todos nosotros nos llevaríamos riquezas en el reparto.

Que le pregunté al guía si aún quedaba un trecho muy largo, y éste me respondió que no tendríamos que caminar mucho más allá, y que pronto hallaríamos un

camino por el que avanzaríamos con celeridad.

Que, a partir de entonces, Juan Nachi Cocom estuvo siempre junto a mí, y me dejó tan sólo para ir a cazar. Que, por ese motivo, caminábamos juntos al frente de la expedición, porque él tenía que mostrar el camino, y los demás nos seguían. Que ese silencioso indio, por gratitud, empezó a hablar mucho conmigo, me contó la vida de la selva y en algunas ocasiones me relató leyendas de su pueblo, sorprendentes y difíciles de comprender para un español, leyendas que él conocía bien, aun cuando se hubiera instruido en la escuela del monasterio. Que en cierta ocasión, cuando los otros se habían quedado atrás, me preguntó qué sabía acerca de la Crónica del Porvenir.

Que fui del parecer que tan extraña expresión sería fruto de un defecto en su español, que el indio hablaba bien, pero no sin ciertas dificultades. Que Juan Nachi Cocom, cuando le indiqué su error, no se corrigió, sino que insistió en las palabras empleadas y me susurró que la misión de nuestra partida era adueñarse de dicha crónica, y no de unos tesoros que posiblemente no se hallaran en el templo.

Que fray Joaquín nos dio alcance en ese momento y preguntó al indio por unas hierbas que había encontrado y por las propiedades de éstas, de tal manera que nuestra conversación tuvo que interrumpirse.

A través de la página que leía en ese momento —aún me faltaban algunas líneas para llegar al final—, distinguí, pese al grosor del papel y a la coloración amarillenta que éste había adquirido a lo largo de los años, una forma oscura que estaba impresa o dibujada sobre la hoja siguiente. Me imaginé que se trataría de otra ilustración, y reprimí durante un buen rato mi curiosidad; pero, al terminar el pasaje citado, no pude más, aparté la hoja y me quedé atónito: lo que me había parecido una ilustración impresa o dibujada no era sino una mancha marrón de contorno irregular. No lo dudé ni por un instante: era una mancha de sangre, y, a juzgar por su color herrumbroso, una mancha reciente.

De niño me había sangrado la nariz en varias ocasiones, y por ello sabía muy bien los tonos que iban adoptando las manchas de sangre al secarse sobre el papel cuadriculado o pautado. La superficie de ese tipo de papel es lisa para que el bolígrafo avance sin dificultad, y cuando se ensucia de sangre, la mancha empieza por ser de color brillante, y luego cuaja y pierde poco a poco el color a medida que los glóbulos rojos se ahogan y mueren. En esos cuadernos escolares, el color se reparte de manera irregular: la fuerza de la gravedad, así como diversos vectores moleculares de movimiento, amontonan la sangre en una determinada zona dentro de la mancha y es allí donde ésta será más oscura.

A primera vista, esta disgresión puede parecer insustancial, pero no logré pensar en otra cosa mientras tenía los ojos puestos en la mancha de sangre y trataba de apaciguar mi corazón desbocado. Era una mancha grande y de coloración regular. El papel viejo se había bebido la sangre con avidez, sin abarquillarse, como la tierra que se bebe el agua al cabo de un mes de julio muy seco, casi incapaz de saciarse, por mucha que se vierta sobre ella.

Esa sed vampírica no se encuentra en el papel cuadriculado o pautado de los cuadernos escolares. Las gigantescas fábricas de la industria papelera de la Rusia postsoviética generan cientos de toneladas de cuadernos escolares al año, pero no tienen medio alguno para insuflar vida en el papel. Sin embargo, la vida que alentaba dentro del papel de aquella crónica era perceptible...

Había encontrado esa mancha debajo de una página que no estaba escrita hasta el final, más o menos a la misma altura que el feo *Chaac* con el que concluía el segundo capítulo; tal vez por ello la había confundido en un primer momento con una ilustración. En las manchas, como en las nubes, se pueden distinguir infinitas formas, como sabe todo el mundo que ha tenido que hacer el test de Rorschach en el consultorio de un psicólogo. Lo que a un paciente le parece una mariposa, otro lo interpretará como el hongo de una explosión nuclear, y un tercero verá dos hermanos siameses de perfil. El invento de Rorschach no es más que una especie de diapasón para el alma humana.

A la vista de mis propias percepciones, debía de tener el alma desafinada. En ocasiones me pareció evidente que la mancha oscura no era más que un borrón sin sentido, igual que las marcas de tinta china que se emplean para el test psicológico; en otros momentos, sus líneas trazaban de manera inequívoca la silueta de un animal fantástico. La homogeneidad de la sangre seca hacía que la imagen fuera todavía más turbadora e irreal: no se distribuía de una manera irregular que se pudiera confundir con formas diversas, sino que parecía haberse extendido por sí misma sobre el papel, y que éste se la hubiera bebido al instante.

Tuvo que pasar un rato para que distinguiera unas marcas de lápiz sobre el papel. Alguien había tenido buen cuidado de borrarlas, y en gran parte habían quedado ilegibles como consecuencia de la mancha. Tan sólo la «i» se asomaba bajo el manto de sangre, y me habría pasado inadvertida si no hubiese mirado con tanta atención los contornos de la mancha. Sin ser muy consciente de lo que hacía, tomé un lápiz y empecé a cubrir la mancha con trazos ligeros y homogéneos. En apariencia, la argucia de espía que había aprendido durante mi niñez funcionó. Al final, el rayado grisáceo se transformó en cuatro palabras: «Vienen ya por mí».

Parecerá sorprendente y estúpido, pero en un primer momento, en vez

de preocuparme, sentí otra emoción: los celos. ¿Acaso no era yo el primero que leía esa crónica en nuestra sección del continuo espacio-temporal? ¿No gozaba del privilegio de un acceso especial a los enigmas de los mayas, ni me correspondía en exclusiva la honrosa tarea de guiar a mi desconocido cliente por las selvas tropicales de Yucatán mediante mis traducciones? El lápiz que tenía en la mano se partió ruidosamente en dos.

Estupefacto, me contemplé el puño cerrado, que la tensión había dejado casi de color blanco, y dejé caer los trozos. Sólo entonces la angustia se adueñó gradualmente de mí. No sabía quién había empezado a traducir la relación antes que yo, pero... Ésta no lo había llevado a un buen final. Y yo seguía sus pasos, me adentraba cada vez más en el abismo de esa historia. A mi alrededor tan sólo había tinieblas; el grande y luminoso rectángulo de la puerta, cuya presencia me había tranquilizado hasta entonces porque me brindaba una posibilidad de escapar, había desaparecido de mi vista.

Lo único que me restaba era proseguir en el descenso. Sólo dos párrafos me separaban del final del capítulo.

Que al día siguiente nos acompañó la fortuna, porque nuestra partida llegó a los confines de la selva y allí empezaba un camino transitable, empedrado con magníficas piedras de color blanco. Que había visto ya semejantes caminos en otros lugares, pero éstos tenían siempre un final visible, se hallaban en mal estado y la selva se había adueñado de ellos. Pero en este caso parecía que el camino se hubiera construido hacía uno o dos años, y los árboles llegaban tan sólo a cierta distancia de él, por lo que tenía incluso los márgenes despejados.

Que a dicho camino Juan Nachi Cocom lo llamó sacbé, y dijo que era sagrado para los indios, y que entre ellos se llamaba «senda del destino». Y que nosotros, antes de poner el pie en él, teníamos que saber que no había camino de regreso.

A duras penas había terminado de leer las líneas precedentes cuando de pronto se oyó un sonido atronador, como si en el silencio de mi piso hubiera estallado una tempestad. Alguien golpeó con impaciencia y con extraordinaria fuerza a la puerta.

Mecánicamente, miré el reloj.

Las manecillas marcaban las dos y media.

LA INTRUSIÓN

Me quedé unos instantes sentado, como si estuviera tullido, sorprendido por el inexplicable suceso. Al estruendo le siguió un silencio ensordecedor. Me esforcé por todos los medios en convencerme de que me había imaginado los golpes a la puerta, o que, por lo menos, no había sido mi puerta, sino la del vecino.

Tres nuevos golpes, claramente diferenciados, sonaron en mi puerta. Sí, en la mía. De pronto, salí de mi estupor y, por puro instinto, escondí las páginas de la crónica bajo el montón de folios para la máquina de escribir. Luego me levanté con dificultad y di un primer paso, un paso inseguro. El camino hasta la puerta se me hizo difícil. Parecía, de repente, que el aire estuviera más cargado, y al mismo tiempo impregnado de angustia. Era como si un muro de agua se hubiera interpuesto en mi camino, y que incluso pretendiera hacerme retroceder.

Cuando por fin estuve frente a la puerta, en un primer momento no espíe por la mirilla, sino que apoyé un oído en el batiente y me quedé allí sin moverme. Oía nítidamente el crepitar del contador de electricidad, el chapoteo de las gotas de agua que se iban depositando dentro de un cazo en el lavadero, los ladridos y aullidos de los perros que estaban fuera, en la calle... Al otro lado de la puerta no oí nada: nadie decía nada, nadie daba ni un paso, nadie carraspeaba, para aclararme el motivo de aquel estrépito. Al menos, tal vez pudiera oírle respirar. Contuve el aliento, cerré los ojos...

... y entonces, de repente, retrocedí tambaleante, como drogado. Habían vuelto a golpear tres veces en la puerta, precisamente en el sitio donde había apoyado el oído.

—¿Quién *está* ahí? —grité, a punto de estallar en histéricos chillidos.

Aguardé respuesta, por lo menos, durante un minuto. Se me ocurrió que si espiaba por la mirilla me dispararían desde fuera. Como los asesinos a sueldo que aparecen en las películas. La verdad es que era una ocurrencia estúpida, pero no podía dejar de pensar en la advertencia que había quedado oculta por la mancha de sangre. Esperaba ya cualquier cosa.

Los perros del patio aullaron con más fuerza todavía, con una voz que inspiraba compasión. Parecía que no se hallaran muy lejos de la entrada de mi

casa. ¡Qué raro! En nuestro patio no habían entrado nunca perros vagabundos. Y a nadie se le habría ocurrido salir a pasear de noche con el perro. Y, por otra parte, aun cuando así fuera, un perro no se pone nunca a aullar mientras su dueño lo saca de paseo. En mi vida había oído nada semejante... Todas las ideas posibles me pasaron por la cabeza, pero el pensamiento de estar agazapado tras la puerta de mi propio piso y de que había alguien que me esperaba afuera... ese pensamiento lo reprimí en la medida de lo posible.

Al final, no fue el coraje lo que me sacó de mi apuro, sino la vergüenza. Vergüenza por la ridiculez de mi situación. Por jugar a un juego desconocido, de acuerdo con reglas extrañas que me habían sido impuestas. Porque mis adversarios en el juego me habían hecho olvidar que nada de todo eso iba en serio. Se trataba únicamente de una broma de mal gusto, y nada más. Por Dios bendito, ¿por qué me arrastraba por el parque? ¿Por qué me escondía de mis propias angustias como un niño de seis años?

Tenía seis años cuando me sucedió una historia extraña. Mis padres me habían dejado solo en casa. Solían hacerlo. Siempre fui un niño tranquilo, autosuficiente y fiable, no autista, desde luego, pero sí lo bastante independiente como para que papá y mamá no padecieran remordimientos de conciencia ni tuvieran que preocuparse. El niño se comportaba como si fuera mayor, no haría nunca ninguna trastada, sólo jugaba con sus piezas de construcción o leía un libro. En resumen: un ángel, en evidente contraste con el golfillo de los vecinos. Respecto a los adultos desconocidos que pudieran llamar a nuestra puerta, tenía instrucciones precisas. Si veía a un extraño por la mirilla, estaba estrictamente prohibido abrir. No importaba que fueran agentes de policía, bomberos, fontaneros... —no importaba su aspecto, ni lo que me dijeran—, no debía preguntarles por su nombre, igual que no podía dirigirme a desconocidos por la calle ni responder a sus preguntas. Y yo estaba convencido de que ese código de conducta tan sencillo me protegería de todos los peligros.

Si se daba un caso extremo, me quedaba junto al teléfono de la habitación de mis padres, sobre el que estaba apuntado el número de la comisaría más cercana. Pero nunca tuve que emplearlo.

En la noche de la que ahora voy a hablar sucedió un imprevisto. Empezaba a oscurecer, y creo que había ido a la cocina para prepararme una tostada de pan de centeno con queso.

El sonido se oyó en la habitación de al lado. La puerta de ésta se había quedado entreabierta, pero no lo suficiente como para ver desde el pasillo lo

que ocurría dentro. Se oyó con fuerza y nitidez, sin confusión posible. A decir verdad, me llamó la atención por lo fuerte que se oía. De todos modos, para todo se podía hallar una explicación.

Sea como fuere, en la habitación de al lado, en la que, naturalmente, no había nadie ni podía haber nadie, alguien respiraba con fuerza.

Las historias de fantasmas no me habían gustado nunca, aunque a mis seis años leyera bastante bien. Mis padres, siempre preocupados por mi educación, habían preferido darme libros materialistas, que afirmaban la positividad de la vida, como los de Gianni Rodari y Christian Pineau. No fue hasta que hube crecido y releí mis queridos libros de infancia cuando me di cuenta de que Christian Pineau había sido presidente de los socialistas franceses. ¿Su traducción al ruso se debía a la solidaridad internacional y a la coyuntura política del momento? En cualquier caso, y desde todos los puntos de vista, las historias que escribía eran mágicas. Pero el autor tenía algunas obligaciones para con su elevada posición política: en sus obras estaban prohibidos los fantasmas, las brujas y otros disparates. Lo mismo valía para Rodari y para muchos otros autores de libros para niños sancionados por el Estado. Pensemos tan sólo en Alexei Tolstoi, el autor de *Buratino*, en los cuentos de Stepan Pisakhov e incluso en Tove Janson, con los trolls de su familia Mumin.

Estaba entrenado para defender el piso de los peligros que venían de fuera. Mis padres me habían presentado siempre la puerta de entrada como un obstáculo, no insuperable, pero sí considerable para los posibles intrusos. Yo estaba totalmente satisfecho con esa situación y no había tenido jamás en cuenta otras posibilidades.

Que alguien pudiera entrar en nuestro piso por un camino que no fuese el de la puerta era algo que superaba mi imaginación. No tenía ni idea de lo que era un fantasma, pero, con todo, estaba seguro de que ninguno de nuestros conocidos podía hallarse dentro. Sin embargo, no tuve coraje para abrir la puerta de la habitación, sino que me quedé agazapado en el pasillo, y un largo aullido surgió de mi garganta. En las pausas, mientras tomaba aliento, escuché, más atento todavía, la respiración que se oía en el interior.

Durante los diez minutos que pasé sobre la moqueta del pasillo llorando a moco tendido, me acostumbré a la idea de que en este mundo existen fenómenos sobrenaturales y perdí para siempre la calma y confianza en mí mismo. Y aprendí a hacerme preguntas y a hacérselas a los demás, aunque a veces no hallara otra respuesta que una mirada estupefacta. Porque tan sólo de esta manera pude dominar en poco tiempo mi angustia y mi instinto de supervivencia, y, al fin, logré incluso reírme de mí mismo.

Al poco me levanté del suelo con la cara anegada en lágrimas, sin dejar de sollozar, y abrí la puerta con todas mis fuerzas. Me encontré con la ventana abierta. Una y otra vez, las rachas de viento entraban en la habitación y acariciaban los batientes de la ventana y el mobiliario. Ése había sido el origen del extraño murmullo que había confundido con una respiración humana. Cerré de inmediato la ventana y abrí la puerta tanto como pude, y le puse una silla para que no se moviera de su lugar. Acabé por encender la luz que iluminaba la habitación y así terminó mi ritual de exorcismo.

Ésa fue la primera vez que me encontré con un demonio. Tres décadas más tarde, había regresado, ¿y qué ocurría entonces? ¡Una vez más, me había sentado en el suelo y me faltaba poco para estallar en lágrimas!

Mis piernas se empeñaban en impulsarme hacia arriba. Había olvidado de repente todas las precauciones, todos los asesinos que me acecharían al otro lado de la puerta con pistolas silenciadas. Acerqué el ojo a la mirilla y pregunté de nuevo:

— ¿Quién está ahí?

Lo mismo que antes. *Aquello* no me respondió.

La visión era mala, porque la bombilla de la escalera se había fundido. Había otra más arriba, pero como máximo tendría cuarenta vatios. Para ver bien a mi sospechoso visitante, debería encender la luz del pasillo. Lo hice con la morbosa y repulsiva curiosidad con la que asistimos a películas de terror y ejecuciones públicas. El sano entendimiento me aconsejaba otra cosa: ¡Echar todos los cerrojos que hubiera en el piso, poner la cadena, montar barricadas y llamar a la policía! Pero, en cambio, encendí la luz del pasillo y, de repente, una silueta se hizo visible en la oscuridad. Observé, fascinado, los contornos de la figura que estaba inmóvil a pocos pasos de la puerta, en la escalera.

Era gigantesca, de más de dos metros. Al instante, una idea me pasó por la cabeza: «Esto no es de verdad, esto es un bromista que se ha cubierto con un abrigo y se ha encaramado sobre un taburete...», pero sus hombros daban miedo de verdad: eran tan anchos que hacían que la borrosa silueta de la mirilla se viera casi cuadrada, como ciertas figuras de las películas de dibujos animados norteamericanas. Sí, la falta de proporciones humanas tenía algo que recordaba al cine y me hacía dudar de la autenticidad, de la realidad de aquella figura. Empecé a convencerme de que se trataba de un sueño, o de una fantasía.

A pesar de una protuberancia que tenía sobre los hombros y que sin duda hacía las veces de cabeza, no me llevé la impresión de que se tratase de

una figura humana. Aunque no hubiera tenido cabeza, mi invitado no me habría inspirado menos miedo. En conjunto la silueta se veía mal... la luz era demasiado tenue y mi respiración descontrolada había empañado la mirilla. Pero lo que vi fue suficiente para entenderlo: en la escalera me aguardaba una criatura que, indudablemente, no pertenecía a lo que llamamos realidad. La frase «no es de este mundo» adquiriría un significado nuevo y siniestro.

Qué extraño: tenía la sensación de haber aguardado el encuentro. En un determinado momento, había percibido por mero instinto que la realidad podía combarse y desfigurarse en cualquier momento, como los rostros que se miran en un salón de espejos deformantes. (Nunca en mi vida le había encontrado el menor interés a ese tipo de atracción.) El documento que por casualidad había llegado a mis manos y todos los acontecimientos subsiguientes eran demasiado extraños. ¿Cómo podría expresarlo? Si un hombre entrega su vida entera al estudio de los ovnis, llega un día en el que no sólo cree en los extraterrestres, sino que llega a tomarse mal que no se le aparezcan.

Cuando mis pupilas ensanchadas, por fin, tomaron la suficiente luz para ver mejor a la criatura que se encontraba fuera, logré reconocer algunos detalles: al parecer, *aquello* llevaba un abrigo oscuro de volumen indefinible y había bajado su gigantesca cabeza sobre el pecho. ¿Se habría puesto así para que no le viese la cara? ¿O para ocultar que no tenía cara?

Aquello estaba absolutamente inmóvil, sin emitir ningún sonido, como si no se hubiera tratado de un ser vivo, sino de un mecanismo que hubiese agotado una parte de su programa y aguardara nuevas instrucciones.

¿Y si todo era una broma estúpida? Faltaba muy poco para el Año Nuevo y alguien habría empezado a celebrarlo. ¿Y si existía la tradición popular de pegarles sustos de muerte a los demás con bromas sin gracia? ¿O sería algo típico de la víspera de Navidad? ¿Una de esas idioteces de la Nochebuena? Seguro que alguien se había puesto un armazón de alambre, se había echado por encima una tienda de campaña, había llamado a una puerta al azar... debía de haber varios chicos por la escalera y se tapaban la boca con las manos para que no se les oyera la risa. La cosa esa de ahí fuera estaba vacía. Si hasta el más idiota de los idiotas habría entendido que no se trataba de una criatura viva... ¡Me iban a oír!

De pronto, me envalentoné tanto que agarré el picaporte y tiré hacia abajo. Por supuesto que estaba convencido de tener la puerta cerrada con llave, si no, no habría actuado de ese modo. Siempre cierro con llave nada más entrar en el piso, lo hago de manera automática: hay que dar dos vueltas a la izquierda, y entonces se oye un clic y el cerrojo queda echado. Esta operación no me lleva ni un segundo. Por supuesto que puedo olvidarme cuando bajo la

basura o salgo a recoger el periódico del buzón. Pero ese día estaba claro que había cerrado. ¿O no?

Tan pronto como el picaporte hubo terminado su camino de descenso y el cerrojo se hubo abierto, la puerta avanzó, impulsada por el peso de mi cuerpo...

Hacía mucho tiempo que tenía previsto echar aceite en las bisagras. El polvo y el óxido provocaban un chirrido lastimero, y las veces que abría la puerta poco a poco era como si me frotaran los tímpanos con papel de lija. Pero un conocido me había explicado con mucha convicción que el aceite de girasol lo único que hacía era empeorar las cosas y que en estos casos tan sólo funcionaba el aceite de máquina, y yo, naturalmente, no tenía en casa. Así, por pura comodidad, me había acostumbrado a empezar por abrir un ligero resquicio en la puerta y empujarla luego con movimiento seguro y veloz, envidia de mangostas. Así el chirrido no molestaba tanto.

Si las bisagras hubieran estado bien aceitadas, habría permanecido en mi hipnótico duermevela y no me habría dado cuenta de nada mientras el monstruo se colaba silenciosamente por la puerta. Pero, por fortuna, las bisagras hicieron su chirrido habitual, un chirrido largo, intenso. Así, de pronto, recobré la cordura.

Pasaron unas fracciones de segundo en las que ya había vuelto en mí, en las que dejé de empujar la puerta, pero tampoco la cerré, y me di cuenta de que *aquello*, desde el otro lado, agarraba el picaporte, no con violencia, pero sí con firmeza... Las bisagras callaron, aterrorizadas, pero la puerta, sin vacilar, reanudó su camino y se abrió más y más...

Planté los pies en el suelo y tiré fuertemente del picaporte con ambas manos. Me oponía una tremenda resistencia. Me sentí como uno de esos forzudos del libro Guinness de los récords cuando arrastran la vagoneta de hierro llena hasta los topes. Pero, al fin, la puerta se cerró y dejó de moverse.

Sin aguardar una reacción al otro lado, opté por lo seguro. En medio segundo eché el primero de los cerrojos, le quité el seguro al otro para que se cerrara, puse la cadena y corrí estruendosamente el pestillo. Sólo entonces recobré aliento. Espié por la mirilla. La oscura silueta del monstruo estaba exactamente en el mismo lugar que antes. No se había movido ni un centímetro.

Ensoberdecido y enloquecido traté de frenar mi corazón desbocado. Me agarré una vez más a la manecilla del pestillo y planté ambas piernas sobre el suelo. En todo ese tiempo fui incapaz de apartar los ojos de la criatura que estaba fuera. Mientras aún pensaba en agarrar el cuchillo para carne que tenía en la cocina, *aquello* dio un paso adelante.

Con ese paso me bastó: habría sido estúpido, e ingenuo, buscar una explicación racional de lo que sucedía. Era obvio que se movía con dificultad: el pie de la criatura se despegó muy lentamente del suelo. La parte inferior del cuerpo a duras penas era visible, mientras que la superior, que ocupaba casi la totalidad del espacio visual de la mirilla, se inclinaba hacia mí. A continuación se levantó su costado izquierdo, con lentitud monumental, casi tectónica, y se acercó a la mirilla, y entonces el monstruo —en ese momento, nadie me habría podido hacer creer que se trataba de un ser humano— adelantó la otra mitad del cuerpo. Lo que más me aterraba era el silencio absoluto, totalmente irreal, con el que se movía. Se había acercado tanto a la puerta que la oscura silueta me impedía ya ver nada. De súbito, algo se adueñó de mí y me empujó hacia atrás. Habría sido lógico atribuir ese movimiento a una reacción inconsciente de mis instintos de supervivencia; pero luego, al pensar en mis percepciones, se me ocurrió que *aquello* debía de estar rodeado de un campo de horror que alejaba de sí a todos los seres vivos, cual diabólico magneto, pero al revés. Y una vez más se oyó la llamada a la puerta, igual que antes: tres golpes lentos y pesados.

Tenía el paladar reseco, me dolía al tragar saliva. Aquel juego había llegado demasiado lejos, y, además, participaban en él ciertos jugadores cuya existencia había barruntado sin llegar a creérmela de verdad.

Por fortuna, el teléfono de mi casa se encuentra sobre una mesilla del recibidor... podría llamar sin tener que alejarme de la puerta. Necesité diez segundos para correr a la cocina, agarrar al cuchillo —¡como si hubiera podido salvarme!— y luego examinar los cerrojos a toda velocidad: sí, seguían en su lugar. Luego retrocedí con suma precaución, sin perder de vista la puerta, y busqué a tientas el teléfono. Tenía que moverme con sumo cuidado para que los crujidos del parqué no me impidieran oír ni el más mínimo roce que tuviese lugar al otro lado. Ya sólo me faltaba marcar el número.

La señal de línea era áspera y sorda. La red telefónica del barrio de Arbat debía de ser el último baluarte del antiguo sistema de telefonía analógica... Todos los otros barrios de la ciudad habían cedido desde hacía tiempo al imparable empuje de la tecnología moderna.

La calidad de la conexión también dejaba mucho que desear. Incluso cuando me llamaba el vecino de dos pisos más arriba, su voz se oía tan mal que parecía que me llegara desde América por un cable transatlántico sumergido. Otras veces el sistema fallaba y me conectaba con un teléfono que no era el que había solicitado. Y de vez en cuando había cruces en la centralita automatizada que fabricaron en Suecia a principios del siglo pasado, y oía dos voces totalmente desconocidas durante la llamada.

No recordaba si había llamado alguna vez a la policía, ni cuándo podía

haberlo hecho. No me cabía ninguna duda de que durante los últimos diez años no se había dado el caso. Tampoco tenía ni la más mínima idea de si tendría que esperar mucho hasta que un robusto y enérgico funcionario de la policía respondiera al otro extremo de la línea y me dijera: «¿Dígame?». En cuanto hube marcado el santo 02, aguardé con gran tensión. Cinco señales largas sin que nadie me respondiera. El pánico se adueñaba de mí.

Seis... diez... diecisiete... veinticinco... al llegar a la señal número treinta y cuatro, se oyeron nuevos golpes al otro lado de la puerta, tan fuertes en esta ocasión que la vajilla del armario de la cocina tintineó. Traté de llamar a los bomberos, a urgencias médicas... y no lo conseguí. Por lo visto, me había quedado solo en el mundo junto con el monstruo, ese monstruo que se me había aparecido como emisario de una pesadilla ajena, que asediaba el piso donde yo vivía y aguardaba con paciencia mi capitulación.

Dejé el receptor descolgado toda la noche para oír su señal regular, débil, insegura. Tembloroso por la angustia y el cansancio, pasé otras dos horas en el pasillo, hasta que ya no pude más y me hundí en un sueño vacío y negro. Cuando desperté ya era de día. A primera vista, no había nadie en la escalera, pero no me tranquilicé hasta después de diez minutos de espiar por la mirilla, cuando vi que la chica de al lado bajaba con total despreocupación.

Fui a la mesilla y descolgué el receptor. Entonces, por pura curiosidad, llamé de nuevo al 02. No tengo ni idea de lo que pretendía demostrar. Después del segundo tono se oyó un débil clic, y una profunda voz de hombre me respondió: «Policía. ¿Qué desea?».

¿Qué podía decir en tal situación? «Mire, me he pasado toda la noche con un golem frente a la puerta, vengan en seguida... Es que me puse a leer un manuscrito que tiene varios siglos, a pesar de que iba encontrando señales de peligro, y ahora unos poderes oscuros quieren impedirme que siga leyendo. Protéjanme, por favor.» Al cabo de unos segundos de vacilación, colgué el teléfono sin decir ni una sola palabra. Luego abrí todos los cerrojos y salí afuera.

La criatura que había visto de noche por la mirilla no había dejado ningún rastro en la escalera. Por la ventana empañada entraban rayos de sol. Fuera hacía un tiempo estupendo. Abajo se oían voces alegres de niños, el ascensor murmuraba trabajosamente al subir y bajar por los pisos, y de vez en cuando la puerta principal se cerraba estrepitosamente. Los miedos de la noche anterior me parecieron entonces ridículos. ¿Sería que me encontraba mal de los nervios? ¿Acaso me había dormido en el escritorio y había andado como un

sonámbulo hasta el recibidor? Para estar más seguro, di unos pasos por la escalera y eché una ojeada en todas las direcciones.

De pronto me quedé de piedra. Alguien había escrito algo sobre el revestimiento de falso cuero que tapizaba la puerta de hierro de mi piso. La entorné con precaución y contemplé, incrédulo, unas letras negras, indudablemente trazadas con ceniza. Todas las palabras eran españolas... correctas en todo, pero, no sé por qué, me asaltó la sensación de que su autor había escrito por primera vez en su vida, tan peculiar y torpe era el trazado de sus letras.

EL CONOCIMIENTO ES UNA CONDENA...¹⁰

Esa frase podía entenderla sin la ayuda del diccionario.

—No tienen la más mínima decencia —masculló alguien a mis espaldas.

Me volví y traté de borrar al instante las pálidas huellas de la angustia, que debían de haberme quedado en el rostro. Mi vecina estaba frente a la entrada del piso, con los brazos en los costados, a la espera del ascensor. Por lo general no vacilaba en expresar sus intenciones. La papada le cubría por completo la garganta y por encima de su cuello abotonado sobresalía una piel de nutria. Bajo la gorra redonda, también de piel, que llevaba calada hasta muy abajo, fulguraban sus ojos lúgubres.

¿Se disponía a lanzar una filípica contra los invitados que se me habían emborrachado, se habían puesto a aporrear la puerta en plena noche y habían despertado a todo el edificio?

—¡Otra vez esos gamberros! Esto es terrible, ¿verdad que sí? A Leonid Arkadievich, del séptimo, también le han ensuciado la puerta. Y le han puesto algo mucho peor, no sé qué sobre su hija. ¡Siempre tenemos a unos cuantos niñatos rondando por la puerta y luego, encima, siempre dejan lleno de colillas el rellano del primero! Pero bueno, ya basta, yo la próxima vez llamo a la policía. ¡Y ya me dirá usted para qué les enseñan inglés! ¿Para que luego lo utilicen ensuciando las puertas de la gente?

Señaló con todo el grosor de su dedo el siniestro mensaje que tenía escrito en la puerta. De manera hartó sorprendente, mis terrores nocturnos se habían convertido en una gamberrada ordinaria.

—Eso está escrito en español —le dije con todo el tacto del que fui capaz,

¹⁰ En español en el original. (*N. del t.*)

pero tan sólo me ganó una mirada penetrante y recelosa.

—Pues mire que usted también es raro —ladró la mujer.

—Dígame, Serafima Antonovna... ¿usted no oyó nada anoche? Oí barullo en la escalera, me despertaron varias veces.

Y enarqué yo también ambas cejas, para que se notara que me ponía del lado de los vecinos amantes del orden y condenaba tajantemente todo tipo de gamberrismo, como los alcohólicos del quinto y la familia del piso de arriba que se ponía a taladrar las paredes pasadas las diez.

—¡Pues claro que lo he oído! Si hasta vino la policía por el jaleo que armaron los del quinto. Me lo ha contado Svetlana Sergeevna. Ya sería hora de que echáramos a esos borrachuzos. Tendríamos que volver a reunir firmas.

Le había empezado a temblar ligeramente la barbilla y los finos rizos se le cayeron sobre la cara y las grasas del cuello.

Empezó a desabrocharse el abrigo, porque indudablemente contaba con que proseguiría la conversación, pero yo me había ocultado ya detrás de la puerta.

—Estoy totalmente de acuerdo con usted. Discúlpeme, tengo que ir a trabajar. Estoy pendiente de terminar un encargo.

—¿No va a limpiar usted esta porquería? ¡Han dejado toda la escalera hecha un asco! Venga, que le voy a dar un cubo y un estropajo. Usted, como es soltero, seguro que no tiene.

Pero yo ya había cerrado la puerta, aunque su voz aún se oía fuera:

—Qué maleducado...

«El conocimiento es una condena.» No se podía decir más claro. No solamente un saber abstracto. El autor de la frase no había elegido porque sí el artículo definido. Se trataba precisamente del conocimiento que había ido a buscar la expedición que avanzaba por las impenetrables espesuras de la selva virgen en el actual estado mexicano de Campeche. El conocimiento que Juan Nachi Cocom y el mestizo Hernán González habían tratado de proteger. El saber que tal vez hubiera sido el motivo de que se escribiera la crónica, a fin de preservarlo y transmitirlo a sucesivas generaciones.

Era muy posible que la visita nocturna hubiese sido un último aviso. No podía contar con que la paciencia que habían tenido conmigo se prolongara. Lo demostraban tanto la desconocida suerte de mi predecesor, el traductor que se

había quedado con el primer capítulo, como la horrible muerte del empleado de la agencia.

Con todo, parecía que me estaba sucediendo algo extraño. En vez de empujarme a renunciar, en vez de destruir el interés que aquel trabajo pudiese tener para mí, la frase escrita en la puerta me había avivado aún más la curiosidad. La primera palabra en la que pensé no fue «condena», sino la seductora «conocimiento», que atraía hacia sí, como si fuera mágica, mi mirada interior.

¿Para qué habría emprendido, si no, ese camino fatigoso y enredado junto a mis conquistadores españoles, por la selva y por las calles de Arbat, a despecho de los peligros, la enfermedad y las tentaciones? ¿Podía abandonarlo con tanta facilidad y volverme hacia atrás en el mismo momento en el que, por fin, se me abría un camino despejado?

Después de que todas las adversidades y peligros no hubieran logrado asustar a los españoles —habían perdido a nueve de cada diez compañeros—, ¿no iba a ser lo bastante hombre como para seguirlos, por lo menos, por la jungla de mi imaginación? La recompensa que aguardaba al coraje y la capacidad de resistencia iba a ser, al cabo de varios siglos, la misma. Pero también el mismo riesgo... Sin embargo, no quería pensar en ello.

Las páginas siguientes del diario albergarían, sin duda alguna, un misterio inconcebible. ¿Tal vez el secreto de la transformación del plomo en oro? ¿O la receta de la vida eterna? ¿Profecías ocultas? ¿La verdad sobre la decadencia de la cultura de los mayas? A la vista de los perros guardianes que protegían ese conocimiento, no podía tratarse de ninguna pequeñez.

Lo más probable era que el autor de la narración también lo hubiera sabido. Sin duda alguna, no todos sus pensamientos quedaban reflejados sobre el papel. En el caso contrario, ¿habría obligado a su tropa a seguir adelante con tanta obcecación, pese a las numerosas bajas? Si por ese conocimiento merecía la pena sacrificar a sangre fría la vida de cuarenta hombres, ¿tenía yo, a un paso de la verdad, el derecho de acobardarme y de no poner en juego *una sola* vida... aunque fuese la mía?

Eché los dos cerrojos, puse una vez más la cadena, me lavé a toda prisa y, sin desayunar, empecé a pasar a limpio la traducción.

Trabajé con tal rapidez que en unas pocas horas hube terminado, aunque, con las prisas, pulsara a menudo una tecla equivocada, y entonces tuviera que sacar la hoja, cubrir la falta con líquido corrector, soplar con desesperación hasta que se secaba y volver a alinear la hoja en la máquina de escribir... ¡ay, si las letras no se hallaban a la altura adecuada!

Lo que me impulsaba no era tan sólo el deseo de saber por fin cuál había sido el objetivo exacto de la expedición española, sino, a la vez, un miedo que palpitaba en lo más hondo: el temor de no tener tiempo suficiente. Trabajé, por así decirlo, en competición con la sombra que acechaba al otro lado de la puerta. Aún se encontraba a cierta distancia. Si conseguía llegar a la meta antes que ella, me quedarían unos segundos para contemplar el trofeo, aunque al final perdiese la carrera.

Terminé hacia las dos y media. Como de costumbre, había teclado una copia con papel de carbón. Escondí mi ejemplar entre las sábanas y mantas del armario, puse encima el abrigo, eché una ojeada por la mirilla, abrí la puerta y pulsé el botón del ascensor. Si todo salía bien, habría vuelto a casa antes de que anocheciera.

Debió de ser un demonio quien me susurró al oído que fuera hasta allí en trolebús. El día anterior había viajado maravillosamente bien en metro hasta la agencia. No sé por qué se me ocurrió ir por arriba. Tal vez se debiera a que el Anillo de los Jardines estaba extrañamente desierto y el trolebús se detuvo en la parada en el momento en el que pasaba por su lado. Sea como fuere, el minúsculo dispositivo que todos los moscovitas llevan conectado al cerebelo y que les permite valorar en unos instantes las condiciones climáticas, el estado de las calles y las últimas noticias sobre el tráfico rodado, y calcular a partir de ahí el camino más corto a través de la ciudad, me convenció para que saltase a la plataforma y empujara hacia el interior del trolebús a un hombre malcarado con gorra de piel de foca.

Al cabo de cinco minutos lamenté mi osadía, porque el trolebús, sin aviso previo, se detuvo entre las estaciones de metro Krasnopresnenskaya y Mayakovskaya. El conductor se disculpó en un tono que no admitía discusión y nos explicó que, por motivos técnicos, el trolebús tendría que interrumpir su recorrido. Abrió la puerta delantera para los más impacientes, pero nos prometió que, de todas maneras, el trolebús no tardaría más de diez minutos en reanudar su camino.

Casi nadie se bajó. Ir a pie por el puente helado hasta la parada siguiente habría llevado como mínimo el mismo tiempo que el conductor juzgaba necesario para reparar la avería. Al final, la reparación tardó más de media hora, pero la mayoría de los viajeros se quedaron en sus asientos. Porque, al cabo de quince minutos, lo que más temían los pasajeros era que el trolebús reanudase su marcha inmediatamente después de que ellos bajaran a tierra.

Soplé varias veces sobre la ventana empañada. Apenas si alcanzaba a ver nada por el círculo de cristal que brevemente recobraba la transparencia: un trozo de casa y un monumento que habían erigido hacía poco tiempo en honor de los héroes de la Gran Guerra Patriótica contra los alemanes. Con ocasión del jubileo de la Victoria —aunque el propio Jubileo no hubiera salido del todo bien—, se había ordenado aquel año la construcción de un gran número de monumentos nuevos por todo el país, incluida una estatua de proporciones descomunales y dudoso valor artístico. Por toda la ciudad había carteles que anunciaban conciertos de canciones de aquellos tiempos, en los cines se proyectaban retrospectivas de películas en blanco y negro sobre el movimiento de los partisanos y la toma del Reichstag, galerías de moda organizaban exposiciones fotográficas con títulos como *Los rostros de los héroes* y *Aquellos que en esos tiempos...*

Me pregunté cómo era posible que la Gran Victoria hubiera salido tan repentinamente de los archivos y reaparecido en las calles. Recordaba que veinte años antes nadie prestaba ya mucha atención a los acontecimientos de esa época. Entretanto, la generación que no había marchado por los sangrientos campos de la muerte con el arma en la mano, pero que sí recordaba el aullido de las sirenas que la despertó de su ligero sueño infantil, había perdido a la mayor parte de sus representantes. Y, con todo, el Día de la Victoria volvía a tener un valor que probablemente sólo había tenido durante los primeros diez o quince años desde el final de la guerra.

Quizá se tratase de una postrera muestra de gratitud para con los últimos veteranos que quedaban con vida. O tal vez fuera el Padre Estado, que buscaba inspiración mediante las gestas heroicas de la Historia, convenientemente embellecidas, y tenía la esperanza de que los ciudadanos siguieran su ejemplo. En cualquier caso, la Gran Victoria ganaba terreno en el imaginario colectivo de las gentes. Todo aquello me parecía antinatural: las abuelitas maquilladas no quedaban nada bien sobre los carteles de propaganda. Una Marlene Dietrich de setenta años no seduce ya a una nación entera.

La Historia es como la gorgona Medusa: bajo su mirada, todo muere y queda petrificado. Rostros que en otro tiempo estuvieron llenos de vida, llenos de dolor, alegría, pasión y angustia, se congelan en una mueca heroica que pervivirá por siempre. Todos los colores de verdad —rosa, verde, azul celeste, pardo, rubicundo, rubio pajizo— se esfuman, y en su lugar comparecen dos tonalidades sin vida: un deslumbrante blanco marmóreo para los guías de la nación, gris granítico para sus seguidores.

Los guerreros de piedra de la Gran Guerra Patriótica que han surgido por todo el país tenían algo de cadáveres de mariposa clavados con alfileres. Los unos tienen que preservar su belleza y elegancia, y los otros procurar que el

heroísmo y el espíritu de sacrificio no caigan en el olvido. Pero los estados de ánimo no se preservan en formol. Cuando los niños de hoy en día recitan *La gloria de los héroes*, a duras penas comprenden lo que dicen. El verdadero recuerdo de todas las guerras se prolonga únicamente durante tres generaciones. Si se quiere comprender lo que significó una guerra para quienes la vivieron, tienen que contarla ellos mismos, y, si es posible, que se la cuenten a un niño que reposa sobre sus rodillas. Los tataranietos no conocerán a los soldados que lucharon en ella. Tan sólo leerán aburridos libros de texto, y verán películas tendenciosas, y estatuas de granito cuyos ojos severos, sin pupilas, contemplan la eternidad.

Como a casi todos los rusos, se me humedecen los ojos cuando una profunda voz de barítono entona el himno «Este día de la victoria...». También yo he crecido con las muchísimas películas sobre tanquistas corajudos y el heroico espía Kuznetsov. Aún hoy, aún saben todos los niños que, al hacer dibujitos sobre el cuaderno de la escuela, hay que poner en una de las banderas la cruz gamada como símbolo del mal, y en la otra la estrella roja, la encarnación del bien. Seguro que yo mismo debo de haber gastado un buen montón de blocs de notas con esas figuritas. Y cuando llega ese día que se repite cada año y veo a un viejo con la condecoración en el pecho, siento también el deseo de darle las gracias... aunque, al mismo tiempo, me ataque los nervios con sus inacabables quejas y su estupidez, y le desee lo peor. Al llegar ese día, yo mismo escribo a conciencia la palabra VICTORIA con letras grandes.

Es evidente que siento lo mismo que la mayoría de nosotros por esa guerra, y por los hombres que ganaron para nosotros esa victoria. Pero no entiendo por qué cada año le damos más importancia a ese triunfo y nadie se sorprende por ello.

Todos los monumentos y placas conmemorativas que se encuentran por las esquinas me hacen pensar en otras tantas urnas... pero no para las cenizas, sino para las almas de los viejos condecorados que han dejado ya su cuerpo. Sin embargo, el escultor que ha esculpido en piedra a todos los héroes de la guerra trabaja sólo por su sueldo. El político que preside la ceremonia de inauguración del monumento piensa en su amante mientras hace el discurso. Y los niños que dejan flores a los pies del monumento piensan sobre todo en no tropezar cuando les toque retroceder, porque es una fiesta importante, aun cuando ellos mismos no sepan por qué. Reconocer entre el granito y el mármol una cara que conociste hace tiempo, que viste por última vez hará seis o siete décadas antes de ir a la batalla y echarte a llorar... eso sólo pueden hacerlo los veteranos de guerra. Dentro de muy poco no quedará ya ninguno, y la urbe se transformará por fin en un jardín de piedra despojado de todo sentido y utilidad.

El trolebús dio una sacudida, empezó a traquetear y se puso en marcha.

Yo aún estaba sentado, sin moverme, y mis ojos, como helados, miraban por el círculo transparente que atravesaba el cristal emblanquecido y se hacía cada vez más pequeño.

En la antesala (no podría llamarla de otra manera) de la agencia de traductores Akab Tsin no se encontraba ya la señorita atractiva y robótica que me había entregado el quinto capítulo en mi primera visita y con ello me había redimido y condenado a un tiempo, sino un joven elegante, a la última moda, en traje estricto, que habría quedado igualmente bien en las páginas de una revista de noticias sobre la alta sociedad. Reconocí en él un ligero toque de frivolidad, como sería habitual en un cóctel de empleados de banca.

Tenía los dientes blancos como las cumbres de los Alpes y él lo sabía muy bien: era asombrosa la pertinacia con que se mantenía en su rostro la deslumbrante sonrisa, mientras que sus ojos, al mismo tiempo, no expresaban nada. Probablemente se necesitan varios años de práctica para desarrollar tal habilidad.

El joven tomó la carpeta con el trabajo terminado, me dio las gracias, me llamó correctamente por mi nombre y apellido, y me preguntó si deseaba seguir trabajando con el mismo cliente. Tuvo el tacto de fingir que no notaba el sudor que me cubrió la frente y el temblor en mis manos, que tendí con la avidez de un drogadicto. Poco tiempo después, otra parte del texto original se hallaba sobre la mesa, acompañado por un sobre blanco con el logo de Akab Tsin en el que se hallaban mis honorarios. El empleado no me hizo ninguna pregunta. El intercambio de las dos carpetas idénticas, así como la entrega del sobre repleto de billetes crujientes me hicieron pensar en una operación de espionaje o de tráfico de heroína.

Señalé la carpeta que me acababa de dar.

—¿Cuándo han recibido estas páginas? Ayer mismo me dieron la parte anterior. ¿O es que tenían varias desde el principio? En tal caso, podría...

—No, claro que no. —La sonrisa del joven se ensanchó—. De haber sido así, le habríamos entregado en el acto todo el material. Habría resultado mucho más práctico. No, esta nueva parte acaba de llegar. Debe de hacer unos cuarenta minutos.

—Ah... ¿y no podría decirme quién se lo trajo? Qué aspecto tenía y...

—Lo siento, pero no podemos dar ningún tipo de información acerca de nuestros clientes. —La expresión amable de su rostro se había alterado

imperceptiblemente. Lo que hasta entonces había interpretado erróneamente como sonrisa se había transmutado en el crujir de dientes de un animal de presa que advertía a los intrusos que no entraran en su territorio.

—Sí, por supuesto, ya lo entiendo. Discúlpeme, por favor...

—Le ruego que nos entregue el trabajo tan pronto como lo haya terminado —siguió diciendo, como si no hubiera sucedido nada—. Siempre hay alguien en recepción. Que tenga usted un buen día.

Había oscurecido con sorprendente rapidez, como si alguien hubiese apagado de pronto la luz. En el momento de entrar en el edificio donde se hallaba la agencia de traducción, las calles aún estaban bañadas en esa bruma opalina del atardecer. Tan sólo quince minutos más tarde parecía como si alguien hubiera impregnado generosamente la atmósfera con tinta china. De no ser por las luces callejeras, la tierra se habría encogido hasta transformarse en una mancha menuda, quizá con un radio de veinte pasos: el lugar donde me encontraba.

Decidí no volver a tentar el destino y fui en metro. Después de oscurecer me sentía mucho menos seguro. Ni la alegría que me insuflaba mi inminente viaje por el tiempo ni la cada vez más cercana resolución del enigma de la expedición española apartaban de mis pensamientos a ese monstruo que había acechado a la puerta de mi piso durante la noche entera.

Mientras caminaba por los largos pasillos del metro tuve varias veces la sensación de que una sombra gigantesca se cernía sobre mí y sobre las personas que caminaban por delante. Pero, nada más volverme, me reprochaba a mí mismo mi debilidad, porque me había dejado dominar por miedos estúpidos. La sensación de que me perseguían me provocó un perceptible cosquilleo en la espalda y una comezón en la nuca. Esperé el metro en un extremo del andén. Cuando entró el convoy, no lo soporté más. Me abrí paso entre la multitud de pasajeros y me las apañé para ir dos vagones más allá. Entré en el metro unos segundos antes de que se cerraran las puertas. Nadie me había seguido, y, cuando volví a bajar, mi pánico ya no era tan extremo.

Si hubiera recorrido el camino más breve desde la estación de metro hasta mi piso por las calles que se quedaban vacías a la hora del crepúsculo, habría llegado con mucha mayor rapidez. Pero las piernas, como guiadas por una voluntad propia, me llevaron por Arbat. Como a esas horas aún estaba muy concurrido, era menos probable que sufriera un ataque... Eso fue lo que pensé. Me daba cuenta de que poco a poco perdía el dominio sobre mí mismo.

A fin de tranquilizarme, empecé a contar las farolas de tres cabezas que iluminaban Arbat. Al llegar al patio de mi casa, eché a correr hacia el portal. Oí de nuevo ladridos de perros en el patio... No cabía duda de que una jauría de perros vagabundos se había instalado en ese lugar.

Me encontraba ya frente a la puerta y tecleé el código de entrada. A mis espaldas quedaba el alboroto nocturno de Arbat: una mezcla de zumbidos de motores, vocerío, claxons y peleas de perros. De pronto se oyó en alguna parte un grito espantoso y prolongado. Se me heló la sangre en las venas: *aquel grito* no era de este mundo.

Los perros enmudecieron, como si se hubieran atragantado con sus propios ladridos, y luego, uno tras otro, se pusieron a aullar con desesperación. Abrí la puerta de golpe, cerré con fuerza, subí corriendo en unos pocos segundos hasta mi piso. Al llegar a la entrada miré en todas direcciones, como acorralado, y tan sólo cuando estuve dentro y hube echado todos los cerrojos, me apoyé en la pared, fatigado, y traté de recobrar el aliento.

En la escalera no se oía nada. Me alejé de la puerta, entré en mi cuarto sin quitarme el abrigo y dejé la carpeta sobre la mesa. Bajo su plástico negro y brillante me aguardaba, tranquilizador, el papel antiguo de color arenoso. Me sequé el sudor de la frente y me dejé caer sobre la silla.

Que el significado de la palabra india sacbé, que era también el nombre del desconcertante camino de piedras blancas, no me fue revelado hasta más tarde. Que, posteriormente, mi vida se transformó y no hubo nada que volviera a ser igual que antes.

Que dichos cambios tuvieron que ver con todo lo que aconteció durante el recorrido por el sacbé y también con lo que descubrí al final del camino. Con el conocimiento que expondré mucho más abajo y que había comentado en el proemio de esta relación, que se hallaba en su primer capítulo...

LA INICIACIÓN

Que proseguimos por la ruta del sacbé y, mediante la observación de las estrellas, llegué a la conclusión de que nos dirigíamos al sudeste. Que las primeras horas de ese camino nos sorprendieron por su desacostumbrada facilidad, puesto que, por primera vez al cabo de muchos días, no habíamos de estar pendientes del traicionero cenagal, sino que pisábamos sobre una vía empedrada.

Que, con todo, la facilidad con la que avanzábamos era engañosa; que el camino, maldito de tal manera que ahora, al recordarlo, me parece más bien un ser vivo, atrapó a los viajeros, porque los sedujo con sus piedras niveladas, y su cielo abierto y despejado de lianas. Que tendríamos que habernos imaginado antes la razón por la que ni plantas ni animales osaban hollar el sacbé y éste se hallaba siempre despejado y libre de toda suciedad.

Que, al cabo de cierto tiempo, nuestra partida sufrió otro infortunio: que caminábamos con esfuerzos cada vez mayores y nuestros propios pasos nos consumían las fuerzas como si el sacbé nos sorbiera un poco de vida cada vez que nuestros pies rozaban sus piedras.

Que, al darme cuenta, requerí a nuestro guía Juan Nachi Cocom que nos diera una explicación del hecho, a lo que éste nos respondió que los antiguos magos de su pueblo habían embrujado el camino, que él mismo no había estado nunca en aquellos parajes y que seguía tan sólo las indicaciones de los ancianos con quienes había hablado acerca de nuestro viaje. Que éstos le habían advertido contra la magia de la Senda del Destino, pero que él, por virtud de una plegaria a la Virgen María, había cobrado fuerzas suficientes para librarse de toda vacilación y sacudirse toda angustia; que temía, sin embargo, que los dioses españoles aún no hubieran sido capaces de penetrar en la selva virgen y que, allí, el poder de los antiguos señores fuese todavía más grande que el de ellos.

Que una vez más tuve que confortarlo, pero que igualmente lo reconvine y le aseguré que Nuestro Señor Jesucristo y la Santa Madre de Dios, estaban en todo momento con nosotros, mientras que los ídolos de los nativos no eran sino trozos de madera sin vida propia, condenados a pudrirse y a caer en el olvido. Que mis palabras causaron impresión en nuestro guía y que calló, y que me rogó tan sólo que no desdeñara a los dioses de los indios en tanto nos halláramos en su reino y no nos

protegieran las fortificaciones y los crucifijos del monasterio de Maní.

Que, al caer el anochecer, se adueñó de nosotros un temor cuyo motivo no nos sabíamos explicar y que no me veo capaz de describir. Que aquel miedo ejerció tal poder sobre los soldados, e incluso sobre Vasco de Aguilar y fray Joaquín, que todos nosotros, en un mismo instante, sin haber mediado palabra, nos detuvimos donde estábamos y plantamos un campamento para aguardar a que despuntara el alba.

Que pasamos la noche en una gran zozobra, y que, a pesar de hallarnos agotados por la larga marcha, ninguno de nosotros logró conciliar el sueño. Que, por el contrario, nos sumimos en una duermevela en el que una y otra vez nos aterrorizaron unos extraños sonidos procedentes de la espesura.

Que nos turbó, por encima de todo lo demás, el portentoso y terrible grito de una bestia salvaje que no conocíamos, y que se oyó no muy lejos del campamento, en la espesura, y que nos recordó la voz del jaguar. Que me pareció haber oído el mismo grito en mis sueños, mientras el mestizo Hernán González se condenaba a los ojos de Dios, a la hora del alba.

Aparté las páginas a un lado y me froté las sienes. Poco a poco me había acostumbrado a la idea de que existía una misteriosa conexión entre los acontecimientos descritos en la crónica y mi propia vida, una extraña sincronización que parecía volverse cada vez más fuerte. Estaba a punto de aceptar que el terrorífico grito que había oído en el patio no era otra cosa que el eco de los espíritus de la selva que los conquistadores españoles habían arrancado de su sueño.

¿Un jaguar en Moscú? ¿En el patio de mi edificio? Quizá debiera hojear la prensa sensacionalista de las últimas semanas. Seguramente encontraría allí noticias sobre una bestia feroz que se había fugado. Si la crónica, como yo pensaba, tenía propiedades mágicas con las que podía deformar la realidad y proyectar en ésta los acontecimientos que narraba, también era posible que hubiera manipulado a un vigilante para que no se acordara de cerrar una de las jaulas del zoo.

Quizá los loqueros de la famosa Clínica Psiquiátrica Kashtchenko fueran los únicos que pudiesen entender mi aventurada teoría, pero me daba igual. Estaba dispuesto a guardarme mis reflexiones, porque había algo que tenía claro: no importaba a quién le contara mi secreto, no importaba que fuese un amigo o un agente de la policía, lo único que me iban a aconsejar sería que me librara de mis demonios con una dosis regular de psicofármacos. Si además tenía mala suerte, me encerrarían en una clínica. Y, aun así, estaba convencido

de que mi cerebro aún funcionaba, a pesar de todas las pruebas que había tenido que soportar durante las últimas semanas.

Tenía bastantes pruebas de ello: la fiebre de los pantanos me había costado media caja de medicamentos y me había dejado para el arrastre. Había palpado con mis propias manos el precinto de la Brigada Criminal que me había impedido el acceso a la agencia de traducción tras la muerte de Semyonov. (¿Los de la policía eran tan ingenuos como para creer de verdad que su ridícula tira de papel cerraría de nuevo la puerta del infierno maya que — seguramente por culpa mía— se había abierto?) Lo último: la advertencia que me habían dejado en la puerta. Una tremenda caricatura de la rosa que Lao-Tsé robó de su propio sueño y que tanto veneraba Borges. Constituía una prueba inequívoca de que los demonios de la tradición maya habían penetrado en mi mundo. No era el único que había visto las palabras escritas en la puerta, y mi vecina no podía sufrir fantasías paranoicas... tenía una psique inamovible, forjada en los tiempos de la Unión Soviética.

Di vueltas a estos argumentos hasta, por lo menos, convencerme a mí mismo de mi propia normalidad. Y, sin embargo, no confiaba en ella lo suficiente como para salir del piso y mirar si la pintada aún era visible en la puerta.

Pero sí anduve hasta la entrada, palpé todos los cerrojos y, para quedarme más tranquilo, probé el picaporte. Luego apoyé el oído contra el frío revestimiento de falso cuero y escuché con atención el traqueteo del viejo ascensor que ascendía fatigosamente. Examiné todas las ventanas y me aseguré, incluso, de que los pequeños conductos de ventilación del techo estuvieran cerrados, y encendí todas las luces. Sólo entonces empecé a sentirme más seguro.

Mi edificio era de los tiempos de Stalin y sus paredes no eran menos gruesas que las murallas del monasterio de Maní, y la puerta de hierro, por la que había pagado los ingresos de dos meses, habría aguantado la embestida de un ariete.

Sin embargo, Juan Nachi Cocom parecía confiar mucho más en la cruz del monasterio del Arcángel Miguel que en la guarnición de Maní con toda su caballería, sus cañones y arcabuces. Las fuerzas contra las que tendría que defender mi propia fortaleza no se acobardaban frente al acero ni el plomo, por no hablar de la deslustrada cubertería de plata ni de los cuchillos alemanes que guardaba en el cajón de la cocina.

No soy creyente. Debo de haber entrado en una iglesia unas diez veces en mi vida, y solamente —pese a los reproches de monaguillos indignados— para sacar un par de fotos. Jamás en mi vida he encendido una vela para tranquilizar mi conciencia. El aroma a incienso me marea, y cuando veo mucho oro junto me vienen a la cabeza las gruesas cadenas de mafioso que se ponen nuestros nuevos ricos, que no tienen pasión más grande que ostentar su propio lujo. ¿Qué más queréis que os diga? He tratado honradamente de leer el Antiguo y el Nuevo Testamento, pero —con gran vergüenza por mi parte— abandoné la lectura al cabo de pocas páginas, porque me aburría. Nunca jamás he pintado huevos de Pascua y he ayunado todavía menos. Todos los santos de la Iglesia ortodoxa han prescindido de mí desde hace tiempo. No me lanzan ya miradas interrogadoras desde sus pesados iconos, cuando entro en una iglesia por distracción o casualidad.

Si por cobardía me hubiera provisto de un crucifijo, o de un icono del arcángel san Miguel, no habría sido otra cosa en mis manos que una figura de madera o de plástico, igual que el pequeño Buda de bronce que acumulaba polvo sobre el armario de mi habitación. El manso Jesucristo, que por tercer milenio agoniza entre horribles tormentos en sus dos palitos de madera, sólo se transforma en objeto mágico cuando se impregna de las emanaciones de alegría, esperanza, dolor y desesperación de los hombres, cuando se le dirigen palabras de plegaria y gratitud.

Un arma como ésa habría sido casi como una invitación al enemigo. De la misma manera, me decidí a no cubrirme de atributos religiosos. Ocurre con la fe lo mismo que con el amor: o existe, o no. ¿Fantasmas? De acuerdo. ¿Libros mágicos? En todo momento. Pero la Biblia y los Evangelios me lo ponían más complicado: me costaba horrores creerme *esa* historia. Aunque varias veces lo hubiese intentado —y lo había intentado en serio— no lograba convencerme. Y punto.

Varios sacerdotes se habían apercebido de mi mirada escéptica y, al mismo tiempo que una sonrisa de condescendencia a floraba entre sus pobladas barbas, habían tratado de convertirme cual misioneros. Cuando tenía tiempo y me venía bien, los escuchaba, e incluso les respondía, pero, al final de la conversación, ninguno de los dos había cambiado de parecer. El pope respondía siempre a mi cara avinagrada con una sonrisa plácida y me decía que aún no estaba preparado para saber y comprender.

Quizá fuera verdad. Pero cada vez que veía a las viejas que se santiguaban sin cesar, o leía acerca de enfermos de cáncer que se aferraban a la religión como a su última esperanza, o cuando, con la curiosidad del antropólogo, descubría entre los feligreses a un pandillero con el cráneo rapado y un amuleto enorme en su cuello de toro, me asaltaba la sensación de que

tardaría mucho tiempo en estarlo. La fe es una muleta y se agarra a ella quien no sabe qué le ocurrirá al día siguiente. Pero mi vida, como consecuencia de la rutina diaria y del trabajo siempre igual, era totalmente previsible, y el futuro estaba escrito como en uno de esos horóscopos mágicos de los mayas. O por lo menos lo había estado hasta hacía poco.

Siempre me sorprende que este Estado, que en un lapso de siete décadas empleó todos los medios a su alcance para arrancar la fe religiosa del corazón de sus ciudadanos, empiece de pronto a santiguarse con tal histeria y se arrodille con la devoción de una madrecita temerosa de Dios. ¿Será que le da miedo su futuro? ¿Cómo es que se agarra a muletas como éstas?

¿En qué piensan los ministros durante los Oficios, cuando ponen cara solemne y besan la cruz, y se esfuerzan por no mirar hacia las tropecientas cámaras de televisión para que no se ponga en duda su celo religioso? ¿No son los mismos que hace unas décadas recibían con beatífica sonrisa la consagración en el Partido Comunista? ¿No acudían con toda su devoción a rezar el breviario del Partido Comunista ante los iconos soviéticos, ante el poderoso Lenin, de semblante agradable y mirada artera? ¿No se habían instruido en retórica atea durante las reuniones de las Juventudes Comunistas para mantenerse en buena forma ideológica?

Cientos de iglesias edificadas por todo el país parecían proclamar un renacimiento de lo espiritual. Pero todos sus propietarios estaban enfangados en el contrabando de alcohol y cigarrillos, y todos los nuevos templos habrían podido llamarse «Iglesia del Salvador de la Sangre Derramada».¹¹ El ejemplo más palmario es la gigantesca catedral en el centro de Moscú, que como por sí misma, y sin que nadie hubiera rezado por ella, volvió desde el Más Allá.¹² Provista de un aparcamiento subterráneo de tres pisos, de pago, esta fábrica de gracia divina tiene cabida para diez mil visitantes. Este caso me recuerda siempre a los magos de Haití que despiertan a presuntos muertos y les obligan a servirles.

Ojalá se me perdonen mis invectivas antes de que llegue el Juicio Final. Aun cuando pertenezca a la nueva generación, es obvio que todavía soy un *homo sovieticus* y que, lisa y llanamente, tengo averiadas las glándulas que

¹¹ Nombre de una célebre iglesia de San Petersburgo. (N. del t.)

¹² Alusión a la Catedral de Cristo Salvador de Moscú, destruida en 1931 por orden de Stalin y reconstruida durante los años noventa del pasado siglo. Su reconstrucción no estuvo exenta de polémica, en buena medida por el coste de las obras. (N. del t.)

segregan los «misterios de la fe». Con todo, suelo tratar con respeto a la Iglesia ortodoxa y al cristianismo en general, y también a las demás religiones. Y no estoy nada seguro de lo que hiera más profundamente a este Dios y a todos los otros dioses: si mi honrado ateísmo, o todo ese grandilocuente y patético teatro de la fe que millones de seres humanos representan a diario, a veces con los ojos vueltos hacia el cielo, a veces con miradas de mutua suspicacia...

En ese instante se oyó de nuevo... ya no en un rincón alejado del patio, sino a la puerta de mi casa, por lo que pude oírlo claramente por primera vez.

Momentos antes de que el cristal de la ventana de mi cocina empezara a temblar, había tratado de hallar una explicación racional a todo lo que me había ocurrido en relación con la crónica, para, por lo menos, poder ofrecerme una justificación medio aceptable. Me había convencido de que unos hombres que permanecían en la sombra habían tejido una intriga enrevesada que únicamente ellos comprendían, y que habían sido ellos quienes habían orquestado la escena nocturna frente a mi puerta e imitado el grito de bestias tropicales en el patio. En la placa de Petri de mi fantasía, cuya solución nutritiva se alimentaba de la crónica de los conquistadores españoles, la inofensiva travesura de unos gamberros había actuado como levadura y provocado un desbordamiento.

El ruido que oía entonces lo había devuelto todo a sus justas proporciones. La memoria humana, igual que la resaca del mar, erosiona los angulosos perfiles de nuestras vivencias y los redondea. Los colores palidecen, los detalles se hunden en el olvido, las piezas caídas del mosaico se sustituyen con recuerdos ficticios, para que las manchas negras de acontecimientos desaparecidos no perjudiquen la imagen de conjunto.

Pero ¿cómo había podido olvidar al cabo de pocas horas ese extraño sonido que no podía corresponder a un hombre ni a un animal? Aunque era la primera vez que lo oía tan de cerca...

Al principio, el grito había sido demasiado tenue para el oído humano, pero incluso su sonido *inaudible* era tan fuerte que lo ahogaba todo. Pareció que el mundo se detuviera durante unas fracciones de segundo. Pero a continuación golpeó los cristales de las ventanas, sopló contra ellos, como el viento contra el velamen de una carabela española, y provocó aparatosas vibraciones. Tuve la sensación de verme atrapado en una onda expansiva: los tímpanos empezaron a escocerme, mis oídos ensordecieron, y tuve que abrir la boca como en un bombardeo, o como cuando un avión se eleva a los cielos. Por fin, el sonido alcanzó el espectro audible, se volvió cada vez más fuerte, me inundó el

cerebro, mi piso, mi patio y la ciudad entera. Había empezado con un horrendo chillido para transformarse luego en un bajo amenazador y profundo. El sonido era como el remedo —y sin duda más vivaz— de una sirena de alarma contra bombardeos. La pesadilla debió de durar por lo menos dos minutos. El diablo conocerá el aspecto de la criatura cuyos pulmones y laringe podían soportar algo semejante.

Me senté frente a la ventana y traté de mirar hacia abajo pero, por mucho que apretase la cara contra el cristal y forzara los ojos, tan sólo alcanzaba a distinguir el extremo del pequeño tejado de cinc que cubría la entrada.

Emocionado y confuso, contemplé el Moscú vespertino. Después del grito se hizo un silencio de cementerio, como si los hombres y mujeres que vivían en un radio de varios kilómetros hubieran enmudecido de golpe, perplejos por lo que habían oído, como si vivieran de nuevo aquella angustia que creían haber dejado atrás hacía siglos, la angustia en que vive el hombre cuando pierde el dominio sobre la parte del mundo que le ha sido confiada.

Con todo, esa situación no duró mucho tiempo. Al cabo de medio minuto, alguien abrió una ventana, y una voz de borracho bramó:

—¡Como se os vuelva a activar la mierda esa de alarma os corto los huevos, gilipollas!

Por lo menos no había sido el único en oír aquel sonido.

Me lavé con agua fría e inspeccioné de nuevo la cadena de la puerta y todos los cerrojos. Así me tranquilicé durante unos minutos. La escalera estaba en silencio, en el patio se oía el plácido murmullo de un coche que aparcaba, en algún lugar sonaban voces de muchachas. Aún no era muy tarde. Era evidente que los vecinos de las casas circundantes habían encontrado una explicación plausible para lo que acababan de oír, se habían librado del horror y habían regresado a la vida cotidiana.

Yo aún no estaba en situación de volver a trabajar en la crónica. El temblor de mis rodillas era espantoso y no me libraba de la sensación de que el peligro que se cernía sobre mí se volvía más palpable cada vez que reanudaba la lectura.

Me dolía el estómago, y me decidí a hacer una pausa. De todos modos, la cocina era el lugar más adecuado para tomar posiciones defensivas: una habitación pequeña, bien iluminada, sin rincones oscuros ni espejos antiguos, en la que, además, se encontraba toda la comida que aún me quedaba. Puse la

tetera sobre el fogón y encendí la radio, donde daban en aquel momento las noticias de la noche:

«De acuerdo con estimaciones aún sin confirmar, un terremoto en Pakistán se ha cobrado 130.000 vidas humanas. El presidente ha declarado el estado de excepción. Las regiones montañosas del país han quedado devastadas. El número de víctimas en las ciudades y en los pueblos que han quedado aislados del mundo exterior como consecuencia de la catástrofe aún no se conoce...».

La voz del locutor sonaba prosaica y profesional, con un deje de preocupación bien dosificado: se notaba que los 130.000 muertos no le importaban de verdad. Probablemente, los que trabajan en los departamentos de noticias están tan acostumbrados a los cadáveres como un patólogo... Al fin y al cabo, todos los programas de noticias de nuestros días empiezan con una catástrofe, una guerra o un atentado terrorista. Es cierto que el periodista, a diferencia del patólogo, no tiene por qué ver los cadáveres de cerca, pero de todos modos son muchos más. Ciento treinta mil... un número tan elevado se me hacía inimaginable, tanto si se trataba de personas vivas como de cadáveres. Todas esas víctimas me resultaban tan abstractas a mí como al locutor: tenía que hacer un esfuerzo para imaginarme las aldeas pakistaníes arrasadas, los hospitales desbordados, cientos de cadáveres en hilera, nubes de grasientas moscas... ¿y para qué? A mí se me hacía más fácil entretenerme con mis propios pensamientos mientras el locutor, con voz monótona, de persona medio dormida, describía los graves efectos del terremoto.

Pensé que era un año de muchas catástrofes. Terremotos, inundaciones y huracanes frecuentaban las noticias de la noche y competían por los titulares de los periódicos. Asia, especialmente castigada por las fuerzas de la naturaleza, había solicitado a la ONU suministros y ayudas financieras con carácter inmediato. Médicos sin Fronteras y otras organizaciones humanitarias de varios países, siempre presentes en todas las crisis del mundo con el pretexto de ejercer la caridad, se habían dividido entre América Latina, Próximo Oriente, el Caribe e Indonesia. Europa estaba absorbida por su déficit y la crisis económica estructural, y Wall Street había roto ya todas las huchas que le quedaban para rescatar a la Casa Blanca de su última y más vistosa aventura militar.

Pero probablemente no había habido menos catástrofes en el año anterior. La única diferencia consistía en que yo no les había prestado tanta atención, o no había escuchado tanto la radio.

Bajé el volumen del receptor y escuché. Fuera reinaba todavía el silencio. Saqué la tabla de cocina, corté un par de patatas grandes en trochos, contuve el aliento para hacer lo mismo con una cebolla, encendí el fogón bajo una sartén

de hierro tan oxidada como un tanque británico en El Alamein y le eché una cucharilla de pálido aceite de girasol. Mientras las patatas aún siseaban, soltaba una y otra vez la pala de servir. Presa de la desconfianza, andaba a hurtadillas hasta la puerta y echaba una ojeada por la mirilla, o pegaba la cara a la ventana, o la abría brevemente y asomaba la oreja a la gélida corriente de aire por si oía un eco del satánico grito.

Las patatas habían aprovechado la oportunidad y se habían quemado, mientras que los trocitos de cebolla, por descuido mío, se habían quedado encima de las patatas y aún no estaban hechos. Con todo, bañé la indigesta masa en un té frío y azucarado en exceso. En otras circunstancias me habría declarado incapaz de probar aquello, y me supo igual que debió de saberles a los españoles la carne de bestias y aves silvestres que los hospitalarios y confiados mayas les ofrecieron a su llegada a Yucatán, al cabo de varios meses de agua salobre y galletas rancias y sucias de mierda de rata. Durante los últimos días me había alimentado casi exclusivamente con tostadas, pero había llegado un momento en el que ya no soportaba ni el revenido queso de Kostroma ni el pan de centeno levemente enmohecido. Bajo el lavadero — démosle gracias por ello a la Santa Virgen María— había encontrado una bolsa de cebollas resacas y patatas germinadas. Limpié las migajas que habían quedado sobre la mesa y me propuse salir a la mañana siguiente a la tienda más cercana y comprar alimentos: provisiones para, por lo menos, una semana. ¡No sabía cuándo se presentaría de nuevo la ocasión de salir a comprar!

Al cabo de breves vacilaciones, me llevé a la cocina las páginas de la crónica, la máquina de escribir y los diccionarios. Me preparé un té, puse una hoja en blanco en la Olympia, arrastré el carro hasta la derecha y respiré hondo, preparado para la inmersión.

Que a la mañana siguiente tenía miedo de haber perdido una vez más a varios miembros de nuestra expedición, pero todos ellos se encontraban bien, aun cuando ninguno de nosotros hubiera dormido. Que algunos de los nuestros murmuraban, y rogaron que retrasáramos la partida, pero nuestro guía nos exigió, presa de una gran agitación, que abandonáramos sin más tardanza el lugar y siguiéramos adelante.

Que Vasco de Aguilar habló en favor de no proseguir de inmediato con La marcha y se quejó del cansancio, y al saber que reanudaríamos el camino por insistencia de Juan Nachi Cocom le echó aviesas miradas y juró que el indio no tardaría en pagarle por todo; en vista de lo cual, fray Joaquín defendió con ánimo apacible a nuestro guía y trató de apaciguar la cólera de Vasco de Aguilar con palabras llenas de dulzura.

Que acto seguido nos echamos a andar y reanudamos la marcha por el empedrado blanco, y que le pregunté a Juan Nachi Cocom si no creía que Vasco de Aguilar podía haber dado muerte a su compañero, el mestizo Hernán González. Que el indio, al oírlo, fue presa de una gran consternación y se negó a decir el nombre del asesino, si bien repitió una vez más que Hernán González no se había dado muerte.

Que, al cabo de un rato de silencio, Juan Nachi Cocom volvió a nuestra conversación anterior y explicó que el pecado no se le podía imputar a ninguno de los nuestros, sino a cierto hombre jaguar. Que el guía no se veía capaz de explicarme con exactitud qué clase de criatura podía ser aquella ni por qué había matado a uno de su propia estirpe. Que no entendí nada de su confuso relato, salvo que los indios consideraban que esa extraña criatura híbrida era un demonio fuerte y peligroso, que de noche robaba niños en las aldeas de la selva y que era totalmente imposible protegerse de él, y más todavía matarlo.

Que al instante me acordé del espantoso grito y le pregunté a Juan Nachi Cocom si no habría sido un jaguar lo que se había hecho oír cerca de nuestro campamento durante la noche pasada, pero él lo negó y dijo que sabía reconocer, sin vacilaciones ni errores, la voz de una bestia ordinaria. Que, sin embargo, el grito que habíamos oído en la selva en el día anterior le había recordado, por encima de todo, a su primera infancia; en aquellos tiempos, al oír por la noche idéntico sonido, su madre lo ocultaba en el lugar más recóndito de la cabaña y cerraba la puerta, y su padre salía con una lámpara, y llevaba en la mano una lanza especial, una lanza embrujada, que no sólo podría matar hombres y animales, sino también espíritus.

Que yo no creía que Hernán González se hubiera suicidado, pero tampoco que los dioses de los indios hubieran puesto fin a su vida, sino que pensaba, más bien, que era Vasco de Aguilar quien lo había estrangulado. Que, con todo, los acontecimientos del día siguiente pondrían de manifiesto cuál de los dos tenía razón y quién se equivocaba.

Que anduvimos durante el día entero, pero con gran morosidad, a causa de la fatiga que se había adueñado de nosotros. Que al finalizar el día siguiente padecemos una nueva desgracia, porque dos de los soldados más débiles, Francisco Balbona y Felipe Álvarez, empezaron a hablar en un delirio ocasionado por la fiebre y repetían una y otra vez que veían dos gigantescas y espantosas figuras que se cernían sobre nosotros, y que parecían guardianes de una enigmática puerta.

Que ni yo mismo, ni fray Joaquín, ni Vasco de Aguilar, ni tampoco nuestro guía alcanzamos a ver nada semejante y que por ello ordenamos a nuestros soldados que, so pena de severos castigos, siguieran adelante. Que uno de los dos, Felipe Álvarez, se resignó a ello, aun cuando Vasco de Aguilar tuviera que apalearlo; que, en cambio, el segundo, Francisco Balbona, rogó en voz alta el socorro de la Santa Madre de Dios y a continuación echó a correr en la dirección contraria. Que habría sido imposible

detenerlo, porque corría con demasiada rapidez, y al cabo de unos pocos minutos había desaparecido tras uno de los recodos del sacbé. Que, un instante después, se oyó desde allí un ensordecedor bramido, por el que me temblaron las rodillas incluso a mí, y que al mismo tiempo dejaron de oírse las fuertes voces de Francisco Balbona, así como el sonido de sus pasos.

Que Juan Nachi Cocom se interpuso en el camino de quienes pretendían correr en auxilio de Francisco Balbona, alegando que el sacbé tan sólo permitía que se le recorriera en una única dirección, y que el retorno era imposible, pues los demonios se apoderarían de quien osara volver atrás.

Habría querido interrumpir antes la traducción, en el pasaje de la crónica donde se citaba al nuevo actor, el mismo que tal vez acechara bajo mi ventana. Pero, con la esperanza de encontrar en las páginas siguientes nueva información acerca del hombre jaguar, había avanzado unos párrafos más. Estas últimas palabras —un deslumbrante faro de advertencia que el autor había dejado para mí— me derribaron al suelo. Estaba perdido.

No habría sabido decir en qué momento exacto había sucedido. ¿Al ver las primeras páginas de la relación y declararme dispuesto a traducirla? ¿O tal vez más tarde, cuando me hubieron dejado bien claro lo serio que era el juego y se me brindó la oportunidad de abandonarlo? En cualquier caso, ese trabajo se me había transformado en pasión, era el sentido de mi vida, un *sacbé* empedrado con piedra blanca que me llevaba a un destino ignoto y me robaba fuerzas con cada paso que daba.

¿Había sabido el autor que su crónica dispondría de fuerzas mágicas que agarrarían al lector desprevenido como los tentáculos de un mítico *kraken* y lo arrastrarían con toda la vulgaridad de su vida cotidiana al *maelstrom* de una historia fantástica y llena de color como las de García Márquez?

¿Era el propio autor quien había insuflado esa fuerza en su creación? Yo tenía la esperanza de encontrar al final de la crónica las respuestas a todas estas preguntas que daban vueltas dentro de mi cabeza como las abejas en un panal. Parecía que fuese el propio libro el que me arrastraba, el que me cautivaba con todos los señuelos que yacían ocultos entre sus líneas. Pero, cuanto más me dejaba seducir, más me enredaba en sus lazos, mientras que las respuestas que eran el objeto de mis anhelos titilaban en el horizonte sin llegar a concretarse, como un espejismo.

Tal vez la demora de las palabras que tendrían que aclarármelo todo fuese una de las pruebas que debía superar. Si lograba imponerme a mi propia

decepción y reprimía el mal humor, quizá al final me ganara la solución.

Al advertir a los españoles de que la expedición no podría retroceder por el *sacbé*, Juan Nachi Cocom me había hablado a mí. Me había mirado a los ojos a través de cinco siglos. Nada había podido impedírselo: ni el polvo que se acumula sobre los libros, ni la podredumbre, ni la industrialización, ni Freud, ni el socialismo avanzado, ni las toneladas de novelas malas y de corta vida sobre las increíbles aventuras de rubias de pechos grandes en las junglas sudamericanas... Nada de lo que hubiera podido influir en mis ideas sobre el mundo y sobre el lugar que los mayas ocupaban en éste. Nada de lo que hubiera podido llevarme a creer que el drama que se representaba ante mis ojos no era más que una patraña y a dudar de la veracidad del relato. Fatigado, pero resuelto, se había secado el sudor de la frente y me había mirado desde aquellas páginas color arena. Y yo lo había comprendido: su palabra de que los corazones timoratos estaban condenados a morir descuartizados por los demonios... iba por mí.

Era demasiado tarde para volver atrás. La puerta por la que había empezado mi descenso a la mazmorra había quedado muy, muy atrás, y se había cerrado ruidosamente. Había permitido que el juego me sedujera y había desdeñado las muchas advertencias de la crónica. A juzgar por las palabras de Juan Nachi Cocom, sólo tendría una oportunidad de salvarme si seguía adelante por el camino.

Antes de que terminara mi breve descanso y me adentrara una vez más en la jungla de los complicados giros de la sintaxis española para abrirme paso con el machete por la maraña de las supersticiones indias y las intrigas casi jesuíticas de los franciscanos, me decidí a estudiar más de cerca a mi adversario. ¿Cómo era aquel hombre jaguar?

Kümmerling se encogía de hombros. No sabía nada. En el capítulo «Religión y mitos de los mayas» se limitaba a contar que los dioses más importantes del panteón maya aparecían bajo manifestaciones y nombres diversos, y tenían también dobles y opuestos, por lo que los europeos que habían estudiado en detalle la materia habían llegado a la conclusión de que los nativos creían en un número de dioses virtualmente infinito. Kümmerling ponía como ejemplo varias ilustraciones sacadas de monografías serias en las que reconocí a Itzamná, el dios protector de los sabios y estudiosos, así como a los insoslayables *Chaacs* y a la diosa lunar Ixchel.

No me cabía ninguna duda de que el hombre jaguar debía de tener un papel importante en la mitología de los mayas, y Kümmerling sí lo citaba, pero sólo de pasada, junto con otros demonios y demiurgos. El autor debía de pensar que había hecho ya más de lo necesario por el lector medio y, con su torpeza

habitual, cambiaba de tema.

A decir verdad, no esperaba otra cosa. Solamente me restaba la esperanza de que Yagoniel no perdiera la oportunidad de mostrarle al sorprendido público dónde radicaba la diferencia entre la hechicería de verdad y la charlatanería de verduleras. No podía dejar de lado a una criatura tan fascinante. Convencido de que iba a encontrarlo en su libro, empecé la búsqueda del hombre jaguar directamente por el índice alfabético.

En la «H», por supuesto, no encontré nada. Tuve que buscar en la «J» hasta llegar a la palabra «jaguar», y debajo de ésta, en negrita cursiva: *hombre jaguar* (mit.) pp. 272-275.

Lo había encontrado. Tres páginas repletas de datos precisos, hipótesis osadas, y, si había suerte, también de ilustraciones.

267, 269, 277, 279... un momento... no podía ser. Debía de haberme saltado alguna página con las prisas. Cerré los ojos y los abrí de nuevo, como para librarme de la ceguera. Luego regresé a la página 267 y pasé, lenta y metódicamente, las pocas páginas que me faltaban para llegar a la 281... donde vi con terror que el siniestro y familiar retrato de fray Diego de Landa me devolvía la mirada.

Faltaban precisamente las cuatro páginas que yo necesitaba. Alguien las había separado limpiamente del libro con un único corte, un corte ideal. Las finas tiras de papel que habían quedado entre las páginas —lo único que había desde la página 271 hasta la 276— atestiguaban que no se trataba de un error de imprenta, sino de una acción calculada.

Las páginas que tenía sobre la mesa procedían de otro libro y las habían cortado de la misma manera. Era innegable: la misma mano que me proporcionaba capítulos siempre nuevos para que los tradujera había eliminado de un libro adquirido por casualidad una información que para mí podía tener un valor incalculable.

¿Las habría cortado antes de que el libro llegase a mis manos? ¿O mientras se hallaba junto a la trituradora de basuras? Esto último era lo más probable. Con ello, la desaparición de mis primeras traducciones cobraba un significado totalmente nuevo.

Por un instante me sentí como una rata a la que un investigador curioso ha encerrado en un laberinto con puertecillas que se abren y se cierran. Continuamente se me abrían nuevas puertas que podían llevarme a la libertad, pero también a una trampa, y se me cerraban las galerías por las que acababa de pasar, de tal modo que el laberinto cambiaba de forma sin cesar y en todo momento me impedía seguir la ruta que me había marcado al principio.

No era yo quien corría como un loco furioso por sus interminables pasillos: alguien me conducía, me abría y cerraba trampillas, me hacía llegar datos que necesitaba, sacaba de escena a otros jugadores que ya no eran necesarios y volvía a dejarme sólo en el laberinto. Entonces, ¿no me quedaba ninguna elección, sino sólo una apariencia de ésta? ¿Y qué podía hallarse al final de la única ruta posible, la ruta que me había prescrito ese alguien?

Lo más terrible de todo era que los acontecimientos aislados de los que se componía esta extraña y siniestra historia —la de ahora y también la del siglo XVI— no se dejaban ensamblar en una visión de conjunto. Si hubiera conocido desde el principio las reglas del juego, tal vez hubiera podido tener un papel más activo.

Por lo pronto, no me quedaba ninguna otra posibilidad que la de seguir el consejo de Juan Nachi Cocom: resistirme a la tentación de volver atrás, arrastrado por el pánico, y avanzar con la expedición española.

Que, a unos pocos centenares de pasos del lugar desde donde Francisco Balbona había huido para morir, vimos dos ídolos esculpidos en piedra, tan pequeños que difícilmente me habrían llegado al cinto. Que, sin embargo, la expresión de los susodichos gnomos de piedra estaba preñada de ira, con ojos redondos y saltones, y la boca erizada de gigantescos colmillos. Que Felipe Álvarez, cuando aún no se hallaba a veinte pasos de dichos ídolos, no los miraba a ellos, sino a algo que se encontraba mucho más allá, siendo presa de un pánico tan grande que perdió el don del habla y se mojó las partes pudendas.

Que Vasco de Aguilar lo obligó a seguir adelante por medio de golpes y patadas, aun cuando el otro se resistiera. Que el tal Felipe Álvarez, a despecho de los solícitos cuidados y angélica dulzura con los que fray Joaquín atendió al desdichado y lo acogió bajo sus alas, no recobró la cordura. Que desde entonces no hizo otra cosa que berrear y que en todo instante babeaba de los labios, y que sus ojos desorbitados miraban con fijeza al vacío.

Que a la noche siguiente Felipe Álvarez murió de una puñalada en el corazón. Que no logramos descubrir quién había sido el autor del crimen; y que nadie deseaba encontrarlo, porque el desgraciado inspiraba tal miedo y angustia en todos nosotros con sus inacabables berreos que yo mismo y los demás, en lo más profundo de nuestro corazón, le dimos las gracias al asesino.

Que entonces el guía Juan Nachi Cocom, quien confiaba en mí más que en los otros, me explicó que había uno entre los nuestros que conocía la meta de nuestra expedición mejor que el propio indio. Y que podía ser que ese mismo hombre hubiese

dado muerte a Felipe Álvarez por motivos propios, motivos secretos.

Que en ese momento no comprendí de qué me hablaba el guía, pero quise aprovechar la ocasión y preguntarle de nuevo qué era lo que él mismo sabía acerca de nuestra meta. Que el indio, esta vez, no se negó, pero sí se cercioró de que los otros no nos oyeran, y entonces me confió un gran portento.

Que, de acuerdo con sus palabras, no muy lejos de una ciudad llamada Calakmul, a donde probablemente nos dirigía el sacbé, había un templo antiguo, y que en una de las cámaras de éste se preservaban los libros más santos de sus antepasados. Que su abuelo, que vivía con ellos, le había explicado que dicho templo ocultaba también cierto manuscrito, la Crónica del Porvenir, en el que se revelaba el futuro de los mayas y del mundo entero, siglo tras siglo, y se anunciaba su inevitable final, y las profecías llegaban hasta el día en el que el cielo se precipitaría sobre la tierra.

Que dicho manuscrito describía también todos los signos por los que se sabría que se acercaba el Apocalipsis, para que los iniciados los comunicaran a los otros mayas, y con ello el pueblo de los mayas tuviera tiempo suficiente para plegarias y otras preparaciones necesarias. Que este conocimiento era un secreto que se ocultaba por igual a hombres, demonios y dioses. Y que dicho conocimiento estaba maldito, igual que serían malditos todos los que tuvieran noticia de él.

Que, en apariencia, el propio guía había tenido noticia del mencionado conocimiento tan sólo de oídas, porque su madre pertenecía a una antigua estirpe cuyos hijos más excelentes habían gobernado todas aquellas tierras en tiempos remotos y por cuyas venas corría sangre regia. Que me informó también de que durante su niñez había vivido en su casa un anciano a quien había tratado como si fuera su propio abuelo, y que dicho viejo no había trabajado nunca ni había hecho nada en la casa, sino que tan sólo jugaba con los niños y les contaba historias, y tenía el deseo de que éstas perdurasen en su memoria. Y que cierto día el anciano salió por la puerta y no regresó jamás.

Que Juan Nachi Cocom había preservado muchas de estas leyendas en la memoria, y entre ellas también la del templo de Calakmul. Que tan sólo había meditado el sentido de dichas leyendas y el significado de éstas al cabo de varias décadas, y que había llegado a una conclusión.

Que le pregunté a Juan Nachi Cocom por qué no me había hablado antes de todo ello y había esperado hasta entonces, y me respondió que se le agotaba el tiempo y que no tardaría en emprender el camino de los mundos inferiores; que entendía que era yo mismo la persona a quien tenía que confiarle el citado mensaje. Que el propio Juan Nachi Cocom, al marcharse de Maní y con nuestra partida, aún no sabía muchas de las cosas que había llegado a conocer durante el viaje por medio de sueños y visiones. Que a mí también me guiaba una mano invisible, y que por ello había sido protegido de asesinos y de la cólera de mis compañeros. Que algún día reconocería el mensaje y que entonces sería mi deber transmitirlo.

LA REVELACIÓN

Debo confesar que en un primer momento no entendí el significado de lo que había leído. No me imaginé el cósmico alcance que tenían los acontecimientos narrados en la crónica, ni la fuerza del milenario y oxidado mecanismo que lo mantenía todo en movimiento.

Estaba demasiado ocupado en reunir las piedras de construcción de ese saber prohibido y edificar con ellas una inestable torre de conocimiento. Aún no me hallaba en situación de tomar distancia frente a mi labor y contemplar, cual arquitecto, el conjunto de la obra en curso para hacerme una idea de su forma final.

Casi todos sus ladrillos, ya cocidos, se hallaban a mis pies. Tan sólo me faltaba ponerlos en su lugar, y luego trepar al balcón de la torre recién construida, y, desde allí, contemplar el mundo desde una elevación nueva, inalcanzable hasta entonces. Pero, no sé por qué, vacilé en ese mismo instante. Perdido en mis pensamientos, no dejé de darle vueltas al mortero y puse en orden por enésima vez los ladrillos seleccionados. Me resultaba más reconfortante mirar al suelo que pensar en el final del camino que había iniciado.

El autor de la crónica parecía haber perdido toda fe en mi capacidad para combinar los datos y había pasado de las alusiones veladas y los enigmas a las explicaciones comprensibles. Aun así, no levanté la cabeza que había escondido en la arena, y fingí no entender nada.

Durante los primeros minutos, llegué a sentirme rebosante de alegría y orgullo, porque creía haber pasado todas las pruebas, y el autor de la relación, por fin, había levantado el velo que cubría su secreto más importante. Lo sabía ya: fray Diego de Landa no había ido tras adornos de oro ni piedras preciosas, no eran los tesoros de los mayas el motivo por el que el obispo de Yucatán había sacrificado a docenas de conquistadores españoles en la selva. No, él iba en pos de un tesoro mucho más valioso: el antiguo manuscrito era un objeto mágico... así, por lo menos, lo creía el franciscano.

Lo que en realidad quería el guardián del monasterio era apoderarse de la más sagrada profecía de los sacerdotes mayas, y había hecho pasar la

desproporcionada operación por una caza de brujas. Tal vez supiera algo acerca de la desaparecida crónica, algo de lo que el guía indio no tenía ni idea. El impresionante cuerpo expedicionario que fray Diego de Landa había enviado a Calakmul (yo, igual que Juan Nachi Cocom, estaba convencido de que la partida se dirigía hacia allí) daba fe de la importancia de la misión que el autor de la relación de Indias tenía a su cargo.

Pero ¿cuál era el verdadero motivo? Sólo se me ocurría uno: el poder. Muy probablemente, la profecía del cercano Apocalipsis no era lo único que se podía sacar de la misteriosa *Crónica del Porvenir*. Si fray Diego de Landa creía de verdad que con ella podría escrutar el futuro, probablemente también esperaba hallar la respuesta a un buen número de preguntas relacionadas, no sólo con las conquistas españolas en América Central, sino también con el destino del mundo entero. Toda la historia tenía un resabio de intriga política: quien poseyera esa única, y en apariencia verdadera profecía, se vería en posición de revelarla en parte, o en su totalidad, y de manera fiel a la verdad, o no. Podría interpretarla a su gusto para manipular a los indios conquistados. ¿Cabe imaginar un instrumento más eficaz en la subyugación de unos rebeldes infieles que el monopolio sobre la interpretación de sus escrituras sagradas?

Las palabras del cronista al final del capítulo tenían el evidente objetivo de despertar la curiosidad del lector y enardecer su fantasía, y de darle a entender que la historia aún no había terminado. Aunque en esa última parte no decía que hubiera llegado a conocer el contenido del manuscrito, a mí me pareció que sí debía de haberlo conocido.

No me quedaba otra opción que leer la relación hasta el final. Lo que pudiera suceder conmigo sobrepasaba ampliamente los límites de una emocionante aventura de despacho. Y poco a poco yo empezaba a comprender por qué las apuestas de juego habían subido tanto en tan poco tiempo.

Si de verdad me faltaba poco para desvelar uno de los más grandes secretos de los mayas, si había sido elegido para caminar junto a los conquistadores españoles hasta Calakmul, para ver, por fin, a través del velo de los siglos, no sólo el pasado, sino también el futuro... ¿acaso tenía derecho a volver atrás?

No podía plantearme una retirada, aunque sólo fuera porque lo que más temía en el mundo era regresar a mi vida de siempre. ¿Vida? ¿Podía aplicarse esa magnífica, esa maravillosa palabra a mi deplorable existencia anterior, a mi absurdo vegetar entre traducción y traducción sin otra meta que pagar los recibos del agua y la luz, y proveer mis necesidades más elementales?

De niño había preferido leer libros de piratas y vaqueros en vez de ir a jugar con los críos de los vecinos. No sé si por mi extrema timidez, o porque me

parecía mucho más emocionante levantar el polvo de la pradera bajo los cascos de mi corcel y defender los fuertes frente a los ataques de los pieles rojas, mucho más que arrojar piedras a las ventanas e inyectarles agua de colonia Krasnaya Moskva a los gatos callejeros.

Habían pasado más de treinta años... ¿y qué había cambiado? James F. Cooper y Julio Verne seguían en la primera fila de mis polvorientos estantes.

Me había hecho demasiado mayor para disfrutarlos como antes, pero eso no significaba que me sintiera bien en el mundo real, que pudiera concentrarme en el alcohol, la profesión y las mujeres, como le corresponde a un hombre que tiene ambos pies en el suelo. No, estaba siempre desesperado por refugiarme en esos mundos de ficción que se me ofrecían en mis lecturas y aparentaban tridimensionalidad, como esas figuritas de cartón que se despliegan en los libros para niños. Aunque hubiera dejado de creer desde hacía mucho tiempo en los mundos de Verne, porque sabía muy bien que detrás de sus vistosas fachadas no se ocultaba nada.

Pero, desde el momento en el que me cautivó el relato de aquel español, su realidad, su verdad, logró que fuese el mundo real el que me pareciera un escenario de cartón. La mágica realidad de la crónica me hacía insoportable la mera idea de regresar a mi propia, mi pálida, plúmbea vida.

En compañía de los hoscos conquistadores de frondosa barba me sentía mejor que con los pocos compañeros de mi época de estudios con los que, sorprendentemente, aún seguía en contacto. Compartiría de buena gana los infortunios de los españoles y no me arredraría ante los peligros que los amenazaban y que habían penetrado en mi propia vida. Lucharíamos juntos por descubrir el verdadero sentido de la expedición, y yo tendría el honor de ser uno de los primeros en hallarlo.

He releído como mínimo tres veces estos últimos párrafos. Me he sentido como un ingenuo turista en un viaje organizado que, después de un largo trayecto en un autocar traqueteante, y de haber seguido entre traspiés a un guía moreno y musculoso por un sendero estrecho y resbaladizo, maldice al mundo entero, y se lamenta, sobre todo, de haber creído en las promesas de la agencia. Hasta que por fin llega a lo alto de la montaña de sus sueños y una vez allí el guía le concede una pausa. Entonces aparta el ramaje y se ofrece a sus ojos un paisaje extraordinario, uno de esos paisajes que nos roban el aliento, y entonces el turista se olvida de sí mismo y no sabe por dónde empezar a mirar. Un viento fresco le acaricia el rostro, le hace olvidar el cansancio y le agudiza los sentidos.

El carácter sublime, casi eterno, de lo que contempla le hace cobrar conciencia de su propia mortalidad y falta de significado. Le asalta el deseo de, por lo menos, capturar una fracción de ese sentimiento y encerrarlo en una jaula

de oro. Saca su deplorable cámara de saldo, pero, al mirar por el objetivo, se da cuenta, con gran confusión, de que sólo podrá abarcar un rinconcito de ese espacio sin límites. Impotente, cambia una y otra vez el ángulo del visor, pero ¿qué pretende exactamente? Si su propio campo visual es demasiado estrecho para tan majestuosa visión, ¿qué podrá meter en una foto estándar de 10x15?

De la misma manera trataba yo de abarcar con el entendimiento esa visión abrumadora que el cronista me había revelado por fin. Había completado el rito de iniciación, pero ¿estaba preparado para ese saber? Tampoco le habría sido fácil al autor de la crónica creerse lo que le decía el indio... incluso en ese tiempo en el que los ángeles y demonios vagaban por el mundo en libertad y aún no los habían encerrado en los angostos límites del *delirium tremens*.

... Que ese conocimiento era un secreto que se ocultaba por igual a hombres, demonios y dioses. Y que dicho conocimiento estaba maldito, igual que serían malditos todos los que tuvieran noticia de él... y que [...] sería mi deber transmitirlo...

Transmitirlo... ¿acaso el objetivo de aquel diario de la expedición, de cualquier diario, no era, no es preservar para otras personas los conocimientos de su autor?

Entonces, ¿no era yo un lector casual de unas antiguas notas de viaje, sino el receptor consciente de un mensaje que me había llegado a través de siglos y continentes... mediante persona interpuesta, por así decirlo? Una hipótesis fantástica, increíble. Y, sin embargo, era la única que se sostenía. Sólo ella se podía conciliar con los extraños acontecimientos que habían marcado mi vida durante los últimos meses. Solamente ella los explicaba y me permitía imaginar lo que vendría luego.

Pero, por mucho que hubiera reflexionado acerca de mi vida de elegido, aún no entendía por completo el significado de las páginas leídas. Me había tragado ávidamente el cebo sin ver el anzuelo de acero en el que estaba clavado. Éste no se hizo sentir hasta media hora más tarde.

De acuerdo: la crónica y sus extravagantes aventuras no eran más que la introducción, el prelude a posteriores revelaciones y profecías que iban a verse en capítulos posteriores. Desde ese punto de vista, la historia que narraba tenía que ser verdad, y esas últimas y extrañas líneas no habían de entenderse en sentido figurado, sino literal. ¿Y cuál sería su significado? Traté de reconstruir

la historia entera desde su inicio...

Un noble español enviado a apoderarse de los libros e ídolos de los mayas actúa en realidad, junto con sus compañeros y servidores, como marioneta de ciertos poderes aún más grandes que la corona española y la Iglesia católica a cuyo servicio creía hallarse. Fray Diego de Landa le había ocultado el verdadero objetivo de la expedición y con ello había demostrado que, en realidad, jugaba a otro juego cuyo sentido y metas tan sólo él conocía.

El hombre que más tarde sería obispo de Yucatán había aducido el peligro de una rebelión india para justificar el envío de un nutrido contingente militar a dicha misión. Tal vez la amenaza fuese cierta, pero mi intuición me decía que el franciscano la había empleado como pretexto para sus oscuros manejos. Había trazado planes mucho antes de la anécdota del templo de los ídolos en la cueva cercana al monasterio de Maní. Alguien lo había informado de la existencia de un antiguo rollo maya en el que estaban escritas siniestras y terribles profecías. Su posesión le habría brindado un poder sin límites sobre las almas de los mayas, sobre Yucatán, e incluso sobre territorios mucho más amplios.

¿Sabía el franciscano dónde se encontraba el manuscrito? Era indudable que se habían enviado grupos de búsqueda desde Maní hacia todas las regiones de Yucatán, pero la partida que había ido en dirección a Calakmul era la más grande. Fray Diego de Landa había empleado las otras para disimular sus verdaderas intenciones, y la destrucción de miles de libros en el grandioso, y al mismo tiempo bárbaro, auto de fe no había tenido otro motivo que permitir que pasara inadvertida la desaparición de un único volumen, el más importante. Fray Diego de Landa había querido obtenerlo a cualquier precio y ningún desastre había impedido que los conquistadores españoles cumplieran su orden: ni la enigmática desaparición de la mitad de sus hombres tras la sorprendente tempestad, ni las advertencias de los angustiados indios (indudablemente, los planes del guardián habían llegado a oídos de los ancianos mayas), ni el ataque de los salvajes nativos, ni la fiebre de los pantanos, ni el penoso avance por la selva virgen. Sí, los soldados murmuraban, pero los oficiales habían arrancado de raíz todos los brotes de rebelión.

El guía indio creía saber quién era el hombre que estaba al corriente del verdadero objetivo de la expedición, de lo que tenían que buscar y de los motivos por los que fray Diego de Landa los aguardaba con tanta impaciencia. Yo tampoco tardaría mucho tiempo en saber de quién se trataba.

Pero, mientras determinadas fuerzas pugnaban por romper el sello y descubrir el secreto, habría también —si es que teníamos que tomarnos en serio las advertencias de Juan Nachi Cocom— otros actores que se les opondrían y

que tratarían de proteger su saber. Desde ese punto de vista, no era ya posible contemplar las desgracias que había padecido el cuerpo expedicionario como mera casualidad. Eran la expresión de una voluntad demoníaca o divina.

Me acordé del capítulo en el que los conquistadores españoles, al inicio de la expedición, perdían a la mitad de sus soldados: los que se habían quedado atrás para vigilar el campamento. La única ilustración de ese capítulo había sido un monstruo repugnante en su última página. Lo acompañaba el título «*Chaac*». Era uno de los dioses más poderosos de los mayas. ¿Y si los relámpagos que aquella noche surcaron el cielo opaco y negro, y las lluvias repentinas que borraron las huellas de hombres y soldados, no habían sido nada más que las imprecaciones y el llanto del dios de la lluvia? ¿Habría en el texto indicaciones ocultas que mi ignorancia me había impedido descifrar?

Los miembros de la expedición se habían expuesto al peligro en el mismo momento en el que, con toda inconsciencia, habían partido en busca del conocimiento invocado por Juan Nachi Cocom. Un conocimiento del que tal vez se volviera a hablar en capítulos posteriores de la relación. Yo mismo debía de haber dado tan sólo un primer paso por ese sendero...

Debía de ser la providencia quien había puesto en mis manos la hoja de papel que había arrojado luz sobre todo aquello. Por lo general, echo a la papelera más cercana las facturas que podría emplear como prueba de la entrega de una traducción. Pero una sola, por maravillosa coincidencia, se había quedado en un bolsillo trasero de mis pantalones y había sobrevivido a varios lavados.

Lo que la noche anterior me había parecido un trozo de papel con una firma percedera y un sello azul desdibujado se convertía en un documento de incalculable valor, como la ficha de dominó casi invisible, pero decisiva, que es la primera en caer y provoca el derrumbe de millares de piezas tras de sí para que formas y dibujos ocultos queden a la vista.

«Agencia de traducciones Asbuka», se leía en el papel, y más abajo, escrito a mano: «Encargo realizado y entregado. Pagados 970,00 rublos. Semyonov I.». La extraña «o» en forma de huevo me dejó perplejo, pero, al ver la característica «y», cuya cola debía de llegar como dos líneas más abajo, no me quedó ninguna duda.

Sabía muy bien de qué conocía esa letra. Había contemplado largamente y con detenimiento una serie de cuatro palabras escritas con esa caligrafía. Aún danzaban frente a mis ojos como la gota de sudor que se cuela en la retina de un hombre.

«Vienen ya por mí.» Ésa era la frase que alguien, presa del pánico, había

garabateado al final de uno de los capítulos anteriores y luego había intentado borrar, y que al final había quedado oculta bajo la sangre. Y provenía de la misma mano que había confirmado la recepción de mis traducciones en la agencia ahora precintada.

Por fin sabía quién había leído la crónica antes que yo, y qué promesas debía de haber encontrado en éste. Me había sustraído delante de mis propias narices algunas de las piezas del mosaico, había querido traducirlas antes que yo. No me había dicho ni palabra de lo que pretendía hacer, había fingido desinterés, y, al fin, había pagado un precio horrible por ello. No estaba claro hasta qué punto había trabajado Semyonov, y por qué había atraído sobre sí la cólera de su cliente... si es que era este último quien se encontraba detrás de su asesinato. ¿Habían pasado cuentas con él por haberse metido en asuntos ajenos? ¿O acaso aguardaba el mismo destino a todo el que tuviera en sus manos aquella crónica española?

Entonces, al llegar ese instante, la ficha de dominó cayó.

Las criaturas que eliminaron al indiscreto empleado y probablemente también al traductor del primer capítulo, la penosa enfermedad, el visitante nocturno del Más Allá, el grito del demonio de Yucatán en mi patio... todos ellos eran eslabones de una misma cadena. Esa cadena conducía a unas profundidades insondables y en lo más hondo de éstas se hallaba un legendario sarcófago. Yo, en mi empeño por llegar hasta ese sarcófago, arrastraba los miembros por las tinieblas, y cada paso que daba era aún más terrorífico que el anterior.

Estaba viviendo el destino del anónimo oficial español: dábamos en común todos y cada uno de nuestros pasos, luchábamos contra obstáculos cada vez más grandes, como si una cuerda invisible nos sujetara con fuerza cada vez mayor. Marchábamos siempre adelante, con obstinación, él en el siglo XVI, y yo en el XXI. Yo ya no era un mero observador, me había transformado sin quererlo en parte de la historia, estaba metido en ella hasta la cintura y me enterraba en ella —por voluntad propia— cada vez más.

Lo que vivía era una sombra, una repetición de los acontecimientos que habían tenido lugar hacía cinco siglos. ¿O acaso sería todo ello un eco, una reencarnación de ciertas revelaciones originarias que se cumplían al cabo de un tiempo inimaginablemente largo? ¿Tal vez el conocimiento había pasado de depositario en depositario desde tiempos primigenios? En ocasiones directamente de maestro a discípulo, en otras a través de intermediarios. A veces se había perdido durante siglos y había resurgido de la nada para regresar a nuestro mundo, arrastrando tras de sí hordas de demonios y criaturas legendarias, de generación en generación, de época en época, de boca

en boca, de pergamino a papel, desde el nacimiento del universo hasta su último aliento, su último aliento anunciado en la propia profecía.

Si tal cosa era cierta, había recibido en esos mismos momentos una especie de consagración, y no tardaría en asumir la función de depositario de ese secreto, participaría de él, lo protegería con todas mis fuerzas y algún día debería encontrar un sucesor que lo transmitiera a su vez. ¿Podía esperar una recompensa por haberme prestado a ejercer tan difícil función? Los poderosos de este mundo debían de sentir un interés inmenso por los ocultos secretos de la profecía. ¿Sería verdad que éstos conferirían poder e influencia a quienes los conocían, como había pensado fray Diego de Landa? Yo lo dudaba.

«El conocimiento es una condena.» —Otra pieza del mosaico entre las piezas que ponía cuidadosamente una al lado de la otra—. «Que este conocimiento era un secreto que se ocultaba por igual a hombres, demonios y dioses. Y que dicho conocimiento estaba maldito, igual que serían malditos todos los que tuvieran noticia de él...»

A veces, al pensar y reflexionar sobre asuntos complicados, al poner en orden fenómenos diversos y buscar en ellos una regularidad, el hilo de Ariadna de la Lógica se nos escapa de los dedos, y, mientras no lo volvemos a encontrar, lo que antes nos parecía un sistema ordenado se transforma en un barullo de elementos inconexos, de los que la mitad nos parecen superfluos. En otros casos nos dejamos llevar por una solución elegante y dejamos de lado piezas sueltas de la construcción porque no nos encajan en el bello concepto... y al final tenemos que empezar de nuevo.

Al sopesar las diferentes partes de esta historia, no había tenido en cuenta uno de sus elementos: ¿Qué sucedería si el manuscrito, a despecho de la promesa del guía indio, no había llegado nunca a manos del autor de la relación? ¿Si era otro quien lo había encontrado y lo había entregado al guardián del monasterio de San Antonio de Izamal? ¡Al fin y al cabo, el auto de fe había tenido lugar! ¿Qué sentido habría podido tener si el punto central de ese complejo plan —tal como yo entendía la compleja intriga en torno a la crónica de Indias— había fracasado y fray Diego de Landa no había logrado hacerse con el manuscrito? Pero, si lo había conseguido, éste, indudablemente, habría provocado cambios importantes en su carrera. ¿Se habían dado tales cambios? Desde luego. El escándalo por la quema de libros, la orden de regresar a España y finalmente el proceso que se celebró contra él.

Y luego la intercesión del general de la Orden Franciscana, la inesperada declaración de inocencia ante el tribunal eclesiástico y el retorno triunfante a Yucatán... en el momento preciso para hacerse con la silla episcopal que había quedado libre. Los escépticos aducirán que un obispo no es papa, ni siquiera

cardenal, y que fray Diego de Landa habría podido alcanzar el nombramiento sin necesidad de que lo ayudasen poderes superiores. Pero ¿quién puede dar por seguro que el franciscano aspirase a la mitra papal? Contemplar el mundo desde el balcón de la Basílica de San Pedro no es una condición indispensable para determinar su destino...

No, todavía era demasiado temprano para poder sacar conclusiones. Necesitaba nuevos capítulos de la relación para saber por fin qué había ocurrido.

Fuera, al otro lado de la ventana, estaba muy oscuro, pero yo no tenía ni pizca de sueño. Tanto en la calle como en la escalera reinaba el más absoluto silencio, y no era un silencio tenso, no ocultaba nada, era sosegado, hueco. Yo lo percibía: la criatura que me había acechado la noche anterior, ya no estaba, se había retirado, aunque fuera tan sólo por algún tiempo. Sin embargo, los últimos descubrimientos me habían alterado hasta el punto de no dejarme dormir.

Eran las cuatro menos veinte. A esa hora tardía, las emisoras de onda corta sólo transmitían jazz ligero, mientras los locutores dormían unas últimas horas antes de que empezaran los programas matutinos. Lo que a mí me interesaba eran las últimas noticias. Aunque sólo contaran incendios, guerras y asaltos. Lo importante era que hablaban de asuntos reales y actuales. Me quería agarrar al último clavo ardiendo que impediría que me hundiera en los viscosos cenagales de las antiguas crónicas, los subtextos míticos y mis propias conjeturas...

Para mayor seguridad, entré en la cocina y cerré la puerta. Hice girar el sintonizador de la radio por el doliente aullido del éter, un goteo de notas de piano, un nostálgico solo de saxofón, y me detuve en unas voces humanas.

«—...por supuesto que tiene usted toda la razón, Andrey Valeryevich. Los recientes acontecimientos son motivo de preocupación, sobre todo para los oyentes que están atentos a las noticias. Parece que los desastres naturales se sucedan sin cesar. Tomemos como ejemplo este último terremoto en Pakistán. Se habla ya de cientos de miles de víctimas y las destrucciones son incalculables. No hará falta que les recuerde el reciente tsunami en el Sudeste Asiático que llevó a la muerte a más de doscientos mil seres humanos. Ni los huracanes que se han abatido uno tras otro sobre Estados Unidos, y con una frecuencia insólita, como atestiguan los meteorólogos. Nueva Orleans, Houston, por no hablar de docenas de ciudades más pequeñas, aún no se han recuperado

de los efectos de las últimas catástrofes, y, de acuerdo con las previsiones, nuevas tormentas amenazan esa región. Por ello querría preguntarle: ¿se trata de una impresión, quizá falsa, que nos ha llegado a nosotros y a muchos de los oyentes que siguen habitualmente las noticias, o será que de verdad padecemos cambios globales relacionados, por ejemplo, con el efecto invernadero? Le recordamos, distinguido oyente, que tenemos hoy con nosotros en nuestro estudio a Andrey Valeryevich Susi, director del Centro Hidrometeorológico de Rusia; a Marat Zinovievich Gotlib, geólogo y experto en placas tectónicas; y, finalmente, a Sergey Kochubeyevich Shaibu, ministro de Prevención de Catástrofes Naturales. Díganos, Andrey Valeryevich...»

Miré con incredulidad la radio. ¿Cómo era posible que a las cuatro menos veinte de la madrugada un ministro y el director del Centro Meteorológico participaran en una tertulia radiofónica sobre catástrofes naturales? Era imposible. Seguro que se trataba de una grabación.

«—Pienso que el cambio climático a escala global todavía no ha empezado. Tomemos como ejemplo los huracanes de los que usted mismo hablaba y que se han producido en el Golfo de México, en Estados Unidos. Hasta ahora no disponemos de datos suficientes para poder afirmar que estén relacionados con el efecto invernadero. Si las emisiones de CO₂ no se reducen en el futuro y el calentamiento de la atmósfera no se detiene, éste podría provocar huracanes semejantes dentro de unos, podríamos decir, dentro de unos veinte años. Por lo que respecta a los terremotos, sería más apropiado que le dirigiera la pregunta a nuestro estimado Marat Zinovievich, porque los terremotos no tienen nada que ver con las alteraciones climáticas. En cualquier caso, por si le interesara mi opinión, le diré lo siguiente: en estos momentos aún no podemos hablar de tendencias globales. Todas estas catástrofes naturales han sido incidentes aislados y es pura casualidad que hayan coincidido en este momento. Por lo demás, la información que se ha proporcionado al respecto ha sido muy abundante, y eso podría conducirnos fácilmente a la impresión de que ahora mismo suceden cosas raras.

»—Bien, ahora le preguntamos a usted por su opinión, Marat Zinovievich. Tsunamis, terremotos, erupciones volcánicas... ¿No le parece a usted que en estas últimas semanas se han sucedido con excesiva frecuencia?

»—¿Con excesiva frecuencia? ¡Desde luego que sí! ¿Y quiere que le diga una cosa? Se trata de un proceso totalmente natural que, por otra parte, aún no ha sido objeto de una investigación exhaustiva. La cosa se presenta así: no muy lejos de la costa de Indonesia han chocado las placas tectónicas. Dichas placas se encuentran en movimiento constante y podemos hablar de dos grandes fallas: una de ellas se encuentra en el océano Atlántico donde las placas se mueven las unas contra las otras. Y la segunda falla está en el Sudeste Asiático, pero allí las

placas se estrellan entre sí y con ello provocan terremotos y tsunamis. Y le diré más: ese proceso acaba de ponerse en marcha y eso significa que la inestabilidad sísmica de la región no disminuirá. Si alguno de nuestros oyentes se planteaba marcharse de vacaciones a Tailandia o a Bali, le aconsejo que tome en consideración los riesgos. Por lo que respecta a los huracanes, inundaciones y similares, éstos no entran en mi especialidad, en eso Andrey Valeryevich tiene toda la razón.

»—Gracias, Marat Zinovievich. Si nuestros invitados me permiten un breve excursión, querría informarles de un debate que moderé hace poco con un ecólogo bastante conocido, cuyo nombre prefiero omitir. Éste defendía la tesis, indudablemente interesante, de que la Tierra, el mundo, y por decirlo así la totalidad de las criaturas y de la materia constituyen una especie de superorganismo, tal vez la encarnación definitiva del Dios que los hombres siempre han buscado. De acuerdo con dicha definición, la civilización humana sería una especie de cáncer en el cuerpo de dicho superorganismo. ¿No es el cáncer una súbita alteración en el comportamiento de las células del cuerpo humano? Empiezan a crecer sin control, destruyen otras células y tejidos circundantes, y forman metástasis por todo el cuerpo, de cada una de las cuales nacerá una nueva excrescencia, y todo de acuerdo con una primitiva y destructiva lógica de expansión y aniquilación. La civilización humana de hoy en día es una enfermedad de ese tipo, una especie de desviación del código genético de las células, que ha convertido a los maravillosos y apacibles hombres de las cavernas, totalmente inocuos para la ecosfera, en una criatura de nuevo tipo, el núcleo de una excrescencia futura. Tan pronto como ha alcanzado la civilización, la humanidad empieza a desarrollarse sin freno y se transforma bajo los mismos principios que se aplican al devenir de una enfermedad cancerosa. Así se llega a un crecimiento sin medida, sin control, exponencial, y las metástasis aparecen en el tiempo de los grandes descubrimientos y colonizadores, como Colón, Vasco de Gama, Afanasy Nikitin. Esta analogía puede llegar todavía más allá, por supuesto, y cabe aplicarla a la industrialización y la globalización, a la tala de árboles en el Amazonas y en Siberia, a las emisiones de CO₂, el agotamiento de combustibles fósiles, los vertidos tóxicos en ríos y océanos, los accidentes en las plantas nucleares y otras situaciones parecidas. Todas estas catástrofes y desgracias no son más que la consecuencia de que la humanidad ha envenenado casi por completo al superorganismo y éste se muere poco a poco. Por supuesto que esa teoría no es nada caritativa con los seres humanos, pero tiene su atractivo, ¿no les parece? Eso no significa que yo crea en ella.

»"Volvamos a nuestro tema. Una pregunta para el ministro de Prevención de Catástrofes Naturales. Señor Sergey Kochubeyevich, ¿cree usted

que contamos con los medios técnicos adecuados para observar adecuadamente los procesos naturales y, si se diera el caso, predecir...?»

Cuando oí la palabra «predecir», un manto de oscuridad me cubrió los ojos. No escuché la respuesta del ministro. El horrísono estruendo con el que las placas tectónicas encajaron en mi cerebro la ocultó. Me había fijado ya en la acumulación de catástrofes naturales. Pero hasta ese momento no había sido capaz de tender un puente entre lo que había descubierto en la relación de Indias y los acontecimientos que tenían lugar en nuestro planeta. El miedo me lo había impedido.

Había algo que estaba claro: el sufrimiento de quienes vivían en las aldeas de las montañas de Pakistán y en las pobres y sucias ciudades de los valles estaba relacionado con la desesperación de los supervivientes indonesios que habían perdido casas y familias bajo las gigantescas olas. En sus gritos y en sus llantos resonaba el perplejo clamor de los habitantes de Nueva Orleans, quienes, tras quedarse sin casas ni parientes, habían perdido toda fe en un gobierno mejor y, con sus últimas fuerzas, defendían las ruinas frente a los saqueadores.

Todo había ocurrido como si los diversos incidentes no estuvieran conectados entre sí, porque habían tenido lugar en continentes distintos y eran de naturaleza diversa. Pero la conclusión era engañosa. En realidad existía una única hebra que unía todos estos retazos, y la aguja que los estaba entretejiendo no abandonaba ni por un instante su diabólica labor. Así, el tapiz se hacía cada vez más grande. Y poco a poco cobré conciencia de que los espasmos que padecía la Tierra no sólo no iban a terminar, sino que, por el contrario, se harían más intensos y se extenderían por regiones que hasta entonces no los habían sufrido.

Cuando uno se encuentra ratas muertas en su propio patio, tiene la posibilidad de apartarse con asco de los cadáveres, y, también, de compadecerse de los pobres animalillos. Pero también puede ser que reconozca los indicios de una inminente epidemia de peste. Hasta aquel entonces, cuando leía el periódico o escuchaba la radio, se había dado el caso de que sintiera compasión por los mexicanos, o, también, de que pasara página, incapaz de compartir tres semanas de excavaciones con las fuerzas de salvamento en las arenas de la costa de Java, para sacar cadáveres hinchados y mutilados de nativos y turistas.

Sin la ayuda del explorador que me hablaba desde la crónica española no habría tenido nunca por mí mismo la idea de unir los ecos del terremoto pakistaní, las inundaciones asiáticas, los tornados estadounidenses y las inundaciones mexicanas en el prelude del concierto de trompetas del

Apocalipsis. Me había llevado un tiempo, pero por fin sabía cómo ordenar las noticias y comportarme de manera acorde con ellas. Pero ¿no sería demasiado tarde?

Súbitamente me di cuenta: aun cuando me hubieran elegido para suceder al anónimo conquistador español y recibir de sus manos el conocimiento sobre las profecías de los mayas, no tendría ninguna posibilidad de transmitirlo a las generaciones siguientes. Las profecías no hacían referencia a un momento lejano, envuelto en las brumas del futuro, sino a un tiempo que la mayoría de nosotros, y, evidentemente, yo mismo, íbamos a vivir. ¿Era ése el motivo por el que, de repente, demonios, hombres y dioses luchaban con tanta saña por la antigua crónica que uno de los contendientes había hecho llegar a mis manos por puro capricho? ¿Cuál era exactamente mi parte en aquel drama que había empezado hacía varios milenios y que tan sólo en nuestros tiempos llegaba a su culminación? Porque, si no me correspondía simplemente el papel de depositario del secreto, ¿qué tenía que hacer?

Derregado, me eché en el sofá y apreté la cara contra uno de sus rincones, quebrantado, postrado, sordo. Si los cielos se hubieran abierto sobre mi cabeza y una voz atronadora me hubiese llamado por mi nombre, no me habría causado más conmoción que las insinuaciones ocultas en el programa nocturno de radio. Los primeros sonidos empezaban a abrirse paso hacia mi interior.

«—...por supuesto que lo tenemos todo bajo control. Como usted sabe muy bien, el Ministerio de Prevención de Catástrofes se ha beneficiado de sustanciales incrementos presupuestarios. Hoy en día disponemos de medios más que sobrados para garantizar el funcionamiento de las infraestructuras necesarias. El gobierno ha realizado una valoración adecuada de los riesgos y dispone de los recursos necesarios para hacerles frente. Nuestros equipos de rescate amplían sin cesar su formación, el ministerio se provee de las técnicas más modernas. Por desgracia todavía no disponemos de un razonable sistema de alerta temprana para terremotos, inundaciones y huracanes. Pero cooperamos con los principales institutos de investigación que trabajan en ese sector. Disponemos de protocolos de eficacia probada para la evacuación de partes de la población en los territorios afectados por catástrofes. Gracias a su elevada movilidad, nuestras fuerzas de intervención serían capaces de llegar a cualquier región afectada en menos de veinticuatro horas. En suma, podríamos decir que en el día de hoy seríamos capaces de enfrentarnos a prácticamente cualquier situación de emergencia. Si se produjeran catástrofes naturales en el territorio de la Federación Rusa, igual que se han producido ya en Asia y en América Latina, saldríamos de ellas igual de bien parados, e incluso mejor que nuestros colegas extranjeros.

»—Gracias, Sergey Kochubeyevich. Y ahora, distinguidos oyentes, van a tener la oportunidad de exponer sus cuestiones al señor ministro. Éste es nuestro número de teléfono...»

No me cabía ninguna duda de que se trataba de un programa grabado pero, siguiendo un impulso mecánico, fui al pasillo y agarré el auricular. De pronto, tras escuchar varios tonos, oí un ligero clic y una voz suave de muchacha me preguntó por mi nombre y dirección, y me dijo que me conectaría con el estudio.

¿Y si el todopoderoso ministro no hubiera sido más que un simple peón en la partida cósmica de ajedrez que había entrado en su desenlace? ¿Qué diablos habría podido impulsarlo, si no, a arrastrarse en medio de la noche hasta un estudio de radio para participar en un programa que, en el mejor de los casos, contaría con una audiencia marginal? ¿Quién podía responder a mis preguntas mejor que el dirigente de más alto rango del organismo que se encargaba de las epidemias, desastres, hambrunas, tormentas y temblores de tierra? Los jugadores que se hallaban a ambos lados del tablero de ajedrez mostraban cierto refinamiento y un afilado sentido de la ironía. Incliné la cabeza a modo de reconocimiento, para que se viera que sabía apreciar esa pequeña maniobra.

Me había llegado el momento de salir a escena.

«—Tenemos al teléfono a un primer oyente que nos llama desde Moscú. ¡Ya puede hablar!»

Carraspeé, me sorprendí al oír el eco de mi carraspeo en la radio, me pasé la lengua por los labios resecos y dije en voz baja, pero inteligible:

—Sergey Kochubeyevich, ¿no cree usted que todos sus esfuerzos van a ser inútiles? Porque falta muy poco para el fin del mundo.

LA CONDENA

Con gran sorpresa por mi parte, el ministro no pareció extrañarse de la absurda pregunta, porque me respondió con voz confiada y tranquila:

«—Por supuesto. El gobierno está informado de ello. Si no, ¿para qué íbamos a hacer todos estos preparativos? Nosotros...

»—¿Qué? ¿De qué va esto? —lo interrumpió de pronto la voz del locutor—. Eso que dice...» La retransmisión se interrumpió, el altavoz emitió un leve siseo y el aparato se apagó.

Se oyó el débil tintineo del servicio de té del aparador, luego se le añadió la voz desafinada de los platos del armario de cocina, la lámpara del techo se balanceó como un columpio infantil... y también se apagó. Las pocas ventanas que seguían iluminadas en la casa de enfrente se quedaron a oscuras y también las farolas del patio, y todo cuanto me rodeaba quedó envuelto en una absoluta e impenetrable negrura. El tintineo de la vajilla se volvía cada vez más desagradable e histérico, el suelo que tenía bajo los pies empezó a temblar convulsivamente, a continuación se oyó un débil crujido y un líquido me goteó en la cabeza.

Pasaron unos pocos segundos hasta que unos datos que extraje de un artículo de periódico que había leído hace tiempo y que habían quedado arrinconados en los rincones polvorientos de mi memoria regresaron a mi conciencia. El artículo había aparecido en una serie titulada «Enciclopedia de las situaciones de emergencia», en uno de los periódicos gratuitos de Moscú. En caso de terremoto se aconsejaba situarse en el marco de una puerta, porque es allí donde son más grandes las posibilidades de supervivencia cuando se produce un derrumbe. Me agarré con fuerza a la mesa, aunque su estabilidad fuese precaria. Sentí un golpe en la rodilla, me caí al suelo y traté de buscar a tientas la puerta en la oscuridad. Pero al cabo de unos instantes todo pasó: el temblor de tierra había terminado. Los platos y los vasos castañeteaban de forma decreciente, los muebles que poco antes habían adquirido vida propia recobraron la inmovilidad. Con todo, no osaba levantarme, por miedo de que la pausa no fuese larga. Y entonces ocurrió algo extraño: quizá por el terrible cansancio que había acumulado durante los últimos días, quizá tan sólo por la

impresión que acababa de sufrir... sea como fuere, se me oscureció la visión y me quedé en un estado en el que estaba más desmayado que dormido.

Había contado con que los airados dioses de los mayas me enviarían una de sus terroríficas y asfixiantes visiones, pero en mi sueño se me apareció de nuevo mi perro. Me acuerdo de lo indecible que fue mi alegría cuando lo volví a ver: sufría pesadillas suficientes en mi vida real, y eran las horas de sueño las que me proporcionaban unos instantes de paz de espíritu. Pero no pasaba mucho tiempo hasta que los platos de la balanza se equilibraban de nuevo. ¡Con qué frecuencia había querido ir a pasear con él por el parque, para que el pobrecito pudiera estirar las patas, que se le habían hinchado terriblemente durante las semanas de separación! Pero esta vez se negaba insistentemente a seguirme escaleras abajo. Aunque le hablase con cariño y tratara de convencerlo para que caminase hasta la puerta... se quedaba echado sobre la alfombra de la cocina, con el cuerpo sobre el suelo, y gimoteaba angustiado. Cuando traté de llevarlo por la fuerza, me respondió con un gruñido sordo y me enseñó los dientes.

Consternado por su resistencia, me acerqué varias veces a la puerta del piso y eché una ojeada por la mirilla. La escalera estaba tranquila. La situación era sorprendente y muy inusual, porque, a lo largo de su vida, mi perro no había dejado pasar ni una sola oportunidad de salir a la calle, ni siquiera en los días en los que habíamos hecho ya una larga caminata. Incluso durante las últimas semanas de su enfermedad —una enfermedad contra la que, en evidente dejación de mis responsabilidades, no lo había vacunado—, deletreó la palabra «paseo» con débiles golpes de rabo sobre la alfombra, aunque llevara un buen tiempo demasiado débil para sostenerse. Y nunca jamás había rechazado la invitación en sueños, por lo menos hasta aquel día.

Entre mis conocidos había un cazador que me regaló en cierta ocasión la piel de un lince que había matado en el este. Nada más verlo —¿o tal vez al olerlo?—, mi perro sufrió un violento ataque de pánico. En realidad había sido siempre un perro pacífico y equilibrado, pero ese día se quedó inmóvil en el umbral de la habitación donde había puesto el trofeo y empezó a ladrar como loco. No calló durante dos horas, hasta que se quedó afónico, y todo su cuerpo temblaba como si le hubieran administrado descargas eléctricas. Lo que os decía: el *setter* es un perro cazador. Aunque llevara mucho tiempo sin salir de la ciudad con él y no conociera los animales salvajes, tenía una memoria instintiva que había heredado de millares de generaciones de perros, y había olfateado al instante la presencia del lince. Al cabo de dos horas no pude soportar más el

sufrimiento de mi animal: saqué la piel del piso y se la devolví al cazador con una disculpa. Pero mi relación con el perro no volvió de inmediato a la normalidad: durante algún tiempo desconfió de mí, lo cual era totalmente comprensible.

Cuento todo esto porque la situación con la que me encontré al regresar a la cocina era la misma: mi perro se había quedado inmóvil en un rincón, se le había erizado el pelaje de la nuca, las patas le temblaban, abría y cerraba la boca, pero en esta ocasión lo único que se oía era un gimoteo casi imperceptible. Sus ojos miraban al vacío, no muy lejos del lugar donde yo me encontraba. Era obvio que miraba algo que mis ojos no veían... un animal de presa todavía más temible que el lince siberiano, un peligro que le hacía temer incluso por su vida... tan sólo cuando me volví hacia mi perro creí distinguir por el rabillo del ojo una sombra borrosa, medio transparente, que se acercaba poco a poco hacia mí. Pero en ese mismo instante, por fin, mi perro se puso a ladrar y el espectro se desvaneció, como jirones de niebla arrastrados por una borrasca.

Me reanimé. En la penumbra, volví los ojos hacia el pasillo, exactamente hacia el mismo lugar que mi perro había mirado momentos antes desde la cocina. Por unos segundos no pude librarme de la sensación de que allí había alguien, y de que ese alguien, o *algo*, también me miraba a mí, con la diferencia de que yo estaba a ciegas, y *eso*, en cambio, sí me veía...

El sueño había sido tan demoledor que permaneció durante largo rato en mis pensamientos. Para empezar, porque no había esperado que los dioses mayas penetraran con tan poca consideración en mi santuario, en mi último refugio. También, porque, por extraño que pueda parecer, la presencia de mi perro le había dado mayor credibilidad al absurdo sueño y me había revelado la absoluta gravedad de la situación. Por primera vez, mi fiel compañero había atravesado a nado el río del olvido y me había advertido contra un peligro. Y yo no podía rechazar su aviso.

—Dmitry Alexeyevich, ¿está usted en casa? ¿Usted también se ha quedado sin corriente? ¿Esto de ahora ha sido un terremoto? ¡Qué horrible! Dmitry Alexeyevich...

Oí la voz de la vecina en la escalera... la misma que me había abroncado cuando me habían hecho la pintada en la puerta.

A tientas, con precaución, logré levantarme y anduve encorvado, con las manos por delante para protegerme de los posibles monstruos sin cuerpo que me acecharan. ¡Por lo menos, un alma viviente en el imperio de las tinieblas! En

ese instante, lo que más me importaba era ver a un ser humano, o por lo menos oírlo. Una persona de carne y sangre con la que pudiera intercambiar unas pocas palabras, discutir lo sucedido, para darme cuenta de que no estaba solo, de que todo aquello no me sucedía únicamente a mí.

—¡Ahora voy! Con este maldito apagón no veo nada... —Me golpeé el hombro contra el marco de la puerta y estuve a punto de perder el equilibrio.

Se oían unos crujidos espantosos, porque mis zapatillas trituraban el yeso que se había desprendido del techo y había caído sobre el parqué. Los ojos aún no se me habían acostumbrado del todo a la penumbra y los perfiles de las cosas se me hacían visibles poco a poco, como fotografías en una cubeta de revelado.

—Dmitry Alexeyevich, ¿está usted en casa?

—¡Sí! —grité, mientras trataba de liberarme del cable telefónico con el que me había enredado—. ¡Ahora mismo abro la puerta, Serafima Antonovna!

—¿Usted también se ha quedado sin corriente? ¿Esto de ahora ha sido un terremoto?

—Todo el edificio se ha quedado sin corriente. ¡Y los alrededores también! —grité sin saberlo, mientras tanteaba el cerrojo—. Hemos alcanzado como mínimo los cuatro puntos en la escala de Richter.

—¡Qué horrible! Dmitry Alexeyevich...

Trate usted de encontrar el interruptor de la luz en una habitación a oscuras. Aunque esté en su piso y conozca muy bien las distancias, y haya pulsado varios miles de veces ese interruptor... si la oscuridad es total, en un primer momento no lo conseguirá. Lo mismo me sucedía entonces con el dichoso cerrojo...

—Dmitry Alexeyevich, ¿está usted en casa? —preguntó de nuevo la vecina con voz angustiada.

—¡Sí, sí, estoy aquí! —le grité, enfurecido por su repentina sordera (y eso que la había sorprendido muchas veces escuchando por el ojo de la cerradura), pero también por mi propia lentitud y torpeza.

—¿Usted también se ha quedado sin corriente?

¿Estaría asustada? Su tono de voz era siempre exactamente el mismo. Qué diablos... me detuve, arrimé el oído al revestimiento de la puerta y escuché.

—¿Esto de ahora ha sido un terremoto?

No fue una suposición, ni un presentimiento, ni una sospecha... fue una repentina certeza lo que me inundó el cuerpo como un líquido frío y viscoso, y,

de pronto, me inspiró el deseo, nacido del pánico, de marcharme corriendo, de esconderme en algún sitio, en el armario, detrás del sofá, donde esperaría, tembloroso, a que terminara el peligro, sin tener que sufrir heridas serias.

—¡Qué horrible! Dmitry Alexeyevich...

Retrocedí y me metí en la cocina, mientras la criatura que estaba oculta en la escalera repetía una y otra vez su horrible grabación.

—Dmitry Alexeyevich, ¿está usted en casa? ¿Usted también se ha quedado sin corriente? ¿Esto de ahora ha sido un terremoto? ¡Qué horrible! Dmitry Alexeyevich... Dmitry Alexeyevich... ¿Usted también se ha quedado sin corriente? ¿Esto de ahora ha sido un terremoto? ¡Qué horrible! Dmitry Alexeyevich... Dmitry Alexeyevich... ¿Usted también se ha quedado sin corriente? ¿Esto de ahora ha sido un terremoto? ¡Qué horrible! Dmitry Alexeyevich...

El tiempo se vuelve más lento... Llega a mis oídos, desde fuera, un crujido leve, desagradable, como si alguien hubiera tratado de raspar el revestimiento de falso cuero con la uña. El sonido se vuelve más fuerte y más enérgico.

—¡Qué horrible! Dmitrrr...

De pronto, la voz frágil de la vecina se crece hasta transformarse en un bramido animal, y luego se oye un fortísimo golpe contra la puerta. El batiente vibra y resuena como una campana de monasterio. Vuelve a caer yeso del techo. Me arrojo cuerpo a tierra y ando a gatas hasta la cocina, me arrastro sobre el polvo, quiero volverme invisible, diminuto, transformarme en cucaracha, meterme por las grietas del zócalo... tal vez así no puedan atraparme...

—¡Dmitry Alexeyevich! —Otro golpe. La puerta de metal retumba, no aguantará durante mucho tiempo esa presión inhumana, de un momento a otro rasgará el revestimiento y entonces saltarán chispas y los cascotes de hierro saldrán volando y esa criatura entrará en mi piso...

—¿Está usted en casa? —El ariete se estrella una vez más contra el hierro, hace que el suelo retiemble y el estruendo me ensordezca. Por unos instantes reina el silencio y, de repente, oigo mi propio susurro: «Por favor, por favor, por favor...», pero lo más probable es que *eso* que está fuera necesite muy poco tiempo para tomar carrerilla y arrojar de nuevo su propio cuerpo contra la puerta.

—¿Usted también se ha quedado sin corriente? —Y de nuevo, esta vez sin transición, un bramido demencial que no sabría atribuir a ninguna criatura que yo conozca, un bramido imperioso y ensordecedor. Me deja sin aliento, no en sentido figurado, ¡no!, el aire no me llega a los pulmones. Las rodillas y las

manos me tiemblan como las de un epiléptico y siento humedad y calidez en el bajo vientre.

— ¿Esto de ahora ha sido un terremoto?

De repente, la bombilla del techo se enciende, y su luz intensa, a la que mis ojos ya no estaban acostumbrados, me ciega. La radio carraspea y vuelven a oírse las noticias, con un sonido indistinto, con interrupciones, como cuando las emisoras alemanas provocaban interferencias en la antigua radio oficial.

«... Se nos informa de apagones en algunos barrios de la ciudad. De acuerdo con los datos que estamos recibiendo, el terremoto ha sobrepasado los cinco puntos en la escala de Richter. En los barrios de Odintsovo, Strogino y Mitino, algunos edificios de cinco pisos han sufrido derrumbes parciales. El número de víctimas...» Poco a poco, las luces se encienden de nuevo en las ventanas de los vecinos. Sus negras siluetas cubiertas de puntitos brillantes parecen gigantescas tarjetas perforadas a las que alguien apuntara desde el otro lado con una linterna descomunal.

Me siento en el suelo, con el cuerpo cubierto del yeso que se ha desprendido del techo pero, por prevención, aún sostengo sobre la cabeza uno de los cojines del sofá. Veo en el suelo una mancha oscura que me avergüenza. Parece que la escalera está en silencio.

Aún me quedan fuerzas para ducharme, asqueado de mí mismo, y ponerme un pijama. Y, aunque me esconda entre dos edredones para calentarme y protegerme de las pesadillas, tiemblo sin cesar durante toda la noche.

Me desperté porque alguien llamó al timbre de la puerta durante largo rato y sin ninguna intención de marcharse. Me imaginé quién sería: un monstruo como ése habría atraído forzosamente a la policía. Fuera había clareado y eso me tranquilizó. Me envolví en uno de los edredones y anduve torpemente hasta la puerta, pestañeando. El suelo y los muebles habían quedado cubiertos por una gruesa capa de yeso, como si hubiera nevado dentro del piso. Sentí un vértigo como el que se tiene en lo más alto de una montaña rusa momentos antes de precipitarse hacia abajo: los acontecimientos del día anterior habían tenido lugar de verdad.

Al otro lado de la puerta, con los ojos puestos en la mirilla, había un hombre de estatura mediana, fornido, envuelto en una chaqueta de cuero de fabricación china. Cuando se dio cuenta de que lo miraba, me mostró un carnet

de color rojo con las letras GUV¹³. Suspiré, sin ánimo para resistirme, y le abrí la puerta.

—Soy el detective Nabatchikov. —Lo decía en el mismo tono de voz con el que habría podido decir «Bond, mi nombre es Bond».

Por el motivo que fuera, me cayó mal desde el primer momento. Y durante los minutos que siguieron hizo todo lo posible por reforzar esa primera impresión.

—¿Me podría explicar qué es eso, por favor? —me preguntó en el mismo tono con el que habría podido abroncar al gato que se mea sobre unas zapatillas. Señaló la cara exterior de la puerta.

Me sequé el sudor de la frente, porque me imaginaba lo que habría. Salí poco a poco del piso, entorné la puerta y miré.

La puerta estaba cubierta de profundos surcos que parecían arañazos de gigantescas garras, si es que uno acepta que un tejido queratinoso podía ser más duro que el acero.

No dije nada. Para ganar tiempo, abrí ambos brazos y puse cara de perplejidad. No me vi capaz de inventar ninguna explicación mínimamente verosímil y tampoco me parecía muy prudente mentirle así como así a un agente de la policía.

Nabatchikov sacó un cigarrillo de un paquete, lo encendió con un mechero metálico, tragó humo y me miró inquisitivamente. Tenía unos ojos antipáticos, hundidos, bajo unas cejas muy pobladas e hirsutas. Recordaban a las rendijas de un tanque. En cuanto hubo expulsado una gruesa nube de humo de tabaco, adoptó una posición de combate, escupió sobre el polvillo blanco y atacó.

—¿Qué tal ha pasado la noche?

—Pues bastante mal. Ha habido un terremoto.

—¿Y no ha oído nada más? ¿Gritos? ¿Ruidos extraños?

—Me ha parecido oír que había gente gritando en la calle, pero no les he prestado mucha atención. Mire, es que en pleno terremoto, sabe usted... — Finalmente tuve la sensación de que la Musa de la fantasía se me había posado sobre el hombro—. Estos últimos días había dormido mal y por eso ayer me tomé unos somníferos. Creo que me pasé, porque al oír todo el estrépito me ha

¹³ Transliteración de las siglas rusas ГУВД, correspondientes a Главное управление внутренних дел (Administración Central de Asuntos Internos). Es la denominación que se aplica en Rusia a cada una de las divisiones regionales de la policía. (*N. del t.*)

costado levantarme. Ha sido todo como un sueño. Hasta hace un momento, cuando me ha despertado usted, había llegado a pensar que me lo había imaginado todo. Había tomado Dimedrol —añadí para dar más verosimilitud a la mentira.

Hasta ese momento, la corpulencia del policía me había impedido ver la escalera. Pero entonces retrocedió y me quedé sin aliento: sobre el trecho que separaba mi puerta de la siguiente había una gigantesca mancha de color rojo oscuro y una marca de tiza que delimitaba su perfil.

Nabatchikov señaló la mancha con la cabeza y se sacudió la ceniza que le había caído sobre la chaqueta.

—Su vecina... Con el cuerpo totalmente destrozado... Le han abierto el pecho por la mitad. Lo más extraño es que le han arrancado el corazón. ¿No habrá sido usted? —Con la sombra de una sonrisa añadió—: Se lo digo en broma, por supuesto.

—Dios mío... —Me froté los ojos y entonces me di cuenta de que también a mí me había quedado la cara cubierta de yeso. Noté que tenía un arañazo en el cuello.

Se abrió la puerta del piso de la vecina y salió otro policía, un hombre alto y flaco, de cabellos oscuros y nariz prominente. A primera vista parecía todo lo contrario de Nabatchikov, y, sin embargo, era el mismo tipo de hombre. El GUVB y prácticamente todos los organismos oficiales —que en nuestra tierra, con cierto sentido de la ironía, solemos llamar precisamente «organismos»— parecen afectar de una determinada manera el aura de todos sus empleados. En realidad, no les hace ninguna falta mostrar su identificación a los ciudadanos... Su pertenencia a dichos organismos, por así decirlo, se irradia en una especie de aura.

—No lo entiendo —murmuró el segundo agente a su superior—. La puerta está abierta y en el piso no hay nada fuera de su lugar. Las huellas que habían quedado sobre el yeso conducían hasta la entrada. Tú mismo lo has visto y lo hemos fotografiado... las huellas de sus zapatillas conducían hasta aquí fuera y luego había un rastro como si la hubieran arrastrado sobre la escalera. —De pronto, el funcionario arrugó la frente y me miró a mí—. ¡Y usted no se quede aquí escuchando! ¡Todo esto ni le va ni le viene!

—Entonces, si lo autorizan ustedes, me iré a duchar.

Dejé que el agua cayera a poca presión, con la esperanza de que la puerta abierta me permitiera captar alguna de las frases que decían.

—...esto recuerda... como cuando el tigre agarra al domador... yo lo había visto cuando todavía... esto no ha sido una persona... circo, llamar al zoo... esos

locos con dinero tienen en el piso...

—...ni rastro... lo de la vieja está todo, pero lo suyo... tan sólo los arañazos en la puerta... por qué ese... sabrá algo...

Me puse unos pantalones de deporte y salí de nuevo a la escalera. Daba la impresión de que los dos hombres habían trazado ya su táctica.

—Le vamos a dejar tranquilo. Pero piense en este asunto y trate de recordar todo lo que pueda. A pesar de los efectos del Dimedrol es posible que lo consiga. Denos su número de teléfono y apúntese el nuestro. Procure estar localizable en todo momento. Ah, y otra cosa: tenemos la impresión de que alguien ha tratado de entrar en su casa. Me imagino que conoce usted nuestra divisa, ¡tan bonita!: «La policía: su amiga y colaboradora». No se crea que esto que ha sucedido aquí nos resulte indiferente, al fin y al cabo tenemos que escribir el atestado. Y, para nosotros, dos asesinatos en una misma casa son peores que uno solo... bueno, felices fiestas —dijo por fin, y me arrojó la colilla a los pies.

Cerré la puerta. Por supuesto que no tenía la intención de marcharme de Moscú. Pero, a decir verdad, tampoco estaba seguro de permanecer «localizable en todo momento».

Se habían acercado bastante a la verdad, aunque no se tratara de un tigre, sino de un jaguar. Pero no había querido explicarles mis suposiciones acerca de la noche pasada. Aunque la escasa inteligencia de los agentes de la policía, contra todo pronóstico, hubiera sido capaz de creer y aceptar mis explicaciones sobre el incidente... ¿de qué me habría servido? Los protocolos del Ministerio del Interior no contemplaban la lucha contra demonios mayas metamórficos. Lo más probable era que en este caso no sirvieran de nada las balas de plata ni otras tonterías de la mitología europea.

El peligro era más real que nunca. El terremoto se había interrumpido en el mismo momento en el que el monstruo se preparaba para matarme, y mi pobre vecina había pagado muy caro el haber salido de su piso antes que yo. Mi aventura le había costado la vida a una inocente, y eso, por sí solo, bastaba para obligarme a meditar mis futuras estrategias.

Por otra parte, empezaba a asustarme. Tenía la sensación de haber cruzado una línea. Hasta entonces, por lo menos, había tenido la posibilidad de elegir. Pero eso había terminado. Como si hubiera querido contemplar desde un puente de cuerdas un río que quedaba mucho más abajo, y de súbito el puente se hubiera roto y la corriente me arrastrara sin piedad. Pero me convencí de que aún tenía posibilidades de escapar de esta historia, de cambiar de opinión, de retirarme, de salvarme.

No lograba dormir, aun cuando la noche pasada no hubiera descansado más que unas pocas horas. Me pasé toda la mañana escoba y trapos en mano, barriendo el suelo, quitando el polvo a los muebles y haciendo desaparecer del piso entero los restos del yeso que se había desprendido. Lo hice a conciencia, como si con ello pudiera borrar de mi mente todo rastro del terremoto, cerrar los ojos frente a las evidentes pruebas que confirmaban mi hipótesis, pedir perdón a los demonios y regresar a mi vida habitual. En cuanto mi piso hubo recobrado su aspecto anterior (tan sólo habría que arreglar y volver a pintar el techo), me había decidido ya a no trabajar más en el libro. Se oyó un suave tintineo en el pasillo. El teléfono.

—¿Dmitry Alexeyevich? —Era la voz de una joven.

Pensé al instante que debía de ser bella; por lo general, solamente las locutoras de radio de los primeros programas de la mañana tienen un timbre de voz tan ligero. Era una labor tan difícil, tan cargada de responsabilidad, que probablemente se elegía para realizarla tan sólo a las mejores del país, para que su dulzura despertara a los ciudadanos dormidos y resacosos. Antes de que me dijera nada, yo ya estaba decidido a darle la razón en todo.

—Lo llamamos de la agencia de traducción Akab Tsin. Tenemos un nuevo encargo para usted. ¿Podría pasar a vernos tan pronto como haya terminado el anterior? Le agradeceríamos que viniera antes del día 31, porque por Nochevieja cerraremos para cumplir con los rituales.

—Desde luego —le respondí con voz mecánica.

—Estupendo. Entonces, contamos con usted. —Tenía una voz agradable, casi afectuosa, como si fuera una voluntaria del Teléfono de la Esperanza.

En cuanto hubo colgado, escuché todavía durante medio minuto los tonos breves en el auricular y traté de recordar si en algún momento había dado mi teléfono en aquella extraña agencia. Por supuesto que hoy en día existen muchas maneras de encontrar información sobre las personas que nos interesan, pero...

Después de no llegar a ninguna conclusión, regresé a mi cuarto, puse otra hoja en blanco en la Olympia y empecé a pasar a limpio la traducción del último capítulo. Dentro de mi cabeza se había hecho un venturoso vacío, trabajaba de prisa, sin vacilaciones, y así pude terminar el trabajo en pocas horas.

Debe de ser lo mismo que le sucede al yonqui que de una vez por todas

se decide a abandonar las drogas y a empezar una nueva vida. De repente, explota, se olvida en un instante de sus buenos propósitos y sale en busca de una nueva inyección, sin la más mínima resistencia interior, como un sonámbulo bajo el influjo de la luna. No piensa en nada, absolutamente en nada, en el momento en el que lo arrastra el torbellino del dulce olvido. Los remordimientos no lo asaltan hasta el día siguiente, junto con los espasmos del síndrome de abstinencia.

Sujeté las hojas de la versión en limpio con un clip, me vestí bien abrigado, eché una ojeada temerosa por la mirilla y salí. La escalera estaba vacía, pero el piso sellado de la vecina, así como los arañazos y las palabras escritas sobre mi puerta —aún no había encontrado el momento de borrarlas— me recordaron que me hallaba frente a un abismo. No quise pisar la sangre. Al tratar de lavarla, la mujer de la limpieza la había extendido todavía más. Por eso, bajé en ascensor, y tan pronto como hube salido de la casa me quedé al borde de la acera y me hice llevar por el primer taxi pirata que pasó.

El VAZ-2016¹⁴ que me recogió estaba muy sucio y tenía las ventanillas cubiertas de escarcha, y hacía unos ruidos lastimeros, como los de un perro abandonado en la calle. El conductor era caucásico y vestía una chaqueta reversible con relleno de plumón que perdía plumas y tenía unos colores que hacían pensar en un collage de Andy Warhol. Estaba sentado al volante con aires de desdén y no decía nada, como si temiera que, con el aliento que le salía de la boca, se le escapara el calor del cuerpo, o, como habría dicho Carlos Castaneda, a la energía vital.

A primera vista se habría podido pensar que el terremoto nocturno no había causado grandes destrozos en las calles nevadas de Moscú, pero en varios sitios parecía que hubiesen crecido del suelo hormigueros amarillos. Los trabajadores municipales se afanaban en torno a ellos con ropa fosforescente para reparar invisibles cloacas que habían quedado dañadas durante el temblor.

—En Leninakan ha sido peor —dijo el chófer con voz ronca.

—Anoche se hizo sentir en mi casa —le respondí con toda sinceridad—. Puede que todo haya sido un susto.

¹⁴ Automóvil pequeño, barato, de bajo consumo y limitadas prestaciones, producido en la Unión Soviética —y después en la Federación Rusa— entre 1976 y 2006 por la compañía AvtoVAZ. Dicha compañía comercializa sus automóviles con la marca Lada, si bien los modelos antiguos, como el propio VAZ-2016, circulaban en Europa oriental bajo la marca Zhiguli. (*N. del t.*)

—La mitad de mi familia ha muerto. Y mi casa se ha venido abajo. Y yo que cuando vine a Moscú pensé que aquí por lo menos no habría terremotos...

—Creo que hoy en día se pueden producir en cualquier parte del mundo, ¿sabe usted? —le dije, mitad para él, mitad para mí mismo.

El hombre arrugó la frente.

—¿Lo ha leído usted en el periódico?

—No, en un libro.

El conductor asintió sin decir nada y se encerró una vez más en sus pensamientos. Hasta terminar el viaje, lo único que interrumpió el silencio fueron sus palabrotas, que arrojaba una y otra vez a los espacios siderales cada vez que el tráfico nos impedía avanzar.

El vigilante que montaba guardia a la entrada del edificio donde se hallaban las oficinas de Akab Tsin me reconoció y, sin hacerme más preguntas, me entregó un pase de visitante. A pesar de las fiestas y de las catástrofes naturales se veía mucho movimiento por los pasillos: el capital de nuestro planeta, que en aquel cuidado edificio tenía uno de sus muchos puestos avanzados, no estaba nunca de vacaciones. Dos operarios con limpiísimos monos de color naranja se afanaban en pintar el techo.

Como de costumbre, entré en el ascensor y pulsé el número cuatro en el tablero revestido de aluminio. A continuación cerré los ojos y respiré hondo. El aire estaba impregnado de un aroma apenas perceptible: una mezcla de maderas nobles envejecidas y de un discreto perfume para hombres que suelen llevar los millonarios de edad madura, pero todavía enérgicos, cuando navegan al timón de sus yates, blancos como la nieve.

En esta ocasión me recibió una pulcra morena de mediana edad, bronceada con rayos UVA. Me sonrió amablemente y tomó la carpeta con la traducción. A continuación se dirigió a una caja fuerte que se encontraba al fondo de la oficina y sacó una nueva carpeta, idéntica a la anterior, pero con una etiqueta en la que se leía un número distinto.

—Le agradecemos la rapidez con la que ha realizado el trabajo. En el caso de este encargo era especialmente importante.

Reconocí al instante su voz: era la misma que me había llamado por la mañana. Tomé el sobre con los honorarios, vacilé por unos instantes —¿podía ser que hubiese oído mal?— y entonces le pregunté:

—Dígame usted, ¿a qué «rituales» se refería antes?

—¿Disculpe? —Levantó las cejas hasta dar forma a un arco que expresaba a la perfección el concepto «curiosidad cortés».

—Sí, antes, cuando hablábamos por teléfono... me ha dicho que por Nochevieja cerrarían para celebrar los rituales.

—Ah, sí, los rituales... no es nada en concreto. Aceitunas, gajos de naranja, champán, el discurso del presidente por Año Nuevo... y el cotilleo habitual entre colegas.

Asentí con la cabeza.

—¿Una fiesta de empresa?

—Sí, podríamos decirlo así. Una fiesta de empresa. —A media frase, su sonrisa se esfumó. ¿Quizá había infringido una norma básica de la casa? De repente, me sentí mal, como si alguien hubiera arrancado los bonitos decorados con los que se rodaba la película y hubiesen quedado al descubierto las paredes desnudas de hormigón.

—Entonces, ¿para cuándo desean esta traducción? —pregunté, solícito, mientras me volvía ya hacia la puerta.

—No se preocupe, ya contactaremos con usted.

La mujer recobró el porte y también la sonrisa amable. Y ello me inspiró más angustia todavía.

Aún no había oscurecido, porque la visita de los agentes de policía había tenido como efecto que el día empezara pronto. Me arriesgué a dar un paseo. Tal vez el aire helado de diciembre me centraría las ideas y devolvería la claridad a mis pensamientos.

Si el cordial detective y la amistosa mujer de la agencia no me hubieran recordado la proximidad de la celebración, habría sido capaz de olvidarla. La misma idea de celebrar el Año Nuevo en mayo de 1562 me parecía demasiado absurda. Pero no había nadie que compartiera mi punto de vista. El viento gélido combaba los carteles colgados sobre la calle, los arbolillos de plástico parpadeaban en los escaparates de los comercios, y rubicundos Santas Claus a cuerda gesticulaban mecánicamente.

Todo el mundo llevaba paquetes de regalo y bolsas de vivos colores con lazos brillantes, y se veían más caras sonrientes de lo habitual. Al pasar enfrente de un puesto en el que se vendían arbolillos de Año Nuevo, me detuve a echar

una ojeada. No sabría explicar cómo es posible que de pronto me asaltara el deseo de comprarme uno y de adornarlo con la guirnalda de luces y la bombilla grande que aún guardaba. Probablemente quería calentarme con su simpática luz y protegerme de mi angustia cada vez más intensa, y de la soledad que se me hacía dolorosamente evidente los días de cumpleaños y Nochevieja. ¿Y si esa Nochevieja era la última?

Antes de meter el arbolillo en el maletero de un taxi pirata, compré varios periódicos del día en un quiosco. Gigantescos titulares suscitaban el pánico. Fotografías de casas de cinco pisos que se habían venido abajo ocupaban las primeras páginas. Resultó que el temblor de tierra moscovita no había sido más que un pálido eco de una catástrofe mucho mayor. Había afectado sobre todo a Irán. Decenas de miles de muertos tan sólo en Teherán, cientos de miles por todo el país...

El Moloc ganaba fuerzas y no había nadie capaz de detenerlo. Yo, al menos, comprendía su verdadera naturaleza, sabía interpretar los acontecimientos, podía imaginarme lo que nos iba a suceder y si nos era posible salvarnos. Tal vez tuviera ya en mis manos la clave.

Al llegar a casa, no tuve paciencia para perder el tiempo con juguetes y guirnaldas de luces. Dejé el arbolillo en la bañera, me lavé las manos y me instalé en el escritorio. Este nuevo capítulo fue como una novela de aventuras y no pude dejarlo hasta que la traducción estuvo terminada.

Que tuvimos que interrumpir nuestra primera conversación franca con Juan Nachi Cocom, porque oímos un rumor sospechoso en unos matorrales cercanos. Que eché mano del puñal y le exigí a quien allí se ocultara que saliese y se diera a conocer. Que de los matorrales salió Vasco de Aguilar, y que se irritó sobremanera conmigo y su rostro enrojeció de cólera y vergüenza. Que se había ocultado en los matorrales tan sólo para satisfacer sus necesidades naturales y no había oído mi conversación con el guía. Que no creí en sus palabras, pero tampoco le reproché su mentira, para no forzarlo a defender su honor, sino que fingí creer en su explicación.

Que ese día nuestra marcha por el sacbé, que había de ser la última, se nos hizo especialmente difícil, porque todos los miembros de nuestra expedición estaban débiles en extremo. Que yo, como siempre, caminaba al lado de Juan Nachi Cocom, mientras los demás nos seguían a cierta distancia y hablaban entre sí en murmullos para que no oyese sus palabras, pero que el viento soplaba hacia ellos, por lo que no osé hablar de nuestro secreto con el guía.

Que, hacia el final del día, divisamos un claro, así como el vértice de un templo

indio que sobresalía entre las copas de los árboles. Que, antes de que se pusiera el sol, nuestro camino nos llevó hasta una plaza redonda abierta en la selva y empedrada con piedras blancas, sobre la que se hallaba el templo que habíamos visto desde lejos. Que ese lugar era el final del sacbé y estaba rodeado de árboles altos, dispuestos tan cerca los unos de los otros que era imposible ver a través de ellos.

Que el propio templo, como me había dicho Juan Nachi Cocom, no era especialmente grande, pero superaba en hermosura a todos los edificios que hubiese visto en Yucatán.

Que el templo recordaba a una pirámide, en cuyas cuatro caras había sendas escaleras de escalones altos que conducían a un amplio rellano que ceñía la edificación hacia la mitad de su altura y luego proseguían hasta una especie de terraza que la coronaba. Que había en la cercanía del templo otras construcciones más pequeñas, y entre ellas una poza seca de no menos de siete estados de profundidad, como se suele ver también en otras ciudades abandonadas. Que, de acuerdo con las palabras de Juan Nachi Cocom, estas pozas, que los mayas llaman cenotes, habían sido empleadas por sus padres y abuelos que aún se adherían a las creencias paganas, incluyéndose entre éstas los sacrificios humanos.

Que no se encontraron huellas humanas ni en el propio templo ni en su entorno, pero que éste difería de todos los otros edificios que había visto hasta entonces en la selva virgen. Que los que había visto estaban siempre cubiertos de musgo, y, en su mayoría, con signos visibles de profanación. Que sobre éste no había crecido musgo alguno y su blancura era tal que parecía edificado pocos días antes.

Que nuestro guía se negó a acercarse a la pirámide. Que todo el tiempo que los nuestros, por orden mía, recorrieron y exploraron los edificios por mí citados, permaneció en el camino y tan sólo me dio explicaciones cuando se las solicité. Que nos advirtió que no empleáramos una gran curiosidad en el examen de los edificios y nos exhortó, sobre todo, a que nos abstuviéramos de penetrar en el templo.

Que fui el único en escuchar sus palabras, porque recordaba lo que me había dicho antes mientras ninguno de los otros prestaba atención a sus súplicas. Que por indicación de fray Joaquín los soldados subieron por los escalones de la pirámide hasta el citado rellano y una vez allí descubrieron una entrada cerrada con un muro de piedra. Que aunando fuerzas se aplicaron a la tarea de derribar el muro y me pidieron ayuda para dicha labor, y que fray Joaquín los animaba a ello, diciéndoles que tal vez hallaran incalculables riquezas en su interior, y que todo el mundo tendría parte en ellas. Que, sin embargo, les dije que no me encontraba bien y rechacé sus intimaciones so pretexto de un mal presentimiento. Que mis negativas suscitaron insatisfacción y burlas entre los demás, pero nadie osó obligarme a ello.

Que el guía Juan Nachi Cocom se desesperó al percatarse de la vanidad de sus ruegos y advertencias, y que entonces se puso a llorar y a rogarle al Todopoderoso que lo

protegiere de la rabia de sus dioses.

Que el soldado Pedro Lazuen fue el primero en abrir un pequeño orificio en la pared que cerraba la entrada y lo comunicó a los demás con un fuerte grito de alegría. Que al cabo de sólo unos pocas horas habían abierto una brecha considerable en la pared, pero que tuvieron que interrumpir los trabajos al llegar la noche.

Que nos reunimos todos en el centro de la plaza para pasar la noche, a lo que tan sólo se negó nuestro guía. Que, pese a todas mis objeciones, Juan Nachi Cocom fue encadenado por orden de Vasco de Aguilar, para que no huyese al abrigo de las tinieblas.

Que todos nosotros, incluyéndome a mí, a nuestro guía y a quienes lo vigilaban, fuimos al instante presa de un profundo sueño. Que desperté por poco rato en plena noche, pues me pareció oír en la lejanía un estrépito como de piedras que se venían abajo en cantidad, y luego, en sueños, oí todavía otro sonido, una vez más de piedras que se venían abajo, pero en la inmediata cercanía. Que no logré levantarme y a duras penas podía abrir los ojos, porque me costaba un gran esfuerzo. Que creí atisbar en la negrura, allí donde terminaba la luz que aún brillaba en los rescoldos de nuestra hoguera, una figura de estatura y anchura de hombros inimaginable, cuyos contornos se asemejaban a los de un ser humano, pero con una cabeza extrañamente baja que parecía pegada a los hombros.

Que a la mañana siguiente hallamos a Pedro Lazuen en el mismo lugar donde había dormido y que su cráneo estaba totalmente destrozado, como si hubiera pasado bajo una piedra de molino gigante, y que de éste no había quedado nada salvo la sangre y las astillas del hueso. Que no pudimos hallar las armas con las que le habían abierto la cabeza ni ningún otro rastro del malvado.

Que, en vez de la pequeña oquedad que los soldados habían abierto el día anterior en la pared, había un enorme agujero por el que habría podido pasar un hombre alto sin tener que agacharse. Que después de lo sucedido con Pedro Lazuen nadie se atrevió a entrar en el templo y que tan sólo fray Joaquín, después de regañar a todos los otros por su cobardía, subió por la escalera.

Que, entretanto, los demás se aconsejaban y exhortaban entre sí a abandonar en seguida aquel lugar maldito. Que fray Joaquín no se dejó ver durante una hora, pero ninguno de los miembros de la expedición, ni siquiera el señor Vasco de Aguilar, reputado por su corazón leonino y su temeridad, osó entrar a buscarlo.

Que todo el mundo se disponía a emprender el camino de vuelta, a lo que yo los animaba, cuando, de pronto, fray Joaquín apareció en la escalera, llevando en una mano una antorcha encendida, y en la otra unos rollos cubiertos de escritura. Que la escritura de dichos rollos era india y el material con que estaban hechos éstos consistía en corteza de árbol y cuero curtido.

Que Juan Nachi Cocom, al ver los rollos, profirió un grito terrible y trató de

arrojarse sobre fray Joaquín, pero Vasco de Aguilar lo derribó al suelo y lo encadenó, porque fray Joaquín había prohibido que se diera muerte a nuestro único guía.

Que fray Joaquín dijo entonces que había dentro de la pirámide una cámara del tesoro llena de lingotes de oro y piezas valiosas, adornadas con gemas, y que le prometía a cada uno la parte de riquezas que pudiese acarrear, y que habría tesoros suficientes para todos nosotros, pero que antes de que cada uno obtuviese la recompensa merecida había que vengar a Pedro Lazuen.

Que en ese mismo instante sentí un golpe en la cabeza y caí desmayado al suelo, y que, al recobrar los sentidos, me encontré con que me habían encadenado de manos y pies, siendo Vasco de Aguilar quien me había asestado el golpe a traición, porque se había conjurado con fray Joaquín, según luego me hizo saber este último.

Que fray Joaquín, al tenerme cargado de cadenas, dijo que nuestro guía Juan Nachi Cocom y yo mismo nos habíamos conjurado con el demonio para arrastrar a la perdición a la partida entera, y que, con el poder que me había conferido Satán, había tratado de poner trabas a la actuación de la Iglesia, y que por ello había provocado la muerte de nuestros mejores soldados, así como del segundo guía, el mestizo Hernán González.

Que los soldados, presa de la cólera, habrían querido matarme en aquel mismo momento, pero fray Joaquín les impuso contención y les recordó que el derramamiento de sangre no es grato a Nuestro Señor Jesucristo, y que el Sacro Magisterio exige que en tales casos el criminal muera abrasado en la pira, pero que, dadas las prisas con las que convenía regresar a Izamal, habría que proceder conmigo de otro modo. Que, por consiguiente, ordenó que se me arrojara cargado de cadenas a la poza seca a la que los mayas solían en otro tiempo arrojar a sus sacrificados.

Que la orden se cumplió al instante, y aunque yo mismo creyera que la caída me mataría en el acto, no fue así, porque me fui agarrando a las paredes de la poza mientras caía, y en el fondo de dicha poza había tierra blanda. Que, con todo, padecí serias heridas, porque me rompí una pierna, cosa que haría imposible que escapase de la poza. Que vi a mi alrededor un gran número de huesos humanos, e incluso esqueletos enteros de indios sacrificados.

Que ya entonces tuve miedo de que se vengaran en Juan Nachi Cocom, pero que no mataron al guía, puesto que precisaban de él para hallar el camino de vuelta a Izamal. Que entretanto saquearon el templo, lo cual fue motivo de exclamaciones de contento. Que entonces sus voces empezaron a alejarse, por lo que pensé que tendría que quedarme en tan terrible lugar hasta que la sed y el hambre acabaran conmigo.

Que las voces de los hombres estaban a punto de desaparecer en la lejanía cuando fray Joaquín apareció en el margen de la poza. Que primero pensé que habría venido para ofrecirme la absolución de mis pecados, o tal vez para matarme, y demostrarme así,

por lo menos, su misericordia. Que, sin embargo, fray Joaquín se había quedado atrás para hablar conmigo, y no con el propósito de darme la absolución, sino de someterme a un interrogatorio antes de que muriese.

Que reveló haber tenido noticia de mis conversaciones secretas con Hernán González, así como con Juan Nachi Cocom, por haberlas escuchado él mismo o por medio de espías, y reconoció, sonriente, que había sido él mismo quien había estrangulado al mestizo mientras dormía y le había colgado de la rama para asustar a su hermano de raza y a mí mismo, pero que yo no había entendido la advertencia. Reconoció también haber dado muerte con un puñal al enajenado Felipe Álvarez, porque había tenido miedo de que asustara a los demás con sus aullidos e impidiese que la partida llegara a su meta. Fray Joaquín quería saber de mis labios por qué había renunciado a la fe en Jesucristo y al amor de fray Diego de Landa por la superstición de los nativos y la amistad de un maya que ni siquiera se lavaba.

Que afirmé, como respuesta, no haberme dejado guiar por la voz del entendimiento, sino por la del corazón, y que había llegado a persuadirme de que lo mejor sería que los escritos indios que el guardián trataba de obtener se quedaran ocultos en el lugar donde se encontraban, y que no era cosa mía decidir su destino. Y que la Crónica del Porvenir que tanto ansiaba fray Diego de Landa no había de ser para éste.

Que mis palabras inspiraron una cólera indecible en el monje y que me escupió sobre la cabeza, me atribuyó la imbecilidad y la tozudez del asno y me aseguró que entre los manuscritos sustraídos debía de hallarse también el que buscábamos, porque los hombres de confianza del guardián recorrían Yucatán entero y se apropiaban de todos los escritos satánicos con el fin de destruirlos, y que ninguno de éstos les pasaría por alto. Que me maldecía y me deseaba una muerte larga y llena de tormentos, porque, de acuerdo con su parecer, había hecho más que suficiente para merecerla, y a continuación me dejó solo para que reventase como un perro.

FELIZ AÑO NUEVO

Con dedos temblorosos, arrojé a un lado las hojas que había escrito a toda prisa y me froté los ojos que el cansancio y la tensión habían llenado de lágrimas. Tal vez el fondo de la poza donde el artero monje había arrojado al conquistador español significara la muerte de ambos. Se había dado la más siniestra de las situaciones posibles: casi con certeza, aquéllas serían las últimas líneas de un infortunado aventurero que padecía hambre y sed en el corazón de la selva.

No importaba quién hubiera encontrado el manuscrito entre muros en ruinas al cabo de los años o de los siglos, ni los esfuerzos que se hubiera tomado en restaurarlo: su trabajo había sido en balde. Lo único que había quedado de la *Crónica del Porvenir* era una relación totalmente ordinaria: no se trataba de un documento mágico, ni siquiera eterno, sino, simplemente, de un diario, una narración histórica, de asuntos casi cotidianos, y que por ello mismo era perecedera y vana. Su autor debía de haber querido distraerse de los pensamientos sobre su cercana muerte, que indudablemente le revoloteaban por el cerebro como moscas en torno a un cadáver. En cualquier caso, no había logrado levantar el velo que cubría el gran secreto del fin del mundo... como mucho, lo había atisbado por un diminuto resquicio.

Tal vez existiera otro capítulo, pero en éste no encontraría nada más que la descripción exasperada y cada vez más alucinada de las últimas horas del moribundo conquistador español. Debía de encontrarse sin fuerzas y tan desgraciado igual que yo. Había seguido sus pasos por el mortífero laberinto, había confiado plenamente en él, y había ido a parar a un callejón sin salida donde una luz mortecina se reflejaba sobre sus huesos blanqueados. No había nadie que pudiera mostrarme el camino de salida, y los pesados andares del Minotauro se oían cada vez más cerca...

¿Cómo había podido caer en esa trampa? ¿Por qué había actuado con tanta ligereza? ¿Cómo no había previsto el gran peligro, por qué no había escuchado las advertencias, cómo no se había dado cuenta de la doblez de fray Joaquín y de su muy orgulloso cómplice Vasco de Aguilar? ¡Sus responsabilidades iban más allá de su propia vida!

Con un gesto de cólera, arrojé al suelo las páginas del borrador de la

traducción junto con los originales, y arree un puñetazo a la mesa con tanta fuerza que la antigua madera crujió.

Toda la historia me parecía un juego diabólico que demonios dormidos e ídolos polvorientos habían jugado con el primero que encontraron en su camino para escapar de su aburrimiento de siglos. Había tratado de quedarme con lo que era de los dioses, y al final no me quedaría ni con lo que era del César. El Olimpo debía de divertirse a mi costa... Yo, por así decirlo, era el elemento cómico en una tragedia cósmica que avanzaba, imparable, hacia su desenlace.

Contemplé las hojas desparramadas por el suelo. Habría querido escupirles encima. ¡Al diablo con los indios muertos y sus incomprensibles charadas! ¡A paseo con todas las pirámides, los espíritus que moraban en la selva, los franciscanos que apestaban a azufre y los sicarios en armadura! ¡Al fuego con todas las crónicas, las profecías, los libros de corteza de árbol y las estatuas de los ídolos!

La rabia acabó con el miedo y por eso me embuté la cabeza dentro del gorro con orejas y salí a la calle: era Nochevieja y el frigorífico estaba tan vacío como un museo comarcal.

Las patatas, las salchichas, los huevos, los pepinillos y la mayonesa, por sí mismos, no son más que alimentos. Pero, combinados, se transforman en el máximo exponente de la alquimia de la vida cotidiana. El todo es más que la suma de sus partes. Para los hombres y mujeres del período postsoviético, esta combinación, la ensaladilla Olivier, no es una simple ensaladilla, sino un objeto de culto, con una cadena de asociaciones más larga que el muro del Kremlin. Y esa noche había que agregar al tradicional champán, una lata de caviar rojo y unas pocas mandarinas para hacer de ancla y retener en el puerto de la realidad a mi carabela azotada por las tempestades. La cruzada había finalizado. Volvía a casa.

Quería sentirme de nuevo un ciudadano normal y fatigarme alegremente con los preparativos para la Nochevieja. Pensaba hacerlo como si las últimas semanas de mi vida no hubieran existido; no habría otra preocupación que la de tener a punto los regalos para todos mis amigos. No padecería por el inevitable Apocalipsis que se abatía sobre nosotros. Me alegraría tan sólo por las magníficas celebraciones, y no por haber escapado nuevamente de mis enemigos. Estaría únicamente conmigo mismo, y no a bordo del arca, como Noé, con los ojos puestos en la inescrutable negrura.

Ya eran casi las nueve. Hasta el día anterior no me habría atrevido a salir

a la escalera a una hora tan tardía. Pero algo había cambiado dentro de mí. Víctima de un extraño ataque de ingenuidad, se me ocurrió que podría abandonar el juego y que éste cesaría por sí mismo.

Y, de hecho, en el patio no se oía nada, salvo un villancico cantado por Bing Crosby procedente de un quiosco de alimentación cercano. Los grandes copos blancos caían lentamente, se habían formado cúmulos de nieve, suaves como el algodón, y el cielo se había cubierto de una luz irreal de color azul marino, que me hizo pensar que se había cumplido uno de mis graciosos sueños de niñez y me encontraba en una de esas bolas de cristal con un paisaje idílico de invierno, una de esas bolas que basta con agitar para que se produzcan diminutas tempestades de nieve. Las casas que me rodeaban parecían una construcción de papel maché. Aunque el bueno de Bing Crosby pareciese un cuerpo extraño bajo la luz mortecina habitual en la ciudad sucia y gris de Moscú, su canción dulce y pegajosa habría podido ser el himno de ese país de edificios de azúcar y panorama de postal.

No existe una celebración más bella que la de Nochevieja. Aun cuando algunos de nosotros la consideremos un sustitutivo bolchevique para la Navidad, tengo que decir que el sucedáneo me gusta más que el original. En mi opinión, todas esas pseudotradiciones, esos rituales soviéticos que reemplazaron a los cristianos, no han perdido en absoluto su sabor, sino que me resultan muy simpáticos, incluso conmovedores... quizá porque viví mi niñez en esa época. Lo bueno de la Nochevieja es su falta de sentido y la renuncia a todo tipo de raíces, sean étnicas o religiosas. Es una fiesta que no tiene ningún fundamento, y por eso mismo es de todos. Está ligada a un capricho del calendario que no tiene ningún significado histórico, ni moral, ni de ningún otro tipo, y ortodoxos y budistas, rusos y tártaros, tienen los mismos motivos para celebrarla. Es el verdadero día de la reconciliación entre pueblos y culturas...

Sin prestar atención al estado de mi economía, vacié la billetera en el supermercado más cercano y volví a casa cargado con bolsas de comida.

El piso estaba cálido y confortable. Me bañé y me dispuse a preparar la velada. En la radio se oía una música norteamericana de los años cuarenta o los cincuenta, Glenn Miller o algo por el estilo.

Mientras me tomaba un trago de vino blanco seco y engullía con apetito mis espaguetis a la carbonara, pensé que a primera hora de la mañana iría a la agencia para entregarles la traducción. Esta vez no me ofrecerían ningún otro capítulo, y, si me lo ofrecían, tendría la presencia de ánimo suficiente para rechazarlo. Luego llamaría a los amigos de mi época de estudiante. Quizá habría alguno que me invitara a su casa.

Avanzada la noche, pasé una media hora leyendo *El maestro y Margarita*,

y finalmente caí en un sueño navideño, ligero y cálido como un edredón bien mullida.

Fue una noche maravillosamente tranquila.

No volvería a vivir otra igual.

Todo empezó con la Olympia. La impecable máquina de escribir alemana que había servido a tres generaciones de mi familia desde 1949 sin fallarnos jamás (si no tenemos en cuenta la necesidad de echarle periódicamente aceite y cambiarle la cinta) de repente dejó de funcionar. No me quedó otro remedio que cargar con el monstruo de quince kilos y llevarlo lo antes posible al único taller que, por milagro, aún estaba abierto. Una vez allí me aseguraron que me la tendrían reparada en unos días. Había perdido la mitad de la jornada en encontrar el taller y llevarles la máquina, y no me quedaba tiempo para encontrar a un amigo con el que pudiera pasar la Nochevieja.

De todas maneras, no tenía que preocuparme por la máquina. El jefe del taller, un hombre mayor y simpático embutido en un mono azul manchado de aceite, nos había tomado tan en serio a mí y a la Olympia que me trajo a la memoria el antiguo concepto soviético de «inteligencia técnica». Tocó cariñosamente las teclas y escuchó la débil musiquilla que hacía el carro al moverse de uno a otro lado. Me dio una impresión como si estuviera a punto de sacar un estetoscopio y preguntarle a la máquina: «¿Cómo se encuentra usted?».

Me aseguró que no le había ocurrido nada serio a la «pequeña», pero que arreglarla sería complicado, y que, con las fiestas, difícilmente podría tenerla a punto antes del tres de enero. Que lo llamara antes de pasar a buscarla. La suma que me pidió por la reparación era exorbitante, pero no tenía sentido discutir con él: nadie me habría aceptado una traducción escrita a mano. La máquina tenía que funcionar lo antes posible. Cuando, por fin, nos hubimos puesto de acuerdo en todo, charlamos durante un rato... un poco como en las películas en que los tiburones de las finanzas se fuman el cigarrillo al final de una negociación exitosa para sellar el acuerdo.

—Qué tremendo ese temblor de tierra, ¿verdad? La mitad de la vajilla se me cayó del aparador... y el yeso del techo se vino abajo en trozos grandes. El vecino de arriba padeció un infarto. Somos de la misma edad. Yo mismo me tomé por primera vez un sedante.

—Sí, a mí me ocurrió más o menos lo mismo. Me pasé la mitad del día para dejarlo todo igual que antes.

—Dígame —me preguntó de pronto con una rígida sonrisa—, ¿cree usted en el fin del mundo?

Estuve a punto de asentir, pero entonces cambié de opinión, me contenté con encogerme de hombros y miré con deferencia al hombre.

—He leído en el periódico que unos indios lo habían predicho... ¿los incas? No, eran los aztecas. —No me miraba, y decía nombres equivocados, indudablemente a propósito, como si hubiese querido que yo lo corrigiera.

—Pues yo no lo sabía —le dije, y negué con la cabeza—. Y además, sabe usted, en el periódico escriben algo cada año sobre el fin del mundo. ¿Se acuerda del número que montaron por el cambio de siglo? —Sonreí con cautela—. También sobreviviremos a esto.

—¡Los mayas! Sí, fueron ellos. Los mayas. ¿De verdad que no lo había oído usted nunca? —Finalmente levantó los ojos y me echó una mirada tan penetrante que me entró un escalofrío.

—No, por Dios, hoy lo he oído por primera vez, y de sus labios. ¡Bueno, Feliz Año Nuevo! Debería marcharme. Aún tengo muchas cosas por hacer. Comprarles regalos a los niños y todo eso —le mentí, mientras subía ya por la escalera del sótano donde se encontraba el taller.

—Sí, los mayas, estoy seguro.

La chirriante puerta de hierro se cerró y dejé de oír su voz. Tomé aliento.

El camino hacia casa iba a durar un rato y por ello me detuve ante un quiosco a la entrada de la estación de metro. Casi todos los periódicos llevaban en primera plana fotografías de Irán, o de los heridos que se amontonaban en los hospitales de Moscú. La mayoría de las instantáneas eran a color y por ello el quiosco parecía una gigantesca flor tropical... una de esas que imitan el hedor de la carroña para atraer a las moscas. En el centro de la macabra floración colgaba la *Nezavisimaya Gazeta*, y encima de ésta una revista de crucigramas.

El titular de la *Nezavisimaya* estaba escrito en letras muy grandes, que no podían pasar inadvertidas: EL MAYA NOS OBSERVA EN TODO MOMENTO.

El barullo de la multitud se sosegó, porque los atronadores latidos de mi corazón me impedían oírlo. Me apoyé en una farola y elevé los ojos al cielo para rezar, pero lo encontré cubierto de nubarrones. Cuando por fin hice acopio de valor y miré al quiosco, el funesto periódico seguía en el mismo sitio.

En cuanto hube logrado dominarme, le rogué al vendedor que me diera

la *Nezavisimaya*. Me miró con asombro —o tal vez me lo pareciera a mí—, y por ello sufrí un ataque de vergüenza, como la del adolescente que se compra su primer condón. Compré varios otros periódicos con la esperanza de que el que de verdad me importaba quedara oculto entre los demás y no atrajese las miradas burlonas de todo el mundo.

Esperé hasta que estuve en el metro. En cuanto hube ocupado uno de los asientos con el forro de cuero rajado y me hube convencido de que ninguno de los viajeros demostraba curiosidad por mí, saqué de nuevo el periódico.

¡Entre ridículo y patético... así fue como me sentí! ¡Corroído por mi esquizofrenia maya como una secuoya por un parásito! El título del artículo, en tres líneas desiguales, era:

EL KGB Y MAYA PLISETSKAYA:

«YO LE DECÍA:

NOS OBSERVA EN TODO MOMENTO».

Los cuadernillos de crucigramas habían cubierto una parte de las palabras, así como la fotografía de la célebre bailarina. Para estar seguro, examiné cada una de las frases, pero, naturalmente, en ninguna parte se hablaba de pirámides, sacerdotes ni conquistadores. No era más que un anticipo de las memorias de la bailarina en el que hablaba de su relación con el compositor Rodion Shchedrin, así como del trato que tuvieron con los servicios de seguridad del Estado cuando ambas estrellas recibían invitaciones para trabajar en el extranjero.

Más tranquilo, y a la vez decepcionado, me puse a hojear los otros periódicos. Aparte de incontables reportajes sobre localidades rusas, europeas y del Próximo Oriente que habían padecido el terremoto, tímidos comentarios de los sismólogos, intervenciones de ministros y alcaldes que hacían todos los esfuerzos por tranquilizar a la ciudadanía e interpretaciones actualizadas de las profecías de Nostradamus, encontré también contribuciones de autores que, literalmente, parecían vivir al otro lado de la luna, porque daban la impresión de no sentirse afectados en absoluto por los recientes acontecimientos.

El primer artículo de ese tipo se había publicado a doble página en el *Kommersant*. Trataba de un proyecto de un gigantesco monumento que el Ayuntamiento de Moscú había aprobado hacía poco. Se había decidido instalar un modelo en bronce de trescientos metros de longitud del caza soviético La-5 sobre el mirador de los Montes de los Gorriones, en recuerdo de los heroicos pilotos que durante la Gran Guerra Patriótica defendieron la capital contra los

buitres fascistas. Los «buitres fascistas» no estaban entrecomillados, por lo que en un primer momento parpadeé y luego releí la frase. La peculiar construcción del monumento, obra de un famoso escultor británico, estaba concebida para crear la ilusión óptica de que la mayor parte del avión estaba suspendida sobre la ciudad. El autor había juzgado necesario explicar que el área que quedaría bajo la sombra de las gigantescas alas abarcaría varios kilómetros cuadrados, mientras que en la cola se instalaría una gran sala de exposiciones, así como varias aulas para los estudiantes de la Universidad Lomonosov. De acuerdo con las estimaciones realizadas, la construcción del monumento duraría un año, y se habían reunido los fondos necesarios gracias a las donaciones de grandes empresarios con espíritu patriótico.

En el segundo artículo se anunciaba la solemne inauguración de un museo en honor de Valentina Anisimova (Knorozova) en Moscú. Éste se alojaría en una imponente edificación que, de acuerdo con un costoso proyecto, ocupaba el emplazamiento de varias construcciones históricas muy deterioradas.

En un primer momento, pasé página sin prestar atención a la noticia y proseguí con la búsqueda de ocultos indicios que anunciaran la inminencia del fin del mundo, el Ragnarók nórdico. Pero, de repente, noté una extraña contracción en el estómago, y mis dedos, como por voluntad propia, pasaron de nuevo las páginas en la dirección opuesta.

El apellido «Knorozova» me resultaba familiar. La titiritera que «había entregado toda su vida al teatro y a la familia» sería agraciada, diez años después de su muerte, con el honor de un mausoleo que, a juzgar por la foto que acompañaba al texto, apenas si tenía nada que envidiar el sepulcro de Ho Chi Minh. Leí el artículo entero con morbosa curiosidad. Por supuesto que no iban a exponer el cadáver de la Knorozova en una urna de cristal pero, con todo, aquello apestaba a culto a la personalidad, hasta el punto de que el reportero hablaba de un «templo en memoria de una gran actriz».

En el área de acceso libre se instalaría una respetable colección de marionetas a las que «Anisimova había insuflado vida», así como fotografías bajo los epígrafes «En la escuela», «Años de juventud», y, finalmente, «Archivo familiar», con documentación acerca de sus muchos años de matrimonio con un tal Yuri Knorozov, un etnólogo que había estudiado los pueblos de la América Central. La biografía de Anisimova me parecía banal hasta lo indecible, y por mucho que le diera vueltas me veía incapaz de llegar a comprender por qué el ayuntamiento moscovita la honraba de aquella manera. De todas formas, tampoco entendía por qué el artículo me había fascinado de tal modo.

Recuerdo que en ese momento me faltaba poco para llegar al

conocimiento. Tal vez lo hubiera alcanzado antes si hubiese viajado hasta el final de la Línea Sokolnicheskaya (estaba tan obsesionado con las conspiraciones que, por supuesto, se me había pasado la estación donde tenía que bajar, la Biblioteca de Lenin).

Me lo impidió aquel niño.

Probablemente llevaba un buen rato mirándome con esa expresión en el rostro: huraña, recelosa, y tan concentrada que me sorprendí de no haberme fijado antes en sus ojos tristes.

Debía de tener, como mucho, cinco años, pero en su rostro arrebolado no quedaba nada de la alegre despreocupación e inmediatez que tanta alegría y consuelo inspiran en los adultos cuando juegan con los pequeños. Al contrario: me sentí como si el que me miraba desde el asiento de enfrente hubiera sido un hombre viejo y sabio, fatigado y decepcionado de la vida. Pensé al instante en la reencarnación, aunque hasta ese momento me hubiera resistido a creer en tales teorías.

Estaba casi inmóvil, salvo por una pierna que le colgaba y se mecía de un lado para otro. Parecía como si el hombre que habitaba en su cuerpo de niño quisiera comportarse de la manera adecuada a su edad, pero resultara torpe y forzado, como los títeres de madera de la Knorozova.

Cuando nuestras miradas se encontraron, el extraño niño no reaccionó de ninguna manera, sino que asintió levemente con la cabeza, como para sí mismo, como si se hubiera dado por satisfecho con alcanzar su objetivo. En un primer instante, aparté la mirada y no quise hacerle notar su mala educación pero, al cabo de unos momentos, no pude contenerme y también lo miré a él... y una vez más me encontré con su mirada fija. Estaba claro que no se le había ocurrido bajar los ojos. Me sentía cada vez más incómodo y empecé a moverme de un lado para otro como un muchacho que se ha comido algo a escondidas y se da cuenta de que su maestro lo está mirando.

¿Cómo era posible que sus padres no lo riñeran? Desconcertado, volví la cabeza en todas las direcciones posibles, en busca de un adulto. Pero no parecía que lo acompañara nadie. Las personas que se sentaban a su izquierda y su derecha no parecían tener nada que ver con él, ni siquiera se daban cuenta de su presencia.

Me habría avergonzado si hubiera huido y le hubiese dejado el campo de batalla a un enemigo de fuerzas tan desiguales. Aguantaría hasta la estación siguiente. Sólo en ese momento me levantaría con toda la calma posible y

abandonaría el vagón con andares pausados.

El túnel que recorrimos entonces me pareció cuatro veces más largo de lo normal. Jamás en mi vida había aguardado con tanta impaciencia a que llegara la estación siguiente. Faltó poco para que abandonase mi pequeña maniobra, plegara velas y me escondiera en el rincón más alejado del vagón. Había recogido los periódicos y me disponía a levantarme cuando el niño me habló.

No cabía ninguna duda de que me hablaba a mí. El estruendo de las ruedas y el eco del túnel no me permitieron comprender ni una sola palabra. No habría sido capaz de imaginarme lo que me quería decir. Su expresión facial no variaba, tan sólo su boca se abría y cerraba sin emitir ningún sonido. No hacía ningún esfuerzo por imponerse al ruido de fondo. Yo quería escuchar lo que me decía, y señalé a mis propios oídos para que se diera cuenta de que no entendía nada, pero el niño no reaccionó a mi gesto.

Por fin, el metro entró en la estación de la Universidad, el ruido de fondo disminuyó y logré oír su voz: sonaba extrañamente profunda y adulta, incluso algo ronca. Un escalofrío me recorrió la espalda, y, al instante, varios de los pasajeros que se sentaban cerca de nosotros se volvieron estupefactos hacia el niño.

—...encontrarle. Porque la tribulación del mundo se debe a que su Dios está postrado y por ello también el mundo perece. El Señor yace, presa de la fiebre, y por eso mismo también padece fiebre Su creación.

Dios muere y con Él se muere todo lo que Él hizo existir. Pero aún no es demasiado tarde...

Un anuncio por megafonía me impidió oír las últimas palabras. En ese instante, una mujer mayor que se sentaba junto al niño y miraba distraída al vacío pareció volver en sí. Lo agarró por la mano y le dijo en tono severo:

—¡Pórtate bien, Alyosha! —Y, muy resuelta, lo llevó hasta la puerta.

El niño no se resistió, pero, como si hubiera sabido que yo lo seguía con la mirada, volvió la cabeza cuando se encontraba junto a la puerta, me echó una rápida mirada y asintió con la cabeza una vez más... seguramente para confirmar que lo que acababa de ver y oír no habían sido imaginaciones mías, sino pura realidad.

No me atreví a seguirle. Me quedé donde estaba, confuso, pegado al asiento. Cerré los ojos y aspiré el aire sucio y viciado del vagón. Con la misma cobardía y la misma esperanza de cobarde con la que el Poncio Pilatos de Bulgakov había deseado un vaso de veneno, yo deseé una dosis de Phenazepam. La tentación de perderme en mis sueños y olvidarlo todo era tan grande que, mientras volvía de camino a casa, me detuve frente al escaparate de

una farmacia y pasé largos minutos en lucha conmigo mismo, con la frente apoyada en el gélido cristal, mientras mis ojos se entretenían con la guirnalda de agujas de pino que adornaba el cartel de neón en el que se leía: 24 HORAS.

La primera ronda terminaba con una derrota. No recobré plenamente el sentido hasta que hube llegado al mostrador de la farmacia, cuando el malhumorado dependiente me preguntó durante cuánto tiempo pensaba hacer esperar a todos los que venían detrás de mí. Confuso, le pedí un paquete de aspirinas, pasé por la caja y me marché de la farmacia a paso ligero.

No tengo ni idea de si pasar la Nochevieja en brazos de Morfeo habría sido una buena decisión. Me cuesta decir si me habría ayudado en algo ponerme al borde del vacío... pero es cierto que me habría ahorrado un par de canas adicionales.

¡Los adornos del árbol! Me subí a una silla no muy estable y bajé de una estantería la caja de cartón polvoriento donde los guardaba. Desenvolví con gran cuidado las bolas de cristal de color azul marino y cereza envueltas en papel de periódico y las limpié meticulosamente, soplé sobre las piñas cubiertas de tosca nieve de imitación y examiné las guirnaldas de bombillas. Como de costumbre, necesité mucho tiempo para poner bien el soporte del árbol, pero disfruté con la tarea. En la radio se oía una canción pop de actualidad. La voz era de una rubia siliconada sin ninguna clase de talento y con nombre de perro, pero en vez de arrugar la frente y cambiar la emisora canté al unísono con ella. Entoné sin fatigarme la docena de palabras que se sucedían sin gracia alguna en la melodía simplona del estribillo y que trataban del amor terreno, y lo hice con el mismo celo con el que un monje budista habría repetido sus mantras más secretos. Y, mientras los adornos de Nochevieja a los que había sacado de nuevo el brillo pasaban por mis dedos como un rosario, sentí que me serenaba.

Por primera vez en varios años, me lamenté sinceramente de no tener televisor. Por el mismo motivo por el que siempre me había negado a comprarlo: porque era un ingenio capaz de transformar la conciencia humana, e incluso de sustituirla. Combatía el sentido crítico mediante tertulias políticas, vendía felicidades ostentosas y la histeria sincronizada de estrellas de culebrones para reemplazar las emociones verdaderas, y a fuerza de telediarios ahogaba el genuino deseo de saber. Pero ese día me asaltó el deseo de que aquel aparato anulara mi entendimiento, igual que anulaba el de todo el país. Que ficciones ajenas cuajadas de publicidad encubierta acabaran con las fantasías que últimamente se me habían desbordado, igual que, en otro tiempo, las antenas del KGB ahogaban las emisoras procedentes de los países capitalistas.

Quería que alguien me metiera un silencio beatífico y hueco dentro de la cabeza, y expulsara la maldita angustia y la soledad que me corroían.

En cuanto hube plantado la estrella roja en el árbol, eché una ojeada a la puerta del piso, subí el volumen de la radio y me consagré a la preparación de la Nochevieja.

La venturosa noticia de que Ded Moroz¹⁵ venía desde Veliky Ustyug en su trineo cargado de regalos se interrumpió por un programa especial en el que se anunciaban temblores de tierra especialmente fuertes frente a la costa de Taiwan. Algunas de las ciudades costeras habían sido víctimas de un tsunami y la mayor parte de la República Popular China se había quedado sin Internet. El maremoto había dañado varios cables que se hallaban en el fondo del océano.

La tercera noticia de ese tipo en media hora me hizo titubear, aun cuando hasta entonces las guirnaldas de bombillas, las bolas de colores y las canciones descerebradas me hubiesen ayudado a encerrar los acontecimientos del día en una mazmorra oscura oculta en mi memoria. Pero entonces empezaron a arañar la puerta con fuerza y descaro cada vez mayores, me exigieron que les prestara atención, me prometieron que me recompensarían por ello, que me abrirían los ojos, que me comunicarían secretos...

No importaba lo que hiciese. Aunque me tapara los oídos, cerrara los ojos y chillara: «¡No veo nada! ¡No oigo nada!», la pesadilla continuaba, y de nada servía que quisiera tomar parte en ella o no, que comprendiera o no mi papel en ella. La tierra seca y polvorienta de Irán había bebido sangre, pero era obvio que no había saciado su sed. El océano que en escasos minutos había sumergido centenares de rascacielos taiwaneses y había arrastrado consigo a decenas de millares de vidas humanas parecía haber despertado de un sueño de milenios. Las placas tectónicas habían puesto en marcha el Apocalipsis, como si hubieran sido las ruedas dentadas de un mecanismo, y empujaban aquella monstruosa muela de molino que reducía a polvo ciudades, países y naciones enteras. Poco importaba que pudiera tratarse del fin del mundo, o tan sólo del de una época en la historia de nuestro planeta: el ser humano no estaba mejor preparado para ello de lo que en su época lo habían estado los dinosaurios. El presentimiento de que se acercaba el fin del mundo impregnaba la atmósfera y había entrado en los históricos titulares de los periódicos. El manto de nieve que cubría Moscú al terminar el año se asemejaba a un sudario, y el observador atento percibía que incluso el ambiente festivo, conjurado por las autoridades y por los directores de ventas, se veía forzado. ¿Tenía sentido que me sentara con otras personas en torno a una mesa para compartir una celebración? Yo que, a

¹⁵ «Abuelito Escarcha.» Equivalente ruso de Santa Claus que trae regalos a los niños por Año Nuevo. (*N. del t.*)

diferencia de todos los demás, contemplaba con lucidez la situación y veía las hinchazones de la peste en sus cuerpos.

Los Cuatro Jinetes del Apocalipsis no habían aparecido en la hora prevista, y, en lugar de una última batalla entre el Bien y el Mal, esos dioses de inspiración obviamente posmoderna habían preferido escenificar un fin del mundo impersonal y absurdo. El Día del Juicio, que siempre se había retrasado con excusas diversas, finalmente no tendría lugar, y quienes reposaban sobre el Monte de los Olivos —el cementerio más caro del mundo— se habían esforzado en vano por reservarse los mejores sitios en el patio de butacas. No habría arcángeles que hicieran sonar las trompetas, ni se convocaría un juicio universal, ni se distinguiría entre justos y pecadores, ni habría resurrección, ni Edén, ni Infierno; a todos nos esperaba tan sólo el final de nuestra existencia.

Los profetas bíblicos habían disfrazado la realidad. Y los sabios barbudos de los musulmanes se habían dejado engañar igual que los teólogos cristianos. Todo iba a suceder de una manera anodina.

Los temblores de la tierra se volverían cada vez más severos, hasta que un cataclismo global haría pedazos los continentes y éstos se hundirían en las profundidades del océano.

Los niños que jugaban con las arenas de la playa podían reforzar las fortificaciones de sus castillos, abrir canales para el agua y construir muros con baldosines. Todos sus artificios de ingeniero aguantarían tan sólo hasta que la próxima inundación se los llevara por delante, con absoluta indiferencia, como a los rascacielos taiwaneses. En comparación con el poder primigenio de los océanos, el ser humano era un piojo, y por ello las ciudades norteamericanas desaparecerían bajo las masas de agua salobre igual que las japonesas, las alemanas y las rusas. Y entonces abriría los brazos en su impotencia el omnipotente, el ministro semejante a Dios, Sergey Kochubeyevich Shaibu.

Las torres Petronas de Kuala Lumpur se inclinarían y se precipitarían en el abismo, las fatigadas estructuras de la Torre Eiffel iban a reventar, los palacios y templos de la Roma eterna que habían sobrevivido a cientos de generaciones quedarían reducidos a cascotes, la cúpula de la mezquita de La Meca reluciría como una moneda de oro en una fuente cuando las olas se cerraran sobre ella, la roca sobre la que se apoya se haría pedazos, y un remolino de potencia jamás vista se llevaría consigo los gigantescos bloques de piedra del Muro de las Lamentaciones, junto con los papelitos que emplean los judíos para depositar en él sus ruegos.

Aunque nadie creyese todavía en ello, cada nuevo terremoto, tsunami y erupción volcánica acrecentaría el número de los que presentían lo que iba a suceder. ¿Les quedaría tiempo para comprenderlo y arrepentirse —aunque el arrepentimiento no tuviera ya ningún sentido—, y consolarse con esperanzas, resignarse y, finalmente, renunciar al mundo? ¿O sucedería todo con tanta rapidez que al final no sentirían nada más que miedo ante la muerte?

Tal vez los mucines que contemplaban a su inquieto rebaño desde los minaretes callaban la proximidad del fin, igual que los popes ortodoxos que nublaban la razón con el humo de sus incensarios. Tal vez los sacerdotes católicos lograrían de nuevo un gran éxito comercial, porque aprovecharían para subir el precio de las indulgencias. Aún quedaba tiempo para los profetas de falsas felicidades y sectarios, para planes de salvación maravillosos y condenados al fracaso, para orgías y plegarias ardientes, para suicidios en masa de los apóstoles del fin del mundo más impacientes. Yo habría preferido la guillotina antes que la cámara de tortura y albergaba la esperanza de que la decadencia de nuestra civilización tuviera lugar en pocos instantes.

Sí, ¿qué sería lo que había sentido Noé mientras contemplaba las aguas a bordo de su arca? ¿En qué habría pensado Lot cuando se marchaba de Sodoma sin mirar atrás, mientras las llamas del infierno engullían la ciudad? ¿Qué huracán golpearía los pensamientos del último monje tibetano que contemplara las ruinas del Universo desde su aldea en la montaña, con paz de espíritu, mientras el Himalaya se desplomaba? ¿Qué sentiría yo?

Qué ironía que fuera precisamente yo el único que había recibido un aviso del inminente fin del mundo, precisamente yo, un hombre desilusionado y sarcástico, estúpido, corto de entendederas, cobarde e indeciso, sin ninguna cualidad para hacer el papel de profeta, por no hablar del de redentor. ¡Yo, que estaba convencido de que las revelaciones de Dios no eran más que fantasías paranoides! ¡Yo, que me habría arrojado al instante a las fauces de un psiquiatra si hubiera oído voces como las que se describen en los textos sobre la esquizofrenia... aunque hubieran salido de una zarza ardiente!

Ya era notable de por sí que tanto la escatología cristiana como la judía y la islámica carecieran de valor, y que el verdadero fin del mundo hubiera sido predicho por los sacerdotes paganos de la península de Yucatán. ¿Acaso los sanguinarios dioses de los mayas, los que sólo se podían apaciguar con corazones aún palpitantes arrancados del pecho de la víctima, serían más sinceros con sus discípulos que el compasivo Jesús, el iluminado Buda y el orgulloso Mahoma?

Una vez más me hallaba en una encrucijada, y de nuevo necesitaba consejo. Al cabo de una breve reflexión me decidí por mi acreditado, pero al mismo tiempo reticente mentor: Yagoniel. Sin esfuerzo alguno encontré en el índice analítico la entrada «Apocalipsis» y fui a la página 403. Yagoniel no me decepcionó. Desde un primer momento agarraba el toro por los cuernos:

Típicamente, las religiones de América Central proponen una concepción cíclica de la creación y la destrucción. Tanto los aztecas como los mayas creyeron que el Universo había pasado ya por cuatro ciclos de ese tipo y que se ha liaba en el quinto, y que cuando éste tocara a su fin una serie de terremotos destruiría la tierra.

En no pocas ocasiones, los estudiosos modernos han entrado en serias discusiones como consecuencia de los intentos de calcular la fecha exacta en la que debía producirse el fin del mundo según los mayas. Su sed de saber es perfectamente comprensible. Las estimaciones más fiables de las que disponemos son las siguientes: cada uno de los ciclos de creación y destrucción tendría que durar 13 baktun, esto es, unos 5.200 años. La destrucción del mundo que tendría que exterminar a los pueblos degenerados y a todo ser vivo que existiere en la tierra debería producirse en el último día del decimotercer baktun.

La creencia de los mayas en la reconstrucción cíclica del mundo era absoluta, así como la convicción de que el Apocalipsis era inevitable. Con ciega confianza en sus intérpretes de los astros y augures, los indios de América Central transformaron la historia entera de su civilización en un gigantesco horóscopo que ellos mismos se encargaban de cumplir. No sólo la vida de las personas individuales, sino el destino de toda su cultura, se subordinaba a los dictados de la astrología.

La creencia incondicional e indiscutible de que el mundo estaba condenado a la aniquilación y que los mortales podían calcular la fecha exacta de su final se transformó en una especie de diabólico mecanismo de relojería bajo la civilización de los mayas.

Indudablemente, estas creencias de los mayas y los aztecas supusieron cierta ventaja respecto a otros pueblos: tuvieron tiempo para prepararse de cara al Juicio Final. Tienen un especial interés las creencias apocalípticas de los aztecas y los toltecas, así como las de los mayas sometidos por los toltecas e influidos por éstos durante el último período de su civilización.

Los aztecas y toltecas, igual que los mayas, empleaban un calendario circular con un ciclo de cincuenta y dos años. En éste se unían los tres sistemas de cómputo temporal que se empleaban entre los mayas: el calendario ritual (Tzolk'in) basado en períodos de 260 días, una unidad de 360 días (Tun), así como el año común de 365 días (Haab). Cincuenta y dos años del calendario Haab equivalían con exactitud a setenta y tres del

Tzolck'in, y en el último día de dicho período coincidía también el final de los tres sistemas de semanas que tenían (de 9, 13 y 20 días, respectivamente). Así pues, el círculo se cerraba y se empezaba a contar de nuevo. Los aztecas y toltecas entendían que los últimos días de este gran ciclo de cincuenta y dos años constituían una fase de purificación y preparación para el eventual fin del mundo. Sus ritos y costumbres tienen un gran interés y podrían resultarnos útiles incluso hoy en día.

Durante los últimos cinco días del gran ciclo, el mundo se detenía al borde del abismo. En esa época casi nadie llegaba a los sesenta años, por lo que casi todos estos pueblos indios vivían los días malditos en una única ocasión. Sin embargo, preparaban hasta el más nimio detalle los rituales que sus antepasados habían perfeccionado, porque todos ellos consideraban que el fin del mundo no era tan sólo una amenaza, sino algo más que probable.

Durante los días que precedían al Apocalipsis, el mundo se llenaba de espíritus malignos. Salían de los bosques, rezumaban de las grietas de la tierra, acudían a la superficie desde las más oscuras profundidades, emergían del fondo de ríos y mares. Se mantenían invisibles, o, en algunos casos, tomaban forma humana, o de animales. Si un hombre, sin estar preparado, tropezaba con uno de esos monstruos que deambulaban en libertad, padecía una desgracia, una larga enfermedad, e incluso la muerte.

A fin de protegerse de tales monstruos, estos indios transformaban sus aldeas y ciudades en fortalezas espirituales durante cinco largos días. Todos sus habitantes se escondían en las casas y no se les permitía abandonarlas bajo ningún concepto. Los niños y las mujeres embarazadas estaban sujetos a una prohibición especialmente severa. Tan sólo los guerreros más experimentados se atrevían a salir, armados con unas lanzas especiales sobre las que se había arrojado un hechizo contra los demonios. Montaban guardia por turnos y patrullaban de día y de noche por las calles vacías de sus respectivas comunidades para asustar a los demonios. Al inicio de este singular período se apagaban todas las hogueras, para que la luz y la calidez de las llamas no atrajera a ninguno de los espíritus, y también rompían toda la vajilla que tuvieran en casa. Pasaban los cinco días sumidos en los preparativos del fin del mundo: con temor, humildad y plegarias.

Al llegar la quinta noche, los hombres subían cada uno a la azotea de su propia casa, se sentaban con los ojos vueltos hacia Oriente y aguardaban con paciencia a que saliera el sol. No se atrevían a hablar los unos con los otros, ni siquiera en susurros, sino que aguardaban, inmóviles, con la mirada fija en el negro y desierto horizonte. No había nadie que supiera si su majestuosa luz volvería a elevarse sobre el mundo que, humillado, aguardaba su propia ejecución. Todos los indios sabían muy bien que cabía la posibilidad de que el sol no volviera a salir y las tinieblas reinaran para siempre en el universo. Y con eso llegaría el fin del mundo, como estaba escrito en los libros sagrados.

Pero, al ver que el alba despuntaba por los lejanos y oscuros montes, sobre las

copas de los árboles, los indios bajaban de nuevo y anunciaban a sus familias la buena nueva: las tinieblas habían sido expulsadas y el mundo no dejaría de existir... por lo menos mientras no terminara un nuevo ciclo de cincuenta y dos años.

Fascinado por el cuadro que me había pintado Yagoniel, me quedé en la cocina, inmóvil, con el libro en la mano. Los cinco días terribles que describía, y que habían de preceder al fin del mundo, me recordaban la vida que yo mismo había llevado durante las últimas semanas. Me había hallado en una situación semejante, pero había sido mucho más vulnerable, porque, al fin y al cabo, no tenía ninguna idea de cómo protegerme de los malos espíritus, mientras que los indios podían fiarse de las experiencias de su historia milenaria. No disponía de ninguna lanza mágica ni habría podido imaginar que una luz encendida atrajese a los malos espíritus. Pero no tenía ninguna intención de cargarme la cristalería ni la porcelana de mi familia. Lo único que me quedaba era arrimar el ojo a la mirilla por enésima vez, mirar afuera con la angustia en el cuerpo, examinar el picaporte y regresar a la cocina, el único lugar del mundo en el que, por lo menos en cierta medida, me sentía seguro. Fuera, al otro lado de la puerta, empezaba a oscurecer, por el patio de la casa merodeaban los demonios de la selva que habían despertado por la imprudencia de algún conquistador español, y yo no me atrevía a abandonar aquel sendero plagado de espectros, aunque tampoco supiera por qué lo seguía ni adónde iba a llevarme.

«¡Falta un minuto para el Año Nuevo!», dijo el locutor de la radio, y calló, para dar tiempo a sus oyentes de que llenaran las copas de champán en medio del alegre barullo, para que encendiesen bengalas, apagaran las luces y empezaran a descorchar más botellas.

Corrí a la nevera, saqué la de vino espumoso y aún tuve tiempo de disparar el tapón de corcho al techo mientras sonaba la duodécima campanada. Luego aguardé a que la dulce espuma se perlara en la copa, abrí la ventana, tomé un trago y dejé que la brisa helada me acariciara el rostro. Olía a hollín, como si alguien hubiese encendido un horno de leña cerca. Un copo de nieve muy grande y transparente vino a posarse en mi copa. No pude evitar una sonrisa y sentí que las lágrimas se me agolpaban en los ojos.

Estaba contento de haberlo hecho a tiempo. Las cosas más comunes ganan en belleza y significado cuando sabemos que las hacemos por última vez.

«¡Feliz Año Nuevo!», gritó una voz por la radio.

EL ENCUENTRO CON EL DESTINO

Yagoniel había confirmado una vez más mis sospechas. Los procesos cósmicos que por casualidad presenciaba tenían una realidad objetiva y eran terribles en extremo. Pero, aunque mi sano entendimiento hubiera tenido acceso a una docena de pruebas adicionales, no habría cambiado mi situación: si no contaba con la ayuda de mi impávido compañero español, no lograría descubrir cómo había terminado la expedición en el siglo XVI. Había perdido la última llave con la que podría descifrar lo que estaba ocurriendo conmigo mismo y con el mundo entero.

Los fuegos artificiales habían llegado a su momento culminante cuando entré en la habitación para coger las páginas del último capítulo y leerlas con mayor detenimiento. Mientras clavaba repetidamente el tenedor en la ensaladilla Olivier, busqué indicios de los acontecimientos que tuvieron lugar tras la captura del autor. En la relación se solía aludir a descubrimientos y razonamientos que el anónimo cronista expondría luego, lo que parecía insinuar que había sobrevivido y no había escrito la relación hasta mucho más tarde, cuando conocía ya el final de la historia.

Sin embargo, en el último capítulo, por grande que fuera el cuidado con el que lo leía, no encontré ningún indicio de que el conquistador español pudiera salir vivo de la poza. Seguramente no hice otra cosa que tratar de insuflar nueva vida en el cadáver lívido e hinchado de un hombre que se había ahogado en el agua. «¡Al diablo con el español!», me dije. Por difícil que me resultara esa decisión, tendría que abandonarlo. Estaba tan muerto como mi colega de traducción, el empleado de la agencia Asbuka y mi pobre vecina. Que Dios se apiadara de sus almas pecadoras... Creo que eso es lo que habría dicho un sacerdote español del siglo XVI en semejante situación.

Como para despedirse del muerto, los perros del patio se pusieron a aullar en ese mismo momento.

Mi corazón dio un salto y se hundió en las tinieblas: al menos en mi caso, los perros vagabundos solían actuar como heraldos de los peligros de otro mundo. ¿Iba a recibir otra visita?

Pues entonces, ¿qué? Por todos los dioses, ¿qué podía hacer? ¿Seguir el

consejo de Yagoniel? ¿Apagar las luces, hacerme invisible para los espíritus? ¿Romper unos cuantos platos? Si no podía defenderme de su ataque, por lo menos intentaría esconderme...

Salí al pasillo, cerré todos los relés de seguridad, probé una vez más el picaporte, eché la cadena, anduve a tientas hasta la cocina, me bebí de un solo trago el champán que quedaba y arrojé a ciegas la copa contra los azulejos de la pared que estaba detrás de los fogones. El cristal se rompió al instante y los trozos se esparcieron por el suelo. Yo me senté al borde del sofá, y miré y escuché con toda mi alma.

Los perros se habían calmado y durante un tiempo no se oyó nada fuera. Un borracho berreaba la canción tradicional del carretero que se hiela, después estalló una rápida salva de fuegos de artificio y buscapiés... y luego reinó de nuevo el silencio. No se oía nada ni en la escalera ni en el pasillo. Aun cuando los ojos se me hubieran acostumbrado a la oscuridad, estar sin luz me inspiraba una gran inquietud. Pero, si las medidas de protección de los indios funcionaban de verdad, habría sido una ligereza imperdonable no aplicarlas.

Al cabo de diez minutos, no pude soportarlo más. Agarré una vela que tenía sobre la mesa de la cocina y la encendí... y me arrepentí al instante de haberlo hecho.

En mi habitación —o, mejor dicho, no en la habitación misma, sino en la calle, pero por la ventana abierta de la habitación— se oyó un grito lejano y apagado. Su contenido exacto era incomprendible, pero me pareció oír palabras en español. Tal vez algo así como «Ven aquí». No estaba seguro. Pero en ese momento me preocupaba otra cosa. Yo había cerrado la ventana de mi habitación con cinta adhesiva para lo que durase el invierno, y el conducto de ventilación del techo también estaba cerrado... Al hacer la ronda nocturna había comprobado que el pasador estuviera echado. ¿Se habría abierto solo? Pero ¿cómo? ¿O es que el sonido no venía de fuera?

A pesar de mi ilimitado respeto por Yagoniel, no osé entrar en la habitación sin encender la luz. Me arriesgué a ensuciarme: sostuve en alto el platillo con la vela de cera y me puse en marcha. En mis oídos resonaba el sordo rumor de los tambores de guerra de los indios. Pongo a los dioses por testigos de que en ese momento estaba dispuesto a todo: a que un jaguar furioso se arrojara sobre mí, a encararme con el implacable protector de las tumbas mayas...

Pero no había nadie. Había pensado que como mínimo me encontraría con una cortina agitada por el viento, pero eso habría significado que el conducto de ventilación se había abierto y los extraños sonidos procedían del patio. Sin embargo, en la habitación no se sentía ni la más mínima brisa, y,

aunque mis nervios estuvieran a punto de desgarrarse, allí no había nada más temible que las sombras de mis muebles adornados con arabescos que jugaban al escondite conmigo. Tan sólo el viejo espejo de la pared se veía algo torcido.

Había heredado ese espejo de mi abuela. Era casi tan alto como un hombre, con un marco dorado, muy grueso, con lujosas tallas. Dios sabría cuántos años tenía... Mi abuela lo había heredado de sus padres junto con los armarios de la cocina y las sillas de abedul de Carelia. El tasador le había calculado como mínimo ciento cincuenta años.

No lo utilizaba prácticamente nunca, porque el paso del tiempo lo había oscurecido. A decir verdad, nunca me había gustado mucho. Las imágenes quedaban siempre como desdibujadas y falsas, y a veces —si se miraba desde un determinado ángulo— incluso deformes, pero no de una manera cómica, sino incómoda, repulsiva, como cuando miramos un aborto conservado en formol en un gabinete de curiosidades antropológicas, como *Kunstkamera* de San Petersburgo. Era imposible concentrarse en la imagen... al cabo de medio minuto te dolían los ojos. Pero el honor familiar me impedía venderle el espejo a un anticuario, y por ello me había contentado con ponerlo en la pared más apartada, en un rincón, para verlo lo menos posible. Allí estaba, como una vieja araña que tratara de extender su finísima red de reflejos luminosos de un extremo a otro de la habitación. Si por casualidad me ponía a su alcance, el cristal de brillo deslustrado capturaba mi mirada con avidez. Si lograba retenerme por el raballo del ojo, no me quedaba otro remedio que resignarme y me acercaba a él durante unos segundos, para verme a mí mismo en el cristal empañado por la edad del viejo mueble y darle algo de vida.

En cierta ocasión, el taco podrido de madera no había podido aguantar más su peso, y el espejo había caído desde un metro de altura y se había estrellado contra el suelo. Pero su calidad era tanta que sólo se había desprendido una astilla del marco. No tuve problemas para que me la volvieran a pegar en su sitio, pero el carpintero me advirtió que otra caída como ésa podía tener consecuencias fatales para el cristal.

Ese era el motivo por el que me había fijado en su casi imperceptible desviación. Tenía que ponerlo bien y comprobar si se había aflojado algo, tal vez como consecuencia del terremoto. ¿Y si resultaba que, de puro miedo, había tomado por una voz lejana lo que no eran más que crujidos de su marco de madera?

Segundos después, no habría habido nadie capaz de convencerme de que tocara aquel espejo embrujado. Ni siquiera bajo la amenaza de un hierro al rojo vivo. La metamorfosis que había sufrido me resultaba totalmente incomprensible. Me quedé frente a él durante unos segundos y padecí un frío

cada vez más intenso, mientras buscaba mi verdadero espejo, con desesperación, pero en vano...

La superficie de cristal había quedado totalmente oscura. No veía en ella ni mi propio rostro ni la llama de la vela. Desconcertado, levanté la vela y la bajé de nuevo, como si el espejo fuese una ventana y hubiera alguien al otro lado que aguardara una señal convenida... Luego acerqué la llama al cristal. No cabía ninguna duda, el cristal aún estaba allí, pero, por motivos incomprensibles, había perdido sus propiedades.

El germen de una sospecha me heló la sangre en las venas: ¿Y si no era el espejo el que tenía el problema? Con una violencia que estuvo a punto de apagar la vela, me volví hacia la ventana. Mi rostro apareció en las tinieblas de la noche. De color bermejo, arrancado a la oscuridad por la llama que, trémula, echaba su humo, recordaba a una máscara de teatro griego desfigurada por la angustia. Pero, por lo menos, aún me hallaba dentro de mi cuerpo, y éste aparecía sobre las superficies reflectantes. Por lo menos sobre la mayoría.

Cobré valor y me decidí a investigar aquel asunto hasta el fondo.

La superficie lisa y negra parecía absorber toda la luz. En un primer momento me había llevado la impresión de que en el espejo no se veía nada, pero, tras contemplarlo con atención durante cinco o seis minutos, hasta que los ojos empezaron a dolerme, creí ver un perfil borroso en lo más hondo. Cuando le acerqué la vela para iluminarlo mejor, me pareció que su forma se había alterado, como si algo se moviera en el interior del espejo...

Me asaltaron a un tiempo el miedo y la curiosidad. Sentía la tentación de tocar la superficie oscura. Seguramente se formarían las ondas habituales en las superficies acuosas y mi mano se hundiría en ella... Cuanto más tiempo pasaba frente al espejo, más me convencía de que la lejana y extraña silueta no era una criatura de mi imaginación. Poco a poco se llenaba de vida, empezaba a moverse con rapidez cada vez mayor, hasta que, por fin, se puso a saltar de un lado a otro, como enloquecida, como si quisiera superar una barrera invisible, liberarse de una prisión.

Aterrorizado, aparté la mano del espejo y di un paso hacia atrás. No llegué a saber de qué se trataba: tan pronto como hube retrocedido, la enigmática llama empezó a desaparecer y a disolverse en las tinieblas. Antes de que pudiera hacer un nuevo intento, el teléfono sonó en el recibidor.

Por supuesto que después de todo aquello había dejado de pensar en la Nochevieja, y, en el tenso silencio, el teléfono pareció sonar con más fuerza e

intensidad de lo habitual, por lo que me llevé un buen sobresalto. Confuso, miré el reloj (si se daba crédito a sus manecillas, eran la una y media) y me acerqué con prudencia al teléfono, que sonaba sin parar. Al sentir el aroma de pinaza en el recibidor me di cuenta de que, por el momento, nadie me había llamado para desearme un feliz Año Nuevo. Carraspeé y levanté el auricular. No me importaba quién se hubiera acordado de mí: reaccionaría con toda la calma y la alegría que me fueran posibles.

—¿Se encuentra usted bien? —graznó una voz vagamente familiar al otro extremo de la línea. Su voz delataba preocupación.

—S-sí... —De pura sorpresa me atraganté con mi propia voz—. ¿Qué desea?

—Le habla el detective Nabatchikov, del GUV. Escúcheme, Dmitry Alexeyevich, tengo que rogarle que no salga de su piso ni le abra a nadie la puerta. Su vida podría correr peligro.

¿Qué había sido del tono cínico y desdeñoso del policía? Hablaba de manera muy distinta a la de nuestro primer encuentro: muy serio y concentrado. Podía ser que hubiera renunciado a hacer ese papel porque había descubierto nuevos e intranquilizadores detalles sobre el caso.

—¿Me oye usted bien, Dmitry Alexeyevich? ¡No salga del piso bajo ninguna circunstancia! Espéreme. Iré a su casa a primera hora de la mañana.

—Sí, sí, lo he entendido bien... ¿Ha sucedido algo? —Si Nabatchikov tenía un motivo concreto para preocuparse, quería saberlo cuanto antes.

—Se han producido varios asesinatos de carácter ritual. Se trata de sectarios, tal vez de un culto sacrificial... eh, tíos, ¿estáis idiotas o qué? ¡Esos ya no están para meterlos en una ambulancia! ¡Embolsadlos y aseguraos de que todo quede bien! —Estas últimas palabras, naturalmente, no se dirigían a mí. Se oían mal, porque, obviamente, había cubierto el auricular con la mano.

—Pero dígame, por favor, ¿y eso qué tiene que ver conmigo?

Me respondió en tono de reproche.

—Y usted, ¿por qué no me había dicho nada sobre el fin del mundo?

—¿Qué... usted también está al corriente? —No se me ocurrió hacerme el tonto, ni justificarme. Lo único que sentí fue un inmenso alivio al saber que había otra persona que compartía mi secreto, que existía un alma viva con la que podría discutir seriamente la situación sin miedo de que me mandaran al psiquiátrico—. ¿Cómo se ha enterado? ¿Piensa usted que es verdad?

—Por teléfono, no —me respondió secamente—. Eso ya tendría que saberlo usted. Se lo repito: espérenos, y esté alerta.

Se oyó un clic en el receptor y luego el típico y monótono crujido. Durante un minuto largo, escuché los tonos breves, y luego, por fin, colgué el teléfono y encendí de nuevo las luces. Regresé a la habitación y examiné con prudencia el espejo: ni rastro de fuerzas sobrenaturales. El hechizo debía de haberse roto en el mismo momento en el que había sonado el teléfono. Se me ocurrió que el carácter prosaico del policía tal vez me protegiera de lo inexplicable, que el puño de hierro de la policía quizá fuera más fuerte que el mortal abrazo de los tentáculos que amenazaba con arrastrarme a los cenagales de Yucatán.

Yo no le había confiado mi secreto al detective, y, sin embargo, éste sabía algo. En cualquier caso, estaba dispuesto a contarle muchas cosas. La carga que inopinadamente había caído sobre mis hombros era demasiado onerosa para mí. ¿Tenía claro el policía todo lo que le podía acarrear una conversación conmigo? Seguramente lo presentía, porque, si no, no me habría apremiado de esa manera.

Me eché en la cama, pero estaba tan nervioso que me pasé la noche entera dando vueltas, y tan sólo logré dormirme a medias hacia la hora del alba, sin llegar a reposar de verdad. Entonces oí que el detective subía por la escalera y acudí a la puerta cuando estaba a punto de llamar al timbre.

Nabatchikov llevaba un sencillo maletín de imitación de cuero en la mano. Fue directo a la cocina, sin descalzarse, como si estuviera en su casa. Dejó el maletín sobre la mesa y me miró expresivamente. Aguardé a que hablara.

—¿No se le habría ocurrido que su implicación en este asunto pasaría inadvertida a los cuerpos y fuerzas de seguridad? —me preguntó, y me miró con una sonrisa irónica y benévola, como si se hubiera tratado del Gran Inquisidor.

—Trate de comprenderme —empecé a decirle, nervioso—, las circunstancias son tan excepcionales que había llegado a dudar de mi propia cordura. Usted mismo vio las huellas del jaguar. Pero eso no es todo: vino también un gólem...

El detective arrugó la frente.

—Aquí no hay ningún jaguar ni ningún gólem. Lo veo a usted bastante crecido. No me venga con idioteces.

—¿Disculpe? —le repliqué, pero hizo un gesto de impaciencia.

—¿Por qué no nos dijo usted que conocía el motivo de la muerte de su vecina? ¿Es usted consciente de que al actuar de esa manera se convirtió en el principal sospechoso?

—¿Yo? Pero usted mismo vio que también me habían atacado a mí —dije confuso, entre tartamudeos—. Es más, el ataque iba dirigido contra mí... el jaguar... en realidad se trata de un hombre animal...

—Pero ¿qué me está diciendo todo el rato sobre un jaguar? —me respondió, irritado—. Seguro que escuchó nuestra conversación en la escalera y ahora se agarra a un clavo ardiendo, ¿eh que sí? ¿Por qué no nos habló de la cuestión principal?

—¿La cuestión principal?

—¡Usted sabía muy bien desde el principio que todo este caso gira en torno a su trabajo!

—Pero ¿por qué...?

En ese momento, el detective abrió el maletín con el mismo gesto con el que un carnicero le habría rajado el vientre a un gorrino. Metió la mano dentro y sacó un montón de hojas de papel manchadas de sangre.

—¿Reconoce usted esto?

Lo reconocí en seguida: eran las primeras páginas de mi traducción... mi copia personal, que en un momento de cobardía se me había ocurrido dejar junto a la trituradora de basuras y que alguien se había llevado de allí. Pero ¿de dónde las había sacado el policía?

—Usted le había entregado estas páginas a su vecina para que se las leyera, ¿verdad que sí? No me mire de ese modo. La letra de las anotaciones marginales es idéntica a la de sus cartas de protesta a la administración del edificio. ¿O es que las denuncias también se las escribió su gólem? —Hizo una mueca sardónica.

Me esforcé en vano por poner orden en mis ideas.

—¿Los tenía la vecina?

Nabatchikov agitó las hojas ante mi nariz.

—Es obvio que la señora no comprendió el valor de su trabajo y metió las hojas en el armario de los periódicos viejos. Parece ser que al asesino no se le ocurrió buscarlas allí.

—Le juro que no... nuestra relación no era tan mala como para que...

Dejé la frase a la mitad, porque mis pensamientos iban ya en otra dirección. La pobre Serafima Antonovna... yo había atribuido el robo de mis traducciones a demonios y criaturas metamórficas, y resultaba que se las había llevado mi indiscreta vecina. Entonces, ¿la terrible muerte que había sufrido durante la noche del terremoto no había sido casualidad? Habían ido a buscarla

con toda la intención, igual que al empleado de la agencia. ¿Igual que a mí?

El detective, sin que se lo hubiera pedido, retomó el hilo de mis pensamientos.

—Y tampoco nosotros nos habríamos fijado en estos papeles, si no resultara que un tal Semyonov, empleado de la agencia Asbuka, había desaparecido de manera sospechosa. El método empleado era el mismo, y no se necesitaba ser un genio para conectar ambos asesinatos. Del tal Semyonov quedaron tan sólo cinco litros de sangre esparcidos de manera irregular sobre veinte metros cuadrados de oficina. Vaya casualidad: el mismo Semyonov que, de acuerdo con los registros de la empresa, había recibido sus traducciones del español.

Tan sólo me quedaban fuerzas para ir asintiendo a sus explicaciones.

—Y hoy por la noche, pocos minutos después de las doce campanadas, tengo que dejar a familia y amigos y conducir hasta Bibirevo, porque resulta que allí, sobre el techo de un edificio recién construido, un grupo de desconocidos les ha abierto la caja torácica a otros desconocidos, les han arrancado el corazón y les han cortado la cabeza. Se lo voy a decir a usted: hacía muchísimo tiempo que no veía tanta sangre junta. —Hizo una pausa para recrearse en mi miedo y mi repugnancia, con la misma cara que ponen los niños al torturar a un insecto.

»¿Y qué hemos encontrado en el lugar de los hechos? —dijo, elevando súbitamente la voz, una vez que se hubo convencido de haber logrado el efecto que deseaba—. La continuación de su trabajo, Dmitry Alexeyevich. Así como unas anotaciones casi incomprensibles sobre el inminente fin del mundo.

—¿Qué clase de continuación? —le pregunté, boquiabierto.

—Un momento... —Volvió a meter la mano en el maletín, buscó algo en su interior y sacó más páginas cubiertas de manchas de sangre—. A ver... ¿dónde estaba eso? Ah, sí... «... en el que se revelaba el futuro de los mayas y del mundo entero, siglo tras siglo, y se anunciaba su inevitable final, y las profecías llegaban hasta el día en el que el cielo se precipitaría sobre la tierra» —murmuró, mientras recorría las líneas con el dedo—. Y luego: «Que dicho manuscrito describía también todos los signos por los que se sabría que se acercaba el Apocalipsis, para que los iniciados los comunicaran a los otros mayas, y con ello el pueblo de los mayas tuviera tiempo suficiente para plegarias y otras preparaciones necesarias. Que este conocimiento era un secreto que se ocultaba por igual a hombres, demonios y dioses». —Dejó las páginas sobre la mesa con ademán triunfal—. Así pues, hemos encontrado su traducción, o algún indicio que nos conducía hasta ella, en el escenario de tres

asesinatos distintos, uno de los cuales, permítame que se lo recuerde, es un asesinato múltiple. Y por ello pensamos...

Me apoyé en el marco de la puerta y traté de calmarme, de concentrarme, de encontrar, con toda la rapidez que me fuera posible, argumentos para defenderme de su ataque.

—Ahora le voy a contar de qué va todo esto, y usted, por su parte, me revelará su papel en esta historia, ¿le parece bien? Actúa en Moscú cierta secta pagana que cree hallarse bajo el influjo de unas profecías amerindias que anuncian el fin del mundo. Sus traducciones los reforzaron en su convicción... aunque no descartamos la posibilidad de que se haya inventado usted los textos. En cualquier caso, esos fanáticos han llevado a cabo una serie de asesinatos rituales. Eligieron como víctimas a personas que molestaban a los sectarios (¿o tal vez a usted, Dmitry Alexeyevich?), o que de manera inconsciente tuvieron contacto con sus escrituras sagradas. —Enarcó las cejas con ironía—. Casos como éste nos los encontramos cada día, y también ocurren en el extranjero. Satanistas, Testigos de no se sabe quién, fundamentalistas ortodoxos... Los autores de los crímenes se consideran a sí mismos elegidos y piensan que su proceder se verá recompensado al llegar el Juicio Final. Buf... ya tenemos las huellas dactilares y en estos momentos las están analizando en el laboratorio. Dentro de poco nos llegarán los resultados. Como aún no los tenemos y no podemos acusarle a usted de nada, estaría bien que aprovechara la oportunidad y confesara voluntariamente que ha sido el instigador y líder espiritual de la secta.

Desesperado, empecé a sacudir la cabeza, como si me llevaran al patíbulo amordazado, y encadenado de manos y pies, y aprovechara la última oportunidad para expresar mi protesta.

Como en esta ocasión había venido sin acompañante, Nabatchikov tenía que hacer a la vez los papeles de poli bueno y poli malo. La mueca maliciosa se esfumó de su rostro sin afeitar, y en vez de ésta apareció otra que pretendía expresar comprensión, e incluso misericordia.

—¿O es usted también una víctima? ¿Acaso se han aprovechado de usted? ¿Le han *obligado* a trabajar en este texto? ¿Y había llegado a un momento en el que ya no se atrevía a dejarlo porque temía por su vida?

—No sabía a quién podía dirigirme —le susurré—. La policía no se encarga de fenómenos mágicos.

—Si usted supiera de cuántas cosas tiene que encargarse la policía... —Suspiró y se golpeó la barriga—. Pero le voy a decir que aquí no se ha producido ningún fenómeno mágico. ¿Acaso ha llegado usted a ver al tigre y al

diablo ese de los que nos hablaba? ¡No! Ni tampoco los ha visto nadie. Los asesinos han tratado de despistarnos con pistas falsas. Pero también podría ser que perteneciera usted a su secta. Bueno, volvamos al asunto principal. Acaba de decirnos usted que esos asquerosos textos estaban traducidos del español. ¿Podría darme el original?

—Sí, por supuesto. Ahora mismo. —Entré en la habitación y salí con las páginas cortadas en la mano.

—Este material pasará a nuestro archivo —me dijo categóricamente el detective, y se guardó las páginas en el maletín.

—Espere... es que tendría que devolverlas a la agencia...

—No se preocupe, de eso ya nos encargamos nosotros. Pero tendría que decirnos el nombre de esa agencia. —Una sonrisa taimada apareció en su rostro—. Nombre y dirección.

—Akab Tsin —y se la deletreé.

En cuanto lo hubo apuntado todo con letras grandes y esmeradas, cerró el bloc de notas y me señaló amenazadoramente con el bolígrafo.

—No salga de casa durante las próximas veinticuatro horas. Hoy mismo visitaremos esa agencia, y luego, en principio, no tendría que pasar mucho tiempo hasta que hayamos resuelto el caso. Si lo buscan a usted para matarlo, y todo apunta a que ése es el caso, no puedo asegurarle que llegue vivo al final de esta historia.

Agarró el maletín y se dirigió a la puerta. Entre suspiros, se abrochó el abrigo y me dijo:

—¿Por qué tenía que suceder todo esto precisamente hoy? Nos lo pasábamos tan bien en la fiesta familiar... y hoy por la noche queríamos ir con los niños al teatro, a la celebración de beneficencia de la Anisimova...

Me quedé perplejo.

—¿De quién?

—De Valentina Anisimova. Íbamos a ver marionetas. Parece que darán una magnífica función, creo que sobre la conquista de América Latina. Ya vimos *La aventura de Petrushka*... Los críos estaban entusiasmados...

—Espere un momento... ¿la tal Anisimova no se había muerto hace diez años?

—Pero ¡qué tonterías! Claro que no. ¿De dónde ha sacado usted eso? Asistimos a esa representación hace dos semanas y ella misma salió al escenario.

De pronto, me abandonó el sentido de la realidad, y, con tal de convencerme de que no estaba dormido, me miré la palma de la mano, de acuerdo con el método de Carlos Castaneda, y me pellizqué la pierna con disimulo.

—Bueno, espero que todo vaya bien. —Cruzó el umbral—. Pórtese bien y mañana volveremos a vernos.

—Si entretanto no se acaba el mundo... —murmuré entre dientes, pero el detective lo oyó. Negó con la cabeza, defraudado.

—Pero ¿de verdad cree usted en esas tonterías? Despierte de una vez. Eso no va a ocurrir.

En el mismo instante se oyó en la calle la alarma de un coche, luego otra, y al cabo de unos segundos el estridente sonido se adueñó del patio entero, como si todos los coches se hubieran contagiado de una especie de histeria. Oí en la cocina el tintineo ya familiar de la vajilla y me di cuenta al instante de lo que sucedía.

—¡Venga aquí! —le grité a Nabatchikov—. ¡Póngase bajo el marco de la puerta! ¡Un terremoto!

Los contornos de las paredes, el hueco del ascensor, la silueta iluminada de la ventana... todo se desdibujó, perdió sus aristas, pareció encrespase, como si no estuviera hecho ya de materia sólida, sino de gelatina blanda y carente de firmeza. El temblor se hizo sentir en los pies y en los brazos con los que me agarraba al marco de la puerta, se adueñó de mi cuerpo y durante unos minutos interminables sufrimos sacudidas tan implacables que llegué a pensar: Esto es el fin...

Oí gemir a la casa entera. Nuestro sólido edificio, construido por cautivos de guerra alemanes de acuerdo con su mejor criterio y con el terrible miedo que les inspiraban los fusiles de los rigurosos agentes de la NKVD, se resistió, se agarró al suelo con todas sus fuerzas como un roble centenario. En el techo aparecieron grietas en líneas quebradas, se desprendieron gruesos trozos de yeso, los ladrillos se desmigajaron; en uno de los pisos de arriba, algo cayó al suelo con gran estrépito. Los gritos de angustia y el chillido de las mujeres se oyeron por toda la escalera. El ascensor se había detenido en uno de los pisos de arriba con un chirrido diabólico. Dentro había alguien que gritaba, presa del pánico.

Aquel temblor duró mucho más que el primero. En aquella otra ocasión, cesó sin darme tiempo a comprender lo que ocurría. Pero, al terminar este segundo terremoto, me costó creer que la pesadilla hubiera terminado y que se nos hubiera concedido un período de gracia.

Me froté los ojos y tosí para expulsar el polvo de los pulmones. Nabatchikov se había puesto ya en pie. Tenía el rostro blanco como un actor del teatro *kabuki* y se sacudía afanosamente el abrigo.

—Nos atendremos a lo acordado —me dijo—. ¡No se deje usted asustar!

—Es que... —traté de objetarle, pero se marchaba ya a toda velocidad escaleras abajo. Lo seguí con la mirada y le grité—: ¡Tiene la espalda toda blanca...!

Quizá tendría que explicar por qué no me atuve a la prohibición del policía y me dirigí en persona a Akab Tsin. El encuentro con Nabatchikov había sido muy distinto de lo esperado. En vez de un oyente atento y un protector, había tropezado de nuevo con un cínico detective. Yo mismo no comprendía cómo se me había podido ocurrir que se transformara a raíz de los asesinatos rituales.

Es comprensible que me sintiera traicionado. Me había quitado las páginas de la crónica, me había abandonado a la merced del hombre jaguar o de los asesinos de la secta —poco me importaba cuál de los dos— y para postre me había exhortado a «portarme bien».

Un huracán soplaba en mi interior. Me daba cuenta de que el policía me había utilizado sin más. Yo me había sincerado para ayudarlo en sus pesquisas y eso había sido una estupidez y una ingenuidad. Me había dejado dominar por la soledad y el miedo, pero luego me sentí como un traidor para con los que me habían confiado los secretos del universo. Quería expiar mi falta y probablemente eso explica mi repentina decisión de llamar a la agencia. Fue en vano: cuando ya llevaba veinte minutos al teléfono y había escuchado un centenar de veces la señal, se me ocurrió que la línea debía de estar averiada, me vestí con rapidez y salí a la calle. Tenía que llegar a la agencia antes que la policía para poder advertirles. Quizá de ese modo me ganara su perdón.

Por todas partes aullaban las sirenas. En medio del patio, una ambulancia le hacía señales a un UAZ de la policía. Los enfermeros se habían puesto gruesas chaquetas sobre sus batas blancas y corrían de un lado para otro con las camillas. Pensé que no era de extrañar que algunos corazones no resistieran la tensión. A mí mismo me había faltado muy poco para sufrir el mismo destino que el pobre hombre que estaba allí...

Varias de las casas de Arbat se habían venido abajo. Un edificio construido recientemente para nuevos ricos, no muy lejos del metro, había demostrado al instante la fragilidad de su columna vertebral y se inclinaba por

minutos, rodeado por un agitado enjambre de camiones de bomberos y unidades de cuidados intensivos.

En el Anillo de los Jardines, que a esa hora solía estar abarrotado, todos los coches se habían detenido. No había manera de pasar. Incluso el metro parecía hallarse en una situación crítica: todas las puertas de roble de las entradas estaban abiertas de par en par y vomitaban masas de pasajeros cubiertas de porquería que andaban a tropiezos y bizqueaban mientras salían al exterior. Vista la situación, decidí ir a pie.

Había un número inconcebible de seres humanos por las calles. En su mayoría andaban perdidos, o erraban como sonámbulos. Era evidente que el pánico los había hecho salir de sus pisos y que el temor a nuevos terremotos les impedía regresar a ellos. Allí donde se habían derrumbado edificios enteros, habían quedado huecos en las hileras de casas. Dos ancianas tanteaban con sus bastoncitos los escombros de uno de esos edificios. A simple vista se veía que buscaban a un gatito desaparecido, y que se negaban a abandonar el lugar, pese a las indicaciones de los equipos de salvamento.

Agentes novatos de la policía, jovencísimos, con orejas de soplillo, perseguían de mala gana a los saqueadores que desvalijaban los escaparates destrozados de las tiendas caras. Obesos agentes de tráfico se afanaban en abrir, por lo menos, un carril para los equipos de salvamento, mientras las ambulancias se metían por los callejones y retiraban a los heridos de las puertas de las casas.

No quedaba nada del humor festivo del día anterior, ni tampoco de la majestad del invierno: de un día para otro, la temperatura había subido, los cúmulos de nieve se habían enturbiado y se fundían como terrones de azúcar dentro de una taza de té. Mis pies chapoteaban en el fango y estaba claro que las botas y los bajos del pantalón estarían hechos una porquería al cabo de cien metros. La atmósfera estaba extrañamente cálida y húmeda.

Corrí con todas mis fuerzas hasta quedarme sin aliento, y luego proseguí a paso ligero, hasta que por fin, agotado, arrastraba los pies. Pasé entre edificios destruidos de los que escapaban pequeños grupos de personas dominadas por el pánico, entre mujeres llorosas y niños que chillaban, entre coches abollados y tiendas de campaña que empezaban a aparecer, entre hileras de tremendas bolsas de plástico negro, entre hombres que les hablaban a las bolsas como si sus hijas, sus padres, sus mujeres, aún hubieran podido escucharlos...

Moscú ya no era la misma. El esplendor de la ciudad, su ociosa y satisfecha vanidad, se habían desvanecido, como si le hubiesen dado una única y sonora bofetada. Sus habitantes, normalmente seguros de sí mismos y presuntuosos, se veían impotentes, amenazados por todas partes. Las

guirnaldas de bombillas y los carteles con los alegres saludos de Año Nuevo estaban destrozados, y un viento fuerte que olía a carne putrefacta se ensañaba con ellos, los hacía caer a los charcos y los propulsaba de nuevo hacia las alturas.

El preludio había terminado.

¡Idiota! ¡Fracasado! ¡Cómo había podido entregarle el diario a ese canalla cínico y descreído! Le había vendido el alma al defensor del orden por un precio insignificante, y luego, como de costumbre, había escondido la cabeza en la arena. Había caído en el viejo truco de los policías, había creído en vanas palabras de misericordia. ¿Qué diría cuando llegase con las manos vacías a la agencia, sin la traducción, sin el original siquiera, como un Judas sudoroso, menesteroso, arrepentido?

¡Si por lo menos Nabatchikov no se me adelantaba...! ¡Si lograba llegar al elegante edificio donde se hallaban las oficinas de Akab Tsin antes de que la policía pudiera sellarlo! Pero en un día como ése los agentes debían de tener otras preocupaciones mucho más urgentes que los traductores sectarios. No se veían por ninguna parte indicios de que anduviese por allí una unidad especial. La puerta de entrada se abría y cerraba solícitamente, había personas que entraban a toda prisa en el edificio y que volvían a salir. Su bulliciosa actividad no se había detenido por el terremoto.

El vigilante estaba ocupado y por ello entré sin que se diera cuenta. Llegué al ascensor y pulsé el número cuatro. Las puertas no se cerraron y la cabina tampoco se movió. ¡Qué raro! La iluminación sí funcionaba.

Para asegurarme, pulsé otro botón, y al cabo de unos instantes salí al segundo piso, donde se hallaban las oficinas de un analista financiero. Pero desde allí tampoco conseguí subir: el maldito ascensor no reaccionaba. Regresé a la planta baja y busqué la escalera... pero no la encontré. Así pues, tuve que dirigirme al guarda jurado. No era el mismo del otro día, pero lo identifiqué por el uniforme.

—Creo que tienen un problema con el ascensor —le dije sin más preámbulos, con la esperanza de encontrarlo desprevenido.

Se le erizó el bigote y se irguió cuan largo era.

—¿Cómo dice? ¿A qué piso quería ir?

—A la agencia de traducción Akab Tsin, en el cuarto piso. Pero el botón no funciona... el ascensor no sube.

—Usted está de broma, ¿no? —me respondió, y arrugó la frente—. ¿De qué agencia de traducción me habla? Aquí solamente hay oficinas bancarias. No

hay ninguna agencia y no recuerdo que haya habido ninguna. Y ya llevo dos años trabajando aquí.

Entonces me llegó a mí el turno de ponerme insolente.

—¡Debe de ser usted quien está de broma! Hace sólo unos pocos días que les entregué un encargo. Estoy totalmente seguro: se encuentran en el cuarto piso.

—Pero oiga, ¿de qué cuarto piso me habla? Mire, joven, vaya a la otra acera y véalo usted mismo: ¡Este edificio sólo tiene tres pisos! Ese botón no ha funcionado nunca, está porque no había otro tablero disponible cuando instalaron el ascensor. ¡Bueno, y ahora, que tenga un buen día!

Y me empujó hacia la puerta con su impresionante panza.

Era verdad: la casa tenía tres pisos. ¿Cómo podía ser que no me hubiera dado cuenta antes?

Los conté como mínimo diez veces, di una vuelta en torno a la casa y miré desde detrás. No cabía ninguna duda de que se trataba del mismo edificio. Pero había desaparecido el rótulo que decía: «Agencia de traducción Akab Tsin». Aunque sabía muy bien que quien me viese me tomaría por imbécil, llegué a frotar con la manga los letreros de latón de las otras empresas... quizá hubieran tapado el que yo buscaba... ¿y si todo había sido una ilusión óptica? No logré nada con mi ridícula actuación: los carteles estaban clavados a la pared, los había incluso con arañazos y con una ligera pátina.

Estaba tan furioso que escupí al suelo y di unos pasos hacia atrás, y entonces choqué de espaldas con un hombre viejo, flaco, no muy alto, tocado con una gorra como la de los antiguos miembros del Politburó. Miraba con atención los rótulos de las empresas con sus gafas de carey, tan perplejo como yo.

—Disculpe, ¿verdad que en este edificio había una agencia de traducción? —me preguntó.

—Hace un par de días había una —le respondí, inseguro—. Al menos a mí me lo parece...

—Ah, ya. Sí, claro... —dijo con aire reflexivo—. Bueno, pues quizá tendría que marcharme... Muchas gracias, en todo caso. Me ha ayudado usted mucho. —El hombre cojeaba, se marchó con zancadas de pingüino propias de unas piernas reumáticas.

Debía de ir con prisa, porque no se dio cuenta de que una hojita de papel se le caía del bolsillo del abrigo y descendía lentamente hasta el suelo.

— ¡Espere! ¡Se le ha caído algo! — El papel se posó sobre la porquería de la calle, pero, cuando lo recogí, el anciano había desaparecido tras una esquina.

Limpié la hoja de papel y le di la vuelta. Había una dirección anotada con pluma estilográfica: una calle y un número que se transformaban ambos, gradualmente, en un borrón de tinta: «Calle de Itzamná n.º 23».

EL FIN DEL MUNDO

¿Pura casualidad? No podía ser. Itzamná... conocía mejor ese nombre que el de cualquier otro dios maya. Era uno de los dioses más importantes de los mayas, el fundador de su cultura, inventor de la escritura, patrón de los eruditos e intérprete de las estrellas, esposo de la luminosa Ixchel...

Mis pensamientos andaban desbocados. Me sentía como en el salto de la muerte de una montaña rusa: retazos de imágenes pasaban por mi lado, presunciones a las que apenas había dado forma... Me agarraba con desesperación a la barra de la vagoneta mientras mis hipótesis y suposiciones se movían en espirales cada vez más salvajes.

El viejo buscaba lo mismo que yo: una agencia de traducción que, según el vigilante, no había existido jamás, aunque yo mismo la hubiera visitado en varias ocasiones. Daba igual que Akab Tsin hubiese ascendido al éter, o que se hubiera escondido en el sótano. Lo importante era que dos personas distintas tenían noticia de su existencia: una de ellas les había dado capítulos de una antigua crónica española para que se los tradujeran, y la otra los traducía al ruso y entregaba las páginas traducidas. Al final resultaría que la agencia no era más que un apartado de correo para la correspondencia entre esas dos personas.

Acababa de hablar con alguien que, al igual que yo, estaba convencido de la existencia de Akab Tsin. Pero casi seguro que la relación entre esa otra persona y mi trabajo no se me hubiera hecho evidente si el viejo no hubiese perdido la nota con el nombre del dios maya. ¿Acaso podía tratarse de una casualidad?

Algo me decía que no volvería a entrar jamás en Akab Tsin. Aunque se tratara de meras especulaciones, cabía la posibilidad de que la agencia hubiese desaparecido porque yo no había pasado la prueba, porque no había sabido guardar los secretos celestiales que me habían sido confiados, sino que, por cobardía y pobreza de espíritu, los había entregado a los poderes terrestres.

De todas maneras, no me quedaba otro remedio que aceptar que no tenía ninguna posibilidad de recibir una nueva parte del trabajo, aun en el caso de que la gente de Akab Tsin se hubiese escondido simplemente por haber

recibido una llamada de la policía. Porque no sólo los había denunciado, sino que también había dejado en manos de éstos el original de uno de los capítulos.

El inestable puente de cuerdas que me había unido con mi cliente como a través de una niebla impenetrable se había roto por fin. Se me había arrebatado la posibilidad de tomar una decisión por mí mismo. Y entonces se me hizo insoportable la idea de que me arrojasen del carro de guerra de los dioses, y de quedar condenado a arrastrarme hasta el fin de mis días por la mugrienta cuneta de mi vida mediocre y sin sentido. Aunque el día antes me hubiera decidido abandonar la traducción de la crónica.

Pero, en ese momento, el destino, por descuido o por compasión, me había ofrecido un clavo ardiendo al que agarrarme: mi encuentro con el misterioso cliente, o, por lo menos, con su mensajero. ¡No podía permitir que se me escapara! Así, me eché a correr, con la hoja de papel en la mano, en un intento por dar alcance al viejo.

En poco más de dos minutos, el viejo debía de haber recorrido una distancia impresionante, y si su gorro de piel de cordero pasada de moda no hubiese emergido una y otra vez sobre el mar de cabezas como el corcho de una caña de pescar, lo habría perdido de vista.

Me enterré en la inerte masa humana, me abrí camino a codazos, pisé pies ajenos, ignoré gritos de protesta y amenazas, todo con tal de alcanzar mi objetivo. El gorro se alejaba por la corriente de cuerpos humanos, se balanceaba sobre su superficie, repetidamente se sumergía y volvía a emerger. Yo, por el contrario, avanzaba a seis, a siete nudos, lo cual habría estado muy bien para un tiburón. ¡Pero, por extraño que pudiera parecer, no lograba reducir ni un solo metro la distancia que me separaba del viejo! Una sensación desagradable se adueñó de mí, como una pesadilla en la que los músculos se quedan sin fuerza: tratas de correr y mueves sin resultado unas piernas como de goma, una tras la otra, sin lograr desplazarte.

De repente, el gorro-boya hizo un movimiento brusco, como si un pez gigantesco lo hubiera mordido, se alejó hacia la derecha y, sin más, desapareció de la superficie. Traté de fijarme en el lugar por donde lo había perdido de vista, salté a la calzada —donde un ruidoso camión estuvo a punto de atropellarme— y corrí en dirección paralela a la de la acera, como un pez volador que brinca por la superficie del mar para explorar el entorno. Había desaparecido allí, al lado del cartel publicitario. En ese mismo lugar, un estrecho pasaje se abría a la acera ancha y abarrotada. ¿Podía ser que el viejo se

hubiera metido por él?

Para estar más seguro, subí de nuevo a la acera, me sumergí una vez más en la multitud y me abrí paso a codazos hasta que, por fin, derrengado y sudoroso, entré dando traspiés en un callejón miserable y desierto. Estaba flanqueado casi en su totalidad por deteriorados edificios de tres pisos. Tuve una suerte fenomenal: a sólo unos trescientos metros más allá descubrí la figura cojeante. Si hubiese llegado unos segundos más tarde, probablemente habría perdido la pista al viejo. En aquel mismo momento llegaba al cruce siguiente y, ante mis propios ojos, giraba a la izquierda.

—¡Espere! ¡Alto! —le grité con todas mis fuerzas, pero no pareció que me oyera.

El callejón por el que se había metido inspiraba recelo: pavimento viejo de adoquines, casas sucias con postigos claveteados, ni un solo coche aparcado, ni un alma.

Sin embargo, no se me ocurrió ni por un momento abandonar la persecución. Si el viejo era quien yo pensaba que era, podría responderme a todas mis preguntas. ¡A todas! ¿Quién, si no él, sabría qué suerte había corrido el conquistador español que había acabado en el fondo de una poza sacrificial? Si la crónica tenía más capítulos, debían de hallarse en manos de ese hombre. ¿Habría ido a la agencia para preguntar por la traducción del último capítulo, o para entregarles uno nuevo? Quizá lo llevara encima, y si le daba alcance, tan sólo tendría que presentarme, explicárselo todo, y...

¿Darle alcance? A pesar de su visible reumatismo, el viejo avanzaba con sorprendente celeridad. Yo ya sentía aguijonazos en los pulmones, la caja torácica se me hacía demasiado estrecha para los latidos del corazón y los músculos se me enrigidecían. Una y otra vez traté de llamar al enérgico anciano y lo único que conseguí fue quedarme todavía más exhausto. O bien estaba demasiado lejos de mí, o bien era duro de oído. O se había dado cuenta de mi persecución y le daba miedo esperarme.

Cuando por fin aminoró el paso, pensé que mis violentos gritos habrían llegado a sus oídos. Pero entonces me llevé la impresión de que el viejo quería orientarse. Al cabo de un instante desapareció por el portalón de acceso a un patio interior. La ventaja que me llevaba fue suficiente para que no estuviera visible cuando llegué allí. Con todo, aún se oían sus pasos. Tras unos instantes de vacilación, entré en el patio para buscarlo.

Nunca en mi vida había visto patios tan extraños en esta ciudad. Parecía

que provinieran de otro tiempo y otro mundo. Me sentí transportado a los decorados medievales de una película histórica realizada bajo la poderosa influencia de las fantasías gráficas sin vida de M. C. Escher. Pasajes estrechos y tortuosos en los que se amontonaban los trastos más inimaginables: cochecitos infantiles llenos de agujeros, muebles a trozos, ruedas de bicicleta herrumbrosas y estatuas de escayola medio rotas, vallas de dachas con la puerta torcida que parecían delimitar propiedades diversas, escaleras de incendios que se perdían de vista en lo alto, y por encima de todo ello, a la altura del piso más alto, una galería de madera, techada, como en la pared de un castillo nobiliario francés.

Me llegaban a los oídos retazos de conversación: voces de niños alegres y animadas, voces arrulladoras de enamorada, palabrotas, el tintineo de cristales en una fiesta de sociedad. Pero no se veía a nadie y las ventanas estaban cubiertas de polvo, muertas y desiertas. Tuve el presentimiento de que el viejo se había metido a propósito por aquella entrada para esconderse. Y lo había logrado: las voces espectrales no tardaron en ocultarme el sonido de sus pasos, igual que una tormenta de nieve esconde las huellas de los caminantes.

Anduve sin rumbo durante un buen rato, hasta que por fin me metí en un callejón sin salida y encontré una puerta baja de madera bajo un pequeño tejado de pizarra. La escalera que se hallaba en el interior no era menos rara: tenebrosa, muy empinada, con los peldaños estrechos, de no más de medio metro de anchura. Pongo por testigo al todopoderoso Itzamná: habría subido hasta el último escalón con tal de dar alcance al viejo. Pero entonces vi al fondo una puerta que se abría y cerraba bruscamente, como empujada por un viento intranquilo, y me pareció que lo más probable era que el viejo no hubiese subido por los difíciles peldaños, sino que se hubiera metido por el otro lado del edificio. ¡Lo seguiría por allí!

Abrí la puerta, salí afuera y me quedé pasmado. Por increíble que pudiese parecer, el laberinto que había en el patio me había llevado hasta el barrio de Arbat, hasta el edificio de la antigua biblioteca infantil, y, por tanto, hasta mi antigua agencia de traducción. Tampoco estaba muy lejos de mi propia casa. ¡Regresar desde allí no me llevaría ni la tercera parte del tiempo que había tardado en llegar hasta la Akab Tsin! ¿Qué hechizo podía ser aquél?

En contraste con los extraños callejones y patios interiores por los que había perseguido a mi supuesto cliente igual que Alicia persiguió al conejo blanco, allí se apretujaban densas multitudes. El edificio más cercano —una casa de pisos sólida y gris— se había partido por en medio, como si le hubieran asestado un hachazo. Los bordes de la herida estaban bastante separados entre

sí y permitían verle las entrañas. Desde la planta baja hasta el quinto piso se distinguían las habitaciones: a veces un dormitorio con un viejo papel de pared, a veces una habitación remozada a costa de un elevado presupuesto, a veces una taza de inodoro, suspendidos sobre el abismo. Recordaba a una gigantesca casa de muñecas plegable. De vez en cuando, los monos azules de los equipos de salvamento aparecían en las puertas. Miraban si aún quedaba alguien atrapado en el interior. Cerca de la puerta se elevaba ya un pequeño montículo de sofás, televisores, ordenadores y maletas llenas de vestidos. Los vecinos querían poner a salvo sus pertenencias más valiosas y exigían a voz en grito que la policía levantara el cordón y les permitiese volver al edificio antes de que acabara de derrumbarse.

¿Y la antigua biblioteca? ¿Estaría intacta? Sentí un aguijonazo en el pecho: aquel discreto edificio en Arbat que casi nadie necesitaba para nada era uno de los pocos lugares de Moscú que me inspiraba una inexplicable ternura.

El terremoto lo había respetado. Aquel edificio de madera del siglo XIX era más estable que los monumentales bloques del estalinismo y los ostentosos edificios de pisos de alto *standing* que se construían los ricos con dudoso gusto, y también que las chabolas de varias plantas de la época de Khrushchov. Los precintos de la Brigada Criminal se habían roto.

Sin saber muy bien por qué, me acerqué a la puerta y agarré el picaporte. Giró con inesperada facilidad y la puerta se abrió con un desagradable chirrido. Eché una rápida ojeada a mi alrededor y luego entré. El alboroto me vino de perlas: reinaba tal agitación que nadie me vio entrar en el edificio de oficinas abandonado.

En el interior reinaba la penumbra y el aire estaba viciado como el de una cripta cerrada durante siglos. Más adentro se distinguía como una franja en el suelo... era oscura y siniestra. Saltaba a la vista que la policía aún no había autorizado al propietario de las oficinas a entrar en el edificio.

Aparté la mirada de ella y me acerqué a la mesa donde solía recibirme el bilioso Semyonov. La escasa luz no me permitía ver bien su lugar de trabajo, pero me imaginaba lo que encontraría allí.

Estaba sobre el mostrador... entre el yeso que se había desprendido del techo y el polvo de los libros. Me bastó con palpar el cuero cuidadosamente trabajado para reconocerla... la carpeta con el monograma dorado en la que me habían entregado el primer, no, en realidad, el segundo capítulo del antiguo libro.

No perdí mucho tiempo en buscar explicaciones, sino que agarré la carpeta, me marché precipitadamente de la biblioteca y anduve a toda prisa

hasta mi hogar, hasta mi cueva. No temía ya al terremoto, ni a los monstruos, ni siquiera a la policía. Sólo a una cosa: despertarme en la cama cubierto de sudor y cerrar espasmódicamente las manos vacías que hacía tan sólo unos instantes habían sujetado un tesoro sin precio... la redención por la que había rogado con tanto anhelo, y que tanto me había torturado.

Encima de todo había una hoja cuadriculada, doblada por dos pliegues, pero debajo de ella las descubrí en seguida: ¡Las páginas de mi crónica! Con manos temblorosas aparté la hoja... podía esperar. El mundo entero podía esperar...

Que pasé cinco días y cuatro noches en la mencionada poza —o cenote, como la llamaban los indios—, y que las circunstancias del tiempo que pasé en dicha poza, así como el modo de mi liberación, fueron sobremanera extraños y prodigiosos.

Que faltaban varias semanas para el inicio de la estación lluviosa en Yucatán y los días eran sumamente cálidos y secos, y que logré resistir el martirio de la sed tan sólo porque a la primera hora de la mañana lamía las gotas de rocío en las paredes de piedra del cenote. Pero, más que humedad, necesitaba esperanza en la salvación, que, sin embargo, parecía alejarse con cada hora que transcurría en esa mazmorra.

Que en el primer día conservaba la esperanza de que el señor Vasco de Aguilar recordase los deberes que le imponían suposición en la corte y su noble estirpe, que se acordara de las batallas en las que peleamos hombro con hombro y nos cubríamos mutuamente las espaldas, y que finalmente regresara a librarne del cautiverio. Pero se ve que el maldito fray Joaquín, esa serpiente de lengua bifida, pesó en su ánimo mucho más que en su posición y su honor. Júzguelo Dios.

Que en el primer día, y también en el segundo, grité y llamé a voces desde el fondo de la poza, con el intento de hacer regresar al desleal Vasco de Aguilar, o a alguno de los soldados que tal vez pudiera resolverse a acudir en mi auxilio, puesto que siempre me había mostrado clemente y dulce con ellos. Que, sin embargo, no vino nadie, y entonces empecé a gritar con más fuerza, con la esperanza de que los indios me encontrasen y me sacaran de allí, o que, por lo menos, me mataran, ya fuera por miedo o por compasión.

Que al final del segundo día me quedé sin voz por causa de mis gritos incesantes y no pude solicitar ya el auxilio de nadie. Que en el mismo instante empezaron a abandonarme mis fuerzas y me pasé casi todo el tiempo tendido en el suelo, con el rostro en tierra, y le rogué misericordia al Señor. Que la pierna se me hinchó y se me ennegreció, y que el dolor se me hizo insoportable. Que la idea de una muerte lenta y dolorosa me repugnó de tal manera que pensé en poner fin a mi propia vida para evitar

la prolongación del dolor. Que se me ocurrió intentarlo con un cuchillo indio que había descubierto debajo de los huesos y calaveras esparcidos por el suelo.

Que, sin embargo, al llegar la tercera noche, cuando había renunciado ya a toda esperanza de salvación, tuvo lugar un acontecimiento maravilloso, que impidió que llevara a cabo mi pecaminoso propósito.

Habría que explicar que la ciudad en la que se hallaban el cenote y la pirámide era un lugar abandonado, desierto. Que lo evitaban incluso los animales salvajes y las aves, por lo que el silencio reinaba de noche y de día. Que, sin embargo, en la noche de la que voy a hablar, unos simios se pusieron a dar voces en las cercanías en un tono que parecía preñado de temor. Que su algarabía me despertó, y pensé que los animales se habían asustado de cualesquiera seres humanos, y por ello empecé de nuevo a gritar, y a preguntar en español, así como en el dialecto del lugar, si había alguien en los alrededores. Que mis fuerzas y mi voz fueron capaces tan sólo de dar dos gritos fuertes, y que a continuación enronquecí de nuevo y tuve que pedir ayuda con susurros.

Que, al cabo de poco rato, vi en lo alto la llama de una vela, y que a su lumbre me pareció distinguir el rostro de un hombre blanco. Que dicho hombre miró durante largo rato a las profundidades de la poza sin llegar a verme. Que, privado de voz, no sabía cómo llamarle la atención y pedirle ayuda. Que entonces empecé a mover los brazos y a pegar saltos por la poza con la pierna que tenía sana, aun cuando el movimiento provocase dolores inenarrables en la otra.

Que, al fin, todos mis esfuerzos tuvieron efecto y el hombre me vio, porque empezó a mover la vela para verme mejor; y a continuación desapareció de nuevo, con lo que me condujo a la desesperación y la decepción más extremas, y no volvió a acercarse.

Que pasé el resto de la noche en plegaria y meditación sobre lo acontecido, y que llegué a la conclusión de que el rostro que había visto no pertenecía a un ser humano, sino que había sido una señal de Dios, que Este me lo había enviado para que abandonase mis pecaminosos propósitos y cobrara de nuevo valor para luchar.

Que actué en consecuencia y así fue como me llegó poco más tarde la salvación.

Leí una vez más las líneas en las que el atrapado conquistador español describía aquella aparición nocturna. Cómo oía las voces de los simios a través del turbio velo del adormecimiento; con los dedos sanguinolentos se agarraba a los salientes del muro de piedra y trataba de ponerse en pie. ¿Qué habría gritado?

«¿Hay alguien ahí?!» ¿No serían ésas las palabras que había oído en Nochevieja desde la cocina? Y, Dios mío, ¿no habría sido a él a quien había visto

en mi espejo, en el fondo de la poza, sin voz, herido, agotado, pero todavía vivo... tan sólo unos minutos más tarde de que hubiese renegado de él y hubiera colocado sobre su tumba una cruz militar de tosca talla?

¿Era creíble que el capricho de un poder desconocido hubiese permitido que se esfumaran los siglos que nos separaba y hubiera dejado pasar a través de ellos la luz y el sonido? Tal vez el espejo se hubiera transformado en una especie de membrana por la que habría podido tenderle una mano al infortunado español, si no me hubiera asustado y no me hubiese dejado arrastrar de nuevo a la realidad por la llamada nocturna de Nabatchikov.

¡Qué ironía que precisamente yo, que había perdido toda esperanza de salvar a mi conquistador español, que no había comprendido bien el significado y el sentido de ese encuentro imposible, le hubiese inspirado esperanza, y que él hubiera tomado por un signo de lo Alto mi rostro desfigurado por la angustia! Ese signo —no ceder en la lucha, no retroceder a medio camino— no era sólo para él, sino, sobre todo, para mí. Pero yo lo había tomado por una travesura del demonio y había ocultado el espejo bajo una sábana para que no pudiera volverme loco. ¡Fracasado! ¡Idiota!

Con todo, parecía que el conquistador español quisiera contarme hasta el final la historia de su maravillosa liberación...

Que, al cabo de cuatro días y cuatro noches, oí de pronto voces humanas, pero, sin fuerzas y casi inconsciente, no fui capaz de levantarme y llamarlos.

Que, sin embargo, las voces se hicieron cada vez más fuertes, y oí que me llamaban por mi nombre, e incluso que me arrojaban agua por el rostro, y con ello recobré el sentido. Que en lo alto, al borde de la poza, divisé a nuestro guía Joan Nachi Cocom y a varios otros indios que lo acompañaban. Que éstos me arrojaron cuerdas que ató a mi cuerpo, y que con ayuda de dichas cuerdas me sacaron del fondo de la terrible poza y me depositaron sobre hierba verde y fresca. Que, a continuación, entoné alabanzas a la Santa Virgen María, lloré como un niño y perdí de nuevo el sentido.

Que desperté en una aldea de los indios y me dijeron que llevaba varios días desmayado. Que las gentes de la aldea me alimentaron y cuidaron, que pusieron plantas curativas sobre la pierna herida, con lo que el espantoso dolor remitió y la hinchazón disminuyó.

Que el entendimiento y el espíritu volvieron lentamente a mí, y que llamé a Juan Nachi Cocom y le pregunté cómo había podido escapar de Vasco de Aguilar y fray Joaquín, y por qué me había liberado de la poza. Que el guía me comunicó que los soldados, durante un descanso, se habían encolerizado por tener que cruzar de nuevo el

cenagal; que, sin embargo, no existía ningún otro camino, porque el sagrado sabía por el que habíamos llegado a Calakmul conducía tan sólo en una dirección.

Que Vasco de Aguilar había tratado de refrenar por la fuerza a los rebeldes, pero un puñal lo había herido de muerte; que, entonces, Juan Nachi Cocom aprovechó para librarse de la cuerda con que lo retenía el moribundo y desapareció en la espesura. Que se acordaba de mi bondad y había querido recompensarme por ella, y así había regresado y se había adentrado en la selva, hasta que lo habían detenido unos indios que vivían en las cercanías de Calakmul. Que éstos lo tomaron preso y habían querido matarle, pero que el sacerdote de éstos había oído los ruegos de Juan Nachi Cocom, había vetado el ajusticiamiento y lo había escuchado. Que Juan Nachi Cocom lo informó de que tenía la intención de rescatarme, y que ambos habíamos fracasado en el intento de proteger los manuscritos indios del ultraje y la aniquilación. Entonces el sacerdote ordenó que lo soltaran a él, y que me liberasen a mí del cenote, a pesar de su costumbre de que no pueda haber marcha atrás para el mortal que se halla en la poza de los sacrificios, del mismo modo que un alma pecadora tampoco vuelve a salir de los Infiernos.

Que, a continuación, sostuve largas conversaciones con aquel hombre portentoso más allá de toda medida, el sacerdote, en las cuales nos comprendimos con la ayuda de Juan Nachi Cocom. Que me reveló conocimientos que transformaron mi vida y me transformaron a mí mismo.

Que, de acuerdo con las palabras de dicho sacerdote, el sagrado libro de los indios que fray Joaquín había buscado por encargo de fray Diego de Landa había sido origen de grandes tribulaciones para su pueblo, y que por ello lo habían ocultado de los curiosos con tanto celo. Que ese libro, como me había dicho Juan Nachi Cocom, último vástago de una dinastía extinguida, contenía una recopilación de profecías, entre las cuales la más importante era la profecía del fin del mundo.

Que el pueblo de los indios creía en la absoluta inviolabilidad de dicha profecía, y que todas sus ciudades y personas y reyes vivían en total acuerdo con la mencionada profecía. Que, de acuerdo con el calendario de los indios, el día del fin del mundo que se describía en el citado libro había pasado ya y había tenido lugar un siglo antes de la llegada de los españoles a Yucatán.

Que lo que había acontecido ese día significaba el final del pueblo indio y, a un tiempo, su secreto más terrible y su vergüenza más grande. Porque sus sacerdotes habían calculado mal el día y la profecía no se había cumplido. Que, sin embargo, la creencia de los mayas en la ineluctable muerte del mundo, en la infalibilidad de la gran profecía y en el acierto de sus magos e intérpretes de estrellas era tan grande que ellos mismos habían satisfecho la susodicha predicción.

Que en el día prefijado abandonaron sus ciudades, quemaron sus casas y se adentraron en las selvas, y que los estados y principados dejaron de existir, y quedaron tan sólo tribus dispersas. Que, con el paso de los años, el arte de la escultura y de la

edificación en la que los indios habían alcanzado cotas de maestría desconocidas hasta entonces, así como su escritura, y muchos de los ritos con los que celebraban a sus dioses, cayeron en el olvido. Y que el día maldito no había conllevado el fin del mundo, sino la muerte del pueblo. Que, sin embargo, quienes no habían creído en las predicciones sufrieron el desprecio de los creyentes, la destrucción de sus casas y el incendio de sus poblaciones.

Que el sacerdote me contó entonces que su estirpe, que siglos atrás había sido un poderoso y célebre principado, decaía con el paso de los años y sus miembros se transformaban en salvajes, que no recordaban ser los últimos guardianes del libro sagrado que había puesto fin a los mayas. Que él mismo había recibido dicho libro de manos de su padre moribundo, y éste, a su vez, de su propio padre. Y que él, cuando le llegara el día de la muerte, legaría el manuscrito a su hijo, y que éste, entonces, se constituiría en sacerdote y depositario del libro. Y que dicha práctica seguiría mientras viviese el gran dios de los indios, Itzamná, así como todos los otros dioses, y el mundo existiera. Porque el más precioso y terrible secreto del manuscrito sagrado reside en la veracidad de la profecía, pero los cálculos de los intérpretes de las estrellas que explicaron el libro resultaron falsos.

Que todos los hijos del pueblo de los mayas y todos los hombres de este mundo, cualquiera que sea su estirpe, cualquiera que sea el dios al que adoren, han de saber que el mundo es finito, igual que el hombre es mortal; y que el manuscrito sagrado da testimonio de ello y nos lo recuerda por siempre, y que por ello hay que preservarlo a cualquier precio.

Que la tentación de interpretar la profecía y calcular el día exacto del fin del mundo con la ayuda del mencionado libro tan sólo reporta pecado y destrucciones; y que, de la misma manera que en otro tiempo fue motivo para la caída del Imperio de los mayas, también podría serlo para la caída de imperios venideros, y seducir a todos los hombres de la tierra y transformarlos en polvo y cenizas. Que el hombre es débil, cobarde y está deseoso de saber, y que por ello un conocimiento como ése representa un gran peligro para él.

Que entonces le pregunté al sacerdote si el libro sagrado no habría caído en manos del impío monje fray Joaquín cuando éste había saqueado el templo de los mayas en Calakmul. Que el sacerdote me reconfortó y me explicó que en la pirámide profanada por los soldados se hallaba únicamente una falsificación que externamente se parecía al manuscrito buscado, pero que su contenido, a propósito, había sido objeto de adulteración.

Que a continuación le pregunté por qué me había confiado a mí, a un forastero, un secreto oculto a tantos y tantos hijos de su pueblo. A lo que me respondió que la diosa Ixchel no le había otorgado ningún hijo y que en la extinción de su linaje veía un signo de la extinción de los mayas. Que lo habían informado de los hombres barbados de

allende los mares, de sus maravillosos navíos, de sus armas atronadoras, de su arrojo en el combate. Que todo esto había despertado su curiosidad y que le había rogado al gran Itzamná que le revelase la verdad sobre tales hombres. Y que éste le había enviado una visión en la que los hombres barbados sometían las tierras de los mayas, los aztecas y otros pueblos, y gobernaban la mayor parte del mundo.

Que, entonces, el depositario del libro había resuelto no llevarse consigo a la tumba el secreto del fin del mundo, aunque no tuviera ningún hijo; y que su pueblo legaría ese secreto a otro pueblo, aun cuando no dejara atrás ninguna herencia propia. Que, después de llegar a esta decisión, había rezado a sus dioses, como el dios de la muerte Ah Puch y el dios solar Ah Kin, y al propio Itzamná, y les preguntó si sus intenciones eran acertadas. Y que había recibido un signo que lo había reafirmado en su convicción.

Que todo esto había sucedido varios meses antes y que, desde entonces, el sacerdote había aguardado pacientemente la ayuda de los dioses indios, confiado en la voluntad de éstos, hasta que Itzamná me había puesto a mí en su cenote y había renunciado a quitarme la vida. Que entendía que los dioses me habían elegido para que recibiera el antiguo manuscrito de manos del sacerdote, a fin de protegerlo de la podredumbre y el olvido.

Que la tercera pregunta que le hice fue: cómo podía saberse cuál sería el verdadero día del Juicio Final, así como su causa. Que entonces el sacerdote me sonrió y me dijo que los hombres barbados eran tan débiles y estaban tan deseosos de saber como sus propios hermanos de raza; los cálculos que había establecido su padre todavía le daban al mundo seiscientos treinta Tzolk'in, lo que en nuestra manera de contar corresponde a cuatrocientos cincuenta años. Que, sin embargo, me prevenía contra la tentación de tratar de calcular la hora exacta del fin del mundo, porque eso no se ofrece a los hombres, sino únicamente a los dioses.

Y que me dijo: «El mundo dejará de existir cuando muera Itzamná, el padre de los dioses indios, el más anciano de éstos, sabio gobernante del día y de la noche.

»Y el fin del mundo será anunciado por la larga enfermedad de este dios, en consonancia con la cual el mundo también empezará a padecer fiebres.

»Y cuando sus ojos se cierren por última vez, el mundo se hundirá en eternas tinieblas.

»Y cuando esté moribundo, el mundo entero sufrirá espantosos terremotos y las montañas se vendrán abajo y las espumas de los mares se desbordarán.

»Y entonces llegará el fin».

Estas son las exactas circunstancias de mi expedición a la antigua ciudad india de Calakmul y de la obtención del portentoso manuscrito que todavía guardo hoy en día, y para cuya descripción he escrito esta relación. Acerca de todo lo demás —el retorno a

Maní, la exposición pública de las intenciones de fray Diego de Landa, así como la situación actual del libro— he dado cumplida cuenta en el primer capítulo y no quiero repetirlo aquí.

A la incesante espera del día profetizado, escrito de su puño y letra por Luis Casas del Lagarzo, Valladolid, en junio del año de Nuestro Señor 1592.

¿Y eso era todo?

La tormenta tropical que había rugido en mi cabeza mientras leía el último capítulo de la narración de Luis Casas del Lagarzo me arrancó de las manos su última página. Pero me quedé allí durante un buen rato, incapaz de moverme, y de creerme que el conquistador español no tuviera nada más que decir.

Y entonces me pareció oír un sonoro clic con el que las partes aisladas de la increíble historia se juntaban en una totalidad más grande.

Comprendí que el azar de que uno de los oficiales españoles que formaban parte de la expedición estuviera dispuesto a creer a los paganos, en vez de quemarles las aldeas en nombre del Salvador, tan sólo podía deberse a la providencia de los dioses mayas.

Que la persecución de cuatro siglos y medio en pos de un misterioso rollo de escritura por parte de ciertos poderes, así como el esfuerzo de otros por frenar a los primeros aun al precio de vidas humanas, cobraba sentido.

Empecé a entender también mi propio papel, y no lo encontré tan deplorable como en un primer momento; al fin y al cabo, la mágica petición de ayuda de Casas del Lagarzo desde el fondo del cenote tan sólo me había llegado a mí. Y entonces... de pronto volví a ver, con sorprendente claridad, al niño que me había hablado en el metro. Hasta ese momento no me había atrevido a interpretar sus palabras, porque no estaba totalmente seguro de que éstas no se debieran a mi paranoia. Pero, cuando terminaba de leer la narración del conquistador español, reconocí al instante las últimas palabras del profeta maya.

... encontrarle. Porque la tribulación del mundo se debe a que su Dios está postrado y por ello también el mundo perece. El Señor yace, presa de la fiebre, y por eso mismo también padece fiebre Su creación. Dios muere y con El se muere todo lo que El hizo existir. Pero aún no es demasiado tarde...

Quienquiera que fuese el niño, quienquiera que fuese el que le había puesto esas palabras en la boca, había complementado maravillosamente la confesión de Casas del Lagarzo, quien se plegó a las instrucciones del sacerdote y no interpretó la profecía, sino que la preservó para la posteridad.

¿Aún podía hacerse algo? Estaba claro que me habían dicho: «Aún no es demasiado tarde», y «...encontrarle». Todopoderoso Itzamná, ¿a quién tengo que encontrar? ¿Y cómo?

Meditabundo, ordené las páginas de la crónica en un montón. Mis ojos tropezaron con la hoja cuadriculada que se había quedado encima. ¿Una nota? Aunque con ciertas reservas, abrí sus pliegues.

Estaba escrita con la misma letra que la dirección en la hoja de papel que había perdido el viejo. Reconocí incluso que la tinta era de la misma pluma. No me cabía ninguna duda: me había encontrado cara a cara con el cliente frente al antiguo edificio de la Akab Tsin. Él no me había reconocido, ¿cómo iba a reconocermé? No nos habíamos visto nunca. Lo único que no sabía era por qué había dejado la carpeta con el último capítulo en la desierta oficina de Arbat... le di la vuelta al papel.

No se preocupe en absoluto por el capítulo anterior. Tradúzcame éste y tráigame los dos al instante. ¡Pero dese prisa, por favor! No nos queda mucho tiempo.

YuK

EL TEMPLO DE LA MEMORIA

¡Atención! Pregunta: ¿En qué parte de Moscú se encuentra la calle de Itzamná?

De acuerdo con toda lógica, no es una ciudad donde pueda haber calles, bulevares y plazas que lleven el nombre de dioses mayas. Pero tenía en la mano una nota con una dirección: «Calle de Itzamná n.º 23». Alguien me esperaba en ese lugar. Y la rapidez con que fuera capaz de encontrarla decidiría cuestiones que sobrepasaban con mucho mi destino personal.

Sólo un idiota podría creerse que en los planos y callejeros de Moscú aparecen todas sus callejas y edificios. Lugares secretos no nos faltan. Pero no había abandonado la esperanza de descubrir la calle que llevaba el nombre del más antiguo de los dioses mayas, y por ello me arrastraba, lupa en mano, sobre un gigantesco plano de la ciudad.

La nota con la dirección era el único clavo ardiendo al que aún podía agarrarme. Estaba claro que, en primer lugar, tenía que atender al ruego de mi cliente y traducir el último capítulo de la crónica de Casas del Lagarzo. Por supuesto, podía dejar mi traducción sobre la mesa de la antigua biblioteca, en el mismo lugar donde había encontrado la carpeta. Pero el hombre me debía una explicación. Por otra parte, se me había dirigido por primera vez en persona, y eso apuntaba a la existencia de un vínculo especial entre los dos, y también me permitía contar con que se diera cierta franqueza entre ambos.

El cliente me daba prisas y yo tenía perfecta conciencia de que nos quedaba poco tiempo. Pero ¿qué cambiaba con eso? Difícilmente se podría evitar el cercano Apocalipsis mediante la traducción de un documento histórico; no se les habría ocurrido ni siquiera a los superhéroes del cine norteamericano, y éstos tenían una amplia experiencia en situaciones apocalípticas. Los profetas mayas no habían dicho nada sobre un posible mesías. Yo mismo habría estado dispuesto a asumir ese papel, con la condición de que mi máquina de escribir no se me muriera de nuevo. No me restaba ninguna esperanza, eso seguro que no. Pero sabía muy bien que tampoco había marcha atrás y estaba dispuesto a llegar al final.

«Encontrarle... Aún no es demasiado tarde...» Si la suposición no hubiera sido tan absurda, habría llegado a imaginarme que mi misión era encontrar al

dios moribundo. Pero para eso habría tenido que volar hasta México, y ni siquiera me había sacado el pasaporte. Pero, si no, ¿a quién tenía que buscar? Sólo sabía de una persona que pudiera interpretar bien el texto: el viejo que firmaba como «YuK» y que me había metido en esa fantástica intriga. Pero ¿qué podían significar esas letras? Quizá se tratara de las tres primeras letras de «Yucatán»...

En definitiva: tendría que buscar la calle de Itzamná. Una calle que no aparecía en el plano de Moscú, ni en el listín telefónico, ni en el callejero. Pasaron dos horas hasta que me rendí, totalmente agotado, porque durante todo ese tiempo mis ojos habían recorrido sin cesar las calles y bulevares, de color azulado, y no podían descifrar más letras. ¿Quién sabe?, tal vez el cliente me saliera al encuentro en cuanto hubiera terminado de traducir el último capítulo. Como había hecho ya en una ocasión.

Me serví una dosis de café lo bastante fuerte como para darme pálpitos, y durante las cuatro horas siguientes no hice otra cosa que traducir el último capítulo y pasarlo a limpio. Traté de reconstruir el capítulo anterior, el que me había confiscado Nabatchikov, porque durante la primera lectura había tomado varias notas sobre palabras difíciles.

No podía esperar nada del buen corazón del policía ni de su disposición a ayudar. No estaba nada claro por qué no se había presentado a pedir explicaciones por la falsa dirección de Akab Tsin. ¿Acaso no había tenido la intención de asaltar las siniestras oficinas inmediatamente después de nuestra conversación? Debía de habérselo impedido el terremoto. Pero no podía pasar mucho tiempo hasta que se acordara, y entonces vendría a buscarme... Debería emplear hasta mi último minuto libre en el trabajo.

Me parecía recordar que el vecino del sexto tenía una máquina de escribir eléctrica. Habría sido absurdo esperar a que la Olympia saliese del taller. Mi vieja máquina me perdonaría esta pequeña infidelidad. Puse a los dioses por testigos de que no la había llevado al taller de reparaciones como tapadera para sustituirla por otra más joven.

Nuestro ascensor había sufrido un ictus durante el terremoto y se había detenido entre el tercer y el cuarto piso. Tuve que recorrer las seis plantas a pie. Hacía sólo veinte minutos que la conexión eléctrica volvía a funcionar y toda la familia estaba ya sentada en la cocina, en torno al televisor, donde en ese mismo momento hervían las emociones.

Como consecuencia de la catástrofe, habían muerto unas mil personas en

la capital, y se daba por desaparecidas a otras tantas. Al cabo de tres o cuatro días, se abandonaría la búsqueda, como suele hacerse en estos casos. La maquinaria pesada empezaría las labores de reparación y transformaría los edificios caídos en fosas comunes. Sin embargo, las autoridades juraban y perjuraban que harían todo lo posible para rescatar a todos los seres humanos que siguiesen con vida.

En ese momento, las cámaras mostraron cómo levantaban una viga de diez metros y sacaban a una niña con el rostro bañado en lágrimas de una cavidad que se había abierto allí por azar. En toda la ciudad se producirían, como máximo, dos o tres milagros como aquél, pero éstos darían nuevas fuerzas a todas las personas angustiadas que escarbaban con desesperación en las ruinas de sus casas, con las manos despellejadas. ¿Acaso hay algo más terrible y doloroso que la esperanza?

Como es propio de la televisión, nos enseñaron los hospitales. Viejos que gritaban como niños pequeños, criaturas envueltas en un silencio lúgubre, con la vejez en los ojos, vendas por todas partes... «Necesitamos sangre para hacer transfusiones, mucha sangre.» Un mar de sangre...

Tan sólo eran las imágenes de Moscú. También había que contar con San Petersburgo, y Ekaterimburgo, y Majachkalá, y Vladivostok. Y Nueva York, medio inundada, junto con decenas de miles de ciudades donde las gentes se habían demorado en la evacuación y en esos momentos se hallaban en sus casas con los pulmones llenos de agua salada. Y Tokio, donde rascacielos de varios cientos de pisos se habían venido abajo y habían sepultado barrios enteros. Vimos los puntos negros que se movían entre rectángulos gris pizarra sobre una gigantesca superficie acuosa... cuerpos humanos sin vida y tejados: lo único que había quedado en la ciudad de Kobe. Vimos a gentes de la India ensangrentadas y sudorosas entre montañas de cientos de miles de cadáveres mutilados, que al cabo de pocas semanas darían lugar a tremendas epidemias.

Al entrar en la cocina de mis vecinos, me quedé inmóvil como una estatua de sal durante diez, quizá veinte minutos, con la mirada fija en la pantalla. No tenía valor para hablarles de algo tan insignificante como una máquina de escribir. No abrí los labios hasta que hubieron terminado las noticias sobre el Armagedón:

—Sergey Andreyevich, ¿verdad que tenía usted una máquina de escribir?

«Nueva información sobre el asesinato múltiple en Bibirevo», dijo la voz implacable del televisor.

Imágenes del lugar de los hechos: hombres con el uniforme de la policía

se movían con precaución por un suelo inundado de sangre. Los enfermeros cargaban en las camillas cadáveres vestidos de manera inusual. Alcancé a ver una pieza de color chillón, algo así como un adorno de plumas. Entonces acercaron la imagen: se vio una mano con un reloj de pulsera suizo, un reloj caro, y una extraña máscara que me hizo pensar en el libro de Yagoniel.

«Se ha podido determinar la identidad de otra de las víctimas.»

En la pantalla se sucedieron fotografías de personas sonrientes. No cabe duda de que es muy difícil encontrar una foto para un obituario, igual que una que sirva como modelo para una lápida mortuoria. Reconocí tres de los rostros que aparecieron. Eran los empleados de Akab Tsin: la joven de cabello corto, la morena de aspecto pulcro y el hombre con pinta de modelo. Dios mío. Me quedé insensible como si una gigantesca oleada se hubiera abatido sobre mí. La voz resonó en mi interior: «Los días de Nochevieja cerraremos para cumplir con los rituales». ¿Qué diabólicas ceremonias habían tenido lugar sobre la azotea del alto edificio de Bibirevo? ¿Era posible que todas aquellas personas hubieran consentido libremente su propio sacrificio? Y entonces, en el caso de que Nabatchikov no me hubiese mentado para extraerme una confesión: ¿qué habían querido hacer con mis traducciones?

Y entonces apareció también el oficial al mando, que miraba a la cámara de soslayo y le daba explicaciones al reportero con una voz sorprendentemente áspera, casi inexpresiva. En ese momento el rostro del investigador se quedó inmóvil en la pantalla.

«Acaba de llegarnos la noticia de la desaparición del detective Nabatchikov, encargado de la investigación de este caso. Un comunicado del GUV D moscovita nos ha dado a entender que la vida del detective podría hallarse en peligro. Hasta este momento no se sabe con certeza si su desaparición puede tener algo que ver con la investigación de este último caso.»

Busqué una silla con las manos y, sin preguntar nada, abrí el grifo y me llené un vaso de agua. Qué idiota había sido. Le había negado con toda mi capacidad de convicción que supiera algo de unos sectarios... pobre tío...

El vecino me preguntó, preocupado:

— ¿Se encuentra usted mal, Dmitry Alexeyevich?

Dejé caer el agua y lo volví a llenar.

— Sí, no es extraño, con estas noticias... Quería pedirle si podría prestarme su máquina de escribir...

— ¿Y qué es lo que piensa escribir? — me preguntó, mientras la buscaba por el cuarto de los trastos.

—Mi testamento —le dije en lo que trataba de ser un tono de broma, pero Sergey Andreyevich asintió con comprensión.

La caligrafía era muy parecida a la de Nabatchikov. Me había fijado en ella cuando tomaba notas en su cuaderno durante nuestra conversación. Con cierto alivio, llegué a la conclusión de que no le había sucedido nada malo al detective.

Me habían metido la nota por debajo de la puerta. Seguramente, el mensajero —tal vez el propio Nabatchikov— había venido a casa mientras yo estaba con el vecino. Al ver que nadie respondía a sus llamadas, debía de haberme dejado la nota. Decía lo siguiente:

Si quiere que le devolvamos lo que le habíamos quitado, acuda hoy mismo, dos horas después de la media noche, al Bulevar de Gogol.

En seguida pensé en el capítulo que había incautado, y cuya traducción tenía que entregar lo antes posible. Nadie me había quitado ninguna otra cosa. Sin embargo, desconfié, porque la nota no estaba firmada... como suele ocurrir en las novelas de detectives. De todos modos, como he dicho antes, reconocí la letra, y con tal de recobrar el original habría sido capaz de cosas mucho más difíciles que acudir por la noche al monumento del gran escritor ruso.

Y por ello, una vez hube pasado a limpio la última parte de la narración de Luis Casas del Lagarzo, aguardé con impaciencia a que llegase el momento.

Pese a la hora tardía, los equipos de salvamento aún trabajaban en Arbat, y todo estaba bañado en la luz refulgente de sus reflectores. Al entrar en los bulevares, tuve de pronto la impresión de hallarme en otro país. Habían quedado desiertos. Se habían formado allí espesas brumas, como si nubes de tormenta hubiesen descendido a tierra.

En Moscú la oscuridad no es nunca total. Los carteles publicitarios alumbran con sus luces de neón, las farolas se emplean a fondo, y todos los edificios, hasta los más sucios y feos, posan de buen grado bajo su luz, porque ésta les concede una especie de segundo nacimiento. Incluso los vapores que se arremolinan en todo momento sobre la ciudad —las exhalaciones de cientos de

fábricas y de millones de seres humanos— se contagian en cierta medida de este esplendor de pregonero de mercado y emiten también una luz propia, una pálida luz fosforescente.

Pero esa noche parecía que alguien hubiera cubierto los bulevares con un capuchón: se habían sumergido en una penumbra opresiva e impenetrable. Tan sólo debía de estar encendida una de cada diez farolas, por lo que la avenida, envuelta en brumas, parecía una larga cadena de esferas lechosas entre las que sobresalían las desnudas ramas de los árboles muertos. Antes de llegar a donde se encontraba el pétreo escritor, me lamentaba ya de mi salida nocturna.

Algunos de los edificios caídos debían de haber bloqueado el acceso el bulevar, porque en todo ese tiempo no vi ni un solo coche. Las ventanas de las casas estaban oscuras sin excepción. Me imaginé que en aquella zona aún no se debía de haber podido reparar el tendido eléctrico. Si me ocurría algo, nadie se iba a enterar.

Estaba nervioso. Miré a mi alrededor. No había nadie. ¿Y si era una broma? Y si no, ¿podía ser que el detective quisiera hacer un experimento conmigo y yo hubiera picado? Seguí adelante, pero con precaución. En la nota no decía dónde teníamos que encontrarnos exactamente, por lo que tuve que recorrer todo el trecho desde el monumento de Gogol hasta la estación de Kropotkinskaya.

No había nadie en el bulevar. Cuando casi estaba en el otro extremo y me faltaba poco para llegar al pequeño kiosco junto a la estación de metro, aceleré el paso. Tenía muy claro que me habían tomado el pelo. Quizá alguien aprovechara mi ausencia para entrar en el piso y robarme el último capítulo. Estaba a punto de volver a casa, pero entonces vi algo más adelante...

A unos treinta pasos de mí había una figura de color negro en medio de una mancha de luz. A primera vista parecía humana, pero producía una impresión extraña, porque los brazos y las piernas se hallaban en posturas forzadas, tenía todo el cuerpo encorvado y la cabeza le colgaba sin fuerzas. No supe muy bien por qué, pero su silueta me resultaba familiar.

La criatura dio un paso: con enérgico movimiento, levantó la rodilla, contrajo la pelvis, avanzó metro y medio con inexplicable ligereza y se sumergió en las sombras. A continuación asintió con la cabeza, como para animarme: echó la cabeza hacia atrás con gran ímpetu y volvió a bajarla hasta el pecho.

Quise acercarme a él, pero la fina capa de nieve encharcada sobre el asfalto negro se transformó de repente en algo parecido a arenas movedizas: mis pies quedaron atrapados en ella y no quisieron obedecerme. La siniestra y

oscura forma había quedado casi inmóvil. No hacía otra cosa que tambalearse ligeramente de un lado para otro, como si el viento la meciera, y no parecía que tuviese intenciones hostiles. Pero el horror que me inspiraba su visión era tan grande como cuando el gólem había llamado a la puerta de mi piso.

De súbito, la mano de la criatura, que hasta ese momento había colgado como muerta, se alzó y trazó medio círculo, y volvió a quedar inerte. Repitió el mismo movimiento, y volvió a repetirlo, hasta que me di cuenta de que me pedía que me acercara. Bajé los ojos, aguanté la respiración, traté de no pensar en nada y me obligué a dar veinte torpes pasos hacia adelante.

Cuando de nuevo levanté la mirada, me santigüé sin quererlo. Mi alma estaba llena de una mezcla de ateísmo y supersticiones mayas, pero mis manos hicieron de manera automática ese signo de protección... probablemente porque existe una memoria genética.

Era un ser humano.

A través de la chaqueta que llevaba abierta, vi una herida negra y tremenda en su pecho. Tenía la cabeza gacha, le colgaba hacia un lado, pero entonces la sacudió y la levantó.

Era Nabatchikov. A pesar de haber muerto sin remedio, por algún motivo incomprensible aún se tenía en pie. Sus ojos blancos, sin vida, miraban al vacío, y unos restos secos de espuma sanguinolenta le ensuciaban los labios y las fosas nasales. Uno de sus brazos retorcidos de manera antinatural oprimía el funesto maletín contra el costado. Las rodillas del desgraciado detective estaban ligeramente dobladas y la parte superior del tronco colgaba pesadamente hacia adelante. Una postura que se contradecía con toda representación coherente del equilibrio y el movimiento del cuerpo humano. Una postura en la que sería imposible mantenerse en pie, porque...

Oh, Dios mío.

Lo que en un primer momento me habían parecido volutas plateadas de niebla, se transformaron, a la luz de las farolas, en hebras refulgentes, apenas reconocibles como tales, que salían de los hombros, las muñecas, las rodillas, los talones, las caderas, los hombros y la coronilla del difunto policía, y que subían hacia arriba. Su cadáver destripado colgaba de esas hebras y éstas lo movían como a una gigantesca marioneta. No sabía quién podía ser el misterioso titiritero. No me atreví a levantar la mirada.

Horrorizado, retrocedí, pero antes de que hubiese podido huir, el muerto adelantó uno de sus brazos y arrojó el maletín sobre el asfalto. Me lo había dado, me devolvía lo que me había quitado, en cumplimiento de su promesa. ¿No era por eso por lo que había ido hasta allí?

Con mucho cuidado, Nabatchikov dio un paso hacia atrás. Me santigüé de nuevo, agarré el maletín —de puros nervios estuve a punto de caerme en el fango— y me marché a toda prisa de aquel lugar maldito.

Aquella noche me emborraché por primera vez en muchos años. Con una botella de whisky escocés que guardaba para ocasiones especiales. No me atreví a abrir el maletín del muerto hasta que me hube bebido la mitad. Saqué las páginas y arrojé el resto en la trituradora de basuras, no sin rogarle perdón al alma del detective, condenada a vagar por toda la eternidad. Estaba tan beodo que no se me ocurrió que acababa de dejar indicios que me señalarían como sospechoso principal. Y ¿qué importaba, si el mundo entero estaba a punto de desaparecer?

Entonces grité, creo que durante un buen rato. Vociferé por la ventana, rabioso, amenacé al cielo lúgubre y mudo, y, cuando la botella de whisky estuvo vacía, abrí la de champán. Pero no toqué las páginas de la crónica ni la parte de la traducción que ya tenía terminada. Finalmente me dormí en el cuarto de baño, en el suelo, después de vomitar.

Me desperté porque alguien me lamía la mano. A pesar de la fatiga, logré abrir mis párpados hinchados y traté de calmar los espasmos que sentía en el estómago. Me arrastré hasta el borde de la bañera y me rocié la cara con agua fría durante unos cinco minutos, hasta que por fin conseguí volver a pensar. Sólo entonces me di la vuelta.

Estaba sentado en medio del cuarto de baño, con cara de buenos amigos, y golpeaba el suelo con el rabo. Mi perro. Eso significaba que aún dormía, aunque la resaca fuera de lo más realista. Todo como en la vida real, incluso los problemas que tuve con mi sentido del equilibrio cuando traté de levantarme.

El animal estaba allí, muy agitado. Gimoteaba con impaciencia, dispuesto a saltarme encima en cuanto le hiciera un poco de caso. Le di unas palmaditas en la nuca y entonces se levantó sobre las patas delanteras y consiguió lamerme la nariz. Luego se marchó corriendo por el pasillo y volvió con la correa entre los dientes. No me quedó ninguna duda: era un sueño y se desenvolvía de acuerdo con el patrón ordinario. Di gracias a los dioses, porque el encuentro nocturno con Nabatchikov en el bulevar había llegado a convencerme de que los últimos días no habían sido otra cosa que una única pesadilla de cuyo peso insoportable no podía escapar, y que por eso mismo, llevado por la desesperación, había empezado a confundir con la realidad. Pero no podía darse un sueño dentro de otro sueño. ¿Verdad?

En realidad no tenía ganas de salir del piso. Pero el perro no me dejaba en paz y finalmente tuve que rendirme. Al fin y al cabo, no era más que una ilusión, y hacía mucho tiempo que no lo sacaba a pasear.

Las casas y las calles no eran meros decorados, como suele ocurrir en los sueños, sino que parecían auténticas. Pero no encontré ningún indicio del terremoto que había tenido lugar. Figuras grises, sin rostro —los extras habituales de mis visiones nocturnas—, iban de un lado para otro ocupándose de sus imaginarios asuntos. Nada especial: un sueño como cualquier otro, aparte de que el perro se comportase de una manera extraña.

Cuando le soltaba la correa, no se marchaba corriendo alegremente, sino que me lanzaba miradas de súplica, me mordía el abrigo y tiraba hacia sí, caminaba en una determinada dirección, se daba la vuelta y me ladraba en tono de reproche, furioso por mi falta de inteligencia.

Me condujo hasta el lugar donde, de manera incomprensible, los vibrantes y mágicos caminos de toda esta historia se entrelazaban con el antiguo libro español: hasta la antigua biblioteca infantil.

El animal me llevó al otro lado de la manzana y se quedó inmóvil frente a una puerta de hierro, una puerta alta, que se encontraba entre dos casas familiares antiguas enjalbegadas en amarillo, y se puso a ladrar con fuerza. Si no me hubiese llevado hasta allí, no me habría fijado en esa puerta, porque parecía la entrada al patio de una tienda de alimentación o de un edificio público. Pero había algo que no encajaba; al mismo tiempo que escuchaba los ladridos del perro, sentí que en mi recuerdo se agitaban imágenes borrosas, medio olvidadas. Algo que tenía que ver con fray Diego de Landa...

Se trataba de la historia del celador del monasterio del Arcángel San Miguel de Maní. El ladrido de sus perros guardianes lo despertó y éstos lo llevaron hasta la cueva secreta de los mayas, no muy lejos de la capilla. Si había que creer a Landa, todo empezó con ese descubrimiento, hace cinco siglos. ¿Qué habría descubierto *mi* perro? La puerta estaba bien cerrada y no logré ver lo que se ocultaba dentro. Pero decidí que acudiría al mismo lugar esa misma mañana. Para estar seguro, me mordí la mano, para que la marca de los dientes me lo recordara. Mientras soñamos, hacemos cosas inexplicables.

Desperté por segunda vez en el mismo lugar, y una vez más sentí los inevitables síntomas de una fuerte resaca. En esta ocasión eran todavía más dolorosos. Y me había despertado de verdad. Una sed insostenible me atormentaba, el suelo estaba hecho un asco y tenía una bola de hierro que me

rebotaba dentro del cráneo, una bola de hierro como las que mantienen en equilibrio a los tentetiosos, sólo que en mi caso producía el efecto contrario.

Las marcas de dientes que me habían quedado impresas en la mano hicieron que me acordara de todo.

Albergaba una tímida esperanza: ¿Y si resultaba que ambas salidas nocturnas habían sido un sueño? ¿No sería que la noche anterior me había emborrachado como una cuba y ése había sido el resultado? Pero las páginas del capítulo anterior estaban ordenadas sobre el escritorio. Y también me fijé en que la mesa, en medio del barullo que imperaba en el resto de la habitación, tenía un aire de orden y seductora virginidad, como en otro tiempo la astuta y neutral Suiza en la Europa destruida.

Me asaltó un sofocante sentimiento de vergüenza, así como la necesidad de vomitar, y fui de nuevo hasta el baño. No podría trabajar en esas condiciones. Lo que necesitaba era aire fresco. Tal vez lograra llegar a la biblioteca y echar una ojeada por allí. Y, ¿quién sabe?, quizá encontrara la puerta hasta la que me había guiado mi perro.

Anduve por Arbat tambaleándome como un enfermo. Poco a poco, la calle volvía a la vida. La rapidez con la que se reparaban las huellas del terremoto era sorprendente: durante la madrugada, se habían montado andamios en torno a la mayoría de las casas dañadas, y en ellos se afanaban trabajadores inmigrantes de Asia central... ¿o quizá eran indios? Muchos de los edificios lucían ya pintura nueva: Moscú, la gran puta, trataba por todos los medios de esconder bajo una gruesa capa de maquillaje las marcas de los golpes del día anterior.

A decir verdad, no tenía ni la menor esperanza de encontrar la puerta gris tras la antigua biblioteca. ¡En cuántas otras ocasiones mi perro me había guiado en sueños hasta lugares inexistentes, me había traído objetos que tampoco existían, y me había hecho creer que lo encontraría con vida tan pronto despertara!

La puerta estaba exactamente en el lugar donde la había soñado. Tenía, por lo menos, tres metros de altura, estaba cerrada, y en lo alto, incluso, había alambre de espino para disuadir a posibles intrusos. Aparte del cartel que prohibía la entrada, en uno de los batientes de la puerta, no había ningún otro cartel ni escrito. En una palabra: todo era exactamente igual que en el sueño de la noche anterior.

Durante, por lo menos, diez minutos fui de un lado para otro en torno a la puerta, busqué una manera de mirar dentro y en todo momento tuve la sensación de que iba a salir un vigilante, o incluso un agente armado de la

policía a pedirme los papeles, justamente en ese día en que los había olvidado en casa.

Después de imaginarme en esa embarazosa situación, me acerqué por fin a la puerta y tiré del picaporte. Se abrió con inesperada facilidad y así pude ver un pasaje estrecho, pero largo. Mis ojos no alcanzaban a distinguir su otro extremo. A juzgar por todos los indicios, estaba cerrado. En el primero de los edificios había un cartel torcido, colgado de un clavo: «Calle de Itzamná», y debajo el número de la casa: «986».

Con gran precaución, cerré de nuevo la puerta y respiré hondo. Luego abrí una vez más y volví a mirar dentro. El pasaje aún estaba allí y el cartel tampoco había cambiado. Empecé a sentir un martilleo en las sienes, cálidos copos de nieve se arremolinaron frente a mis ojos. ¡La había encontrado!

En la escalera de mi casa no me aguardaba ninguna unidad especial. Era evidente que las investigaciones en torno a la desaparición del detective avanzaban con lentitud. Pero la policía podía presentarse en cualquier momento. Tenía que darme prisa.

Puse una hoja de papel en la máquina de escribir, empujé el carro hacia la izquierda y empecé a trabajar al son de una marcha que yo mismo había compuesto en honor de las riberas de Yucatán. Como ya sabía el final de la aventura de Casas del Lagarzo, podía permitirme unas risas a costa de sus temores y de los míos, lamentarme por la ingenuidad de ambos y maravillarme de nuestra ceguera. ¿Cómo era posible que no nos hubiéramos dado cuenta del complot desde el primer instante? Al lado del conquistador español, aspiré los aromas embriagadores del Trópico, gocé de los trinos de aves maravillosas de plumaje abigarrado y escuché las historias de los soldados al calor de la hoguera.

Faltaba poco para el final del viaje. Me había curtido, me había transformado en un hombre distinto, había explorado nuevos y amenazadores horizontes y —de acuerdo con las profecías de los indios— había accedido al conocimiento sobre el inminente Apocalipsis.

Comprendí que había empezado una nueva fase de mi vida, quizá la última, pero, en cualquier caso, la más importante. Con la extraña certeza con la que había constatado la desaparición final de la Akab Tsin, intuí que, tan pronto como la puerta gris se cerrara a mis espaldas, habría muchas cosas de este mundo que perderían todo su significado para mí, y el encuentro que me aguardaba allí, en la calle de Itzamná n.º 23, sería el acontecimiento más

importante de mi vida entera.

En cuanto hube terminado, sujeté las páginas con un clip y metí la traducción dentro de una carpeta marrón que estaba ya muy llena. Me duché, me planché mi mejor camisa blanca y saqué el traje que no me había puesto en muchos años. Me bebí el escaso champán que me quedaba. A modo de despedida, eché una última mirada a mi amado piso y apagué las luces.

Había vuelto a oscurecer; era evidente que no me llevaba bien con la clara luz del día. Mentiría si dijese que no me gusta el sol... pero seguíamos ritmos muy distintos.

Por fortuna, y en contraste con el fantasmagórico bulevar del día anterior, las farolas de la calle de Itzamná estaban encendidas de un extremo a otro. A juzgar por los números de las casas, tendría que recorrer un largo camino. Me extrañaba que los habitantes de la ciudad no conocieran un pasaje tan largo... sin excluir, por supuesto, la posibilidad de que en ciertos círculos moscovitas fuera bien conocido, igual que se conoce la existencia de una línea secreta de metro reservada al gobierno y la de varios reactores nucleares que funcionan en el centro de la ciudad.

Una parte del pavimento estaba muy agrietada. Las casas que se alineaban a uno y otro lado no habrían podido ser más diversas. Me pregunté cómo podían estar las unas junto a las otras. Había auténticas granjas con vigas de madera ennegrecidas por el paso del tiempo; mansiones como las de los hombres de negocios del antiguo Moscú, con la típica moldura de remate de fachada de color blanco; toscos barracones con tejado en pendiente y largas hileras de ventanas pequeñas; y luego, de pronto, casas de estilo colonial, extrañamente abigarradas y con postigos azules, como si las hubieran sacado de una postal cubana y las hubieran trasplantado allí; y finalmente, al lado de éstas, los monolitos de cinco pisos en los que había vivido la élite del partido, con habitaciones de cuatro metros de altura. Los adoquines sobre los que pisaba dieron paso sin solución de continuidad a baldosas de hormigón y luego a asfalto ordinario.

No había nadie por la calle, pero en muchas de las ventanas se veía luz y se reconocían siluetas humanas. Era como si hubiese entrado en un inacabable teatro para sombras chinescas y pasara de un escenario a otro. Se oía música, desde «Río Rita» hasta las canciones románticas de Utyosov, pasando por los Beatles y por música pop actual. Contemplar las casas, mirar por sus ventanas y escuchar cómo cambiaba la música me resultaba tan fascinante que ni siquiera

me di cuenta de que los números de tres cifras ya sólo tenían dos. El pasaje se ensanchaba cada vez más y desembocó en una plazoleta en la que había edificios semejantes a pirámides.

La casa que tenía el número 23 era gigantesca y se asemejaba a un palacio de la antigua Roma. Me la encontré de cara al entrar en la plaza, mientras que las exóticas y misteriosas pirámides quedaban algo más lejos. Le eché el freno a mi curiosidad y me detuve ante su puerta. Estaba hecha con grandes tablones de madera y era muy alta, como si no estuviera destinada a seres humanos, sino a los demiurgos del futuro. Recordaba las puertas de los ministerios soviéticos y las entradas de las estaciones de metro construidas en época de Stalin.

Detrás de la ventana de cristal que había en la puerta colgaba un trozo de cartón en el que alguien había escrito: «La entrada al Museo en Honor de V. Anisimova se encuentra al otro lado del edificio». De todos modos, tiré del picaporte y la puerta se abrió.

Probablemente acababa de entrar por la puerta trasera del «Templo de la Memoria» en honor de la fallecida titiritera que el ayuntamiento moscovita había inaugurado poco antes con gran pompa. Era evidente que la construcción del edificio había durado una eternidad: el aire que se respiraba en los inacabables y resonantes corredores olía a moho. No a pintura, ni a dinero, como en la mayoría de los proyectos arquitectónicos más codiciados en la actualidad, sino a polvo de libros, y a tela vieja, como la de los telones de teatro y los viejos sillones de felpa. Quizá fuese el olor de las exposiciones.

La única luz provenía de las lámparas de cristal que colgaban del altísimo techo, y en las que tan sólo debía de arder una cuarta parte de las bombillas. En las paredes revestidas de granito se encontraban, cada cincuenta metros, puertas en arco por las que se accedía a las salas. La falta de luz impedía ver lo que había al otro lado. Imponentes placas de bronce indicaban el nombre de las respectivas salas: «Primeros pasos», «Jardín de infancia», «¡Escuela, ya voy!», «El orgullo de la clase», y demás.

Seguí adelante hasta una bifurcación en el pasillo. Hacia la izquierda había un corredor con el rótulo: «La vida entera, un teatro», por el que se accedía a la sala «En el círculo familiar». El pasillo derecho estaba cegado por un muro de hormigón y una alambrada muy chocantes en un lugar como ése. En el muro había un cartel en el que estaba escrito, con letras rojas: ¡PROHIBIDO EL PASO!

¿Hacia dónde tenía que ir?

Aquel otro día, en el vagón de metro, había leído acerca del museo antes de que el niño se pusiera a hablar... recuerdo que por un breve instante había tenido la sospecha de que el museo y el nombre de la titiritera que me encontraba una y otra vez tenían algo que ver con su marido. ¿Cómo se llamaba? Si no me equivocaba, Knorozov. Yuri. Sí, Yuri Knorozov. El nombre me resultaba familiar. Y las iniciales...

Por eso había ido hasta allí.

¿El hombre al que tenía que encontrar era él?

Me adentré en el corredor donde se hallaban las salas sobre la vida familiar de Valentina Anisimova: «El primer beso», «Lidochka», «Pequeño, pero acogedor»... Y, por fin, encontré lo que buscaba: «Yuri». Miré dentro y me quedé helado.

Al otro lado de la entrada había una sala de incalculables dimensiones, abarrotada con cientos de asombrosas vitrinas, todas las cuales tenían que ver con la cultura de los mayas. Había maquetas de las pirámides de Tikal y del Templo del Adivino en Uxmal, docenas de mapas y vitrinas de un metro de largo con objetos de procedencia maya, tales como vajillas, herramientas, espadas, arcos, lanzas... En un contenedor vítreo especial con sensores que controlaban la temperatura y la humedad se guardaban varios rollos de cuero y corteza de árbol. A lo largo de las paredes había figuras de indios a tamaño natural alineadas. Parecían tan vivos que no pude evitar el pensamiento de que se trataba de hombres disecados. Guerreros con su atuendo completo, tatuajes y cicatrices, sacerdotes con lujosos atavíos, niños sonrientes con cachorrillos en los brazos, mujeres con las cosas de la casa... En el centro de la sala, protegido por estacas doradas unidas con cintas rojas de terciopelo, había un altar antiguo adornado con tallas sobre el que se reconocían muy bien los cuatro canalillos para la sangre.

Atravesé la sala entera. Debí de reconocer, como mucho, una décima parte de los nombres y designaciones, aun cuando hasta entonces creyera que el estudio de las obras de Yagoniel, Kümmerling y Casas del Lagarzo me había bastado para conocer bien la historia de los mayas.

Detrás de las altas puertas de dos batientes que se hallaban al final de la sala encontré otra estancia no más pequeña que llevaba como título «Conquista». A su entrada, dos soldados españoles con peto y yelmo recibían al visitante. Empuñaban alabardas y arcabuces, y en sus ojos centelleaba el recelo, por lo que procuré pasar entre ellos con la máxima celeridad. De una de las paredes colgaba un gigantesco retrato de fray Diego de Landa... idéntico en

todo al que había visto en el libro de Yagoniel. Desde la pared de enfrente, un torvo Hernán Cortés lo miraba a los ojos.

También allí había cosas por ver: una maqueta de la capilla de Maní, acompañada por un menudo y conmovedor auto de fe; escenas de combate entre conquistadores españoles a caballo y atacantes indios; la primera edición de la *Relación de las cosas de Yucatán* que había escrito el guardián del monasterio de Izamal. Poco a poco me di cuenta de que ya era hora de seguir adelante.

Al final de la exposición dedicada a la conquista se hallaba una discreta puerta. La abrí y salí a un corredor. Sobre la pared de enfrente colgaban dos indicadores con sus respectivas flechas: «Administración» y «Panteón». Seguí la primera y no tardé en llegar a una puerta sobre la que había un letrero en el que se leía: «Director». Tiré del picaporte —la puerta estaba cerrada— y regresé al punto de partida. Tan sólo me quedaba ir al «Panteón».

Parecía el pasillo de un edificio oficial, o de un instituto de investigación. A lo largo de la pared pintada de beige se sucedían inacabables despachos con rótulos como «Ah Kin», «Bolon Zacab», «Ek Chua»... En algunos se leían incluso tres o cuatro nombres distintos. Pero todos ellos estaban cerrados. Seguí adelante y llegué a contar como mínimo un centenar de nombres, hasta que, por fin, encontré una puerta de ascensor. Al lado del viejo botón transparente en el que se encendía una luz roja al pulsarlo, estaba grabado el nombre «Itzamná».

El ascensor era una antigualla, con puertas de madera que se plegaron al abrirse. Cuando estuve dentro, se oyó un rumor, y se encendió una bombilla débil y acogedora, oculta por una pantalla redonda. Había un solo botón y ningún número. Bueno, así no podría equivocarme.

Mientras la máquina ascendía de forma renqueante, traté de calcular cuántos pisos tendría el museo. Quizá ocho, o, como máximo, diez.

Al cabo de tres, de cinco, e incluso de veinte minutos, el oxidado mecanismo aún chirriaba y la cabina del ascensor aún ascendía. La bombilla se apagó en varias ocasiones y volvió a encenderse. Yo ya no sabía cuántos minutos habían pasado, y llegó un momento en el que dejé de sorprenderme. El ascensor subía más y más...

Luego, de pronto, dio una sacudida y se detuvo. Fue tan inesperado que me asaltó el pánico. No tenía ningunas ganas de abrir la cabina y encontrarme en las cumbres del Everest.

Traté de salir, y, en efecto, la puerta se abrió sin ningún problema. Salí a una escalera cuyas pequeñas baldosas de color marrón estaban cubiertas de colillas. Frente a mí había una modesta puerta sobre la que alguien había pegado un cartel de plástico como los que suelen encontrarse en los

ambulatorios de la Seguridad Social rusa con expresiones como «Medicina interna» y «Oftalmología».

Aquel decía: «DIOS».

Llamé a la puerta.

LAS CONVERSACIONES CON DIOS

—Está abierto —me dijo desde el otro lado de la puerta una voz suave, extrañamente familiar.

Contuve el aliento, abrí la puerta con precaución y miré dentro. Estaba preparado para encontrarme cualquier cosa: desde una nube paradisíaca sobre la estancia ceremonial de un templo maya hasta la habitación de un vigilante de museos con un peculiar sentido del humor.

Después de los inexplicables acontecimientos de los últimos días, estaba dispuesto a aceptar que el ascensor viejo y chirriante que había encontrado en un misterioso museo de una calle que no existía me hubiera llevado de verdad hasta el sobreático del universo. ¿Dónde podía haber terminado aquella hora larga de inacabable ascensión si no en el Cielo... o, por lo menos, en el Olimpo?

Por ello, sentí cierta decepción al darme cuenta de que el sitio al que había ido a parar no era más que una ordinaria habitación de hospital. Tristes paredes verdes, una ventana con cortina, un portasueros sobre ruedecillas junto a una cama bien hecha. Me había imaginado de otra manera la casa del omnipotente Itzamná...

Se levantó cuando entré. Se hallaba al otro lado de un escritorio pequeño y probablemente no muy cómodo, cubierto de papeles, gráficos y dibujos. Los sujetaba con un pisapapeles en forma de pirámide maya. Lo reconocí al instante, aunque tan sólo lo hubiera visto fugazmente en una ocasión: era el viejo que, igual que yo, buscaba la agencia Akab Tsin después de que ésta se desvaneciera. No por casualidad... ¿Acaso la nota que había dejado caer no era una especie de invitación, una confirmación de mi audiencia con... Dios?

—Me llamo Knorozov, Yuri Andreyevich Knorozov —me dijo, con lo que mi confusión fue completa—. Le doy las gracias por la rapidez con que me entrega su trabajo.

Yo también me presenté y Knorozov me escuchó con una sonrisa condescendiente. Luego, la timidez me hizo callar, porque contaba con que fuese él quien iniciara la conversación. Pero no parecía que tuviera prisa por hablar, sino que se limitaba a observarme con detenimiento. Su mirada parecía descomponerse en los gruesos cristales de sus gafas y converger de nuevo en un

haz de rayos energéticos que recorría mi cuerpo. Sin quererlo, me estremecí y aparté los ojos.

Aunque tuviera un aspecto tosco, casi desaliñado —pantufas marrones deshilachadas, ropa deportiva y un albornoz, blanco y corto, tirando a raído—, no daba la impresión de persona venida a menos, ni falta de seriedad. De no ser por el montón de pastillas de colores que tenía en la mesilla, ni por la botella medio vacía que colgaba del portasueros, no lo habría tomado por un enfermo, sino por el jefe médico de aquella extraña clínica con una sola cama.

El espíritu espartano que reinaba en la habitación se veía menguado por una gran cantidad de fotografías que colgaban de la pared junto al lecho y el escritorio. Había postales viejas y amarillentas con anotaciones, fotografías en blanco y negro de los años setenta e instantáneas modernas en formato 10x15. Casi todos los rostros e imágenes me resultaban extrañamente conocidos, incluso familiares, pero, para explicarme aquella impresión fugaz, habría tenido que verlos de cerca.

Por el aspecto de la habitación, parecía que el paciente llevara ya bastante tiempo en ella. A pesar del escaso y sobrio mobiliario, se notaban aquí y allá intentos de embellecerla. En medio había un juego de muebles que parecía robado de un hospital de los tiempos de la Unión Soviética: dos sillones viejos con respaldo de madera pulida y asiento de goma espuma, así como una mesa igualmente de madera pulida con un jarrón de flores más bien ridículo.

En una esquina sonaba un elepé rayado de Mireille Mathieu en un tocadiscos eléctrico de madera laminada. Las nasales confesiones de la cantante francesa no diluyeron por mucho tiempo el silencio que reinaba en la habitación: parecía que la música se le hiciera molesta al propio tocadiscos, por lo que carraspeó y enmudeció. Yo no sabía qué hacer y miré de nuevo a mi anfitrión.

Recordaba al Knorozov de nuestro primer encuentro más frágil e inseguro que éste que tenía ante los ojos, pero lo cierto era que a duras penas había llegado a verle, y que también era posible que transmitiese deliberadamente esa impresión. En cualquier caso, este Knorozov tenía una apariencia totalmente distinta. Aunque pequeño y flaco, su pose firme, rígida, como la de un militar, le hacía parecer más alto de lo que era en realidad. Parecía que le hubiesen implantado una barra de acero reforzado en la columna vertebral. Los rasgos angulosos y severos de su rostro y la rigidez de su mirada podrían confundirse con los de una estatua de piedra de un gran maestro de la Orden Teutónica que hubiese bajado de su pedestal.

—Disculpe que le mire de esta manera —me dijo por fin—. Lo conozco a usted desde hace mucho tiempo, pero sólo en una ocasión hemos hablado cara a cara, y yo mismo no me había dado cuenta hasta ahora.

—¿De qué me conoce? —le pregunté con recelo.

—Yo... ¿cómo podría explicárselo? Lo veo a usted. Igual que veo a todos los demás. Pero tiene usted un papel muy importante, y usted, naturalmente, ya se lo ha imaginado.

Asentí con la cabeza, inseguro. Me daba mucha vergüenza reconocer que seguía sin entender gran cosa.

—La traducción del último capítulo que le hice llegar tiene un gran significado para mí. Debe usted ayudarme a comprender lo que me ocurre. Se lo diré con toda sinceridad, me siento bastante mal: durante toda mi vida he estudiado a los mayas, he estado cientos de veces en América Latina, el español era como una segunda lengua para mí... y ahora lo olvido todo y no comprendo ni siquiera este texto tan sencillo. Tan pronto como trato de leerlo, todo se me mezcla y al final se me vuelve un galimatías. Pero entonces tuve la idea de contratar a un traductor. En cuanto lo vi por primera vez, me di cuenta de que sólo usted sería la persona apropiada para esta tarea: explicarme lo que sucede y lo que nos aguarda...

—Pero si yo...

—Sí, sí. Claro que lo sabe usted. Lo único que tiene que hacer es concentrarse. Piense en ello, y yo, mientras tanto, pondré agua a calentar... Por suerte, los fogones todavía funcionan. No quiero que me dé ninguna respuesta que no haya meditado previamente. La conversación que vamos a tener significa demasiado para mí. No puedo dejarme llevar por la impaciencia.

Habría tenido que decirle que yo mismo había ido hasta allí en busca de explicaciones. Albergaba la esperanza de que, a cambio del capítulo traducido, me explicase de qué iba todo ese juego que obviamente había organizado él, de dónde procedía el misterioso libro de Casas del Lagarzo y cómo había que interpretar las profecías de los mayas. Pero me pareció que no tenía mucha prisa por leerse el trabajo que había encargado con tanta urgencia.

Para pasar el tiempo mientras el viejo encendía el fogón de gas, hice como que miraba las fotos de la pared. Al cabo de un instante las miraba de verdad: sus imágenes eran ciertamente fascinantes.

En una de ellas descubrí, con gran sorpresa, a mi perro. No cabía ninguna duda. Esa mancha parda sobre el morro, que parecía la huella de una

pata, era inconfundible.

Antes de que le pudiese preguntar nada a mi anfitrión, me detuve también frente a la foto de una bella joven. La había visto ya. Me pasé un minuto entero tratando de recordar de qué la conocía, y al fin caí en la cuenta: Era la «Miss Universo» rusa que había derrotado a las bronceadas modelos de Venezuela y Puerto Rico. ¿Cómo se llamaba? Lidya... Knorozova, ¿verdad?

—Es mi hija —confirmó el anciano, y me sirvió una taza humeante—. Una chica hermosa, ¿verdad? —Por instantes, la máscara de escayola que tenía por rostro se agrietó—. Mi mujer, Valya, y yo queríamos tener hijos desde hacía mucho tiempo, pero no lo conseguíamos. Buscamos a los mejores médicos, e incluso visitamos a brujos mexicanos... pero no lo logramos. Estábamos ya totalmente desesperados. Y entonces, de pronto, como por un milagro, se quedó embarazada. Se suele decir que los niños que llegan tarde son bellos como ángeles. ¿Lo había oído usted? Y también lo fue nuestra Lidya. Pero a los trece años se acabó la hermosura. Se transformó en un patito feo. En esos años se echaba a llorar por miedo a que nadie se enamorase de ella. Yo le decía siempre: «Para mí serás siempre la más guapa del mundo, tontita...».

Sonrió, pensativo.

—No sólo para usted —observé, también con una sonrisa—, sino para el mundo entero.

Su rostro se ensombreció. Me respondió:

—¿Y dónde ve usted la diferencia?

Callé y me concentré de nuevo en las fotos. Contaban su vida entera: la primera infancia (un niño serio con pantalones cortos y tirantes que sostenía en alto un osito de peluche con la piel medio arrancada), una juventud marcada por la guerra (un atractivo teniente en uniforme de Aviación que posaba junto a un caza interceptor de los años cuarenta), los años de matrimonio hasta llegar a la edad madura (en diversas excavaciones en la jungla, así como un buen número de fotos con pirámides de Yucatán al fondo).

Miré de nuevo la foto en la que aparecía Knorozov al lado del avión. El perfil suave, casi elegante de la cola me provocó un nuevo *déjà vu*. «Un La-5», me susurró una voz interior. Diablos, ¿de qué me sonaba?

—En su época fue uno de los cazas más modernos y temidos del mundo —me explicó el viejo, como si me hubiera leído el pensamiento—. Los alemanes le tenían más miedo que al fuego. Tan sólo luché hacia el final de la guerra... todavía era demasiado joven. Participé en un par de salidas como mecánico de a bordo. Pero el resto de la escuadrilla se componía de pilotos experimentados que habían luchado durante casi toda la guerra entre Moscú y Berlín. En esa

época, de joven, aprendí a querer a esa gente, y también a amar la aviación. En cuanto hube terminado el servicio, estudié en una escuela universitaria, porque soñaba con trabajar en un despacho de arquitectos. Si en aquella época me hubieran dicho que me pasaría el resto de mi vida estudiando a los mayas, me hubiese reído...

Siguió hablándome de su destino, y de lo grande que había sido el honor de luchar en compañía de aquellos pilotos experimentados. Era evidente que esa experiencia había dejado una profunda huella en él, y que se había pasado casi toda su juventud a la sombra de las alas de un La-5.

Y entonces, de pronto, recordé —las últimas semanas me habían enseñado a no creer en casualidades— de qué conocía el nombre y la silueta del avión de Knorozov: los había visto en el artículo de periódico en el que se contaban los planes para erigir un gigantesco monumento en forma de avión en lo alto de los Montes de los Gorriones.

¿Qué se seguía de todo aquello? Se había honrado a la difunta esposa de Knorozov con un museo varias veces más grande que el de Pushkin. El avión con el que había volado Knorozov tendría un lugar de honor al lado de la Universidad Lomonosov: una reproducción en bronce varios cientos de veces más grande que el original, para edificación de los más jóvenes. Y su hija, a pesar de su discreta belleza, había hipnotizado al jurado de un concurso internacional hasta el punto de que la habían declarado la mujer más bella del planeta... ¿y tan sólo porque su padre la veía así? ¿Quién era ese anciano que se había enfrascado en una colérica disertación sobre el destino de los soldados de la Gran Guerra Patriótica?

—¡Y cómo se trata hoy en día a los veteranos! Esos hombres que sin dudarlo pusieron su vida en juego por las futuras generaciones se merecían un trato mejor. ¡Pregúnteles a los jóvenes, sí, e incluso a las personas de mediana edad! ¡No tienen ni idea del inhumano esfuerzo que tuvimos que hacer por la victoria! Han olvidado a héroes que tuvieron un valor comparable al de los personajes de la mitología griega. Los veteranos pasan sus últimos años en la pobreza. Una esclerosis prescrita por el Estado, sí señor...

—¿Quién es usted? —le pregunté entonces, de repente—. ¿Quién es usted?

El viejo arrugó la frente, furioso por mi interrupción.

—Pensaba que ya me había presentado —observó con sequedad.

Incapaz de contenerme, le dije entonces, casi a gritos:

—Cielo santo, ¿qué significa ese rótulo que tiene en la puerta? ¿Qué tiene usted que ver con Itzamná? ¿De qué va todo esto?

¿Un comerciante sin escrúpulos que coleccionaba obras de arte y libros antiguos? ¿Un historiador megalómano que por casualidad había accedido a una fuente de poder sin límites? ¿Un científico soviético que en el curso de una expedición a Yucatán había recibido a una criatura divina dentro de su cuerpo? ¿Un chiflado normal y corriente que se había construido una biografía ficticia a partir de recortes de periódico? ¿Quién, por todos los demonios, quién era ese viejo tan raro que me había enredado en una aventura de hacía casi cuatrocientos cincuenta años, y que para postre también había de tener efectos sobre el futuro? ¿Quién era ese hombre que había estado a punto de volverme loco y que disponía de mi vida como de una ficha en un juego?

—Lo que dice en la puerta es más o menos la verdad —me respondió con voz inesperadamente apacible—. Un juegucito de palabras. Quién habría pensado que mi inconsciente sería capaz de bromas como ésa...

—¡Acláreme de una vez qué es lo que sucede! ¿Qué clase de sitio es éste? ¿Qué era ese ascensor del diablo que ha ascendido varios kilómetros? ¿Qué es esa calle muerta con miles de casas que no aparece en ninguno de los planos de la ciudad? Lo más probable es que me lo esté imaginando todo. ¡Usted es una apariencia y nada más! ¡Nada de todo esto existe, me voy a despertar en cualquier momento, y entonces me daré cuenta de que todo esto no ha sido más que un sueño, y de que el libro no existe, ni tampoco Casas del Lagarzo, ni el fin del mundo! ¡Pues claro! ¡Por Dios bendito, qué es toda esta historia de gólems, hombres animal y marionetas! ¡Lo único que sucede es que me he dormido y que usted forma parte de mi sueño!

Todo mi cuerpo tembló. El hombre me miraba con atención y no hizo ningún intento de acallarme ni de tranquilizarme. Cuando mi acceso de ira hubo terminado y no me quedaron ya palabras, negó con la cabeza y me dedicó una sonrisa irónica.

—Cuánto me sorprende el egocentrismo de los seres humanos... incluso cuando son ficticios.

Me sobresalté.

—¿Qué ha querido decir?

—Aun cuando no me crea usted, la realidad es justamente la contraria. Por incómodo que me resulte tener que decírselo, en este caso soy yo quien le sueña a usted. Igual que sueño el resto del mundo que lo rodea a usted.

—Qué chorrada es ésa —le respondí, con los nervios de punta.

Hipótesis número uno: el ascensor ocultaba un dispositivo técnico muy complicado que hacía creer al viajero que la ascensión era larguísima, aunque tan sólo hubiera subido dos o tres pisos. Y, muy probablemente, la extraña calle de Itzamná no existía. En cualquier caso, no estaba habitada, y por eso mismo no era increíble que se tratara de un decorado construido a propósito para la situación. Tan sólo me faltaba descubrir la finalidad de esas increíbles manipulaciones.

Número dos: sin darme cuenta, había atravesado la fina membrana que separaba el mundo real de las ficciones de mi fantasía sobreexcitada, y me había hundido en el fango de la esquizofrenia. Era probable que en ese mismo instante farfullara palabras sin sentido, metido en una camisa de fuerza, en una celda especial para locos furiosos de la Clínica Kashtchenko. Una explicación triste, pero plausible.

No se me ocurría ninguna otra cosa. Las afirmaciones del sedicente Itzamná eran indudablemente absurdas, una provocación. Excelente plan para una pesadilla nocturna: uno de los personajes que aparecían en ella decía con todo el descaro que la ilusión no era él, sino el propio soñador.

—¡Voy a despertarme en cualquier instante!

—Ya me imaginaba que esta conversación no iba a ser sencilla —me respondió, fatigado—. Reconozco que no sé muy bien cómo hacerle entender que la posibilidad de *despertar en un lugar que no esté dentro de mi sueño* —hizo una breve pausa para que pudiera entender bien el sentido de sus palabras—... por desgracia, no existe para usted. Aún peor: yo mismo no puedo despertar de mi sueño. Estamos condenados a charlar entre nosotros.

—¿Y cómo voy a creerme que este mundo infinito, este mundo con tantas facetas, diverso hasta lo indescriptible, incluido yo mismo y toda la gente que conozco, existe tan sólo dentro de su cráneo? —Traté de hablarle en tono irónico, pero, en el momento decisivo, mi voz de quebró, y me salió un chillido de histeria.

—Pues parece que sí cabe en el suyo —me respondió con voz viperina.

—Bueno, está bien, aceptemos por un momento que tiene usted razón. Para que se vea bien claro cuán ridícula es su teoría. ¿Cómo me va a demostrar que este mundo es solamente un producto de su imaginación?

—Si ése fuera el caso, no habría tanta confusión. Pero, por desgracia, me he metido en los sótanos del inconsciente. ¿No creerá usted que me presento en serio como Itzamná y que por eso he escrito la palabra «Dios» en la puerta? Me reconocerá usted que eso no sería nada discreto...

—¡Hágame el favor de responder a la pregunta!

—Bueno, está bien. Ah, a propósito: ¿Fuma usted? ¿No? De todas maneras, ¿le importa que salgamos a fumar un momento? —Se ajustó el cinturón del albornoz y me indicó que saliéramos al pasillo—. En realidad, no me lo permiten, pero cuento con que no se lo diga a nadie...

Encendió una cerilla. Con evidente placer, le dio una calada a un cigarrillo barato y me lanzó una mirada inquisitiva.

—¡Tomemos como ejemplo la pirámide maya con el líder momificado en la Plaza Roja! Es totalmente absurdo, ¿no le parece? Por otra parte, cómo va a saber usted lo que hay allí de verdad...

—¡Me está hablando del Mausoleo de Lenin! —le respondí. Recordé que, obsesionado por la relación de Casas del Lagarzo, lo había confundido con un templo indio. Pero había recobrado la cordura a tiempo.

—¡Si yo no hubiera dedicado toda mi vida a la investigación de los mayas, no la habrían puesto allí! Tiene que saber usted que durante mis estudios de arquitectura asistí a una conferencia de las Juventudes Socialistas de México.

Lo miré como si estuviera loco.

—Como era el mejor estudiante de mi grupo, me invitaron a una charla del KGB. Me dijeron que, si estaba dispuesto a trabajar con ellos, el Telón de Acero se abriría un poquito para mí. Me aconsejaron aprender español. Medio año más tarde volé hacia Ciudad de México.

Debí de poner cara de sobresalto cuando mencionó el KGB, y entonces se detuvo en sus explicaciones, y me dijo, en tono de reproche:

—No crea que lamento haber colaborado con el KGB. Ahora los critica todo el mundo, pero hicieron muchas cosas buenas. Y si hoy en día queda alguien en este país que se preocupe de mantener el orden, son ellos.

Había logrado dominarme a mí mismo y no quería empezar ninguna discusión. Lo que quería era que me contase hasta el final la romántica historia de su aventura con los mayas.

—Los organizadores del encuentro nos habían preparado un pequeño programa cultural y nos llevaron de excursión a Uxmal. Los excelentes tractoristas, lecheras y cavadores de nuestro grupo hicieron la ruta de las pirámides a paso ligero y luego regresaron al autobús... pero, para mí, fue como si me hubiera atravesado un rayo. Di vueltas sin descanso, saqué fotos, quise verlo todo, una hora, dos... No podía marcharme de allí. Los otros me habían dejado atrás y por poco no me abandonaron en las ruinas. Cuando volví a la

ciudad, me compré libros sobre la historia de los indios y los leí con la ayuda de un diccionario. A la hora de volver a casa ya tenía decidido que no volvería a trabajar con aviones. A partir de entonces me interesaría sólo por los mayas. Una cultura absolutamente fascinante, sorprendentemente poco estudiada. Un enigma tras otro. Aunque sólo fuera por su inexplicable desaparición cuando se hallaban en el cénit de su desarrollo. No se había logrado descifrar su escritura. Algunos especialistas habían llegado a pensar que sus jeroglíficos eran un mero adorno. Los mayas aguardaban a su Champollion, y yo quería ser ese Champollion. Estudié historia, estudié también criptografía y lingüística, y todo lo que pudiese ayudarme a descifrar las inscripciones mayas. Empleé todas mis fuerzas en ese empeño... y lo conseguí.

— ¿Descifró usted su escritura?

El viejo me había sorprendido: ni Yagoniel ni Kümmerling decían ni una sola palabra sobre los méritos de Knorozov. ¿Mentía? ¿O es que simplemente no me había fijado en su nombre?

Asintió con dignidad.

— Eso no demuestra nada —le dije con tozudez—. Puedo darle una explicación canónica sobre el origen del mausoleo y no es peor que la suya.

Me echó una bocanada de humo a la cara y apagó la colilla.

— Está bien, pues explíqueme usted todo lo que le ha ocurrido durante las últimas semanas desde que empezó a traducir ese libro. Lo del hombre jaguar, el vigilante sin cabeza de las tumbas, la *Crónica del Porvenir*...

Su venenosa réplica me deshinchó.

— Yo había venido con la esperanza de que *usted* me lo explicara.

— Por desgracia, no consigo que me entienda. — Abrió ambos brazos—. Se lo digo una vez más: todo lo que le ha ocurrido a usted, todo lo que le ocurre al universo entero, ocurre tan sólo porque yo lo veo en mis sueños. Como consecuencia, yo soy el universo.

— ¡Pero si usted es el dios y soberano de este universo, debe de ser omnipotente! Demuéstreme que no son afirmaciones vanas. ¡Hágame un milagro! ¡Transforme este té en vino, o demuéstremelo como quiera! ¡Hágame creer en usted!

— Es asombroso —suspiró Knorozov—. Siempre el mismo problema. Todos quieren ver un milagro. Por desgracia, le voy a defraudar. No tengo ningún poder.

— ¡Pero si este mundo es suyo!

—Es como el delirio que acompaña a una fiebre severa. Lo veo todo, pero no puedo cambiar nada. Por supuesto, son mis deseos secretos y anhelos reprimidos los que dan forma a este mundo, influyen en él y hacen que se desarrolle su complicada acción, pero no de manera distinta que en los sueños ordinarios. Sólo puedo tratar de comprender *post factum* el significado de uno u otro giro argumental; y, de hecho, eso es lo que hago ahora mismo...

Callé de nuevo, atónito por el vuelco que acababan de sufrir mis pensamientos. Pero me veía incapaz de hallar la respuesta a una cuestión fundamental, y por ello volví a preguntarle a él:

—Si todo esto es lo que usted sueña, entonces, ¿dónde se encuentra usted?

—Una buena pregunta. Lo más probable es que me encuentre en la sección oncológica de un hospital de Moscú y esté conectado a una bolsa de suero. Me van a operar un tumor maligno que tengo en el cerebro. Tuve las primeras sospechas hace unos pocos meses. Al principio no quería creérmelo y tampoco se lo conté a mis familiares, pero tanto los análisis de sangre como las radiografías lo confirmaron.

»Tuvieron que ingresarme. En una clínica excelente. El personal se toma muy en serio su trabajo... —Y entonces, de repente, añadió—: I.idya no podía venir a visitarme. No puede dejar el trabajo y, además, el pequeño Alyosha está enfermo. Y puede que Valya también lo haya olvidado, no ha venido...

—Entonces, ¿su esposa no ha muerto? —le pregunté con estupor.

El viejo enmudeció y me miró, confuso. Iba a abrir la boca para responderme, pero entonces le ocurrió algo y se quedó callado. El labio de abajo le colgaba y temblaba como por una enfermedad. Se volvió, se acarició el cabello y sacó otro cigarrillo. Calló durante largo rato y luego dijo con voz ronca:

—Disculpe. A veces lo olvido.

Entonces se me ocurrió una idea demencial: ¿Podía ser que Valentina Anisimova, la misma que diez años antes había pagado el pasaje al barquero Caronte, hubiera resucitado de pronto porque su hombre no podía con la soledad? Miré al viejo y me di cuenta de que la pregunta podía hacerle todavía más daño, y me callé.

De todas maneras, no habría podido preguntarle nada más a Knorozov, porque en ese mismo momento le sucedió algo terrible.

Perdió el equilibrio, se apoyó contra la pared y miró aterrado en todas las direcciones. Entonces palideció y se apretó su propia cabeza con tal fuerza que parecía que la fuera a aplastar. Cayó de rodillas y, ante mis propios ojos, empezó a perder color, luego se volvió transparente, hasta que, por fin, casi se disolvió en el aire.

A continuación, los fundamentos del gigantesco edificio donde nos hallábamos empezaron a crujir y a sufrir sacudidas, como si reaccionaran ante el extraño ataque que padecía Knorozov. La tierra se puso a temblar.

Traté de ayudar al viejo, pero él me rechazó con la mano. Sin saber muy bien qué lugar sería el más seguro, lo dejé en el pasillo y me metí en su habitación.

El temblor de tierra fue el más fuerte de cuantos se habían desencadenado en aquellos días. El suelo dio tales sacudidas que me caí varias veces, me volvía a levantar y volvía a caer de manos y pies. No logré mantenerme erguido ni durante una fracción de segundo. Pero la torre de marfil donde se hallaba la celda monástica de Knorozov resultó ser más estable que los típicos edificios de Moscú. Las paredes y el techo sostuvieron el asalto de los elementos y la luz no se apagó ni por un instante. Con valor renovado, me arrastré hasta la ventana y aparté la cortina.

En mi fuero interno estaba convencido de que divisaría las calles de Moscú a vista de pájaro, o que me vería en el espacio exterior, entre protuberancias refulgentes que vomitarían chorros de gas, o supernovas empeñadas en una dolorosa rotación. Probablemente fue en ese momento cuando empecé a creer en las palabras de Knorozov, aún comprendía de manera demasiado literal su afirmación de que él era el universo en sí.

Lo que vi entonces, a pesar de su misma imposibilidad y su paradójica cotidianeidad, demostró de nuevo que Knorozov tenía razón.

Contra todas las leyes del espacio y la gravedad, lo que vi por la ventana de la habitación de hospital fue otra habitación idéntica que estaba debajo de ésta. Me agarré al alféizar y contemplé, a través de una luna de cristal increíblemente delgada, el cuerpo enfermo de un anciano que estaba tumbado sobre una cama, entubado con docenas de catéteres cual una maraña de enredaderas parasitarias. A su alrededor se afanaban hombres y mujeres en batas blancas, los aparatos médicos más modernos brillaban con todos sus colores, y las cánulas, cual gigantescos insectos, se clavaban en las venas más profundas de sus manos sarmentosas y deformadas.

Era él. El verdadero Yuri Knorozov.

Una nueva sacudida me derribó al suelo. Me levanté con dificultad del

piso de linóleo y contemplé el mosaico de fotografías que cubría las paredes de la habitación. Se desdibujaban ante mis ojos: Knorozov con la tripulación de su amado La-5, y luego en la celebración de los diez, los treinta, los cincuenta años de la victoria, junto con sus compañeros. Un círculo cada vez más pequeño...

Docenas de fotografías con su mujer, de la que había hablado tan escuetamente, tan de mala gana, pero que, sin duda alguna, debía de ser la persona a la que más había amado en la vida: la boda, las vacaciones en Crimea, los viajes juntos por América Latina, un beso frente a la Pirámide del Adivino...

Grupos de hombres con trajes y gabardinas pasados de moda y rostros impenetrables...

Instantáneas antiguas en blanco y negro, que, a juzgar por los títulos, debían de corresponder a sus padres, así como a diversos desconocidos. Su amada hija, en todas las fases de la vida, desde el nacimiento hasta la actualidad.

También estaba él, ya muy viejo, junto a una pequeña iglesia. Y allí mismo pasaba por el patio de un monasterio de muros blancos, muy deteriorado, en digna conversación con un pope de mirada seria pero amistosa.

Muchas de las personas que aparecían en sus fotos se parecían a políticos, estrellas de cine y científicos de fama mundial, pero no podían ser ellos, por la disparidad cronológica entre la vida de éstos y la situación en la que estaban fotografiados. Así, por ejemplo, un piloto de aviones de caza del año 1945 tenía la misma cara que un popular cantante norteamericano contemporáneo.

Cuanto más tiempo empleaba en la contemplación de las fotografías, más evidentes se me hacían los paralelos entre los hitos en la vida de Knorozov, las personas que habían determinado su destino, y diversas figuras de referencia de nuestro mundo actual, sobre todo en nuestro país, pero también en los demás. El mundo que yo conozco parecía marcado por la personalidad del misterioso anciano.

Fue en ese momento cuando por fin comprendí que el viejo no me había mentido, ni estaba loco. Me sentí capaz de afirmar que en mi cerebro —porque, a pesar de todo, me gustaba decir que era mío— se producían grandiosos procesos, semejantes a la aparición y la destrucción de galaxias enteras. En cualquier caso, recapacité y me forjé una representación del mundo completamente nueva, mientras que la antigua perdió forma y contenido, se vino abajo y el viento se la llevó, como suele llevarse las esculturas de arena una

vez están secas.

Todo había cambiado: había llegado a creer que lo que me había dicho el viejo era posible.

En el siglo XX, cuando la propaganda materialista proclamaba la simbiosis triunfal de ciencia y técnica, los dogmas religiosos y místicos que emanaban de una representación del mundo fundamentada en esferas etéreas perdieron rápidamente su influencia.

Con todo, los seres humanos de hoy en día están más o menos dispuestos a aceptar que todo lo que ven a su alrededor tan sólo existirá mientras ellos existan y mientras ellos puedan percibir esta realidad (en la medida en que el concepto de realidad sea adecuado en este contexto). El número de los filósofos que se han labrado un nombre con esta elegante construcción teórica es proporcional a la imposibilidad de demostrarla y a su enorme atractivo.

Pero, si partimos de la noción de que todo el mundo que nos rodea se halla en nuestro cerebro, ¿qué nos impide ir un paso más allá y enunciar una hipótesis más atrevida: que ese cerebro no es el nuestro, sino el de otra persona?

Los pensadores religiosos —sobre todo de las religiones orientales— no excluyen que todo el mundo se encuentre en el interior de una gran conciencia divina que todo lo abarca, como si se hallara dentro de un recipiente. Un motivo para pensar así podría ser ese orgullo arraigado en los seres humanos: éstos siempre están dispuestos a abandonar su propio «yo» si con ello pueden considerarse parte de un ser mucho más poderoso, bello y grande.

Sí, ¿quién podría reputar, sin vacilación, la posibilidad de que ese recipiente no sea la conciencia infinita, la conciencia bañada en la luz refulgente de Buda o de Jehová? ¿Quién podría rechazar que esa conciencia no fuera el «yo» angosto de un viejo pensionista que apesta a billetes de banco viejos y bolas de naftalina, y que está a punto de morir de cáncer? Esa hipótesis, por lo menos, nos permitiría explicar varios fenómenos de nuestro tiempo...

Después de echar otra ojeada por la ventana, llegué a la conclusión de que el viejo que allí yacía se había estabilizado. Los movimientos de las enfermeras y los médicos se habían ralentizado y la habitación se vaciaba. Al mismo tiempo, los temblores de tierra que habían sacudido el museo se aquietaron. Corrí de nuevo la cortina y salí al rellano. Knorozov estaba sentado en el suelo, apoyado en la pared, y tenía los párpados cerrados de pura fatiga.

— ¿Qué tal se encuentra?

— Le pido perdón — me respondió con voz casi inaudible—. Esto ha sido tan duro... he llegado a pensar que era el final.

— Lo he visto... a usted. Al verdadero... por la ventana. Todo anda bien, le han salvado la vida.

— ¿Que me han salvado? — Abrió los ojos y retrocedí, porque las chispas eléctricas que centelleaban en sus pupilas me habían asustado—. Lo que hacen es inyectarme morfina. Por lo menos una kilotonelada de sedantes. Con tantas inyecciones no puedo recobrar el sentido... es como si me hubieran puesto los zapatos esos de cemento que en su tiempo les ponían los mañosos a sus deudores antes de arrojarlos al río Hudson. No tengo ninguna posibilidad de emerger. ¡Estoy atrapado en esta pesadilla sin fin, y para toda la vida!

— ¿Y ahora qué? — le pregunté, desconcertado.

— Eso me lo tiene que decir usted. Para eso le hice venir.

— Pero ¿qué quiere que haga? ¿Qué quiere usted de mí?

— Desde el primer momento que pasé en esta habitación he sabido que no estaba aquí por casualidad. Buscaba algo, pero no sabía el qué. Una sensación sumamente incómoda. No me dejaba en paz, me agujijoneaba en todo momento, y me puse a cavilar, escarbé en mis recuerdos, en mis pensamientos, en busca de algo que había perdido. Así que bajé al museo y busqué por todas las salas... sin encontrar nada. Recorrí la calle de Itzamná de un extremo a otro, desde que nací hasta los últimos años... pero nada. Cuando me di cuenta de que dormía y no iba a despertar, empecé a dar vueltas por la ciudad... por la Biblioteca de Lenin, los archivos, las calles... pero no lo encontré, y la sensación de faltarme algo no me dejaba en paz, ardía, y ardía sin cesar dentro de mí. Hasta que un día regresé al museo y me detuve en la exposición sobre la escatología de los mayas. Encontré en el suelo un antiguo libro: la narración de Casas del Lagarzo. Me di cuenta al instante: era eso. Apostaría el pescuezo a que no lo había visto nunca... probablemente porque hasta ese día aún no estaba preparado para poseerlo. Traté de leerlo, pero no pude. ¡Y eso me sucedía a mí, que me había pasado media vida estudiando el español! Gracias a mi dominio del idioma había hecho buenas amistades en América Latina. Si hasta había impartido conferencias en esa lengua... El resto ya lo sabe usted.

— Pero ¿cómo es que no llevó el libro entero a la agencia?

— Usted mismo, en el fondo, lo sabe: no se trata simplemente de un libro viejo. La crónica de Luis Casas del Lagarzo contiene un poder extraordinario que me había de proporcionar aclaraciones e instrucciones. Por ello tenía que conocer su contenido gradualmente. Un capítulo tras otro. Y usted mismo

tampoco estaba preparado para conocer desde un primer momento las últimas páginas de la narración, aunque fuera el enviado para traducirla.

—¿Yo... enviado? ¡Pero si entré en la agencia por casualidad! Además, acepté el encargo por decisión libre. También habría podido rechazarlo.

Knorozov sacó fuerzas de flaqueza y se puso en pie. Cuando, fatigado, volvió a hablar, tuve la impresión de que dudaba de mis facultades mentales.

—En estas circunstancias, su afirmación de que lo decidió libremente resulta conmovedora. Por lo que respecta a la agencia Asbuka, mi elección se basó en un motivo muy concreto. Quizá sepa usted que allí mismo había habido una biblioteca infantil. Estoy ligado a ella por muchas circunstancias. Cuando Lidya era pequeña, esa biblioteca le encantaba y siempre me hacía ir. Mientras estábamos allí, la niña charlaba sin cesar, y yo le respondía de manera maquinal, porque a menudo tan sólo pensaba en mi trabajo. Y cierto día en el que ella hojeaba un libro con dibujos de conejitos, me asaltó la inspiración: había encontrado la clave para descifrar la escritura de los mayas. Y ahora hay una agencia de traducción en el edificio... qué interesante...

—La cerraron —observé.

—Ah, sí. Pero la culpa la tuvo ese pobre hombre. El saber estaba destinado tan sólo a mí, y a usted, por supuesto, y nadie más tenía derecho a meter la nariz en algo que únicamente tiene que ver con mi vida... y con mi muerte.

—Y entonces usted...

—Que no, ¿cuántas veces voy a tener que decírselo? Por Dios bendito, yo ya no entiendo el español, y tampoco sé muy bien qué busco en este maldito sueño febril. ¿Y usted se piensa que yo voy a conjurar a unos espíritus mayas y a ensañarme con un empleado imbécil y a complicar en esto a un ama de casa cotilla? ¡Todo eso ha ocurrido por sí mismo, yo no he podido cambiar nada! Esta riada turbia y violenta me arrastra siempre hacia adelante y necesito su ayuda para entender qué me aguarda...

Pero yo, uno de los muchos fantasmas de este mundo espectral, ¿qué podía hacer por su omnipotente Señor? ¿Dónde podía buscar las indicaciones ocultas? Él me decía que yo lo sabía todo, que bastaría con que reflexionara y me acordase de todo... y entonces, de repente, me di cuenta.

«Porque la tribulación del mundo se debe a que su Dios está postrado y por ello también el mundo perece. El Señor yace, presa de la fiebre, y por eso mismo también padece fiebre Su creación. Dios muere y con Él se muere todo lo que Él hizo existir. Pero aún no es demasiado tarde...» Esas fueron las palabras del niño del metro.

Lo tenía delante de mis ojos, y se moría, porque las metástasis se habían ido adueñando de su cuerpo y su cerebro. Los devastadores terremotos, los tsunamis y los huracanes eran tan sólo réplicas de sus espasmos, el eco de sus ataques de dolor. La profecía que había oído no era un simple manierismo literario de los sacerdotes mayas, sino una tremenda metáfora de los procesos fisiológicos concretos que poco a poco aniquilaban a Knorozov-Itzamná y al universo escondido dentro de su cerebro.

«No es demasiado tarde...» ¿Para hacer qué? ¿Para salvarlo? Pero ¿cómo?

—Veo que empieza a comprenderlo —observó el viejo, que había notado mis dudas—. Eso es muy importante, porque no sólo tendrá que leerme el último capítulo del libro, sino también interpretarlo. Si me lo permite, voy a contarle lo que me sucedió antes de entrar en esta habitación. Quizá le sirva de algo... Todo esto empezó hará unos tres meses.

Migrañas, desmayos... me pregunté si tendría problemas circulatorios.

Y hete aquí que estoy en la consulta del médico y le describo los síntomas, y pienso que me recetará unas pastillas y me dirá que controle el estrés. Pero el médico me envía al oncólogo. Y ya me veo allí como un perro apaleado con el rabo por los suelos y le pregunto: «Doctor, ¿no será nada grave, verdad?». Y él me mira con mala cara y me recomienda que me haga pruebas en seguida. Lo peor de todo son los días que pasan entre las pruebas y el momento en el que llamo para que me digan los resultados. Estoy destrozado, paso una y otra vez de la desesperación a la esperanza, trato de convencerme de que todo irá bien, y en los manuales médicos encuentro como mínimo una docena de pruebas de mi futura curación. Luego me asaltan de nuevo las sospechas y echo mano de una enciclopedia, y la enciclopedia me anuncia los desastres más terribles. Como no quiero preocupar a la familia ni molestar a los amigos, me lo guardo todo, aunque tenía muchas ganas de contárselo a alguien, porque la procesión va por dentro. Y cuando me dicen al teléfono: «Tumor cerebral maligno», me transformo en un cadáver viviente. No se habla mal de los muertos. Y, al tener noticia de mi enfermedad, todos mis parientes se transforman... Sí, la palabra «cáncer» es tabú, tan sólo se admite la palabra «enfermedad», como si con eso tuviera más posibilidades de curarme. Ya no discuten conmigo, se pasan el día tratando de animarme y de distraerme de todos los pensamientos tristes. Pero el ángel de la muerte ya me había besado la frente y la marca de sus labios era visible para todo el mundo. La alegría es forzada, la sonrisa, tensa, la dulzura de las voces no tiene ninguna naturalidad, y, de pronto, ya casi nadie quiere pasar un rato largo conmigo. Y yo mismo me siento como un leproso y empiezo a evitar a mis amigos para no agobiarlos con mi presencia. Igual que les ocurre a los elefantes, ¿sabe usted? Cuando sienten que la muerte se acerca, abandonan su manada y se marchan a un lugar

especial para exhalar allí su último aliento... Los mayas me habían salvado a menudo. Ya después de la muerte de mi mujer, me entregué en cuerpo y alma a mi trabajo. Y cuando supe lo enfermo que estaba, encontré mi último refugio entre los indios. Así, decidí que en las semanas que me quedaban hasta la operación me concentraría en el trabajo de mi vida.

Y luego caí en esta trampa del diablo. De repente me encerraron en una caja fuerte de morfina y no sé cuál es la combinación.

—¿Y usted piensa que este libro que ha encontrado, este diario de un conquistador español, es la llave que le permitirá escapar de aquí? ¿Y tengo que explicarle a usted el significado oculto de este mensaje?

—No sé muy bien si escapar de aquí me serviría de algo. Pero querría leerlo y comprender su mensaje, es decir, los motivos por los que estoy en este mundo. Y por eso le hice vivir a usted.

—Y estos terremotos —le susurré— son el eco de su dolor.

—Sí. Pero no sólo del dolor físico. También el miedo a la muerte, la desesperación. Cuando el diagnóstico no nos deja ya ninguna esperanza y el médico que nos trata dice que no nos aconseja la operación, porque es imposible sobrevivir a ella y la quimioterapia no tendría otro efecto que empeorar el dolor, entonces empieza otra fase. Uno se dice a sí mismo que la medicina académica moderna, tan satisfecha de sí misma, no tiene manera de acabar con esta aflicción... pero eso no tiene por qué significar que todo está perdido. Existen remedios milagrosos de cartilago de tiburón y ginseng, y sanadores esotéricos, y meditaciones curativas. Pero las rodillas no dejan de temblarme, porque ya no sé en qué puedo apoyarme, y me vuelvo piadoso, aunque de joven había escupido sobre imágenes sagradas. Paso por el cepillo de la iglesia, que ya está lleno de monedas, y echo billetes de los grandes, me santiguo como un loco frente a los iconos, me prosterno ante ellos como un pecador arrepentido hasta que me salen chichones en la frente, y espero en lo más hondo que el libro de contabilidad celeste me lo tenga en cuenta en sus balances. Pero ya es demasiado tarde: el Señor lo tiene todo decidido y mi nombre no aparece en el Libro de los Vivos del año siguiente. Los médicos comprueban que he vuelto a empeorar y me quitan de mi mano la última muleta. Entonces desafío al mundo y, con el valor de un kamikaze, me pongo a discutir todo lo que me ocurre... desde el principio hasta el final. Les grito a los médicos, me burlo de las caras entristecidas de mis familiares, les digo a los amigos que quieren consolarme que no se metan en los asuntos de los demás. Me rebelo, en la medida en que me lo permiten mis fuerzas, pero llega el día en el que me caigo en medio de la calle y entonces me llevan a la clínica... la mejor que me ha podido pagar un amigo con influencias. Y una vez allí me hundo, sin

voluntad propia, con el suero enchufado, drogado a fuerza de sedantes, en una inevitable pesadilla, y soy consciente de que se trata de un sueño pero no consigo despertar... aislado del mundo exterior, encarcelado dentro de mí mismo, busco una oportunidad de darle la vuelta a todo esto, de salvarme, a cualquier precio... y no la encuentro. Ando a ciegas en busca de la salida, pero una y otra vez me estrello contra las alambradas... Respóndame usted: ¿Dónde está la salida? ¿Qué puedo esperar?

Así pues, me correspondía a mí hacer el papel de oráculo, un oráculo cuyo definitivo juicio no admitiría apelación. El papel de un traductor que ayudaría a comunicarle a la razón de un desahuciado un mensaje de ilimitada importancia.

Mientras yo callaba y ponía orden en mis pensamientos, el viejo abrió con manos temblorosas el paquete de cigarrillos, empezó de nuevo a fumar y, poco a poco, se calmó. Entretanto, me esforcé por recordar los últimos capítulos que había traducido y cobré conciencia de que no tendría medios para darle lo que él anhelaba: consuelo y esperanza.

Levantó la cara y me di cuenta de que no podría mentirle. Era uno de esos hombres que cuando van al paredón renuncian a la venda para poder mirar a los ojos al pelotón de fusilamiento. Entonces pensé que el corto albornoz que llevaba sobre el pijama de hospital tenía algo en común con una chaqueta militar que un general se hubiera puesto con descuido sobre el uniforme reglamentario.

Tragué saliva y dije:

—Estoy dispuesto a explicárselo todo. Vamos adentro, aquí tengo frío...

CAPÍTULO I

Nos sentamos en dos sillones estrechos, de formas angulosas. Abrí la carpeta y empecé a leerle los dos últimos capítulos. Me escuchó con atención, muy interesado por mis palabras, mientras yo me convertía en una especie de piano mecánico que tocaba vales sin alma siguiendo los orificios de la partitura. Mis pensamientos estaban muy lejos de allí. Por primera vez contemplaba como un todo esa pintura refinada, grotesca, temible y fascinante. Por fin conocía todas las partes de la historia y cada una de ellas ocupaba su lugar.

Únicamente me asombraba la indiferencia con la que yo mismo, mera partícula de este universo de ficción y de su dios que se apagaba, podía pensar en el inminente final. Pero ¿no era ése el motivo por el que me habían elegido como oráculo? ¿Porque podía ensamblar en el momento oportuno las varias partes de su personalidad y tender puentes entre las diversas regiones de su conciencia agonizante... de su infierno, en definitiva? ¿Porque era el último destello de inteligencia en el mundo interior de aquel hombre, un mundo interior que se desintegraba?

La terrible enfermedad se había apoderado de Knorozov con excesiva rapidez. La enloquecida y desbocada hambre de vida que, a pesar de sus muchos años, bullía en el pecho del viejo le impedía aceptar el lúgubre pronóstico de los médicos, y no le quedaba tiempo para reconciliarse consigo mismo... Tan sólo buscaba con febril afán algo que por lo menos le diera una chispa de esperanza...

Pero los médicos, preocupados, le habían puesto una camisa de fuerza al rebelde, por miedo a que se hiciera daño a sí mismo, y lo habían sumergido en altas dosis de narcóticos. Le habían mentido: le prometieron que la operación lo salvaría, aun cuando supieran muy bien que ya era demasiado tarde. El viejo, traicionado y encadenado, se hundía cada vez más en el torbellino de sus sueños, y éstos se alimentaban de los antiguos mitos de los mayas, en los que el hombre se había refugiado durante los últimos años para esconderse de una realidad cada vez más fría y extraña.

Pero, en vez de frenar el flujo de sus pensamientos, los sedantes no habían hecho otra cosa que desviarlos y dar lugar a nuevos meandros. En esa

pesadilla sin fin y sin salida que el viejo tenía que padecer en nombre de todos los implicados, los maliciosos mayas habían sustituido las etapas decisivas de su dolor con sus propias metáforas e imágenes.

Sin embargo, algunos fragmentos de su «yo» no habían olvidado la terrible infelicidad que lo amenazaba y enviaban sus señales de alarma, las cuales, a su vez, deformadas por el prisma de su inconsciente, se manifestaban como capítulos del diario de un conquistador español que Knorozov se había escrito a sí mismo...

La historia de su enfermedad se había transformado en historia del mundo, el pronóstico de los médicos en profecía apocalíptica de los magos mayas, y el creador de aquel microcosmos alucinatorio, en Itzamná, el dios omnipotente, protector del conocimiento impotente y epítome de la inútil sabiduría.

La confrontación entre las facetas de su persona que buscaban la verdad y las fuerzas que se aferraban a la vida con vigor animal y trataban de impedir que sus esfuerzos por saber triunfaran se había manifestado, dentro del sueño, como lucha entre los demonios de los mayas y los seres humanos que trataban de alcanzar el saber prohibido. Todos ellos habían tenido que padecer el castigo por su curiosidad... pero yo, como una vaca sagrada a la que nadie puede molestar, no había sufrido ningún daño. Se me había concedido penetrar en los secretos más íntimos para que apartase el velo celestial y hablara con los dioses.

Y, por ello, Knorozov-Itzamná estaba sentado frente a mí y escuchaba con paciencia las últimas palabras de los últimos capítulos de su diario. Había conseguido lo que quería. A mí se me había revelado todo: podía comunicarle la verdad de la que estaba sediento, por muy terrible que ésta fuera...

Y el fin del mundo será anunciado por la larga enfermedad de este dios, en consonancia con la cual el mundo también empezará a padecer fiebres.

Y cuando sus ojos se cierren por última vez, el mundo se hundirá en eternas tinieblas.

Y cuando esté moribundo, el mundo entero sufrirá espantosos terremotos y las montañas se vendrán abajo y las espumas de los mares se desbordarán.

Y entonces llegará el fin.

No aparté la cara del papel, porque tenía miedo de mirarlo a los ojos. Ordené los papeles con cuidado. No pensaba reanudar la conversación. El texto de las profecías era severo e implacable como el veredicto de un tribunal militar. No dejaba ningún margen a interpretaciones. Tenía la esperanza de haber cumplido con mi deber, y de no tener que explicarle al viejo que la crónica en la que había puesto tanto interés no le brindaba ni la sombra de una esperanza.

Pero Knorozov callaba. Al cabo de un minuto, empecé a dudar de que hubiese comprendido, o que hubiese querido comprender lo que acababa de leerle. Así pues, mi parte en el asunto todavía no tocaba a su fin. Antes de que bajara el telón y se apagaran las luces, tendría que decir el monólogo escrito expresamente para mí. Tenía que anunciar el final de un hombre, y, con éste, el final de todo un mundo. Pero la lengua se me había pegado al paladar. Abrí la boca en dos ocasiones, pero no encontré las palabras adecuadas y no dije nada. Finalmente logré hablar, con suma torpeza y dificultad, como si la breve frase se hubiera formado con pequeñas láminas de madera que se me hubiesen quedado adheridos a la garganta:

—Usted va a morir.

No reaccionó. Inquieto, levanté la vista: ¿Había oído lo que le había dicho?

Itzamná estaba frente a mí, con cara amenazadora y los brazos cruzados sobre el pecho. Sus dientes se clavaban en sus labios pálidos y negaba obstinadamente con su cabeza encanecida. Sí, por supuesto, no podía prometerle la salvación. Pero, al leer de nuevo la crónica, me fijé una y otra vez en las palabras de la profecía maya. Tuve que pensar de nuevo en ello, y poco a poco llegué a comprender que su imaginación no me había creado en vano. Sí podía ayudarle.

—Acéptelo. Acéptelo de una vez.

¿No me había dicho él mismo que los espasmos que habían sacudido la Tierra durante las últimas semanas no reproducían solamente ni en primera instancia el dolor de su cuerpo, sino el trastorno que vivían su inteligencia y sus sentimientos?

Si de verdad yo no era más que un destello momentáneo entre las neuronas de su cerebro, no podría, tampoco, curarle la enfermedad que lentamente lo mataba, ni apaciguar los dolores que torturaban su cuerpo. Sólo podía hacer una cosa: darle reposo a su alma. La inútil lucha lo había endurecido, pero no quería renunciar a la creencia en una posible salvación. ¿Cómo podía convencerle de que el dolor dejaría de ser tan fuerte tan pronto

como dejase de negarlo?

—El manuscrito dice que el mundo es finito y que el hombre es mortal. En el mismo instante en el que vemos por primera vez la luz del mundo quedamos consagrados a la muerte. Aunque usted haya dedicado su vida entera a la investigación de los mayas, no ha llegado a comprender lo más importante de su sabiduría. Porque ese pueblo, al pensar siempre en la muerte, llegaba a acallar su propio miedo. Nosotros, en cambio, la negamos, inventamos medicamentos, dietas y gimnasias para prolongar nuestra existencia un día más, como si ese día que hemos ganado con tantos esfuerzos lo fuéramos a vivir de una manera distinta, como si no tuviera que ser tan patético y absurdo como todos los demás. Pero, cuando nos consolamos con ilusiones de inmortalidad, tan sólo conseguimos empeorar el dolor y el miedo en el momento en que llega ese día, porque se nos hace todavía más evidente que el final es inevitable. Todos los mayas sabían que iban a morir, y que desaparecería incluso el mundo entero. Estaba predestinado. Estaba escrito en sus profecías, en todas las células del cuerpo humano, y en los más pequeños entre los ladrillos que forman parte del edificio del mundo. ¿Acaso tiene tanta importancia la hora exacta de nuestra muerte? Sí, hay que hacer acopio de valor para decirlo. A los mayas les instilaban ese valor desde sus primeros años, y no creo que les resultara fácil desprenderse de sus instintos. Pero, a cambio, se ganaban el derecho de vivir en paz y morir con dignidad. Como seres humanos, no como animales.

Aguardé, dispuesto a escucharle, pero Itzamná no se dignó a decirme ni una palabra. Me miró con odio y desdén, y negó una vez más con la cabeza. El aire que circundaba al viejo se cargó de tal manera que, súbitamente, me empujó hacia atrás. Ocurrió lo que tanto había temido: mi interpretación de la profecía no le había gustado, y mi intento de reconciliarle con su futuro había fracasado miserablemente. Él había contado con que llegaría un gran mago, quizá el Mesías, pero, en cambio, había llamado a su puerta un aliado del mal, un Judas que hablaba con la misma voz que los impotentes médicos.

¿Qué destino me otorgaría, después de que le hubiese anunciado el suyo? ¿Me reduciría a cenizas con la mirada? ¿Se arrojarían sobre mí todos los demonios sedientos de sangre que moraban en sus pesadillas y me descuartizarían? Había perdido la gracia, y eso significaba que no podría escapar del inminente castigo...

—Puedo ayudarle a hallar la paz interior —me apresuré a decirle, porque tenía miedo de desvanecerme de pura desazón si no lo conseguía—. A encontrar la paz que usted se merece. A dominar el miedo. Puedo consolarle.

Oírlo en confesión. Por eso he venido.

—¡Al diablo la confesión!

Fue un grito poderoso, como un trueno sobre las selvas tropicales de Yucatán, que hizo que las paredes retemblaran, y que a mí me flaquearan las rodillas. Sólo entonces empecé a creer de verdad —con el corazón, no con la cabeza— que el destino de nuestro pequeño y absurdo universo dependía de aquel viejo.

—¡No quiero que venga ningún sacerdote a confesarme! ¡No pienso aceptarlo! Entonces, ¿qué he estado esperando durante todas estas semanas? ¿Qué he estado buscando? ¿Para qué todo esto? ¿Por qué?

Pero yo no tenía ningún derecho a corregir mis propias palabras. Me quedé allí, con los ojos entreabiertos, tembloroso, a la espera de que mi castigo llegara en cualquier momento, pero, al mismo tiempo, obstinado, como un hereje con el sambenito, los pantalones empapados de miedo, sujeto a la estaca embreada y rodeado de montones de leña. No podía acobardarme. ¿Para qué iba a mentir, si se acercaba el Juicio Final?

—¿Cómo puede usted estar tan ciego? La profecía contiene un gran número de signos que han de anunciar el fin del mundo. Y todos se están cumpliendo...

—¡Léame una vez más esas líneas! —me ordenó.

Obedecí, porque albergaba la esperanza de hacerlo entrar en razón. Apenas había terminado el capítulo cuando Knorozov —con voz algo más suave— me ordenó que se lo leyera una vez más. Era evidente que al oír mis palabras había entendido algo que yo mismo no alcanzaba a comprender. Cuando le hube repetido aquellas frases de la crónica por tercera, quinta, décima vez —al final lo repetía casi de memoria—, los surcos que la ira había abierto en su rostro se alisaron y los carbones ardientes de sus ojos palidieron y, al fin, se apagaron del todo.

—Pobre diablo —dijo por fin—. No ha entendido nada. Pero sí ha podido comunicármelo a mí...

Sorprendido, lo miré y aguardé una explicación.

—¡No mencionan ningún plazo! Prohíben, incluso, todo intento de calcular el día del fin del mundo. En realidad, el conocimiento es una condena. Si supiéramos cuánto tiempo nos queda, pasaríamos toda la vida a la espera de la ejecución, como en la celda de los condenados a muerte. Pero ¿y si resulta que han cometido un nuevo error de cálculo con la profecía? Uno no puede perder la fe. ¿Y si todavía consiguiera curarme? ¡Esta operación podría salir

bien! ¿Aún no ha comprendido lo más importante de esta historia? Los mayas desaparecieron porque ellos mismos habían predicho su propio final y lo creían con tanta firmeza que ellos mismos lo provocaron. La profecía no se habría cumplido si el propio pueblo no se hubiera encargado de cumplirla. Soy mortal... ¿y qué significa eso? Una recta se transforma en segmento tan sólo al ser cortada por dos puntos. En tanto no exista ese segundo punto, se trata de una semirrecta que empieza en el instante del nacimiento y se prolonga hacia el infinito. ¡No quiero saber cuándo moriré! ¡Y mientras yo no sepa cuándo me llegará mi hora, voy a ser eterno!

¿Tenía algún sentido prolongar la discusión? ¿Acaso no había hecho todo lo que podía hacer? Con la cabeza gacha, fui hacia la salida. Allí abajo, a una distancia inimaginable, mi mundo vivía sus últimos días, y quería tener tiempo para despedirme de él. Recorrer el Arbat, sentir el viento helado de enero en el rostro, enfriármelo con las manos llenas de copos de nieve, frotar la mejilla contra la corteza grisácea de los chopos cubiertos de escarcha y luego saludar por última vez a mi ciudad desde los Montes de los Gorriones... Escuchar una vez más los discos de Miles Davis, Benny Goodman y Andrew Agafonoff, aspirar el denso aroma del café recién hecho y, por fin, llamar a mis amigos de la universidad...

¿Qué importaba que los amigos no existieran y que no hubieran existido nunca, igual que tampoco existía yo mismo, ni habían existido mis padres? ¿Qué importaba no poder saber jamás qué había en el mundo real en vez del Mausoleo de Lenin, ni cuál fue el verdadero rostro de Jean-Paul Belmondo y Marilyn Monroe... ni saber si habían existido de verdad?

No conocía ningún otro mundo aparte de éste, en el que había una pirámide sacrificial maya en la Plaza Roja, en el que Moscú estaba ocupado por soldados fatigados y muertos, en el que las cúpulas de las iglesias recién erigidas refulgían como oro falso y los seres humanos, por capricho de un ser más alto, de un ser desconocido, anhelaban el pasado y temían el futuro... Un mundo que había tomado forma a imagen y semejanza de un solo hombre. Todos nosotros estábamos apretujados en los estrechos límites de la conciencia de ese hombre y creíamos vivir en un universo sin límites.

Yo amaba a ese mundo tal como lo había conocido. Y quería decírselo. Antes de que fuera demasiado tarde...

Me hallaba en el umbral de la puerta cuando Knorozov me detuvo.

—Espere. Tome, esto es el primer capítulo. Ahora ya no me sirve para nada. ¿Sabe usted una cosa? Le doy las gracias. No ha venido hasta aquí en vano. Quizá piense usted que estoy loco, pero me ha ayudado. Me ha dado fuerzas para luchar. Aun cuando mi lucha esté condenada al fracaso, no pienso

abandonarla, ni daré un paso atrás. Ni volveré a preocuparme de profecías. Que le vaya a usted bien. —Y me tendió la mano.

Antes de marcharme, me fijé de nuevo en las fotos colgadas de la pared. Una de ellas me había dejado perplejo.

—Dígame usted, ¿qué hace mi perro en su foto?

—¿Su perro? —me respondió, fatigado—. No, hombre, no, esa foto es de mi perro *Quetzal*. De todas maneras murió hace tiempo.

Afloró a mis labios una leve sonrisa.

—Da igual. Le ruego que lo saque a pasear de vez en cuando. Es que se aburre mucho y siempre tiene ganas de salir...

—Ya lo sé —me respondió, y, por primera vez, sonrió—. Ya lo sé.

El ascensor se precipitó en el abismo con inimaginable estruendo y rabiosa velocidad. Llegué a temer que como castigo por mi incredulidad me hubieran mandado al Infierno. Pero al cabo de pocos minutos salí al polvoriento corredor del museo. O Itzamná me estaba agradecido de verdad, o es que no existe ningún otro Infierno aparte del que nosotros habitamos.

Salí a la calle por la puerta principal, que encontré gracias a los indicadores del museo. Mientras caminaba por calles concurridas, me acordé de nuestra conversación. Knorozov no había querido escucharme. ¿Quién de los dos había comprendido bien el mensaje de Casas del Lagarzo? ¿Qué nos aguardaba tras la línea de llegada? ¿Había que temerla?

Al cabo, la vida del hombre no es más que una lenta muerte. Y no nos morimos nosotros solos, sino que es el mundo que nos rodea el que poco a poco se marchita. Durante los primeros años de nuestra vida se encuentra en su flor. (¿No es por eso por lo que nuestros recuerdos de infancia siempre están bañados en luz?) Nos rodean las personas más cercanas: el padre, la madre, la abuela, el abuelo, luego los amigos del jardín de infancia y de la escuela, y germina el primer amor. Éstos son los pilares sobre los que reposa el microcosmos de cada una de las personas. En la infancia y la juventud, dicho microcosmos existe y es perceptible, mientras todas las personas amadas permanezcan entre los vivos. Miríadas de finas hebras nos unen a cada uno de ellos: pensamientos idénticos, vacaciones que hemos pasado juntos, amoríos livianos y cargados de emoción, una mano tendida en el momento justo. Al entretorse en un único tapiz de recuerdos y vivencias, todas esas personas contribuyen a la sedosa textura de nuestra realidad, de nuestro mundo, de nuestra vida.

Pero los años pasan, y todos ellos, uno tras otro, nos abandonan, se

transforman en espíritus sin cuerpo y hallan su último refugio en nuestra memoria. Para que sus voces familiares resuenen en nuestro cerebro aunque sea por una fracción de segundo, para arrancar al olvido el hechizo de su sonrisa, nos pasamos horas y horas inmersos en la contemplación de sus fotografías. El dolor que sentimos al perder a un ser querido no se supera jamás. El tiempo lo entumece.

A medida que ellos mueren, nuestro universo se traslada a otra dimensión, a la esfera de nuestras fantasías, de nuestro recuerdo. Se desliza lentamente hacia el pasado, vivimos cada vez menos en el hoy. Nos sumergimos cada vez con mayor frecuencia en el ayer, del que tan sólo conservamos imágenes imprecisas y difuminadas en la consciencia.

Los primeros en marcharse son la abuela y el abuelo, se muere el perro que siempre estuvo con nosotros mientras crecíamos... y con ellos muere también nuestra niñez. Su muerte es como una frontera y cuando la traspasamos empieza la llamada madurez.

Luego les toca a los padres. Cuando también ellos nos abandonan, es una señal de que ha terminado nuestra vida adulta y nos acercamos al umbral de la vejez. Entonces muere alguno de los amigos de la escuela que hace tiempo que tienen el cabello gris, o de los compañeros de la universidad, que ahora tienen menos dientes, pero sonrían con el mismo descaro. Al fin muere el marido, o la esposa.

Ésa es la última señal: tenemos que empezar a prepararnos. Porque nuestro mundo entero se hunde en el abismo del pasado como un transatlántico que se va a pique. Las negras aguas van llenando gota a gota los camarotes de nuestro recuerdo, donde habitaban las imágenes de nuestros colegas, de los compañeros del ejército, de fantasmas de nuestro padre y hermanos, madre y hermanas... Con poderosa fuerza penetran en las salas del banquete donde celebrábamos nuestras pequeñas victorias: los exámenes que aprobamos en la escuela, pruebas de matriculación que pasamos, triunfos eróticos, bodas y partos, ascensos que aguardamos durante varios años. También invaden las zonas de carga en las que se pudrían las horas oscuras de nuestra vida. Habría sido mejor aislarlas herméticamente, pero en nuestro recuerdo se abren fisuras que no se van a cerrar jamás.

Al llegar a la vejez, pertenecemos mucho más al ayer que al hoy. La habitación de hospital con las fotografías por la pared en la torre de marfil de Knorozov-Itzamná apenas si se diferenciaba de las estancias en las que otros viejos solitarios pasan sus últimos días.

A menudo, esas personas no aceptan las novedades de la vida, hablan mal del presente, porque se mezcla con las felices imágenes desvaídas de su

pasado. Su *Titanic* está a punto de tocar fondo, pero no quieren abandonarlo. De pie tras el herrumbroso timón, miran, tensos, hacia atrás, hacia la lejanía. Viven en el recuerdo, su mundo está a punto de entrar definitivamente en la dimensión de los espíritus y las ilusiones, donde viven sus padres, donde la presencia de éstos aún es perceptible, donde la mano del abuelo les acaricia suavemente la mejilla, y donde todavía oyen el ladrido juguetero de su querido perro que pide que le arrojen un palo para que el juego sencillo y alegre no termine jamás.

Cuando las olas del olvido alcanzan el puente del capitán y nos bañan los tobillos, no nos queda más que saludar por última vez con dignidad y cerrar los ojos en silencio. Porque estamos a punto de llegar a la frontera que marcará el final de la infancia de nuestros nietos y el inicio de la vejez para nuestros hijos.

No sabría decir muy bien cuánto tiempo duró mi audiencia con Dios. No había llevado ningún reloj. A juzgar por el cielo oscuro, iluminado tan sólo por la escasa luz que lograba atravesar el pálido revoltijo de nubes, había anochecido, y quizá estuviera avanzada la noche. Sin embargo, las personas que iban por la calle eran extrañamente numerosas. Trabajadores y equipos de salvamento buscaban entre los escombros, y en las tiendas que se habían plantado por las calles agrietadas reinaba un ajetreo malsano y febril. Las gentes de la ciudad no parecían querer dormir por miedo a cerrar los ojos y no poder abrirlos de nuevo. Este miedo era disculpable, porque no tenían ni idea de lo que yo sí sabía, y después de la conversación con Itzamná no sentía ningún deseo de anunciarles el cercano e inevitable final.

¿Cómo puede uno pasar las pocas horas que le quedan? ¿Qué se puede hacer cuando uno sabe que no podrá hacer nada más? ¿Qué viejos sueños tratará de cumplir?

No sabía cuánto tiempo me quedaba para despachar mis asuntos terrenos. Pero había una cuestión que no toleraba retrasos. Tenía el primer capítulo del diario. El mismo capítulo a causa del cual mi desventurado predecesor había muerto devorado por demonios, tal vez porque había visto la fachada pintada del cosmos y se había dado cuenta de que el yeso empezaba a caerse. De acuerdo con las normas que regían los sueños de Knorozov, su muerte indicaba que la información contenida en ese capítulo tenía una extraordinaria importancia. El empleado de la empresa de traducción había llegado a leer muchas más páginas sin sufrir ningún castigo antes de que el destino llamara a su puerta. Lo más probable era que las primeras páginas de la crónica tuvieran mucha más importancia que el conjunto de los capítulos centrales del libro.

Mi piso estaba sin electricidad, por lo que tuve que prepararme el café a la luz de una vela. Regresé a la habitación acompañado por el tintineo de la taza en el platillo, coloqué la vela con gran cuidado sobre el escritorio y abrí la carpeta de cuero con temor reverencial. Cuántas veces había llegado a imaginarme lo que habría en las páginas que me faltaban, y que empezaban con el significativo título «Capítulo I»... Sólo entonces, poco antes de que sonara el último acorde del órgano celestial, se me permitía leerlo. Mi camino terminaba en el mismo punto en el que empezaba el viaje del conquistador español: en Maní, en una fría mañana de abril del año 1562.

Tengo por nombre Luis Casas del Lagarzo. Provengo de una estirpe antigua. Mis antepasados sirvieron al rey Fernando y a su esposa Isabel, como vasallos fieles, y no vacilaron en entregar la vida y el alma por su corona. Nacido en Salamanca, seguí la tradición de mi familia y me hice soldado. Nuestra noble casa se empobreció, y entonces, por amor a la fama, y, aún más, por deseo de hallar un sustento digno, al llegar mi vigésimo octavo cumpleaños partí con rumbo a las Indias Occidentales. Así llegué a Yucatán, donde serví por un plazo de cinco años, sometí a los indios y contribuí a reforzar el poder del rey y del Papa. Una vez allí me gané la amistad de monjes que me animaron a ejercitarme en la lectura y la escritura, y es por ello por lo que hoy me veo capaz de escribir estas líneas. Mientras estaba allí, tomé parte en una aventura tan portentosa que, con la ayuda de Dios, quiero narrarla en esta relación.

Que Yucatán, al que en otro tiempo se creyó isla, es en realidad una parte de un continente aún insuficientemente explorado. Que las tierras de allí son llanas y no conocen elevaciones, por lo que cuesta divisarlas desde el barco, y que tan sólo en los parajes que se hallan entre Campeche y Champotón se encuentran cerros, entre los que el más alto es el llamado Los Diablos, un nombre elegido por horrendos motivos.

Que sus costas son llanas y bajas, y que la poca profundidad de las aguas impide que los barcos se acerquen a ellas, por lo que es necesario navegar a cierta distancia. Que asimismo ésa es la razón por la que no son muchos los que mueren cuando un barco se estrella contra sus costas. Que, sin embargo, bajo el fango se encuentran rocas y esquistos que a menudo dañan los cordajes.

Que la tierra firme de Yucatán está habitada por un pueblo indio que se llama maya. Que dicho pueblo ostentó un gran poder en tiempos antiguos, lo cual se reconoce hoy en las edificaciones que construyeron. Que, sin embargo, esos hombres, confiados en sus sacerdotes y visionarios, que les anunciaron el Juicio Final para una fecha

demasiado temprana, abandonaron sus ciudades y perdieron incluso el recuerdo de éstas. Que en nuestros tiempos los convinimos a la fe en Cristo, con lo cual los protegimos de nuevas tentaciones, pero, al mismo tiempo, impedimos que pudiesen recordar el poder de sus antepasados.

Que fue voluntad de Dios que el soldado que escribe este diario se hallara en acontecimientos que le abrieron los secretos del pueblo maya, entre los que el más grande es el anuncio delfín del mundo y los signos inequívocos de éste, así como otras profecías. Que dichos secretos se hallan escritos en un antiguo libro, conocido como la Crónica del Porvenir, que llegó a mis manos en el curso de una expedición durante el año 1562.

Que un tal fray Diego de Landa, monje franciscano, guardián del monasterio de la ciudad de Izamal, con el apoyo del gobernador y las simpatías del general de su orden, tuvo noticia de ese maravilloso libro por medio de uno de sus allegados. Que, acto seguido, tanto los indios que bautizó como los que torturó le dijeron lo mismo: que no existía una escritura tan sagrada como la de ese portentoso libro, ni un saber tan importante como las verdades que en él se escondían, porque en dicho libro estaba contenido el mundo entero desde su inicio hasta su final.

Que fray Diego de Landa entendió que la existencia de dicho libro incitaba a la sedición y constituía pecado contra Dios, porque se inmiscuía en el trabajo del Señor, y al mismo tiempo era peligroso en extremo, porque predeterminaba todo lo que debe acontecer, y por ello sugería tanto a los españoles como a los indios que no estaría en poder de nadie, ni siquiera de Nuestro Señor, alterar lo que está escrito.

Que por ello padeció un gran temor de que dicha crónica no sólo pudiera actuar en detrimento de la posición de la que gozaban los españoles en Yucatán, sino, una vez traducida a la lengua castellana, trastornar el corazón de todos los católicos de Europa, y que por ello se decidió a destruirlo. Que, sin embargo, no quiso hablar de la existencia de ese libro satánico en presencia de otras personas, y que además no sabía cuál sería su apariencia ni dónde podría encontrarlo.

Que, a continuación, fray Diego de Landa convenció a otros monjes, así como al gobernador y varios oficiales, de que la fe de los indios en Jesucristo y la Santa Virgen María había de ser tan superficial como las aguas que bañan las costas del propio Yucatán, mientras los sacerdotes del lugar poseyeran todavía manuscritos e ídolos. Que le sirvió como pretexto un incidente en el que fray de Landa descubrió esculturas paganas manchadas de sangre, a las que, según toda apariencia, los indios de Maní habían ofrecido sacrificios.

Que envió expediciones a todos los poblamientos indios circundantes y que éstas se adueñaron de los libros indios que allí se encontraban, así como de las imágenes de madera y de todas las otras cosas que los paganos empleaban en el servicio a sus ídolos. Que se les ordenó a todos ellos transportar hasta Maní todo aquello de lo que se hubieren incautado, y, en el caso de que les fuera imposible llevar el escrito satánico hasta el

monasterio de los franciscanos, quemarlo allí donde estuvieran.

Que yo mismo tomé parte en una de tales expediciones, y conmigo fray Joaquín, monje y allegado de fray Diego de Landa, que era conocido en el mundo como Joaquín Guerrero, y los señores Vasco de Aguilar y Gerónimo Núñez de Balboa, y unos cuarenta españoles, así como guías indios. Que fray de Landa no nos contó la verdadera meta de la expedición ni a mí ni a los otros dos señores, sino tan sólo a fray Joaquín.

Que en el día doce de julio del año 1562 de Nuestro Señor Jesucristo, fray Diego de Landa entregó al fuego todos los manuscritos indios que los soldados habían llevado en gran número hasta Maní, y con ese fin ordenó el auto de fe más grande que se hubiera visto jamás en Yucatán. Que éste se realizó con una única meta, a saber, la destrucción de la Crónica del Porvenir. Que después de dicho auto de fe los indios no tuvieron ya ningún libro propio y que fray Diego de Landa permaneció en la convicción de que el manuscrito que buscaba había ardidido con todos los demás.

Que, sin embargo, el libro que fray Diego de Landa había querido quemar se salvó. Y que la voluntad de Dios de que se preservara para los que viven hoy, y para sus hijos, y para los hijos de sus hijos, y los nietos de sus nietos, se cumplió por mi mano. Que me fue posible rescatar el sagrado manuscrito, ¡mes me lo entregaron los sacerdotes indios, y traerlo a España, donde se ocultó en los archivos reales.

Que estuve presente en el auto de fe que fray Diego de Landa hizo ejecutar, llevado por su fanático celo, disfrazado con atuendo de mercader y con el rostro maquillado para hacerlo irreconocible. Que en la quema de libros vi al propio fray Joaquín, astuto como una serpiente y longevo como ésta. El único, aparte de mí, que regresó de nuestra expedición.

Que yo mismo regresé merced a la ayuda de mi amigo leal, el indio Juan Nachi Cocom, así como de varios mayas que me llevaron por caminos secretos a fin de evitar todos los peligros; debiéndolo auxiliar a fray Joaquín el propio diablo.

Que partí rumbo a España en la siguiente carabela, y que una vez en Castilla, merced a los generosos obsequios de los mayas, entre los que se hallaban también varios adornos de oro, adquirí una propiedad en la que he vivido en paz y reposo hasta el día de hoy.

Que las tempestades fueron clementes con el navío en el que regresé a España y también me dejaron a mí lo que me quedaba de vida; y que en calidad de depositario de las profecías indias, Dios me guarda de todo peligro.

Que, en tanto protejo los recuerdos del futuro, no sólo sé que el mundo es finito, sino que pienso también en cómo se engañaron los mayas al predecir su propia extinción. Que con anterioridad habían aparecido signos que se asemejaban a dichas profecías, por lo que nuestros antepasados cayeron en el error y la tentación. Y me acuerdo también de la admonición que me expresaron los descendientes de los indios

antiguos: no tratar jamás de conocer el propio destino.

Porque en el conocimiento de la imposibilidad de evitar nuestro fin se halla la serenidad, y en la incertidumbre del momento la esperanza, pues con todo, el hombre vive de la incertidumbre y la esperanza. Y en vísperas delfín del mundo todavía alimentará la esperanza, porque tal es su naturaleza. Quien quiera rebelarse contra ella, se condenará de antemano. Para que lo comprendiera, el Señor me envió en una expedición a Yucatán, de la que seguidamente voy a dar cumplida relación.

Eso era todo. El círculo de la narración se había cerrado. Ya sabía lo que vendría después.

Dejé suavemente las hojas sobre la mesa y escuché. Había necesitado cierto tiempo para entender el «Capítulo I» y pasarlo a limpio, pero en todo ese tiempo la tierra no había vuelto a temblar. Prestaba en vano toda mi atención, rígido como una araña cautiva, a las más leves vibraciones en las paredes. Daba la impresión de que la crisis hubiera terminado... pero ¿por cuánto tiempo?

El reloj de la pared marcaba las diez y cuarto. Qué disparate. Uno de los temblores debía de haber estropeado el mecanismo y sus ruedecillas se habían detenido en el momento en el que empezó el terremoto. Al otro lado de la ventana reinaba la opaca oscuridad de siempre. De acuerdo con mis cálculos, las once debían de haber pasado hacía rato, y estaba demasiado oscuro para que fuesen las diez de la mañana.

Pero, al cabo de unos minutos de andar inquieto de un lado para otro por el piso, volví a fijarme en la esfera del reloj y me di cuenta de que la manecilla más grande marcaba ya la media. ¿Volvía a funcionar? Qué raro.

Y de súbito, me vino algo a las mientes. ¿Un recuerdo? ¿Un pensamiento? Brillaba como el primer instante de un *déjà vu* y era igualmente ligero y fugaz. Me agarré a esa imagen y la atraje con precaución hacia mí, como si se hubiera hallado al extremo de un cabello que pudiera romperse en cualquier instante... Tenía algo que ver con los rituales mayas... ¡Dios mío!

El frío que sentí entonces me hizo temblar. Me Saqueaban las rodillas, se me aflojó el estómago. Aterrorizado por lo que estaba a punto de ver, abrí un cajón del escritorio y saqué el reloj digital de pulsera con la correa rota. Era muy resistente y no habría permitido que un simple temblor de tierra le hiciese perder el ritmo. Marcaba exactamente la misma hora que la esfera redonda de la pared, la misma que el reloj del Kremlin y que todos los otros relojes que funcionaban en toda la ciudad.

No faltaba mucho para las once de la mañana. Y, sin embargo, el mundo se hallaba atrapado en un opresivo, impenetrable, imposible crepúsculo.

Corrí a mis libros con tanta precipitación que la cera caliente se me derramó sobre los dedos. Allí estaba Yagoniel. Sí, dispuesto a informarme una vez más sobre el extraño y fascinante ritual que los nativos de Yucatán realizaban cada vez que se completaba un ciclo de cincuenta y dos años *Haab*, cuando el universo se detenía al borde del abismo. Sobre los terribles cinco días en los que la tierra quedaba en poder de los monstruos y los demonios, y los hombres sometidos al silencio y al temor se escondían en sus cabañas y palacios, y no se atrevían a dejarse ver por la calle. Porque los espíritus de la muerte, libres de sus cadenas, caminaban por el mundo durante cinco días interminables, y espiaban con avidez por las ventanas de las casas de los humanos. Y cuando llegara el final de esos días, quienes hubieran sobrevivido tendrían que someterse a otra prueba mucho más severa.

Mientras leía una vez más la descripción de tales costumbres y meditaba sobre su sentido, pasó otra media hora, pero el cielo aún seguía entre el gris y el negro, sucio e impenetrable, igual que antes. No necesitaba más interpretaciones. Yagoniel me lo había explicado todo. Aunque los dolorosos espasmos del mundo hubieran cesado, no había que entender que hubiera finalizado el juicio. Muy al contrario. Se me ocurrió pensar en la languidez del cadáver de un hombre recién ajusticiado en la silla eléctrica cuando cesa la corriente.

Así pues... tan sólo me quedaba una cosa por hacer.

Me preparé para mi último camino como si se hubiera tratado de una expedición al Polo Norte. Me llevé un termo lleno de té, ropa caliente, un bolígrafo y un paquete de folios, dos cajas de velas y una campana de cristal para protegerlas del viento. Ah, y otro jersey podía venirme bien... probablemente el viento soplaría con fuerza allá arriba.

Mientras subía por la escalera hasta el noveno piso, arrimé el oído a la puerta de varios vecinos. En todas partes reinaba el silencio; tan sólo en dos ocasiones oí murmullos que se alternaban con el llanto de un niño. No era yo el único que percibía la lúgubre solemnidad de aquellos minutos. Nadie se atrevía a hablar en voz alta, ni a abandonar la protección de las cuatro paredes, porque adivinaban la presencia de los demonios que les acechaban en el mundo exterior. Yo, por el contrario, no les tenía miedo. ¿Qué podía significar un encuentro con los espíritus, en comparación con lo que había de ocurrirle al

mundo entero al cabo de unas pocas horas?

Rompí fácilmente el cerrojo y el precinto de la policía que impedían el acceso a la azotea. La mayoría de las leyes y las normas que tienen algún significado en tiempos ordinarios pierden todo sentido durante la noche que precede al Apocalipsis. El viento de la eternidad desnuda a los hombres de convenciones sociales, les arranca la costra de la civilización y los devuelve a su estado primigenio, desnudos e indefensos, solos consigo mismos y con el mundo, para que miren a los ojos a los dioses y a la muerte.

Noté, con gran sorpresa, que en la azotea no hacía mucho frío. Jirones de nubes densos y grises flotaban, pesados e inmóviles, en el cielo, como si alguien los hubiera pintado al óleo sobre un lienzo negro. El aliento de Dios que solía arrastrarlos de un lado para otro parecía haberse agotado. Era como contemplar una pintura sin vida.

Miré a mi alrededor.

A diferencia de lo que nos ocurría hace veinte años, los edificios de nueve pisos de la época de Stalin no nos producen hoy en día, en esta Moscú drogada con hormonas del crecimiento, una impresión de majestuosa altitud. Pero Yagoniel había escrito sin ambages que cualquiera que quisiese contemplar el fin del mundo tenía que instalarse en la azotea de su propia casa. Y yo no pensaba faltar a los rituales que se habían preservado a lo largo de milenios. Por otra parte, el panorama de la ciudad era hermoso.

Casi toda Moscú padecía el apagón. Tan sólo resplandecían oasis eléctricos en edificios que debían de tener su propio generador. La densa oscuridad bañaba pesadamente las rocas que eran las casas de Arbat, se derramaba sin prisas por el asfalto agrietado del Anillo de los Jardines y se concentraba a los pies de los monumentos del gótico estalinista, que sobresalían entre todo lo demás como grotescas tartas de boda. En algunos lugares, los faros de los coches se apiñaban como luciérnagas, se estrellaban en medio del caos contra obstáculos que yo no alcanzaba a divisar desde tan arriba y trataban de avanzar por el asfalto medio arrancado.

Me senté en el pretil de la azotea, dejé que las piernas colgaran en el vacío y miré hacia Oriente. Debía de ser el mediodía, pero el horizonte seguía desierto y negro como noche sin luna. ¿Acaso vería otro amanecer? También a los indios de Yucatán, que cada medio siglo aguardaban con idéntica impaciencia la aparición en el cielo del debilitado Ah Kin, se les debían de hacer igualmente largos los segundos, hasta que la espera llegaba a parecerles casi infinita.

Sé que el final es inevitable. He visto todas las señales que presagian el Armagedón y estoy convencido de haberlas interpretado bien. Ahora sólo tengo que esperar la conmoción última, la definitiva, que hará que el cielo se caiga sobre la tierra y aniquile a todos los hombres sin excepción, junto con todo lo que han creado y con el recuerdo que dejaron, y ponga fin al tiempo.

Sé que el dios moribundo, por grande que sea la desesperación con la que lucha contra la enfermedad que se ha adueñado de él, está condenado, y que la morfina no lo va a sanar. Que yo, que no soy más que un muñeco de cartón que figura en sus visiones, atrapado junto con el cosmos entero en la celda que es su conciencia, desapareceré en el mismo instante en el que las arrugas de su frente y las curvas de su cardiograma se alisen, ya en paz.

Sé que nadie va a tener noticia de este Apocalipsis. ¿Cuántos universos sin fronteras, fascinantes, ricos más allá de toda imaginación, deben de nacer y morir cada día, sin hallar un cronista? El único testigo que queda de su existencia son las estadísticas y las lápidas de los cementerios, donde la pasmosa vida de un ser humano, cuyas numerosísimas facetas él mismo no llegó a conocer —y mucho menos a recordar— queda atrapada entre dos frías fechas.

El ser humano es mortal.

Pero ¿por qué estoy aquí, aún sentado en lo alto de este viejo edificio del barrio de Arbat, durante tantas horas, las suficientes para haber escrito esta historia, y miro todavía a lo lejos con mis ojos doloridos, al horizonte, a la espera de que la gran luminaria se eleve una vez más sobre la Tierra y acabe con estas tinieblas que anuncian la muerte?

Pero por eso, porque la vida del hombre en este mundo no es más larga que la de una mosca que vive tan sólo un día, tenemos el mismo consuelo que el insecto: la ligereza y el desconocimiento. La estúpida ilusión de la inmortalidad es lo único que recibió el hombre a cambio de haber perdido la vida eterna en el Paraíso. Por ello, es imposible arrebatársela, igual que es imposible aniquilar la esperanza que germina en la más desolada de las almas.

Llevo una eternidad sentado en este lugar, pero estoy dispuesto a seguir aquí durante una segunda eternidad. No abandonaré mi puesto hasta que haya visto que un primer rayo de luz se abre paso entre las plomizas nubes de tormenta, en la incalculable lejanía... el sol alzándose de su lecho mortuario.

Fin